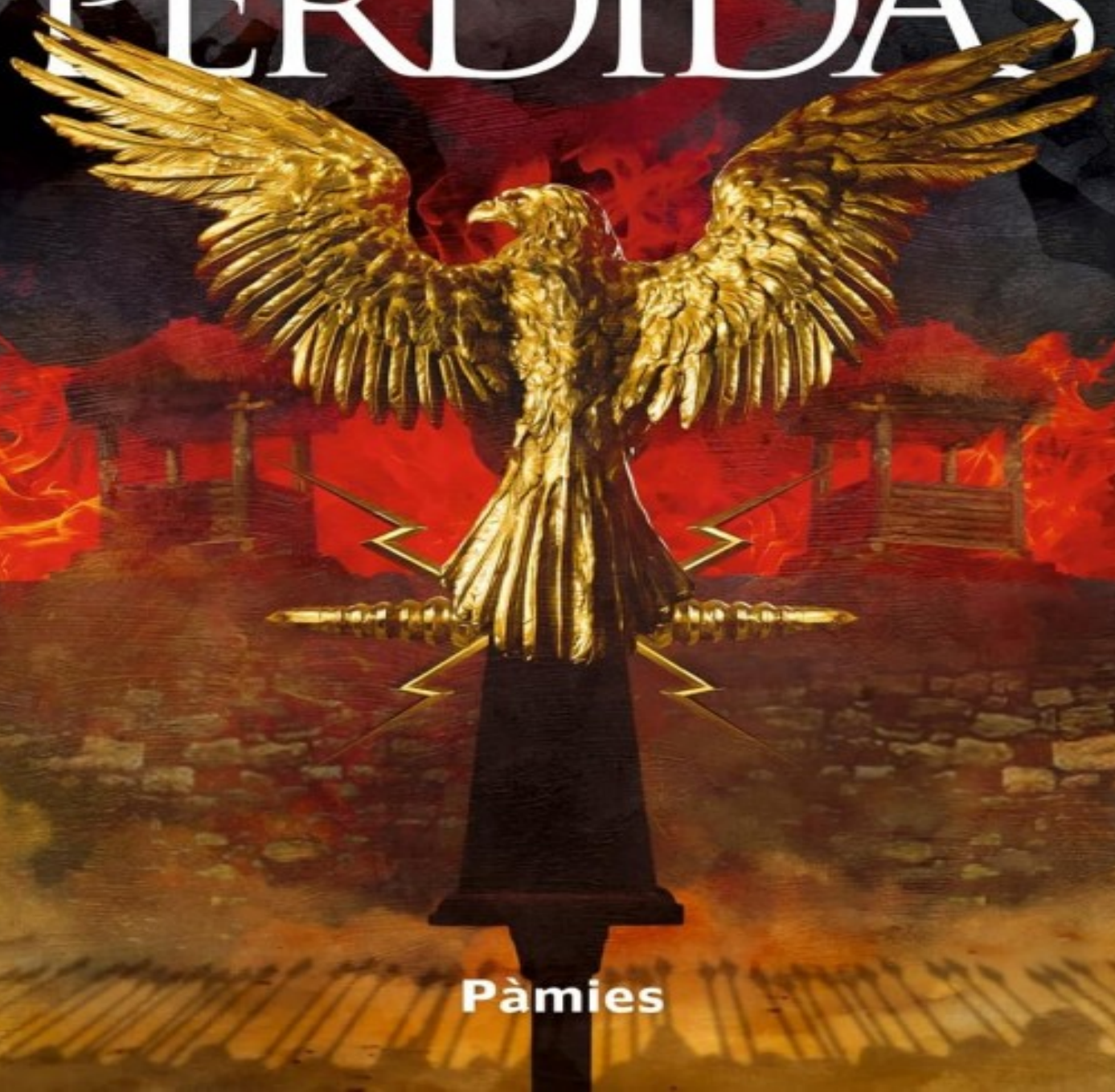


AGUSTÍN TEJADA

LAS LEGIONES PERDIDAS



Pàmies

LAS
LEGIONES
PERDIDAS

AGUSTÍN TEJADA

LAS
LEGIONES
PERDIDAS



Pàmies

Primera edición: octubre de 2026

Copyright © 2026 de Agustín Tejada Navas

© de esta edición: 2026, ediciones Pàmies, S.L.

C/ Monteverde

28042 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 9791388504020

BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

[LV](#)

[LVI](#)

[LVII](#)

[LVIII](#)

[LIX](#)

[LX](#)

[LXI](#)

[LXII](#)

[Historia e intrahistoria](#)

*Para Conchi y Abraham, siempre en mi corazón
y en mi pensamiento.*

«Ciertamente, las guerras en Grecia y Asia las dirime prácticamente una sola batalla y, las menos de las veces, una segunda; y las batallas mismas suele decidir las el primer encuentro de las fuerzas en combate. Pero en esta (la Segunda Guerra Celtíbera) ocurrió lo contrario a lo dicho, pues las batallas las cesaba por lo general la noche, al tiempo que los combatientes no querían ni ser inferiores en valor ni ceder sus cuerpos a la fatiga, sino que de una retirada o del arrepentimiento hacían nuevas oportunidades de combate. Si uno tuviese que pensar en una Guerra de Fuego, no le vendría a la mente ninguna diferente a esta».

Polibio, XXXV 1

I

Roma, año 154 a.C., principios del verano.

Marco Porcio Catón fue uno de los primeros en alcanzar la Curia Hostilia. Tras penetrar en ella con paso ágil, subió de dos en dos los escalones que lo condujeron hasta su escaño. A sus ochenta años ya cumplidos, el anciano senador mantenía las costumbres austeras de la milicia. Se levantaba mucho antes del amanecer, desayunaba unas simples gachas de avena y se ejercitaba durante una hora antes de emprender el trabajo en el campo al lado de sus propios esclavos; o, como aquella mañana, sus obligaciones de magistrado. La edad y el tiempo no habían conseguido menguar su fuerza física ni erosionar su noción de servicio al Estado.

A Catón, su prestigio militar lo precedía como el trueno a la tormenta. A pocos hombres la vida les había dado tanto de sí como para pelear en tres guerras: contra los cartagineses, contra los seléucidas del rey Antíoco III Megas y contra los insurgentes iberos en Hispania. Le gustaba afirmar que a él lo habían enviado a la Tarraconensis con la orden de acabar con la rebeldía de los ilergetes y otros pueblos de la costa del Mare Internum, y eso había hecho. Con contundencia e incluso con saña. Y aún le había sobrado tiempo para asumir una misión que el Senado todavía no se había atrevido a encargarle a nadie: cruzar la Celtiberia de parte a parte y vivir después para contarla.

Con afán exploratorio, Catón se adentró en el territorio hostil de los arévacos con una simple legión, logró ubicar sobre un mapa algunas de sus principales fortalezas y muchos castros. Fue el primero en pasar junto a Occilis, Termes o Uxama, y admirar las murallas de Numantia. Eso sí, desde fuera y a una prudente distancia.

Aquel año de servicio en Hispania, además de proporcionarle laureles militares, le fabricó una fama de hombre generoso. Porque, hasta la fecha, ningún cónsul había renunciado a las ganancias de una campaña. Una parte de lo que le correspondía como gobernador la entregó íntegra al Estado, para el beneficio de la República. El resto fue repartido entre la tropa. Su aura de ciudadano intachable llegó un poco después, en su etapa de censor, cuando acusó al mítico Escipión el Africano de meterse en el bolsillo gran parte de los fondos públicos destinados a financiar sus ejércitos. El proceso no fructificó debido a la sorprendente injerencia de un joven tribuno de la plebe llamado Tiberio Sempronio Graco. Su derecho a veto salvó a Escipión de la cárcel; pero a Catón el proceso le sirvió para auparse definitivamente al pedestal de los incorruptibles.

Oteó Catón las gradas todavía muy despobladas de la Curia Hostilia en busca de su hijo Liciniano. No lo distinguió entre los presentes, aunque lo vio llegar un cuarto de hora más tarde, cuando todos los senadores ocupaban ya sus asientos. Venía trastabillando, gruñendo mientras pedía paso sin excusarse. Masculló un exabrupto el *princeps senatus* cuando su primogénito se derrumbó por fin sobre su escaño como un fardo muerto. Podía entender su enfado tras la virulenta discusión mantenida con él la tarde anterior. Pero lo más intolerable eran sus intempestivas borracheras. Y es que, a punto de cumplir cuarenta años, Marco Porcio Catón Liciniano — conocido públicamente como Liciniano para diferenciarlo del padre— seguía cómodamente instalado en los brazos de la molicie. Rechazaba las consignas de su progenitor para continuar su obligado *cursus honorum* y aspirar a un futuro de prestigio. Se había limitado a ejercer como edil curul y posteriormente como cuestor. Sin embargo, descartaba la pretura y no digamos el consulado por considerarlos unos cargos excesivamente expuestos y, sobre todo, fatigosos para alguien cuya jornada diaria discurría entre las tabernas, los locales de lenocinio y las termas.

Casi un mes llevaba el Senado romano sin reunirse. La última ocasión había sido con motivo de la victoria de Quinto Opimio ante los ligures. A Catón, el triunfo concedido a aquel cónsul pretencioso se le había antojado inmerecido, por lo sencillo e incruento. Aun así,

no había podido evitarlo. El asunto de aquel día, sin embargo, mostraba un cariz bastante más inquietante: «Grave desacato en Celtiberia», había escrito sobre una tablilla Manio Acilio Glabrión, segundo cónsul y autor de la convocatoria.

Acabaron por llenarse las bancadas de la Curia Hostilia en medio del murmullo. También los espacios reservados al público se vieron repletos de asistentes. Parecía claro que el repentino problema surgido en Hispania suscitaba la preocupación o, cuando menos, la curiosidad de muchos ciudadanos. El repiqueteo furioso de unas sandalias claveteadas aplastó al fin los últimos cuchicheos. Pertenecían los ecos castrenses a un tribuno recién llegado de Hispania. Lo acompañaba Acilio Glabrión, pero a él no se le oían los pasos porque gastaba mullidos *calcei* de piel de cabra.

No tuvo reparo el segundo cónsul en buscar su lugar en el graderío y abandonar al joven militar frente a seiscientos ojos ansiosos. Desde hacía más de dos décadas los conflictos le habían llegado a Roma únicamente de Oriente o desde el norte. En todo ese tiempo, la Celtiberia se había comportado como un volcán adormecido, aunque latente. No hacía falta asomarse a la boca del cráter para oler el azufre de la furia o advertir los temblores del descontento bárbaro. Exteriormente, sin embargo, apenas se apreciaban síntomas.

Gracias a los pactos alcanzados por Tiberio Sempronio Graco con la mayor parte de las tribus celtíberas veinticinco años atrás, los pretores habían viajado a la Hispania Citerior con el uniforme reluciente, regresando meses más tarde con las ropas llenas de polvo, pero sin sangre. La erupción de lava parecía contenida o bajo mínimos. Pero un volcán es siempre tierra inflamada por el fuego, y sus tripas pueden reventar en cualquier instante. Por esa razón, temían muchos, el gobernador de la provincia habría mandado a uno de sus tribunos con un mensaje alarmante bajo el brazo y la cara de quien presiente la batalla próxima.

Traía el joven militar su carta bien aprendida porque ni siquiera necesitó desenrollar el pliego para exponerla.

—Después de varias semanas de estrecha vigilancia, creemos que la capital de los belos, Segeda, pretende ampliar en muchos estadios

su actual muralla. Eso supone incumplir las condiciones de la actual tregua, y por ello solicitamos instrucciones —sostuvo con rictus tirante. Y se quedó esperando la reacción de los trescientos senadores.

Volvieron a escucharse murmullos en la sala, varias maldiciones e incluso algunos gritos pidiendo el castigo inmediato de los rebeldes. Exigió orden Acilio Glabrión a los asistentes y dirigió un escrutinio inquisitivo hacia Porcio Catón. Como *princeps senatus*, le correspondía a él opinar primero. Era norma de obligado cumplimiento que el más venerable entre los senadores diera su punto de vista antes del posterior debate. Y, sin embargo, el magistrado más veterano y longevo de Roma desestimó tal posibilidad con un imperceptible gesto de la cabeza. Prefirió que fuesen otros los que se pronunciasen mientras él permanecía en silencio, con ademán concentrado.

Fue precisamente Quinto Opimio, el recién condecorado, quien más ardor puso en demandar una intervención urgente del ejército ante un acto de desobediencia flagrante. La legión destinada en la Citerior, afirmó, sería suficiente para meter en cintura a una simple *polis* hispana. Y si no lo era, para algo estaban las tropas acuarteladas de manera permanente en Castra Atiliana. La actuación debería ser inmediata y, sobre todo, ejemplarizante, zanjó.

Estuvieron de acuerdo con lo escuchado muchos de los que ya habían ejercido como pretores o cónsules en Hispania o en otras provincias. En especial Publio Cornelio Escipión Nassica Córculo, que instó a los reunidos a aprobar de manera unánime el decreto que sirviera para borrar de la faz de la tierra a una ciudad insolente llamada Segeda.

Abrió los ojos Porcio Catón de repente, pues los había cerrado hacía minutos para aislarse mejor de la algarabía. Para Acilio Glabrión, el gesto no pasó inadvertido. Conocía muy bien a su amigo, desde que ambos lucharan codo con codo en la temible batalla de las Termópilas. Era consciente de que el *princeps senatus* deseaba al fin hablar, pero no sabía si aquella voluntad urgente de expresarse respondía a alguna idea surgida de las reflexiones de un estoico confeso o al odio.

Estaba Escipión Nassica Córculo recibiendo la ovación de su bando político, los *optimates*, cuando se oyó a Glabrión exigir silencio a grandes voces, pues la excitación ante un posible conflicto armado había convertido a muchos senadores en ruidosos chiquillos. Mas no era la intención de Catón disertar a la ligera sobre los pormenores de una guerra todavía ilusoria, como a su entender habían hecho los otros. Por eso, antes de intervenir, escrutó al heraldo venido de Hispania como si quisiera dibujar su retrato de memoria.

—A ver, hijo, sobre esa ampliación de la que hablas —le dijo con la frente convertida en un haz de arrugas—, ¿existe realmente la certeza o es solo vuestra sospecha?

Pareció el joven militar inicialmente molesto con el tratamiento, y después algo atribulado por la pregunta. Hasta que su rostro dibujó una extraña mueca a medio camino entre la burla y la cólera.

—Hace ya algunos años que los belos invitaron a los titos a instalarse en los dos montículos aledaños a su gran fortaleza. O tal vez los obligaron. De eso no estamos seguros. Lo único cierto es que en Segeda han empezado a acumular materiales de construcción a las puertas del *oppidum* con intención, creemos, de dotar de defensas a los nuevos barrios. De hecho, ya han iniciado las obras. ¿Qué más pruebas quieres? Hasta un niño se habría dado cuenta de que su intención es levantar un muro enorme —afirmó con afectuosa impertinencia.

Acilio Glabrión tuvo que esforzarse para que retornara el respeto al turno de palabra pues la respuesta del tribuno había provocado algunos comentarios jocosos.

Asintió Catón con gravedad, ajeno a las risas de los *optimates*.

—Entiendo —murmuró, pellizcándose la mejilla con dos dedos—. Y esa muralla tan preocupante, ¿qué dimensiones tiene ya?

Desplegó su rollo el heraldo para ser enteramente fiel a lo anotado por los agrimensores.

—Veinte pasos de largo y unas dos varas de altura en su punto más alto. —Rieron esta vez los populares, y hasta los *optimates* mostraron su sorpresa por tan exiguo tamaño—. Pero nuestros ingenieros creen que alcanzará los cuarenta estadios cuando esté

terminada, y convertirá a Segeda en una fortaleza tal vez inexpugnable —añadió el tribuno en tono de ofensa.

Había bordeado Catón la ciudad que los belos y las demás tribus indígenas llamaban Sekaisa en su temeraria incursión en Celtiberia hacía cuarenta años. Contaba entonces el *oppidum* con unas defensas exteriores que apenas llegaban a los doce estadios. Su muralla norte era ciertamente admirable, igual que el foso. Por el sur, la cercanía del río protegía a la fortaleza lo suficiente como para no requerir más que un muro mucho más modesto. Le costaba al viejo senador imaginar una transformación tan rotunda.

—Pero esas labores de construcción, dado su reducido tamaño... —insistió Catón desde aquella pose de pensador ateniense—, bien podrían tratarse de una simple cerca para encerrar ganado; o, como mucho, de un almacén para guardar grano. ¿No te parece?

Sintió el tribuno el peso invisible y, sin embargo, colosal de trescientas miradas atentas. El Senado romano podía ser un órgano partido en dos bandos irreconciliables, pero en cuestiones de Estado, la demagogia quedaba olvidada. Y entonces la línea divisoria entre la facción *optimata* y la popular tendía a disimularse, si no a desaparecer por completo.

—Por su aspecto y trazado, no creemos que se trate de un mero corral o de un granero. Segeda pretende extenderse hacia el este, para proteger los nuevos enclaves ocupados por los titos. De ahí que mi pretor me haya enviado aquí en busca de órdenes — se defendió—. Lo que desea saber es si debemos atacar la ciudad de inmediato o simplemente hacerles un requerimiento para que depongan su actitud y derriben lo que ya han hecho.

Se rompió en mil pedazos el orden en la Cámara. A unos les parecía más adecuado el ataque fulminante con la consiguiente masacre. Y así lo hacían saber a grandes voces. Otros, por el contrario, apoyaban la opción más moderada de obligar a los belos a efectuar el derribo y ejecutar después a los cabecillas de la iniciativa, posiblemente a todo su Consejo. Crucificándolos en público para mayor escarnio.

Debatieron acaloradamente los magistrados, como era su costumbre, sobre la mejor manera de proceder; hasta que Acilio

Glabrión creyó cumplido el tiempo de las palabras y llegado el de las decisiones. No obstante, antes de llevar a cabo una votación a mano alzada, instó a los presentes a escuchar las consideraciones finales del *princeps senatus*.

Una quietud expectante se apoderó de la Curia Hostilia. Hasta los Escipiones admiraban, en secreto, a Marco Porcio Catón por su amor incondicional a la República y el respeto de sus valores. Sabían que detrás de aquel vejestorio de gesto huraño y carácter adusto se escondía el máximo defensor de la supremacía romana sobre todos los pueblos del mundo, especialmente los llamados bárbaros. Creía fervientemente el antiguo pretor, censor y cónsul en el derecho de Roma a someter —por la vía de la fuerza si hacía falta— a todas las tribus salvajes. A cualquier grupo humano cuyas costumbres, leyes y formas de gobierno se alejasen del precepto itálico. Y, ciertamente, los celtíberos eran de los más distantes.

—No podemos hacer *casus belli* de cualquier cosa —asentó entonces Catón para sorpresa de muchos—. Antes de desencadenar una guerra hay que estar muy seguro de dar los pasos precisos. ¿Qué conseguiríamos atacando ahora mismo la ciudad de Segeda? —se preguntó retóricamente, provocando una quietud imperfecta, una calma rumorosa horadada por el gusano de la indignación.

Pertenecían la voz y los comentarios a Publio Cornelio Escipión Emiliano, un joven senador con ganas de hacerse un hueco entre los grandes.

—¿Qué conseguiríamos atacando ahora, nos preguntas? ¡Restituir nuestra honra! ¿Te parece poco? Sea o no sea una gran muralla eso de lo que habla el tribuno, la mera ampliación o modificación de un *oppidum* es motivo suficiente para emprender una acción de castigo. ¡Lo dice el tratado firmado con esas bestias! ¡Hace mucho tiempo que los celtíberos se ríen de nosotros! ¡Llevamos dos décadas sin hostigarlos a pesar de que no pagan el *stipendium* y tampoco ceden auxiliares para nuestras legiones! ¡La burla debe cesar! —repuso el joven con vehemencia—. Voto por que el ataque a la ciudad de Segeda se produzca de manera inmediata. ¡Como ha dicho mi primo, ahora mismo podríamos destruir fácilmente esa fortaleza utilizando

las tropas acuarteladas en la Hispania Citerior! —aulló Escipión Emiliano.

Aborrecía Marco Porcio Catón a todos los Cornelios Escipiones, a los vivos y a los muertos. Por su vida licenciosa, por sus caprichos infantiles, por su afición desmedida al derroche y al lujo. Pero odiaba, sobre todo, a uno que ni siquiera era de la estirpe, sino adoptado. Se repasó el viejo senador el cráneo con una mano de dedos aplanados por el manejo de las armas. Después se expresó así, sin dar tiempo a que el gallinero se alborotase:

—Querido Publio, has dicho algunas cosas interesantes, pero, en general, no sabes de qué estás hablando. Apenas te acercaste a la guerra de Macedonia de la mano de tu padre, el gran Lucio Emilio Paulo, al que después despreciaste el apellido sin necesidad alguna. —Hizo Catón un gesto de asco, y una pausa para observar el enrojecimiento del joven magistrado y escuchar el pataleo de sus familiares en los bancos—. Quisiste ver de lejos una batalla, pero no aprendiste nada. No tienes ni idea de lo que es conducir un ejército ni gobernar una provincia. Como senador, apenas te están saliendo los dientes. Mira —prosiguió Catón como un abuelo aleccionando a un nieto con pocas luces—, una guerra es la última opción de todas las posibles, y esto te lo dice alguien que ya peleó en tres conflictos. Cuando tú eras apenas un niño se nos ocurrió enviar a dos generales supuestamente competentes para que sometieran la Celtiberia al Imperio, ¡y fracasaron! ¿Sabes por qué? Porque ambos azuzaron muchos avisperos al mismo tiempo y, lejos de acabar con la resistencia, consiguieron lo contrario: la alianza de todas aquellas tribus en contra de Roma. En la batalla final no se puede decir que lográramos gran cosa, excepto llenar el Mons Caunus de tumbas romanas. Y a pesar de que Graco se trajo un pacto con unas supuestas obligaciones por parte del enemigo, el entendimiento fue más teórico que práctico. De hecho, todavía estamos pagando las consecuencias de aquel desastre.

Hizo el orador una larga pausa por si alguno de los anteriormente aludidos sobre el fiasco de aquella guerra, o alguno de sus parientes, quisiera decir algo. Pero nadie argumentó una sola palabra en su descargo; entre otras cosas porque Fulvio Flaco ya

estaba muerto y Sempronio Graco no se encontraba precisamente en condiciones de defenderse. Así pues, Catón creyó allanado el camino para seguir aleccionando a un senador todavía en ciernes.

—Es cierto que debemos hacer algo para que la Celtiberia sea cuanto antes un territorio sumiso y rentable, y no un agujero permanente en nuestras arcas, además de un dolor de cabeza —admitió—. Pero atacar Segeda tan solo por la sospecha de que sus habitantes han empezado a levantar un tabique podría soliviantar al resto de tribus. Y volveríamos al punto de partida. Es decir, justo donde lo dejamos hace veinticinco años. —Se inflamó de nuevo la sala de una ira vieja y latente. Arreció su voz Catón para hacerse oír entre el tumulto—. ¿Creéis acaso que los belos comenzarían a pagar tributos voluntariamente si arrasáramos su *oppidum* mañana mismo? ¿Estáis seguros de que arévacos, titos, lusones y pelendones se quedarían de brazos cruzados tras lo que iban a considerar una medida desproporcionada? ¿Pensáis que estamos ya listos para librar otra gran guerra pasado mañana?

—Pero, entonces, ¿qué propones? —preguntó un desnortado Escipión Emiliano.

—Esperar.

—¿Esperar a qué? —seguía manteniendo el joven senador el ceño arrugado.

—¡A que el desacato se confirme, maldita sea!

El tono firme de Catón y el exabrupto provocaron en el joven Escipión un ligero sobresalto. De repente, el anciano senador le pareció un curtido centurión a punto de ensartarlo con su *gladius*.

—Me... me parece bien lo que dices —murmuró mansamente—. Pero si al final ese tabique se convierte en muralla, ¿cuándo actuaremos? ¿Cuando tenga dos estadios de largo? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Cuál sería el límite tolerable?

Era Catón un hombre singular en la vida civil. No había amo en Roma que dispensase un trato más exquisito y humano a sus sirvientes. De hecho, acababa de contraer matrimonio en segundas nupcias con Salonia, su esclava más joven y bella. En lo militar, igual que en el Senado con sus rivales políticos, Marco Porcio Catón era

un demonio implacable. Un ser para quien la victoria resultaba más gloriosa cuanto mayor fuese el padecimiento del enemigo vencido.

—El límite tolerable me preguntas... —murmuró el *princeps senatus* esbozando una sonrisa siniestra—. ¡Les ordenaremos destruir esa maldita muralla cuando haya crecido lo suficiente como para que su derribo les resulte más doloroso que matar a una madre! —exclamó—. Y como no lo harán... —continuó—, entonces habrá llegado el momento de reducir Segeda a escombros, matar a todos sus habitantes, y demostrar al resto de pueblos celtíberos las consecuencias que conlleva el desacato a Roma.

Ni siquiera Escipión Nassica Córculo, máximo rival de Catón en la Cámara, se atrevió a contradecir la propuesta.

—Estamos de acuerdo con la estrategia —afirmó en nombre de su familia.

II

Ciudad celtíbera de Sekaisa, año 154 a.C., mediados de octubre.

Le gustaba a Caro admirar su proyecto durante el crepúsculo. Consideraba casi suya la nueva muralla. Al fin y al cabo, él había sido el principal valedor de la idea. Estaba cumpliendo, sentía, con la voluntad y el legado de su difunto padre, el gran caudillo Magilo. Su carácter fogoso y su fama de hombre violento le habían proporcionado el respeto de la Asamblea de Jóvenes de Sekaisa. Ese apoyo incondicional del sector más ruidoso y beligerante de la ciudad era el que había vencido finalmente la reticencia del Consejo de Ancianos a abordar una ampliación absolutamente necesaria.

No era ya la capital de los belos la ciudad encerrada en sí misma de antaño. La paz con Roma había hecho florecer el comercio, la agricultura, la artesanía, la ganadería..., pero sobre todo había incrementado su población de manera muy notable. Nacían más niños que cuando había conflictos con las legiones itálicas, y apenas moría nadie prematuramente. No obstante, buena parte de aquel esplendor podía anotarse en el haber del gran Magilo, padre de Caro y líder legendario durante la guerra contra Roma. Él había sido el primero en tomar una decisión insólita en toda la Celtiberia: repartir algunas tierras entre los desfavorecidos.

Amparado en su incuestionable prestigio, Magilo presionó a los clanes más poderosos para que sus integrantes cedieran pequeñas parcelas a quienes no tenían dónde caerse muertos. Dijeron que sí los terratenientes para no irritar al gran líder guerrero, pero únicamente entregaron secos pedregales y terrenos en pendiente; zonas en las que difícilmente se podría meter un arado y cultivar algo. Aun así, la medida atrajo a muchos.

Vinieron familias enteras que llevaban años deambulando sin ton ni son por el páramo. Se acercaron grandes gentilidades pertenecientes a la modesta estirpe de los titos. Llegaron gentes desheredadas de las grandes ciudades y de sus propios clanes. Magilo los recibió a todos con los brazos abiertos y, además, a quienes traían pequeñuelos les obsequió con una oveja y una cabra, para que a los alevines celtíberos no les faltara la leche caliente las primeras noches. Obviamente, no les dio vacas y mucho menos caballos, pues la crianza de cierto ganado estaba reservada a los linajes más aristocráticos. En realidad, tampoco era la pretensión del gran caudillo erradicar por completo las diferencias sociales. Su idea primigenia consistía en convertir Sekaisa en un *oppidum* populoso, con más manos para el trabajo pero, sobre todo, con más brazos para empuñar una espada en caso de una nueva confrontación contra Roma. Y aunque ya no pudo comprobar del todo los resultados de su política, lo cierto es que las cosas salieron, a priori, mejor de lo previsto.

Posiblemente, el mítico padre de Caro no había contado con que el disfrute de un triste terruño atraería a tantos menesterosos. Hasta el punto de que los dos montículos aledaños a Sekaisa pronto quedaron abarrotados de casuchas y cuevas excavadas en sus laderas, incluso de calles y senderos que comunicaban aquellos barrios periféricos con la gran urbe. Y así, la ciudad fue haciéndose enorme y comenzó a rebosar gente por sus cuatro costados, de tal forma que resultó imposible encontrar un rincón con techumbre dentro del recinto amurallado. De ahí que a muchos de los recién llegados no les quedara más remedio que ir asentándose extramuros.

Como era de esperar, aquellos nuevos moradores decidieron un buen día hacerse oír ante el Consejo. Demandaron algo aparentemente lógico y humano: la ampliación de la antigua muralla hasta que todos, no solo los antiguos habitantes, quedaran protegidos de los peligros.

Se miraron unos a otros los ancianos del máximo órgano regente con cara de circunstancias antes de desestimar cualquier tipo de obra. Adujeron que en Sekaisa y alrededores ya no había alimañas

humanas ni riesgos de sufrir un ataque; y por eso le dieron largas al representante. No en vano, la mayor parte de aquellos viejos consejeros había peleado en la guerra que todas las tribus celtíberas libraron por su libertad contra el general romano Tiberio Sempronio Graco. Todos se acordaban de la infausta batalla del Mons Caunus, de los gritos, de los muertos, de las tres noches de batalla entre tormentas. Y de las promesas vertidas cuando ambos bandos comparecieron por última vez en la campa de Arekoratas para terminar de matarse, pero terminaron pactando, porque ni el cónsul ni los líderes celtíberos eran capaces de discernir quién iba ganando y quién perdiendo en un choque que pareció interminable.

Se marchó el embajador de los advenedizos mascullando letanías por lo bajo, pero retornó al día siguiente con un compañero, un heraldo nombrado por las muchas gentilidades pertenecientes a la estirpe de los titos. Entregaron ambos hombres un mensaje muy breve y sencillo: deseaban ser escuchados por la Asamblea de Jóvenes.

Resultó curioso, aunque no sorprendente, ver temblar a los ancianos del *oppidum*. Pero es que sabían de antemano cuál sería el resultado de una votación que implicase a todos los estamentos de la urbe. Porque ellos también habían sido jóvenes y alocados y conocían de sobra los males y las consecuencias de una enfermedad que solo se cura con el discurrir de los años.

Fue apabullante el resultado. Y fueron las soflamas de Caro las que más soliviantaron a las masas en favor de los demandantes. Por algo había heredado el líder de los guerreros de Sekaisa las hechuras de su padre, su imponente aspecto de oso cavernario, su retórica encendida, sus ademanes intimidantes y, fundamentalmente, una fe ciega en las ideas que encerraba su cabeza.

Cierto era, no obstante, que a la antigua Asamblea de Jóvenes Guerreros se le había caído la última palabra del nombre, debido al desuso. Ya no se formaban coaliciones, ni grandes ejércitos para dar batalla a un invasor casi invisible. Pero la fuerza de la costumbre, y también las escaramuzas continuas entre ciudades rivales, mantenían viva una junta que, más que mostrar el sentir del sector

más juvenil, era ya la voz del pueblo llano. De ahí que su dictamen se considerase indiscutible; incluso para el Consejo y los clanes más influyentes.

Se regodeaba Caro en la contemplación de su muralla mientras mordisqueaba una manzana sentado sobre un pedrusco. Al fin y al cabo, aquella obra tenía para él una clara simbología. Hablaba de su liderazgo incuestionable en la fortaleza, del respeto de casi toda la población por su palabra y del peso de sus convicciones. Significaba también la unión de un gran grupo, relativamente variopinto, en el compromiso de avanzar y progresar juntos. Porque en la construcción de la nueva Sekaisa, Caro había logrado finalmente arrastrar a todos. A los ricos, a los pobres, a los jóvenes, a los casi ancianos, a los convencidos e incluso a los tibios. Desgraciadamente, y aunque el hijo del gran Magilo no era consciente de ello, el grueso muro con relleno de piedras representaba un desafío intolerable para una fiera agazapada llamada Roma.

Parpadeó Caro varias veces pensando que el sol oblicuo de la tarde le hacía ver visiones. Se limpió el sudor de los ojos con una mano manchada de tierra, pero no notó ninguna mejoría. El espectro continuaba allí, inmóvil, surgido de la nada, plantado a solo cinco pasos, mirándolo desde las profundidades de una capucha negra en la que no se distinguían rasgos ni pupilas. Solo cuando el desconocido se movió para acercarse tintinearón las cadenas que aquella silueta parda llevaba sujetas a un tobillo. Caro supo entonces de quién se trataba.

—Tú...tú eres... ¡la Sombra! —balbució perplejo mientras la manzana se le escurría entre los dedos.

—Mmm... sí —resolló lacónico el brujo más venerado y temido en toda la Celtiberia.

Miró Caro con ojos incrédulos la figura fantasmal que caminaba apoyada en un robusto bastón de boj coronado por una minúscula calavera humana. Si alguien le hubiera dicho en ese instante que debajo de aquel *sagum* oscuro y raído se escondía un esqueleto, él lo habría creído sin dudarlo.

—Mi padre me dijo que volverías después de veinticinco años... ¿Ya... ya ha pasado todo ese tiempo? —preguntó todavía

estupefacto.

Emitió el druida un suspiro de cansancio. En vez de responder lanzó un vistazo evaluativo a las obras de la muralla y a los torreones que deberían defenderla cada sesenta pasos.

—¿Con quién has contado antes de ordenar levantar todo esto?

Esbozó Caro un gesto malicioso.

—¿Y tú me lo preguntas? Mi padre solía decirme que lo sabías todo...

Giró su cabeza la Sombra lentamente. Después emitió un resoplido, como si el comentario le hubiera hecho gracia.

—Oh, sí, tu padre, el gran Magilo, lo recuerdo. Tuve que ser paciente con él al explicarle muchos conceptos. No era muy listo —rememoró—, pero al menos llevó una vida recta y dejó las cosas como se las encontró. Puede que un poco mejor incluso. En cambio, tú... —ladeó su cabeza el brujo como para mostrar sus dudas—, todavía no sabemos cómo acabará esta historia.

Acusó Caro el mordisco en su orgullo de caudillo.

—¿Qué pretendes insinuar? —inquirió desafiante.

Obvió la Sombra la pregunta y volvió a examinar los cerca de siete estadios de muro ya erigidos que, unidos a los veinte ya existentes, conferirían a Sekaisa el aspecto de una urbe enorme y marmórea.

—¿Tuvisteis en cuenta a los arévacos a la hora de abordar el proyecto?

—Pedirles permiso quieres decir...

—Sí.

Asestó Caro un furioso puntapié a la manzana que reposaba en el suelo.

—¿Por qué diablos tendríamos que consultar con nadie?

—Por respeto y por prudencia —asentó, tajante, la Sombra.

Empezó a sentir Caro las aristas cortantes del pedrusco bajo sus posaderas.

—Muchos arévacos vienen por aquí para comerciar con nosotros, para celebrar el plenilunio o para casarse con nuestras mujeres. Han visto crecer la muralla desde el principio y jamás se han opuesto.

Pareció la Sombra un espantapájaros diabólico mientras escuchaba, indiferente, el alegato de Caro.

—¿Y con los pelendones... habéis hablado?

Le indignó la pregunta al líder de los guerreros.

—¿Qué les importa a esos pastores de la montaña lo que hagamos los belos con nuestros asuntos?

—¿Y con los lusones?

—¡Tampoco!

—¿Ni siquiera lo has comentado con tu primo?

—¿Con Leukon?

—¿Tienes más primos, acaso?

Se revolvió Caro, incómodo sobre el sillarejo.

—¡Vive en Contrebia Leucade! ¡Se acababa de quedar viudo cuando empezamos las obras! ¡Nos vimos en el funeral de su mujer! ¡No era el momento de hablar de estas cosas!

—Pero algo le dirías... —insistió la Sombra.

—Poca cosa.

—¿Y te dio su aprobación?

La paciencia de Caro pareció llegar a su límite.

—¿A qué viene tanto interrogatorio, maldito vejestorio? ¿Vas a decirme qué te ha traído de vuelta a Sekaisa después de tantos años?

Se agitó el capuchón pardo con un vaivén de pesadumbre.

—Has heredado el mal carácter de tu padre y, posiblemente, su afición por la bebida y las mujeres de mala vida, pero no su diplomacia —se lamentó la Sombra—. Tal vez ya no te acuerdes, pero el gran Magilo logró reunir a todos los pueblos de la Meseta y del valle del Hiberus para la batalla del Mons Caunus. Incluso los vacceos quisieron formar parte de esa coalición.

Fue Caro de Sekaisa quien pareció divertido entonces por una parte de la historia celtíbera que sonaba a cuento de viejas.

—¿Te refieres a la última guerra? ¡Hace mucho que nadie habla ya de eso! ¿A quién le preocupan ahora mismo los romanos? —rió—. El último militar itálico que apareció por aquí fue uno llamado Máximo Vento y lo hizo para casarse con mi tía Elvia. —Se abrió de brazos el fornido celtíbero. También mostró los dientes en una sonrisa amplia

y confiada—. Apenas pagamos tributos en moneda uno o dos años tras el pacto firmado por mi padre, y después... simplemente nos negamos. Nunca cedimos ni un solo hombre a los pretores de la Citerior para que prestaran servicio en las legiones, y tampoco pasó nada. Roma nos tiene miedo. Y si lo que te preocupa es que esta muralla les dé que pensar..., a nosotros no nos importa. Ya hicimos sacrificios a los dioses y metimos varias vasijas con huesos de ciervos y jabalíes en el relleno. A la vista está que la nueva Sekaisa es una fortaleza más fuerte que en tiempos de mi padre —zanjó Caro, haciendo un gesto abarcador con el brazo—. Y ahora, ¿vas a decirme a qué has venido?

Pensó la Sombra largo rato su respuesta. Y la expuso de manera algo enigmática.

—Hubo una vez un hombre que se salvó de un naufragio —comenzó—. Tuvo la suerte de encontrar un gran madero flotando. Se aferró a él y, como vio a otros a punto de ahogarse, empezó a dar voces para atraerlos. Estos llamaron a otros. Al final vinieron tantos que el poste se hundió y perecieron todos.

Agitó la cabeza Caro como si las moscas le estuvieran comiendo los ojos. Le resultó imposible captar el paralelismo entre el madero flotante y su *oppidum*.

—Maldito brujo del diablo, mi padre solía decir que le hablabas a veces con la lengua torcida —rezongó—. Ahora veo que tenía razón porque no hay quien te entienda.

Emprendió la Sombra el camino de su cueva en los arrabales de Sekaisa, pero al pasar junto al líder de los jóvenes se detuvo de nuevo.

—Te sientas en esa piedra todas las tardes, pero la vanidad te impide ver más allá de tus narices —le dijo antes de señalar con su cayado el horizonte más cercano al *oppidum*—. ¿Crees acaso que los reflejos dorados en esos montes son pepitas de oro escapadas del río Salo?

Examinó Caro los destellos de un horizonte bastante cercano con ojos entornados. Comprobó que algunos se movían, otros desaparecían para surgir a pocos pasos segundos más tarde.

—Insinúas que esos brillos son... —murmuró sin dejar de escrutar los riscos.

—¡Son cascos romanos, imbécil! ¡Y debajo de ellos viven quienes llevan mucho tiempo espiando la construcción de esa muralla! ¡Ni siquiera has tenido la precaución de colocar vigías en los alrededores! —graznó el brujo antes de emprender el camino a su antigua morada.

III

Penetró la Sombra en su antigua cueva con la certeza de encontrarla vacía. Ni siquiera las ratas se habían aventurado a husmear dentro durante su ausencia. A decir verdad, solo en una ocasión la imperiosa necesidad de vivienda había llevado a un temerario a desafiar la leyenda. Pero salió a los dos minutos, con el gesto desencajado y los ojos en blanco. Murió el desdichado en brazos de los suyos en medio de violentas convulsiones. No obstante, antes de expirar le dio tiempo a relatar lo visto.

Al parecer, las paredes de la caverna lucían pinturas horribles: caballos de hocico bífido y cola de dragón, peces con dos cabezas, aves de tres alas y una sola pata, animales jorobados y amorfos con un único ojo en la frente... También los cuencos que la Sombra empleaba en sus pócimas estaban decorados con la misma fauna monstruosa. Al fin y al cabo, eso era lo que, según decían, el brujo había visto a diario en el inframundo de Vaélico, a cuyo trono había estado encadenado durante dos eternidades completas, hasta su liberación o su fuga.

No obstante, poco revuelo provocó en Sekaisa el retorno de la Sombra. De hecho, algunos afirmaban que no había vuelto. Fiel a su *modus vivendi*, en las siguientes dos semanas el druida apenas abandonó su guarida. Y si lo hizo, fue de noche, a la hora de los gatos y los murciélagos. Se mantuvo ocupado confeccionando sus misteriosos brebajes en una oscuridad oleaginosa en la que solo él era capaz de localizar sus preciados elementos. La extrema concentración en los ingredientes que ponía en su marmita y sus precisas proporciones no le impidieron, sin embargo, escuchar el cuerno de los peligros.

Hacía décadas que no sonaba aquel instrumento de alarma. Mas lo hizo con estruendo funesto en las calendas de noviembre. Tras el

largo lamento se oyeron gritos y pasos acelerados en todas direcciones. Hasta la cueva del brujo llegó también el rechinar de los tornos y las cadenas que atrancaban las cuatro puertas de la fortaleza una vez que todo el mundo estuvo a salvo intramuros. No pareció extrañado el brujo por el posterior silencio, ni por el gruñido de los goznes que volvían a abrir los batientes de la puerta norte a algún visitante imprevisto. Continuó con su meticuloso trabajo hasta que Caro y Alucio, el consejero más anciano de Sekaisa, se presentaron en la boca de la gruta unos minutos más tarde.

Vocearon ambos hombres antes de invadir un espacio casi vedado para los humanos, pero no obtuvieron respuesta. Y aun así entraron. Uno, el viejo, venía pálido como un muerto. Al jefe de los jóvenes se le leía el desconcierto en la escasa porción de rostro que le asomaba entre la melena y las barbas.

Habló Alucio, el *viros veramos* de la ciudad. Es decir, el miembro del Consejo más antiguo, rico y respetado. Por él había preguntado precisamente el decurión romano que había venido al mando de una turma de caballería. Para entregar un pergamino que el venerable mandatario sostenía entre un manojo de dedos temblones.

—¡Me... me citan! —farfulló sin que la Sombra levantara la vista de su marmita—. ¡Me cita el Senado de Roma! —repitió más alto, al filo del grito.

—Mmm... —murmuró el brujo, al parecer contrariado por el insuficiente grado de ebullición de su caldo. Avivó entonces la fogata añadiendo un par de leños.

—¡El Senado de Roma pretende que comparezca ante ellos! ¡Como miembro más destacado de este Consejo, quieren que me desplace al otro lado del mar para responder a sus preguntas! ¡Y me temo que todas tendrán que ver con esa maldita muralla! —Las voces histéricas de Alucio rebotaban en las paredes de la cueva como los chillidos de un conejo atrapado en las fauces de un zorro.

Probó la Sombra su bálsamo y movió levemente la cabeza, insatisfecho. Buscó un recipiente en una cornisa cercana del que vertió algunos polvos. Tras una llamarada, el color de la pasta adquirió una tonalidad cárdena.

—¿De dónde han venido esos romanos? —preguntó casi ausente.

—De Castra Atiliana. ¿Sabes dónde está?

—¡Pues claro! —La irritación interrumpió temporalmente las labores del druida—. ¿Y cuándo se cumple el plazo para la comparecencia?

—¡En los *idus* de este mes! ¡Apenas quedan trece días!

Reparó la Sombra en el portarrollos que Caro llevaba bajo la axila. Sin duda protegía algún documento también importante.

—Y eso es el salvoconducto para el viaje —infirió sin temor a equivocarse—. Para tomar cualquier embarcación con rumbo a Roma desde Tarraco, Emporiae o Carthago Nova.

—Así es —admitió Alucio antes de volver a expresarse atropelladamente—. ¿Pero es que no lo entiendes? Soy demasiado viejo para afrontar ese viaje. ¡Moriré sin llegar a pisar Roma! Necesitamos que nos digas qué ocurrirá si no me presento... Al fin y al cabo, el escrito no dice nada sobre posibles consecuencias ni represalias. Tal vez no pase nada y todo continúe como hasta ahora...

Espolvoreó el druida su caldo con nuevos ingredientes casi invisibles, aunque sí apestosos en grado sumo. Lameteó el palo con el que revolvía todo el amasijo y quedó, aparentemente, más conforme.

—Irá él —dijo, apuntando al portador del salvoconducto con su agitador de pócimas.

Sintió Caro el señalamiento como un flechazo.

—¿Yo? ¿A Roma? Ahí dice que debe ser el miembro más ilustre del Consejo quien se presente.

Se movió el capuchón de la Sombra, de lado a lado, en ademán desaprobatorio. Echó el brujo más polvos a la marmita, de dos frascos distintos. Un breve chisporroteo provocó una densa espuma en la superficie del brebaje.

—Ahora sí —musitó antes de enfilar a sus dos invitados con su mirada invisible y hablarles de manera críptica—. Hay un animal en África que entierra su cabeza en el suelo cuando presiente que va a ser devorado por una fiera. La maniobra no le evita la muerte, pero sí el mal rato. Se llama avestruz —explicó, y se quedó observando la reacción de sus dos invitados.

Un silencio de necrópolis siguió al extraño cuento. Se miraron Caro y Alucio en la penumbra de la cueva sin llegar a verse por completo los rostros.

—Yo no conozco a ese bicho —gruñó el guerrero—, y ni quiera sé dónde queda África. Ya te dije que no nos ayudaría —le dijo a su compañero.

—África está más allá de los turdetanos, creo —explicó el *viros veramos*—. Al otro lado del mar estrecho, de donde vinieron los cartagineses. En cualquier caso, creo que lo que ha pretendido es llamarnos cobardes; sobre todo a ti, que eres más joven.

Estrujó Caro el portarrollos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Cobarde yo? —elevó la voz, empuñando el documento como si fuera una falcata—. ¡Dame lo mismo que le diste a mi padre para la batalla del Mons Caunus y verás de qué es capaz el hijo del gran Magilo!

Asintió la Sombra ceremoniosamente.

—Claro, justo acabo de prepararlo —dijo, y volcó el contenido de la marmita en una jarra de gran tamaño—. ¡Bebe!

Dudaba el joven guerrero al ver las extrañas irisaciones del líquido y los borbotones.

—¿Y me hará efecto?

Se mostró cauto la Sombra ante los resultados finales de su preparado.

—Al menos te hará parecer un hombre digno; y, sobre todo, evitará que te lo hagas encima cuando te veas encerrado entre trescientas hienas.

IV

Convocó Caro a la asamblea del pueblo aquella misma tarde. Y forzó al Consejo de Ancianos a comparecer ante ella. Quería que todos en Sekaisa conocieran la obligación de la ciudad a comparecer ante el Senado romano. Al fin y al cabo, la gente tan solo había visto a un suboficial itálico entregándole a Alucio un par de pergaminos. Y eso, en principio, no tenía por qué significar una hecatombe.

Acudieron al acto casi ocho mil almas, aunque no todos pudieron presenciar los discursos desde el interior de la plaza. Muchos tuvieron que instalarse en la techumbre de los soportales mientras que otros asistieron al cónclave apiñados en el adarve de la muralla.

Aparecieron en primer lugar los viejos mandatarios de las doce gentilidades más numerosas e importantes del *oppidum*. Mantenían el gesto grave e inexpresivo de las grandes ocasiones tras el que trataban de esconder el abatimiento. Leyó primero el *viros veramos* el contenido completo del mensaje en lengua latina y después lo tradujo al celtíbero por si a alguno se le habían escapado matices. A continuación, y antes de que el público se enredara en cábalas, dio por sentado que el motivo de tan urgente requerimiento era la construcción de la nueva muralla. Sugirió, por lo tanto, buscar un rápido entendimiento con la parte demandante, incluso si eso implicaba la paralización o el derrumbe de las obras. Con ese objetivo, el de la paz y la concordia, los ancianos de la ciudad habían decidido mandar a Roma al primogénito de quien había suscrito los famosos pactos con el pretor Graco. Hablaron en la misma línea los once miembros restantes. Pero lo cierto es que cosecharon más silencio que aplausos.

Compareció Caro ante los suyos ataviado con una rutilante cota de malla y un casco de antenas, como si de allí fuera a marcharse directamente a la batalla. Sus primeras palabras fueron para

contradecir el pesimismo de los ancianos o, al menos convertir los nubarrones de la amenaza en un inofensivo nublado. No estaba claro, aseguró, que Roma deseara la destrucción de la nueva Sekaisa. En cualquier caso, afirmó, todos podían respirar tranquilos pues él defendería los intereses de la ciudad con el orgullo propio de los de su raza. Y si de repente el Senado ignoraba un tratado cuyo espíritu nadie, a su entender, había vulnerado, Sekaisa y todas las ciudades pertenecientes a la antigua confederación de pueblos celtíberos serían ya libres para aplastar a cualquier contingente itálico que osase adentrarse en su territorio, afirmó a voz en grito.

Fue aquella declaración temeraria y un tanto histriónica la que enardeció el ambiente y desencadenó una música que no se escuchaba en ninguna fortaleza desde hacía dos décadas y media: el estruendo metálico de las falcatas sobre los umbos de miles de escudos. Rugió la plaza y respondió el adarve con igual estampido de gritos cuando Caro ondeó su espada sobre la cabeza. Aquel fue el momento elegido por los miembros del Consejo para abandonar el estrado.

Se bajaron de la tarima con la cabeza baja, apoyados los unos en los otros como si el acontecimiento les hubiera echado diez años encima en solo diez minutos. Mas era en verdad el miedo y no la edad lo que les hacía flaquear las piernas, porque el último mensaje de Caro a un público ya entregado fue el de continuar con la construcción de la muralla durante su ausencia; como si nada ocurriera, como si la misiva de Roma fuera un trozo de tela inservible con el que limpiarse el trasero. El mismo Caro se sorprendió de la osadía de sus palabras y de la ferocidad de sus ademanes, pero lo atribuyó todo a la pócima proporcionada por la Sombra para convertirlo en un hombre más valeroso.

Tras los vítores vinieron las despedidas de quienes ya se iban para poder cumplir con los plazos concedidos por el Senado. Porque a pesar del valor imbuido por el brujo con su brebaje, Caro deseaba ser puntual en su cita y, además, decidió a última hora hacerse acompañar para aquel largo viaje de tres hombres de confianza.

Se abrazaron a sus mujeres e hijos los que partían hacia lo desconocido. Así al menos lo sentían los tres lugartenientes, que

jamás habían pisado la otra orilla del Hiberus y por supuesto, nunca se habían aventurado en la inmensidad del Mare Internum. Caro apenas le dedicó a su esposa Silvis un gruñido que valía por un adiós. A su hijo Lorien le lanzó una mirada distraída desde lo alto del caballo. No destacaba el jefe de los jóvenes guerreros por ser un hombre afectuoso y mucho menos un esposo modélico. En realidad, se había casado únicamente por cumplir la voluntad de su padre. Porque según el gran Magilo, el clan de los Bodevidescos —los de las grandes victorias— no podía ir a menos. Además, un caudillo debía tener al menos un heredero para ocupar su puesto. Y, en cualquier caso, la vida disoluta de un líder no suponía menoscabo alguno para su fama. De hecho, la popularidad de Caro entre los suyos le venía por su resistencia a la borrachera, su destreza con las armas y, sobre todo, por un amor indeleble a la ciudad que lo había visto nacer veintinueve años antes.

Ascendieron los cuatro heraldos el valle del *Saló* hasta alcanzar su desembocadura en el Hiberus en apenas día y medio. Después siguieron el gran río hasta el vado de Hibera. Allí lo cruzaron con prudencia, con la corriente justo por debajo de la panza de sus caballos. A partir de ese instante, procuraron en todo momento sortear las ciudades que mantenían en su interior una guarnición romana. No es que desconfiasen del salvoconducto, pero preferían no tener que mostrárselo a nadie. Llegaron finalmente a Tarraco sin contratiempos una semana antes de los *idus* de noviembre.

No pudieron demorarse mucho en la admiración de una polis monumental, grandiosa y, a primera vista, inexpugnable. Sabían que quizá tuvieran que perder tiempo en el puerto hasta dar con la nave adecuada, como así ocurrió inevitablemente. Ningún barco parecía dispuesto a aceptar a cuatro hombres vestidos con pieles de lobo y armados hasta los dientes. Y por ello los embajadores belos decidieron en última instancia acudir a la Oficina de Aduanas.

Les ayudó aquel aspecto salvaje a abrirse paso entre un tumulto formado por mercaderes, compradores, marineros y esclavos. Encontraron a dos funcionarios dentro de la oficina, aunque solo uno

atendía al público que estaba allí para pagar el *portorium*. El otro parecía llevar media vida con los ojos puestos en la puerta.

Se levantó el romano de un salto nada más verlos entrar y, tras echar una breve ojeada al salvoconducto, los arrastró hasta un extremo del puerto. Al parecer el tiempo apremiaba.

Había una flotilla de tres corbitas cargando sus últimas ánforas olearias en el muelle más alejado. Todo debía de estar pactado de antemano con el propietario, incluso las raciones de comida que recibirían durante el trayecto. Porque a los celtíberos se les permitió saltar a bordo sin tener que dar explicaciones. También al mantenimiento de sus monturas hasta el regreso de Roma se avino el amable funcionario.

Se acomodaron los jóvenes belos en la cubierta de la mayor de aquellas naves panzudas. Eran barcos grandes, de entre veinticinco y treinta varas de eslora y dos grandes velas cuadradas en los mástiles. Como hicieran los ancianos del Consejo pocos días antes, los guerreros de Sekaisa escondieron su pánico a aquella agua infinita detrás de un rictus inexpresivo y sus barbas frondosas.

Afortunadamente, dada la estación del año, el *gubernator* optó por una navegación de cabotaje, sin perder nunca de vista la costa, aunque las noches las pasaron fondeados en medio de una oscuridad bamboleante y salitrosa, tendidos sobre cubierta, abrigados tan solo por sus recios sagos de lana áspera y sus chalecos de piel de lobo. Cuatro días más tarde vieron el puerto de Ostia. Y como nadie les había dicho nada, tomaron aquella ciudad por Roma. Al fin y al cabo, era muy grande y contaba con abundantes templos y monumentos.

Se burlaron los marineros ante el patético desconocimiento de los hispanos. Y rieron mucho más al ver sus rostros de asombro cuando arriaron unas velas que ya no servían de nada y se dejaron arrastrar río arriba por varias yuntas de bueyes. Era la única forma de remontar el Tiberis, les dijeron, y entregar su valioso cargamento en Roma.

Una jornada completa tardaron en alcanzar el embarcadero junto a la Porta Trigemina. Y apenas un minuto en percatarse de que ya estaban esperándolos. Había dos lictores bajo los arcos de la

muralla. A su espalda, una centuria completa de legionarios equipados con escudo oblongo, *gladius* e incluso *pilum*. Se sintió Caro importante por el recibimiento; pero a la par débil ante tan desproporcionado despliegue de tropas. Por primera vez tuvo el barrunto de que los romanos siempre habían dado por hecho que acudirían a la cita con el Senado. Porque parecían llevar tiempo preparando hasta el más mínimo de los detalles.

—Solo el representante del consejo de Segeda está autorizado a seguirme —les advirtió el lictor que llevaba la voz cantante.

Nunca había albergado Caro ilusiones de comparecer ante el Senado acompañado de sus amigos, pero tampoco contaba con tener que separarse de ellos tan pronto. Tragó saliva mientras esperaba a que el brebaje de la Sombra le hiciera de nuevo efecto. Solo cuando la templanza de los grandes líderes le serenó el pecho, despidió a sus lugartenientes con un gesto de la cabeza.

—Sin armas —exigió el guardián romano al ver que el jefe belo pretendía continuar adelante con su falcata y su daga.

—Para eso tendréis que matarme antes y os costará un poco —gruñó Caro—. Pero entonces tu querido Senado no tendría ya a nadie con quien entrevistarse esta tarde. Tú eliges.

Consultó al guardián con su compañero por medio de una mirada y obtuvo de él un breve asentimiento. Un segundo después, Caro de Sekaisa penetraba en la ciudad que ni siquiera el gran Aníbal había logrado ver por dentro seis décadas antes.

Iba como si fuera un prisionero de guerra y no un invitado. Aun así, a pesar de caminar escoltado por un pequeño ejército, el jefe de los guerreros de Sekaisa desfiló ante una multitud de curiosos con la cabeza bien erguida y la mano derecha sobre la empuñadura de su espada. Se había colocado también los dos brazaletes de oro, herencia de su padre, para que el brillo de aquel metal precioso rivalizara con el del fulgor de sus ojos. Para que ninguno de los usuarios del Viscus Tuscus pudiera confundirlo con un vencido o un esclavo.

Contempló solo de reojo el Circo Máximo, como si no le admirasen sus dimensiones y sus inmensos graderíos. Lanzó ojeadas aparentemente despectivas al Capitolio y al Palatino mientras pisaba

los empedrados de aquella concurrida vía pública con la dignidad del más valeroso caudillo celtíbero. Se arregló un poco las pieles de los hombros, se ajustó el tahalí del que pendía su espada y se ciñó de manera más firme los dos brazaletes cuando se vio a las puertas de la Curia Hostilia. Había logrado llegar a la cita con el destino, o con el enemigo, dos días antes de cumplirse el plazo.

Le habían preparado un tabladillo a pocos pasos de la entrada, con un amplio atril, por si hubiese traído consigo algún documento. La tarima de madera, observó, lo dejaría enfrentado a un gran hemiciclo de tres gradas llenas de senadores impertérritos. En algún momento de su vida todos aquellos prohombres habían ejercido como gobernantes o altos funcionarios en provincias ya sometidas al Imperio. Pocos, sin embargo, habían pisado el polvo de la Celtiberia. Casi ninguno había visto un bárbaro hispano de cerca. De ahí los ojos grandes, rebosantes de un estupor desdeñoso mientras contemplaban a un ser más parecido a un plantígrado que a un humano.

Subió el jefe de los belos los dos escalones que lo dejaban en lo alto del estrado en medio de un silencio expectante y desplegó la vista en torno a aquel mar de togas blancas. Notó con agrado cómo los senadores itálicos volvían la cabeza si él los miraba fijamente. Solo uno le aguantó el escrutinio. Lo tenía justo enfrente, en el centro del hemiciclo. Era viejo, y mantenía unos ojos muy azules escondidos entre rendijas. En realidad, todo su rostro era igual que un pergamino antiguo, arrugado miles de veces.

V

Despidió Marco Porcio Catón a los dos lictores que flanquean al celtíbero con un gesto crispado. Le exasperaba aquel día la incomparecencia de Liciniano a una sesión tan importante. Esta vez, la trifulca entre padre e hijo había resultado de lo más violenta.

—Di tu nombre y tu cargo en la ciudad de Segeda —le exigió Catón al recién llegado procurando modular el tono para no desvelar el enfado y la decepción que lo corroían por dentro.

Se había preguntado el joven belo cómo sería el recibimiento, si su presencia en aquella sala habría sido anunciada con anticipo, y si la lengua utilizada por los magistrados le resultaría comprensible. Vio mucho público congregado en el graderío más alto, el espacio reservado a los curiosos. Aquel gentío desbordante y el abrupto requerimiento le hicieron suponer que alguien había perdido las sandalias entre la Porta Trigemina y el Foro para comunicar la llegada de la delegación celtíbera. Sobre el segundo interrogante..., las palabras que escuchó y también el acento no diferían mucho de la jerga empleada por las tropas romanas de la frontera o los mercaderes ajenos a la Celtiberia.

—Me llamo Caro de Sekaisa —puntualizó—, del clan de los Bodevidescos, el de las grandes victorias, y soy el jefe de los guerreros de mi ciudad.

—¿Y eres también miembro de su Consejo?

—Sí —respondió Caro, arrogándose el derecho a ostentar el puesto. No en vano los ancianos lo habían enviado a él en representación de todos.

—Pero ciertamente —Catón entornó de nuevo los párpados—, no eres el *viros veramos*, como vosotros decís...

Las barbas escondieron la sonrisa del joven belo, pero no su tono de sarcasmo.

—Alucio es tan viejo como tú. No habría soportado el viaje. ¿Qué querías? ¿Hablar con un muerto?

Permaneció inmutable Catón, a pesar de la insolencia y los comentarios. Algunos, como el cónsul Quinto Opimio, ya estaban protestando por el tono altanero del invitado.

—No —reconoció—. Solo a un miembro, vivo, del Consejo de Segeda podemos pedirle que nos rinda cuentas por el incumplimiento de los pactos suscritos por el pueblo celtíbero con el pretor Graco hace veinticinco años. Y esperamos que tú lo hagas, aquí y ahora. Para eso te hemos llamado.

Se agarró Caro el atril con ambas manos como había hecho en el barco al sentir el primer mareo. Después carraspeó para que la voz le saliera sin altibajos.

—¿Te refieres a los trabajos de remodelación de la urbe?

—Podemos empezar por ahí, si quieres, aunque yo lo llamaría «muralla» para aclararnos —sostuvo Catón con gesto huraño—. Con más de seis estadios de longitud y una altura de once codos, según nuestros últimos informes, ya podemos decir que no planeáis construir una cerca para encerrar ganado...

Compuso el joven guerrero un gesto de fastidio.

—No podéis pretender que los habitantes de Sekaisa vivamos hacinados como las ovejas, amontonados dentro de un corral sin espacio ni para revolverse —adujo apuntando con un dedo acusador al *princeps senatus*—. La ciudad ha crecido mucho en estos últimos años. Han nacido nuevas familias. Otras han venido de lejos. No cabíamos ya en el viejo *oppidum*. Hemos tenido que construir barrios enteros donde ubicar a los nuevos moradores. Y de ahí el muro que debe protegerlos de los peligros.

Asintió Catón displicente, sabiéndose observado por todos, en especial por Opimio y Acilio Glabrión, pues los dos cónsules le habían cedido el protagonismo del interrogatorio al bárbaro. Lo consideraban más experto en el tema de las rebeliones.

—Pero un tratado es un tratado... —cabeceó el *princeps senatus*, pertinaz en su idea de no dejarle ni un solo resquicio de escapatoria a su oponente—. Incluso un celtíbero es capaz de comprender la seriedad del compromiso y la gravedad de su incumplimiento...

Meneó Caro la cabeza con desaprobación al escuchar algunas risas. Sintió que lo tomaban por tonto, por un bárbaro sin luces.

—En realidad, no sabemos con exactitud lo que el pretor de la Hispania Citerior y mi padre hablaron en el bosque de Burado tras la batalla. Seguramente estipularon algunas cláusulas que a buen seguro no serían tan estrictas como queréis entender vosotros — aseveró lentamente con el fin de no atropellarse.

—¿Has dicho tu padre? —lo interrumpió Catón enarcando una ceja.

—Sí.

—Vaya. Qué interesante el parentesco. Y se llamaba Magilo, ¿verdad?

Ahora fue Caro el sorprendido porque el nombre de su progenitor hubiese viajado a través del tiempo hasta el presente. Imaginó que los romanos mantenían la misma tradición oral de los celtíberos: la de contar a sus vástagos historias antiguas sobre grandes batallas y enemigos míticos al amor de la lumbre.

—Así es. Él fue el elegido por todas las tribus para alcanzar una tregua —comenzó a decir un Caro henchido de orgullo.

—Todas... menos una —lo interrumpió Catón.

Agitó el joven de Sekaisa el aire de la sala con un manotazo indolente.

—Bueno..., eso es lo que algunos afirman, pero ni siquiera yo podría confirmar la veracidad de ese dato. Como te decía antes, a los tratados hechos de palabra los sepulta siempre la leyenda y los deforman los años. Por eso conviene reinterpretarlos de vez en cuando, con el fin de mantener el espíritu con el que se crearon. Si todavía viviera Sempronio Graco, él podría arrojar luz sobre la conversación mantenida en el Mons Caunus. Nos hablaría, a buen seguro, de las cesiones que ambas partes hicieron para alcanzar un acuerdo que dejara a todos contentos.

Se sintió satisfecho Caro tras su alegato en lengua itálica. Se había mostrado elocuente en su defensa. Había argüido una razón inapelable —la de la superpoblación de la urbe— que cualquier persona provista de sentimientos y lógica entendería a la primera. La del desgaste de las palabras a causa del tiempo también le pareció

un argumento válido, incluso brillante. En todo ello estaba pensando cuando percibió movimientos a su derecha.

Aunque él lo desconocía, se trataba del graderío ocupado fundamentalmente por el bando de los populares. Allí, un numeroso grupo de senadores estaba levantándose de sus asientos para formar un curioso círculo alrededor de un compañero. La maniobra pretendía dejar aislado, y a la vista de todos, a un personaje raquítico e inmóvil.

—Como ves, Tiberio Sempronio Graco aún vive —afirmó de repente Catón—, pero dudo que nos sea de mucha ayuda. Su cabeza, me temo, ya no está con nosotros. De hecho, todos nos preguntamos por qué sus familiares persisten en seguir trayéndolo al Senado cuando es incapaz de sonarse los mocos.

Se fijó Caro de Sekaisa en la figura que permanecía sentada en su escaño. Un ser más muerto que vivo. Una estatua pálida con la mirada perdida y el gesto ausente. Sin duda alguien que había sido víctima de una apoplejía o alguna parálisis permanente. Un hilillo de baba le nacía a Graco de las comisuras de la boca y se le derramaba en los faldones de la toga sin que nadie hiciera nada por remediarlo.

Chascó la lengua Catón antes de continuar hablando.

—Precisamente para evitar los inconvenientes derivados de estos achaques, los romanos nunca hacemos pactos verbales con nadie. Ni siquiera con nuestros aliados. Los efectuamos por escrito y entregamos copia a la otra parte. Porque a los hombres los mata la propia vida; y las palabras, tarde o temprano, se las lleva el viento.

A una señal del *princeps senatus*, un asistente se acercó al lugar que ocupaba Caro y colocó un pergamino sobre el atril metálico, un utensilio que contaba con unas pinzas especialmente diseñadas para que el documento no volviera a enrollarse sobre sí mismo.

—¿Qué es esto? —preguntó el guerrero belo antes de leer una sola letra.

—Compruébalo tú mismo.

Arrugó el ceño Caro mientras estudiaba un pergamino antiguo, pero perfectamente conservado. Si sabía leer en lengua latina era gracias al empeño tardío de padre, que le había obligado a estudiar

la lengua de los invasores ya que estos nunca iban a aprender la celtíbera.

«Gracus pacta» pregonaba en letras grandes el título de un documento que Caro inspeccionó someramente de arriba abajo buscando las firmas de sus protagonistas. Parpadeó deslumbrado un par de veces al descubrir las dos rúbricas estampadas al pie del escrito. Una era elegante y legible, y correspondía a Tiberio Sempronio Graco. A su lado, un garabato que solo él podía identificar como grafía perteneciente a su difunto padre. Precisamente porque el pintarrajo resultaba extraño alguien lo había registrado también en latín: «Magilus Magnus». Al parecer, el gran Magilo, como al extinto caudillo le gustaba hacerse llamar por sus súbditos y también por sus enemigos, había intervenido en el acto en nombre de titos, belos, pelendones y lusones. Es decir, por alguna razón que a él se le escapaba, tras la batalla campal del Mons Caunus su progenitor había representado a todas las tribus celtíberas excepto a la de los arévacos. Cómo y sobre todo por qué el pueblo más belicoso e indómito de todos había logrado eludir el pacto o se había negado a ser incluido en él, era un misterio que quizá no tuviera respuesta. En cualquier caso, allí aparecían las firmas de los dos máximos intervinientes.

Retornó Caro a la lectura del documento para repasar, una por una, las cláusulas que un bando imponía y el otro acataba mansamente. Le sonaban vagamente de oídas, como los cuentos escuchados durante su infancia. Y es que, en el mundo celtíbero, las condiciones que su padre se trajo a casa veinticinco años atrás se habían comportado como los ecos perdidos del valle. Habían volado como voces lejanas y algo difusas para acabar desvanecidas en el viento; y, por lo tanto, olvidadas por completo.

El pago anual de tributos y la cesión de jóvenes para su servicio en las legiones senatoriales tal vez se hubiesen cumplido uno o dos años. La inacción posterior de Roma ante la desobediencia había conducido a la creencia, por parte celtíbera, de que la condonación del compromiso era ya efectiva. En cuanto a la prohibición de fundar nuevas ciudades o ampliar las existentes..., ahí los hispanos habían sido más prudentes. Se habían atendido a lo acordado en la medida

de lo posible; hasta que los muros viejos de Sekaisa habían amenazado con reventar tras el establecimiento de tanto vecino.

Buceó Caro dentro del documento, en busca de las cesiones romanas, de los derechos concedidos a los celtíberos; o, cuando menos, de las cláusulas en las que los suyos salían beneficiados de algún modo. Mas apenas encontró la licencia para seguir respirando. Estaba Caro rascándose las barbas, tratando de digerir aquellos términos abominables, cuando escuchó al *princeps senatus*.

—No me dirás ahora que nunca habías tenido en tus manos ese escrito... —Las palabras de Marco Porcio Catón resonaron en la cabeza del celtíbero como una sucesión de truenos bajo la bóveda negra del firmamento.

No deseaba admitir el extravío del documento, pues ello daría de nuevo pie a las burlas. Y, además, conllevaría la aceptación de un hecho irrefutable: su admirado padre habría lanzado el pergamino de la ignominia a algún abismo en su regreso a Sekaisa y, así, relatar después los acontecimientos a su manera con el fin de salvaguardar su dignidad y su fama de guerrero invencible. En realidad, tuvo el gran Magilo la suerte de cara el resto de su vida, pues durante dos décadas y media, Roma no dio señales de vida. Y, sin embargo, la fiera aparentemente dormida volvía ahora a mostrar los dientes.

—Son condiciones infames, abusivas, más propias de un monstruo que de un ser humano —rezongó, obviando el comentario del *princeps senatus*—. Ni el más cruel de los amos impondría nada parecido a sus propios esclavos por mucho que los despreciara. Quien redactó esto —prosiguió— lo hizo con la seguridad de que no podía cumplirse.

Se había mantenido la Curia Hostilia en un silencio relativo mientras Caro de Sekaisa y Marco Porcio Catón intercambiaban impresiones. Sin embargo, la última respuesta del enviado celtíbero desató un furioso pataleo en los graderíos inferiores. Arriba, donde se arremolinaba el público de la calle, menudearon las injurias, los insultos e incluso los salivazos.

—Es lo que tiene la derrota —terció entonces el cónsul Quinto Opimio—. Si quieres conservar la vida tras la rendición, tienes que arrastrarte en el barro como las sanguijuelas y hacer lo que te digan.

Se le puso a Caro de Sekaisa el rostro cerúleo y la mirada brillante al escuchar la ofensa del flamante vencedor de los pastores ligures, un hombre gordo y rechoncho que seguramente habría contemplado el combate desde algún seguro altozano, por miedo a tener que desenfundar el *gladius* y cortarse la mano en la maniobra.

—¡En el Mons Caunus no hubo derrotados! —vociferó Caro, iracundo—. ¡Me lo dijo mi padre! ¡Tan solo muchos muertos por ambos bandos! ¡Y aunque los celtíberos nos llevásemos la mejor parte, al final aceptamos detener la lucha después de tres días enteros de batalla! ¡Fue ese respeto mutuo al valor del enemigo lo que nos llevó primero a la tregua, y después al pacto!

—Entonces tu padre debió ser un idiota si pactó cuando iba ganando. O tal vez encontraba un placer especial en lamer suelas de *caligulae* romanas y, quizá, los traseros de sus dueños. Y por eso firmó todo lo que tienes delante de tus narices —replicó el orondo cónsul, provocando la mofa de los mirones y las carcajadas de muchos senadores.

No supo Caro cuál de las tres afirmaciones le hacía más daño. En cualquier caso, todas le enfurecieron. Desenvainó su falcata en un arranque de ira y descargó un golpe descomunal sobre el atril de bronce. Lo partió en dos mitades de un solo tajo. También el pergamino de la vergüenza quedó destrozado tras el espadazo. El estruendo de los metales, las chispas y el exabrupto en celtíbero sumieron a la sala en una quietud absoluta. Y después en un silencio rumoroso cuando Caro hizo un gesto abarcador con el brazo de la espada, señalando con su punta a todo el hemiciclo. La sensación de amenaza llevó a muchos magistrados a buscar cobijo tras sus asientos o detrás de otros compañeros más valerosos.

Aparecieron un poco tarde los dos lictores apostados tras las columnas de la entrada. Iban con las espadas en ristre, pero dudaban como si uno le cediera al otro el turno para acometer primero. Catón levantó una mano para evitar el derramamiento de sangre itálica.

—Destruir el documento no te eximirá de cumplir sus cláusulas —asentó con voz glacial cuando creyó que todos los senadores habían recobrado la compostura.

Calló Caro como si se hubiera tragado la lengua, aunque se veía que no era mudo porque la impotencia y la rabia se le escapaban entre los dientes en una especie de quejido animal lúgubre y sostenido. Era el mismo lamento de los mulos mientras reciben los palos inmerecidos de su dueño. Acilio Glabrión aprovechó el momento para hacerle señas al *princeps senatus*: recorrida ya la senda de los apercebimientos, llegaba el tiempo de las exigencias, quería decirle con el gesto.

—Este Senado necesita tu promesa de que la destrucción de esa nueva muralla se efectuará de manera inmediata —sostuvo entonces Catón, y dejó a más de mil personas pendientes de un simple asentimiento.

Demoró, sin embargo, Caro su respuesta más de lo previsto. Había recobrado una calma suficiente como para usar la cabeza y hacer números. Sabía que Roma jamás combatía en invierno. Y que nombraba nuevos pretores en el mes de marzo. Además, entre el viaje a Hispania y el reclutamiento posterior de auxiliares iberos, las legiones senatoriales comenzaban en realidad a desperezarse a últimos de junio. Cualquier contingente invasor que deseara desplazarse hasta Sekaisa no llegaría antes de primeros de agosto. Para entonces la muralla de la discordia estaría terminada por completo.

—Promesa... no puedo darla —respondió al fin, enfrentado a unas pupilas azules, frías y duras como dos trozos de mar helado.

—¿Por qué?

—Porque antes debo consultar con el Consejo de mi ciudad. Cuando tomemos una decisión al respecto, os lo comunicaremos.

—Y eso será... —Catón arqueó mucho las cejas.

—No lo sé. Supongo que antes de que empiece el invierno tendréis una respuesta —aventuró Caro de Sekaisa.

Asintió Catón, aparentemente conforme con lo escuchado, y después habló sin interferencias.

—Hay un segundo requerimiento de este Senado para la ciudad de Segeda —dijo.

—¿Cuál?

Rebuscó el *princeps* entre los forros de su toga y sacó al fin un pequeño papiro.

—Nos debéis seiscientos talentos de plata, doce mil pieles de buey, ochocientos caballos y cuarenta y ocho mil sagos de lana —dijo tras consultar brevemente sus números.

Dieron dos vueltas completas dentro de sus cuencas los ojos del líder belo.

—No tenemos todo eso que pides... En cualquier caso, ¿a qué se debe la supuesta deuda?

—Es por la protección que Roma os ha brindado durante los últimos veinticuatro años. Algún día teníamos que cobraros por ella.

—Protección... ¿contra qué?

Hizo Catón un gesto ambiguo, como si la petición por tal servicio hubiese partido del lado celtíbero.

—Pues contra cualquier amenaza externa, como los cartagineses, por ejemplo —dijo—. Es deseo de Roma que sus ciudades estipendiarias puedan vivir en una paz que les permita el desarrollo. Pero eso tiene un precio...

Aunque no escuchó comentarios, ni por supuesto carcajadas en las gradas, a Caro le pareció percibir bastantes sonrisas aviesas entre los asistentes. La indignación volvió a treparle por el cuello al sentirse ridículo ante aquellos mamarrachos con toga. La situación le recordaba a las fiestas del plenilunio en Sekaisa, cuando algunos vagabundos se hacían pasar por tontos en medio de la plaza con el fin de arrancar las risotadas y unas pocas monedas de quienes contemplaban su patético espectáculo.

—A ningún burro que hace girar la noria podrías convencerlo de que la soga que lo estrangula y los latigazos que lo mantienen en movimiento es lo que realmente necesita para el progreso de sus semejantes —dijo.

Hizo Marco Porcio Catón un gesto de pesadumbre, como si las palabras que acababa de oír lo desilusionaran profundamente.

—Si los celtíberos os parecieseis un poco más a los pueblos de la costa —repuso, en alusión a ilergetes, indiketas, edetanos y, en general, a todas las tribus ya dominadas en Hispania—, os daríais

cuenta de que Roma solo persigue la civilización y el bienestar de sus provincias.

—La Celtiberia no es y nunca será una provincia romana —opuso Caro con la garganta áspera, y volvió a enmudecer como un muerto. Hasta que el mismo asistente de antes le entregó dos rollos lacrados con el sello del Senado.

—¿Qué son? —demandó el guerrero tras reparar en la disparidad de tamaños.

—El pequeño es un nuevo salvoconducto para que volváis a Segeda sin contratiempos.

—¿Y el grande?

Respondió Catón en medio de una oleada de murmullos cómplices, pues todos en aquella sala, excepto el receptor del pergamino, conocían el temible contenido del segundo documento.

—Ese es para que se lo entregues a tu Consejo, aunque, si quieres, puedes leerlo en cuanto abandones este edificio.

VI

Senado de Roma, media hora después de la marcha de Caro de Sekaisa.

Manio Acilio Glabrión compuso una muesa de disculpa por haber convocado una nueva reunión tan pronto, concediendo a sus compañeros magistrados apenas el tiempo necesario para visitar la letrina. Ni siquiera había consultado con Quinto Opimio a la hora de emitir el *cogere*. Y de ahí que el primer cónsul mostrara su desconcierto antes incluso de que Glabrión expusiera los motivos de la nueva asamblea.

—Pensaba que el asunto de Segeda había quedado ya zanjado —gruñó Opimio—. No sé qué más tenemos que hablar al respecto. Si ese celtíbero pretencioso no se ha ciscado dentro de los calzones mientras estaba ahí abajo, lo habrá hecho tras leer lo que les espera si no derriban esa maldita muralla antes de cuarenta y cinco días. No me explico qué nos impide marcharnos ya a casa.

Jalearon la reflexión de Opimio todos los que ansiaban regresar cuanto antes a su *domus* para disfrutar de los placeres de una cómoda vivienda repleta de siervos, esclavos y excelsos manjares. No obstante, las voces de aquellos hedonistas descontentos resonaron con un eco diferente en las bóvedas de la Curia Hostilia, pues Acilio Glabrión había mandado desalojar el edificio de curiosos tras acabar la comparecencia del líder celtíbero; aunque esta había sido, en realidad, una petición de su amigo Catón, que pretendía mantener la reunión a puerta cerrada.

Carraspeó el *princeps senatus* con intención de tomar la palabra. Prefería ser él quien respondiera al último militar victorioso de Roma.

—Estimado Opimio —le dijo—. Fuiste el primer cónsul a quien tuvieron que fabricarle la coraza a medida, porque en la que te

dieron al principio no te cabía la barriga. Entiendo tu impaciencia por volver a tu mansión en las afueras y solazarte en la terma con tus bellas esclavas. Mucho me temo, sin embargo, que el problema de Segeda dista mucho de quedar resuelto, y por eso debemos seguir tratándolo —añadió con aire preocupado—. Conozco muy bien a los celtíberos. De todos los que estamos aquí, soy el único que puede hablar con conocimiento de causa. —Lanzó Catón una mirada de soslayo a Graco por si la media verdad hubiera hecho regresar de su enclaustramiento al autor de los pactos, pero el inválido continuaba sumido en la felicidad de su inopia.

Volvió a la carga un congestionado Opimio aprovechando la pausa de Catón en su discurso.

—Lo de la armadura musculada fue para andar más cómodo. A ti seguramente te darían la de algún niño —masculó—. En cuanto al ultimátum que le hemos dado a ese Caro de Segeda, resulta absolutamente tajante en cuanto a las consecuencias que su *oppidum* arrostrará si el muro no es destruido en mes y medio. ¿Quién se atrevería a despreciar una declaración de guerra por parte de Roma?

—Ellos lo harán —le aseguró Catón con aquel rictus pesimista.

—¿Cómo lo sabes? —Esta vez fue Escipión Nassica el intrigado.

—Ese Caro de Segeda no nos ha tomado en serio en ningún momento —adujo el *princeps senatus*—. ¿No habéis visto cómo los ojos se le iban al techo cuando hemos querido arrancarle la promesa de una destrucción inmediata de la muralla?

—Sí, pero ¿eso qué tiene que ver con ignorar una declaración de guerra de este Senado? —inquirió Marco Cornelio Cetego, cónsul cinco años atrás y máximo representante de la *gens* Cornelia en el Senado.

—El bárbaro estaba haciendo cálculos.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? Todo el mundo sabe que los celtíberos no saben de aritmética. —Esta vez el requerimiento de aclaración partió de Cayo Fannio Estrabón, otro antiguo e insigne cónsul.

Se movió nervioso Acilio Glabrión en su escaño. Era el único, además de Catón, verdadero instigador de la asamblea, que conocía los

motivos de una convocatoria tan acelerada. Apoyaba a su amigo en el trasfondo del asunto. Compartía sus miedos, pero a la vez temía que la sala empezase a comportarse como un mercado callejero si los prolegómenos del verdadero debate se alargaban en exceso.

—Será mejor que les expliques directa y concisamente qué tienes en mente, Marco —le rogó a su amigo.

Asintió Catón, que en realidad siempre había preferido los atajos a los rodeos.

—En Segeda todos son conscientes de que la legión desplegada en la Citerior es insuficiente para que podamos llevar a cabo una acción de castigo. De hecho, esa es la razón por la que un día se atrevieron a comenzar la construcción de la muralla. Sabían que no podríamos reaccionar de manera rápida y contundente. Por otra parte, esos diablos también conocen nuestras costumbres. En cuanto ha escuchado nuestra exigencia, ese celtíbero se ha puesto a hacer cábalas. Y ha llegado a la conclusión de que para cuando el nuevo gobernante de la Citerior tome el relevo a su predecesor y pise territorios más allá del Hiberus habrá entrado agosto. Y por eso nos ha dado largas. Porque confía en que la maldita muralla esté completada antes de esa fecha. Después, cuando el nuevo pretor se presente con su legión de reemplazo, los belos lo desafiarán sin ningún miedo desde las nuevas torres.

Un dedo recto y afilado señaló a Marco Porcio Catón como la punta de un amenazante *pilum*. Pertenecía a un joven y encolerizado Publio Cornelio Escipión Emiliano.

—¡Eso que afirmas es derrotismo, y está penado! —gritó, furioso, el prometedor magistrado—. ¡Ni siquiera tú estás autorizado para hablar así de nuestros ejércitos y sus gobernantes!

Se alzó la voz estridente de Escipión Nassica Córculo por encima del barullo causado por la intervención de su pariente.

—Lo que ha dicho Catón es más cierto que la muerte de Remo a manos de su hermano Rómulo —sostuvo con aquel tono nasal que lo caracterizaba—. ¿Cuántos de quienes fuisteis pretores en la Hispania Citerior pusisteis los dos pies en Celtiberia durante vuestro mandato? ¡Levantad la mano! —retó a quienes le escuchaban.

Giraron cientos de cabezas en busca de brazos alzados, pero Marco Titinio Curvo, Cayo Canuleyo, Aulo Licinio Nerva y una decena más de gobernantes posteriores a Graco, y todavía vivos, barrían el suelo de la Curia Hostilia con sus miradas. Pocos se habían aventurado a abandonar la seguridad de la zona pacificada. Tal vez uno o dos se habían atrevido a cruzar el vado de Hibera e inspeccionar, de lejos, las lindes de la Celtiberia.

—¡Incluso tuvimos que mandar a Segeda a un decurión de Castra Atiliana porque nadie de un rango superior quiso acercarse para entregar la citación de este Senado! ¿Y ahora vais a rasgaros las vestiduras porque la verdad os ofende? —se indignó el líder de los Escipiones—. ¡Dejad que Catón nos haga partícipes de su idea! Tal vez no sea tan mala después de todo.

No esperaba el *princeps senatus* un apoyo tan entusiasta por parte de un senador habitualmente opuesto a sus postulados, pero las palabras de Escipión Nassica Córculo y el silencio de los suyos parecían garantizarle la solidaridad de los *optimates*.

—Ya que los habitantes de Segeda conocen nuestras costumbres y nuestros plazos de actuación, y van a usar todo ello en su beneficio... —comenzó, pero dejó su frase en el aire con el fin de engatusar a los distraídos—, ¡sugiero sorprenderlos! —aulló cuando entendió que todo el mundo estaba pendiente.

Meneó la cabeza el líder del bando aristocrático de la Cámara como si no entendiera.

—¿Te refieres a atacarles ya? Tú mismo has dicho que no tenemos efectivos suficientes... Además, ya estamos casi en invierno.

Brillaron las pupilas de Catón como los carbones de una hoguera atizada por el viento.

—¡Me refiero a plantarnos a las puertas de Segeda con un gran ejército mucho antes de lo que ellos esperan!

Aguzó los ojos Escipión Nassica como el vigía de un barco tratando de penetrar la niebla. No acababa de intuir la intención final de aquel anciano superviviente de las Termópilas.

—¿Un gran ejército? ¿Y antes de lo previsto? ¿De qué estás hablando exactamente?

La ceguera de Escipión Nassica Córculo y los demás magistrados hizo explotar al fin a Catón.

—¡Estoy hablando de enviar un cónsul con dos legiones a la Hispania Citerior y no un simple pretor! ¡Un gran ejército capaz de plantarse a las puertas de Segeda a principios de la primavera y no a finales del verano, como ellos suponen! —proclamó vehemente—. Esa es la única manera de sorprender y someter rápidamente a los belos.

Asintió Escipión con ademán concentrado ante una reflexión que se antojaba bastante lógica e irrefutable.

—Bien —murmuró tras aprobar la idea dentro de su mente—. Pero entonces... eso que propones exigiría cambiar el calendario por el cual nos hemos regido hasta ahora.

Respiró Catón algo más aliviado al comprobar que el senador *optimatus* comenzaba a vislumbrar la estrategia.

—Así es. Implicaría, evidentemente, nombrar cónsules en las *calendas* de enero y no a mediados de marzo. Así ganaríamos tres meses —repuso, provocando un inmediato pandemónium en los círculos más distinguidos de la sala. Allí donde se sentaban quienes querían escalar hasta los peldaños más altos del *cursus honorum*.

—¿Y tú crees que esos belos no se enterarán de la artimaña? —inquirió Escipión Nassica, todavía remiso a aceptar la anomalía.

—Puede que lo hagan, pero ya será demasiado tarde para ellos. Les atacaremos cuando aún les quede por terminar un tramo considerable de muralla; y entonces cundirá el pánico en toda la ciudad, porque solo la mitad de la población obtendrá cobijo dentro de la antigua polis. Muchos miles morirán a manos de nuestras legiones. —Hablaba Catón con ojos enrojecidos por la polvareda de una batalla aún hipotética—. Y los que no lo hagan, serán hechos prisioneros. Con ellos obligaremos a rendirse al resto. Después arrasaremos...

Crujió repentinamente un asiento en medio de tan apasionado discurso. Un hombre de porte noble, a las puertas de la vejez, aunque todavía con hechuras de gladiador de circo acababa de levantarse. Se trataba del ilustre Marco Claudio Marcelo, una vez pretor y dos veces cónsul: seguramente uno de los senadores

llamados a desempeñar la magistratura máxima algún día: la censura. Calló Catón, abrumado por aquella silueta inmensa.

—No hace ni una hora tú mismo abogabas por demorar el ataque sobre Segeda hasta no ver confirmada la amenaza. Está bien —consintió Marcelo—, parece claro que los belos pretenden ampliar su capital en unos cuantos estadios. Pero estamos hablando de una sola ciudad celtíbera en medio del páramo. Solo una entre centenares —recalcó—. Disculpa que insista, pero... ¿a qué viene de pronto tanto afán por aniquilar hispanos y desencadenar tal vez otra guerra en Celtiberia?

Planeó sobre la Curia Hostilia un silencio más propio de un anfiteatro antes del duelo estelar entre los dos mejores luchadores del *ludus*. Mas no era Claudio Marcelo el rival de Catón en aquel combate ilusorio, sino todo el Senado; especialmente el banco *optimatus*. Y, como ocurre en las peleas, y en todos los ámbitos de la vida, el más taimado procuró buscar la ventaja.

Conocía al dedillo el *princeps senatus*, las leyes no escritas por las que se regía aquella cámara. Sabía qué momentos, qué palabras y qué circunstancias podían inclinar la balanza de las decisiones de un lado o del otro. La admiración que Claudio Marcelo despertaba entre todos los reunidos lo convertía en un poderoso agente de desequilibrio. Lograr su aprobación en el asunto de Segeda conduciría sin duda al acatamiento general de la sala y, consecuentemente, a la aprobación de su tesis.

—Es, precisamente, la guerra a gran escala lo que trato de evitar, amigo Claudio, aunque no te lo parezca —sostuvo Catón con voz cadenciosa—. Después de escuchar a ese caudillo, ahora podemos afirmar sin temor a equivocarnos que una ciudad celtíbera ha elegido contravenir las normas. Solo es una, efectivamente. ¡Pero imagina, imaginad todos, las consecuencias si Roma no respondiese a una insurrección tan descarada! ¿Cuántos *oppida* empezarían a hacer lo mismo pasado mañana? Numantia, Occilis, Uxama, Termes, Clunia... ¡Todas las principales fortalezas celtíberas se pondrían a levantar nuevas defensas, se harían aún más grandes e inexpugnables! ¡Puede que esas tribus se atrevieran incluso a fundar nuevas ciudades! ¡Sus guerreros atronarían después nuestros oídos

con sus risas salvajes! ¡Y no podríamos soportar la vergüenza! — Percibió Catón una anuencia rumorosa en los graderíos, vio muchas cabezadas de aprobación después de emplear su tono más histriónico—. A no mucho tardar tendríamos que enfrentarnos a todos los rebeldes juntos para meterlos en cintura. ¡Y eso sí sería el inicio de una guerra a gran escala! ¡Una guerra que tal vez ya no fuéramos capaces de ganar! —Restalló con furia el báculo del *princeps senatus* sobre el mármol de la sala mientras Claudio Marcelo lucía su semblante más impenetrable.

—Entonces, lo que planteas es someter a Segeda a un castigo ejemplarizante con el fin de evitar males mayores... —murmuró.

—¡Así es!

—¿Y para eso se necesita un ejército consular? ¿No nos vale con un simple pretor y cinco mil legionarios, como habitualmente?

Negó Catón con gesto tajante. Frunció los labios y el ceño. El gesto le acentuó los mil pliegues de su rostro.

—Tú fuiste pretor de la Hispania Ulterior hace años. No te tocó batallar con celtíberos, pero los conoces... —asentó en un tono que no admitía réplica.

—Sí, claro —tuvo que admitir Claudio Marcelo, sintiéndose en la diana de seiscientos ojos.

—Entonces ya sabes que resistirán, aunque su nueva muralla no esté finalizada del todo. Acabaríamos con muchos en los primeros lances, eso es cierto. Pero los mejores se refugiarían tras los muros del antiguo *oppidum*. Aguantarían. Y no queremos un largo asedio que pudiera impulsar a otros pueblos o ciudades a ayudarles. Eso resultaría contraproducente para nuestros intereses. Lo que necesitamos es una acción rápida y definitiva que reduzca a escombros la capital de los belos para escarmiento de las demás tribus. Para que ninguna de ellas se atreva jamás a desafiarnos.

Le satisfizo a Catón escuchar algunos aplausos. Escipión Nassica figuraba entre los más entusiastas. No obstante, aquella mirada de escarcha azul continuaba pendiente del parecer de un hombre prudente.

—Entonces, si pretendes que el año consular comience en las *calendas* de enero y no en marzo, contamos con el tiempo justo

para convocar a los comicios centuriados... —Se pellizcó Claudio Marcelo el mentón en ademán pensativo.

—Aún faltaría mes y medio para nombrar los nuevos cargos —arguyó Catón de inmediato, como buen conocedor de las leyes romanas—. El reglamento obliga a convocar elecciones con treinta días de margen desde que se publica el edicto. Y eso podemos acordarlo en esta misma sesión. No vamos a cometer ninguna tropelía al hacerlo de ese modo...

—Cierto —se avino Claudio Marcelo, que también era un legalista—. Por mi parte, estaría dispuesto a apoyar la medida.

Lanzó el *princeps senatus* una mirada cómplice y a la par urgente a su amigo Acilio Glabrión para que este ordenara llevar a cabo la votación que supondría la clausura del antiguo calendario y, consecuentemente, el vuelco de las costumbres. Era el momento justo. El instante en el que más pesaría el brazo de la balanza sobre el que Catón estaba instalado desde el principio.

—¡Protesto! ¡Me opongo al cambio de las normas! —Una voz al borde de la histeria concentró la atención de todos los presentes. Era Quinto Fulvio Nobilior el dueño del alarido, un integrante del círculo más próximo a los Escipiones y conocido también por su afición a las letras y a los lupanares más refinados.

—No se puede protestar contra la legalidad. —El tono agrio de Glabrión delató su animadversión por Nobilior.

—¡Pero sí contra los atropellos! —aulló el hombre que hasta entonces había permanecido mudo, aunque quizá estaba rabiando por dentro.

—¿Qué atropellos? —inquirió, glacial, el *princeps senatus*, que detestaba al disgustado tanto o más que su amigo—. Lo único que aquí va a plantearse es la aprobación de un decreto de emergencia que proteja la integridad del Imperio.

—¡Pero entonces los candidatos apenas tendríamos tiempo de preparar la campaña antes de las elecciones! —repuso Nobilior, desvelando así su intención de postularse para cónsul.

Sonaron algunos tímidos abucheos desde la bancada de los populares, pero Acilio Glabrión los contuvo con un gesto de la mano.

—Tendrás el mes que corresponde e incluso un poco más.

Lucía Fulvio Nobilior una barbita pulcra y los cabellos muy cuidados. Era un hombre alto, rubio y apuesto, pero carecía de la templanza necesaria para aceptar la derrota política y, por ello, el enfado le afilaba la voz y le encendía el semblante.

—¡Los candidatos siempre han dispuesto de mucho más tiempo para realizar obras de interés público... organizar combates de gladiadores... debatir en el Foro... pasear por las calles de Roma saludando al pueblo y, en definitiva, ganarse la confianza de los votantes!

Puso Acilio Glabrión cara de circunstancias.

—Desgraciadamente, la Historia está llena de hitos que marcan épocas y exigen cambios radicales en el gobierno de un Estado. Mucho me temo que el asunto de Segeda y su nueva muralla es uno de ellos —afirmó con gravedad sumaria—. Te hemos escuchado, Quinto Fulvio Nobilior, y tienes todo el derecho a oponerte a la propuesta del *princeps senatus*. Ahora, si nadie más desea hacer uso de la palabra, procederemos a efectuar la votación a mano alzada.

Resultó casi unánime la voluntad del Senado. Se aprobó con un solo voto en contra el adelanto del año consular y el edicto que autorizaba la convocatoria de las nuevas elecciones. La lista para la aceptación de candidatos quedaba abierta desde ese mismo momento, afirmó Glabrión, con los mismos requisitos de siempre: treinta y ocho años de edad para optar al puesto de pretor y cuarenta para cónsul. Todos los aspirantes, obviamente, debían haber ejercido antes las magistraturas inferiores al cargo para el que se postulaban.

—Ya sabemos de uno que quiere ser cónsul... —le dijo el *princeps senatus* a Glabrión por lo bajo.

—Sí, desgraciadamente.

—Pues confío en que entre el resto de los candidatos haya alguno de más valía y, además, gane.

—Más vale que Marte oiga tus plegarias.

—Por cierto... —Estaba ya Acilio Glabrión a dos pasos de su amigo cuando pareció recordar algo—. Hoy no he visto a tu hijo en la sala.

Chascó la lengua Catón con disgusto.

—Liciniano anda resentido conmigo —dijo, refiriéndose al único vástago de su anterior matrimonio.

—¿Quieres decir... enfadado?

—Así es.

Conocía Glabrión la áspera relación que mantenían padre e hijo.

—Tal vez eres demasiado duro con él —adujo.

—¿Por querer llevarlo por la senda correcta?

—Por recordarle constantemente su falta de valor para buscar un cargo con *imperium*. No todo el mundo vale para eso, Marco...

Un gesto de contrariedad cruzó el semblante de Catón.

—Ya. Es que tampoco acepta el embarazo de Salonia —murmuró molesto.

—Eso nos pasaría a todos... —El tono de Glabrión sonó hasta cierto punto comprensivo con Marco Porcio Catón Liciniano—. Pocos a tu edad tendrían la ocurrencia de casarse con una esclava, y menos aún, tener descendencia con ella...

—Salonia ya no era una esclava cuando se convirtió en mi esposa porque le concedí la libertad unos días antes —gruñó el *princeps senatus*—. Y jamás dije que no tendría más hijos.

Torció el gesto Glabrión antes de aconsejar a su amigo.

—En cualquier caso, procura dejarlo todo bien atado antes de morirte. Porque, de lo contrario, esa antigua esclava podría manejar tu hacienda y tu dinero para el beneficio único de su pequeño vástago.

—Pues mucho me temo que así será, en parte.

—¿Cómo? —Se le desorbitaron los ojos a Acilio Glabrión como si hubiera visto un demonio.

—Pienso cambiar mi testamento en cuanto nazca la criatura.

—¿Y lo sabe ya Liciniano?

—Tengo que buscar el momento de decírselo —confesó Catón—. Cuando está borracho se muestra muy agresivo. De todas formas... —un aire de reflexión embargó a Catón unos instantes—, puede que no me importe dejárselo todo a mi segundo hijo.

VII

Contrebia Leucade, doce días después de los idus de noviembre.

Penetró Caro de Sekaisa en la Ciudad Blanca por su puerta norte. Le sorprendió encontrar el camino tan expedito y sus dos torres desatendidas. Jamás hubiese ocurrido una cosa así en Sekaisa, pensó. La seguridad de la fortaleza era una labor incuestionable desde tiempos inmemoriales. Prosiguió el joven belo su camino, enfrascado en las mismas cavilaciones que lo torturaban desde su partida de Roma diez días antes. Además, aún tenía el susto metido en el cuerpo tras una travesía de vuelta plagada de tormentas, torbellinos y vómitos.

Amparado en su obligación de informar primero al Consejo, Caro se negó a compartir con sus acompañantes el contenido de su comparecencia ante el Senado romano y, por supuesto, no les mostró el documento con la declaración de guerra. De hecho, despidió a los tres en la desembocadura del río Salo, pues su intención era remontar el Hiberus hasta tomar la calzada que unía Graccuris con Numantia. El mensaje para sus lugartenientes fue escueto: «Decidle a Alucio que regresaré en unos pocos días».

Ascendió brevemente la vaguada que partía en dos la ciudad más emblemática de los lusones y viró a la derecha en la primera encrucijada. Acicateó a su montura en la abrupta pendiente para adelantar a un pesado carro tirado por una yunta de bueyes. Iba admirando Caro el entorno a medida que ganaba altura. Siempre le había fascinado la osadía constructora de los fundadores de la urbe: las viviendas excavadas en plena roca, las calles aterrazadas para ganarle espacio a la montaña, las cloacas, los conductos que acercaban el agua del río a los habitantes del *oppidum*... La muralla, mientras tanto, se empequeñecía a sus pies, igual que el valle verde

repleto de huertas. En una de ellas había buscado a su primo Leukon, pero se volvió al ver las tierras yermas, abandonadas a los pinchos y a las zarzas por culpa de la tristeza.

Se dirigió entonces a la fortaleza, convencido de que lo hallaría sentado a la puerta de su casa, ensimismado, viendo morir el crepúsculo con la mirada puesta en ninguna parte. Habían coincidido por última vez hacía tres meses, en las exequias de Alanna. Sabía Caro que la viudedad prematura marchitaba a su primo igual que la escarcha quema las flores más frágiles de la primavera. A él no le pasaría lo mismo, se le ocurrió pensar mientras avanzaba, si su esposa Silvis o su hijo Lorien se le murieran de fiebres, pero Leukon siempre había sido más vulnerable al sentimiento. Nunca había cometido travesuras infantiles ni atrocidades con animalillos inocentes. Jamás se le había visto borracho cuando tuvo edad para atiborrarse de *caelia*; y, para colmo de rarezas, se había casado con su primera novia. Aun así, a pesar de tantas flaquezas, Caro sentía un afecto entrañable y un respeto casi reverencial por su primo Leukon, el guerrero apacible, el ciudadano intachable, como a veces lo llamaba en son de broma.

Había nacido el joven lusón de vientre celtíbero, pero por sus venas corría también la sangre de un romano atípico: el legado Máximo Vento. De su madre, Elvia, había heredado el carácter firme y a la vez sosegado ante cualquier circunstancia. Su padre había puesto mucho empeño en aleccionarlo en dos materias que él consideraba fundamentales y complementarias: el respeto de las leyes y las personas y la defensa de uno mismo.

Se abrazaron al verse. Sorprendido el uno; pretendidamente ufano el que venía de visita. Apenas cruzaron unas pocas palabras, porque a Leukon le costó solo segundos descifrar el rictus tenso de su primo y asociarlo al pergamino que traía preparado bajo el brazo.

Estudió el documento el contrebiense con el ceño fruncido. Lo leyó varias veces antes de levantar hacia su interlocutor sus ojos glaucos, llenos de resignación y cordura.

—¿Y qué esperabas? —murmuró.

—Pues... tal vez algo de comprensión. ¿No se dice así? —Llevaba el tono de Caro una traza de enojo.

—Un día te dije que esa muralla provocaría tensiones con los romanos. —Giró Leukon sobre sus talones con intención de penetrar en la vivienda—. Tendrás hambre después de un viaje tan largo...

—¡Maldita sea, no he venido en busca de tu hospitalidad, sino de tu consejo! —exclamó Caro, aferrando a su primo por el brazo.

Se volvió Leukon con desgana.

—¿Sobre qué?

Le indignó al de Sekaisa la frialdad incomprensible de su pariente.

—¡Sobre el ultimátum del Senado, por todos los dioses! ¿Qué si no?

—No te alteres. La cosa tiene remedio fácil... —musitó Leukon tras encogerse de hombros.

—¿Te refieres a derrumbarla? —El alarido de Caro llamó la atención de algunos vecinos mientras su primo volvía a componer aquel gesto de condenado conforme con su sentencia al patíbulo.

—Sería lo más prudente —dijo, y arrastró al recién llegado hacia la casa, para que las paredes de roca ahogaran los gritos y los improperios.

—¿Querer vivir con cierta dignidad, buscar un poco de libertad y desahogo merecen una declaración de guerra por parte de Roma? ¿Eso es lo que pretendes decirme? ¿Es que ya no recuerdas todo lo que nuestros padres hicieron para que celtíberos y romanos conviviéramos sin conflictos? —se indignó Caro ante una indiferencia que se le antojó incomprensible.

—Me acuerdo perfectamente —respondió Leukon, por primera vez incómodo con la charla—, pero eran otros tiempos y nada es eterno. Es cierto que las ciudades de la Celtiberia han crecido considerablemente en estos años de paz y falta espacio para vivir en ellas. Pero, para nuestra desgracia, lo que nunca podrá variar es el pacto que tu padre suscribió con Roma tras la batalla del Mons Caunus. Mucho me temo que tendremos que sobrellevar sus cláusulas y sus consecuencias de la mejor manera posible; y adaptarnos al nuevo orden.

Estaban atravesando la estancia que servía de almacén a la vivienda. Había tinajas con cereal, varias ánforas olearias y una buena provisión de higos secos para el invierno. Allí reposaban

también los utensilios que Leukon utilizaba para trabajar los campos: hachas de talar, hoces, escardillos y azadas de diversos tamaños. Observó Caro con disgusto las alcayatas de las que prendían varias espadas y lanzas, como si las armas de guerra fuesen también herramientas para remover hierbajos.

—No te reconozco —gruñó al fin el guerrero belo—. ¿Así es como pensáis todos en Contrebia Leucade? Seguro que ya estáis pagando el *stipendium* sin que os lo haya pedido nadie —añadió sin ocultar su decepción.

Acabaron ambos primos sentados junto al hogar, en la habitación más amplia de la casa horadada en la roca.

—Tenemos Graccuris demasiado cerca y también Castra Atiliana —se lamentó el contrebiense mientras servía en sendas escudillas dos raciones humeantes de gachas con carne—. Todavía no pagamos tributos, pero no tardaremos mucho. Pronto vamos a tener que transigir en algo que hasta hace poco parecía impensable.

Enarcó ambas cejas Caro como si hubiese visto un lobo acechando junto a la mesa.

—¿En qué?

—Un prefecto romano estuvo aquí no hace mucho y exigió la reunión inmediata del Consejo. Lo cierto es que en pocos minutos persuadió a sus miembros para que accediesen a mantener una guarnición romana dentro de la fortaleza de manera permanente. —Bajó Leukon la mirada hacia las escudillas humeantes como si el recuerdo de aquellos hechos lo amargara—. Los soldados llegarán el mes próximo.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Caro mientras recordaba su entrada en la otrora orgullosa e inexpugnable Ciudad Blanca.

—¿Así de fácil? ¿Así de rápido?

—Ese oficial romano no era el tipo más locuaz que he conocido —murmuró—. Habló poco, pero su discurso resultó sumamente convincente para los ancianos.

—¿Tú estuviste en esa reunión?

—Sí, pero sin voto. Solo pude opinar. Y, de hecho, me opuse.

—Ya. ¡Esos malditos viejos...! —masculló Caro—. ¿Y qué os dijo entonces ese romano?

—Expuso su exigencia de acantonar una guarnición dentro Contrebia y explicó las consecuencias de no hacerlo.

—¿Y cuáles eran?

—La destrucción de la ciudad y la muerte de todos.

—¿Y los ancianos se lo creyeron?

Bandeó la cabeza Leukon.

—Me da la impresión de que trataron de evitar problemas. Tal vez no se les pueda culpar de todo —reconoció.

—¿Y la Asamblea de Jóvenes no se ha opuesto? —preguntó Caro, estupefacto.

—Aquí ya no existe nada parecido a eso. Nos lo prohibieron desde Tarraco hace seis meses. Además, los que antes eran guerreros ahora son granjeros o pastores. Y me incluyo entre ellos.

—Por eso no he visto centinelas en las torres, ni guerreros recorriendo el camino de ronda de la muralla norte... —masculló el guerrero de Sekaisa como si masticara clavos en vez de granos de cereal y trozos de conejo.

—Al parecer no hacen falta vigías porque ya no tenemos enemigos —resumió Leukon—. En realidad, ocurre lo mismo en casi todas las ciudades del valle del Hiberus...

—Claro, ahora los lusones solo tenéis amos. —Cabeceó Caro con disgusto y después miró a su primo a los ojos—. ¿Así es como quieres vivir el resto de tus días, de rodillas y con las manos atadas a la espalda?

Ignoró Leukon la pulla. Esquivó una mirada que le hacía daño. Trató de cambiar el rumbo de una conversación sin salida posible.

—No me has contado nada de los tuyos. ¿Silvis y Lorien están bien? —dijo, y pareció que a Caro le preguntaban por dos seres desconocidos.

—Supongo.

—¿Supones? —Si Leukon hubiese gastado pobladas barbas a la usanza celtíbera tal vez habría podido esconder la sorpresa, pero lucía el mentón brillante como el lomo de una espada.

Compuso Caro un gesto de desentendimiento.

—Lo cierto es que, con el asunto de la muralla, no he podido ocuparme mucho de ellos últimamente —se justificó, sin dejar que

las ideas se le desordenasen dentro de la cabeza—. Aquí ya no te queda nada, Leukon —prosiguió—. Ni esposa ni hijos ni familiares. Tienes las tierras abandonadas. La melancolía te matará si no haces algo. Eres un Bodevidesco, igual que yo. ¡Todos te conocen en Sekaisa desde que éramos niños! ¡Vente ahora conmigo y sal de este agujero! —propuso.

Esbozó el contrebiense una sonrisa triste.

—¿Qué diferencia habría entre malvivir en un sitio o en otro?

—¡La libertad! —prorrumpió Caro—. A Sekaisa no llegan las legiones romanas. Además, así podrías ayudarme con lo de la muralla. Tu apoyo resultaría fundamental para la consecución del proyecto —añadió, desvelando al mismo tiempo sus recelos.

—Pensaba que ya tenías a todos convencidos...

Una nube de duda empañó las pupilas de Caro.

—Llevo dos semanas fuera. Me da miedo que Alucio haya paralizado las obras durante mi ausencia. Como aquí, en Sekaisa los viejos también suelen ser remisos a la revuelta. Además...

—¿Hay más cosas?

—¿Te acuerdas de la Sombra?

—¿El brujo que desapareció tras la batalla del Mons Caunus y del que tu padre solía contarnos tantas historias?

Asintió Caro.

—Pues ha vuelto, después de veinticinco años.

—¿Y qué tiene de raro? Todas las ciudades celtíberas suelen tener su druida.

Volvió a cabecear Caro, aunque con menos convencimiento.

—Ya, pero es que la Sombra se marchó de Sekaisa afirmando que no íbamos a necesitarlo en un tiempo. Al despedirse, él mismo fijó el momento de su regreso. Veinticinco años le dijo a mi padre. ¡Y lo ha cumplido!

Lo pensó Leukon mientras masticaba la pasta que él mismo había cocinado.

—¿Y verlo de vuelta te parece premonitorio? —preguntó al fin, apuntando hacia el rollo que su primo se había traído de Roma.

—¿Tú no lo piensas así?

Desechó el contrebiense tal posibilidad con un brusco aspaviento. Había nacido y se había criado entre celtíberos, rodeado de un elenco interminable de dioses. Sin ser un gran practicante, su padre le había señalado un puñado de deidades romanas de confianza. Sin embargo, la ampliación del panteón de divinidades había surtido al final el efecto contrario al deseado. Leukon no creía en ninguno de aquellos seres todopoderosos y tampoco en sus intermediarios.

—Te estás embarullando con nimiedades y acabarás por volverte loco. Ese brujo no tiene dónde caerse muerto y por eso ha vuelto a su vieja madriguera. No hay otra explicación posible —dijo.

—Entonces, ¿tampoco el pergamino del Senado lo juzgas preocupante?

Mostró Leukon su rictus más cabal y sereno al responder. Su tono también sonó sanador para alguien que había llegado con los nervios desquiciados.

—Proferir amenazas a distancia es muy fácil —dijo, jugueteando con el rollo del ultimátum—. Ejecutarlas resulta mucho más complicado. Roma no va a mover un dedo contra vosotros. Lleva veinticinco años sin meterse con nadie que habite más allá del Hiberus. Tan solo han querido asustarte.

—Ya, claro, asustarme... —Miró Caro de soslayo los leños que ardían en el hogar. De repente, gracias a Leukon y sus juicios de hombre sabio, la realidad era mansa, limpia y diáfana como el agua de una laguna en calma—. ¡Malditos bastardos! —gruñó, y lanzó la declaración de guerra sobre la lumbre.

VIII

La ciudad apestaba a cobardía y sometimiento. Con ese mismo lenguaje, Caro desestimó la invitación de su primo para que descansase en Contrebia Leucade al menos una noche. Prefirió el guerrero belo marcharse de aquel lugar cuanto antes; pernoctar al raso escuchando el aullido lejano de los lobos mientras contaba estrellas blancas a la espera del sueño.

Alcanzó los alrededores de Sekaisa dos días más tarde, con las últimas luces, pero se detuvo a un par de millas de distancia. Quería dar tiempo a que la ciudad se durmiese antes de presentarse en ella. Se sintió afortunado cuando la niebla lo cubrió todo con su manto algodonoso. Aguardó, aterido, dos o tres horas más, rodeado de jirones blancos, antes de retomar su camino.

Fue ganándole la inquietud a medida que los contornos de la fortaleza iban haciéndose más nítidos. Divisó escasos fuegos en los dos montículos aledaños a la gran fortaleza, algo muy inusual a últimos de noviembre. Apenas un centenar de pasos lo separaban de la puerta sur cuando un sobresalto estuvo a punto de descabalarlo. Un delgado gajo de luna había rasgado inesperadamente el firmamento. Bajo aquella luz indecisa, Caro pudo advertir que la nueva muralla no había crecido ni un dedo desde su partida. Los andamios seguían clavados donde él mismo los dejó, rodeados de grandes pedruscos esperando las manos de unos constructores que parecían huidos en desbandada.

Prosiguió su camino el jefe de los jóvenes guerreros masticando horribles letanías; hasta que un arco crujió en una de las torres.

—¿Eres tú, Caro? Si es así, desmonta para que pueda verte.

Se trataba de Lurco, uno de los que lo habían acompañado a Roma. Lo habían deslumbrado los hachones de la atalaya y, al no recibir respuesta del jinete noctámbulo, bajó para cerciorarse.

—¿Qué diablos significa todo esto? —Señaló el recién llegado la muralla incompleta, las piedras desperdigadas, la desidia convertida en costumbre.

—Al parecer fue cosa de Alucio, en cuanto nos marchamos —respondió el vigía—. Decretó la interrupción de los trabajos hasta no conocer el resultado de nuestro viaje a Roma. Y lo cierto es que aún no sabemos nada...

Ignoró Caro el reproche del que había sido su lugarteniente.

—¿Y nadie de la Asamblea de Jóvenes le contradijo? ¿Nadie se opuso? ¡Yo ordené justo lo contrario! —bramó, indignado.

Torció el gesto Lurco.

—Ya sabes que Alucio tiene bastante habilidad para esparcir la simiente del miedo...

—¡Maldito viejo del diablo! —exclamó Caro tras proferir un horrible exabrupto. Después trató de continuar su camino, pero la zarpa del centinela le impidió dar un solo paso.

—¿Adónde vas?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Cierto, pero sí lo es el castigo.

—¿Qué castigo?

—Quienes estamos de guardia tenemos órdenes de llevarte ante Alucio de inmediato, sea la hora que sea. En la plaza, todo está preparado para tu comparecencia.

—¿Mi comparecencia?

—Sí, ante la asamblea del pueblo. El Consejo no desea secretismos en esta ocasión. Quieren que des cuenta ante todo el mundo de tu reunión con el Senado romano. Creo que de eso va a depender el futuro de la muralla. Y me temo que tendrás que resultar muy convincente. Muchas familias se han marchado ya de los nuevos asentamientos después de escuchar a Alucio. Ahora... te ruego que me sigas sin intentar nada.

Se revolvió Caro como una víbora. Notó Lurco la punta de una daga en mitad del gaznate.

—¿Qué castigo te ha prometido Alucio si no cumples?

—Ve... veinte latigazos —titubeó el centinela.

—No es mucho, porque yo te mataré si me delatas. Necesito dos horas. Después, puedes comunicar mi regreso a quien te dé la gana. ¿Estamos?

Parpadeó Lurco un consentimiento rápido, silencioso, convencido de que, si algo salía mal, unas marcas en el cuerpo siempre eran mejores que un prematuro descanso bajo tierra.

Escogió Caro las callejuelas más estrechas y marginales para alcanzar la guarida de la Sombra. Introdujo primero la cabeza por un extremo de la cortina y dejó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad pringosa de la estancia. Sabía que encontraría al brujo despierto, investigando nuevas fórmulas o simplemente meditando. La leyenda afirmaba que el antiguo prisionero de Vaélico jamás dormía, por temor a que el dios de los infiernos se colara entre las grietas del sueño y se lo llevara de vuelta al inframundo del que había escapado milagrosamente. Solo cuando distinguió la figura difusa de la Sombra, inclinada sobre una fogata se atrevió a meter todo el cuerpo dentro.

—He estado hablando con Leukon —dijo por todo saludo.

Emitió el druida un gruñido indescifrable sin interrumpir sus frenéticas labores. Tenía un buen número de hierbas y raíces junto a las rodillas, separadas en varios montones. Machacaba algunas en un cuenco y vertía su contenido en la marmita que hervía al fuego. Con otras usaba un cuchillo para arrancarles briznas que acababan atrapadas en los remolinos de un caldo verdoso. Tomó Caro el gruñido por una señal de adivinación o de conocimiento.

—¿Ya lo sabías entonces?

—Los que fueron contigo a Roma no son mudos —murmuró la Sombra mientras recogía del suelo algunas flores azules.

—Me ha dicho que la muralla no representa ningún peligro.

—Mmm... Un poco de mandrágora, sí —musitó el druida como si no hubiera escuchado el comentario.

—O sea, que no debemos temer un conflicto con Roma —prosiguió Caro.

Probó la Sombra su propio bálsamo y se le adivinó un rictus satisfecho.

—Entiendo. Y al Consejo de esta ciudad, ¿qué vas a contarle? ¿La opinión de tu primo o lo que verdaderamente te ha dicho el Senado romano? —preguntó.

El asombro hizo boquear a Caro varias veces.

—¿Qué... qué sabes tú de mi reunión con el Senado? —balbució atónito.

Dio por terminada el hechicero la confección de su burbujeante brebaje. Volcó el contenido de la marmita sobre un cuenco metálico tan grande que parecía un casco de guerra.

—A tu padre le prepararé una pócima para que adquiriera el poder de la persuasión —murmuró con orgulloso ensimismamiento—. Tuvo que convencer a muchos para coaligar a todas las tribus antes de la gran batalla. A ti te daré algo distinto, porque necesitarás otro tipo de habilidades.

—Así pues... ¿esto es para mí? —Olisqueó Caro el bebedizo que el brujo le ofrecía sin esconder su repugnancia.

—¡Bebe!

—Dime al menos para qué sirve —suplicó tras engullirlo todo de un golpe.

—Es para que puedas mentir a tus anchas sin trabucarte.

Se limpió Caro los restos espumosos de los labios con gesto caviloso, hasta que un brillo malévolo le encendió las pupilas.

—Entonces, ¡tú estás de mi lado! —exclamó eufórico, vislumbrando en aquella declaración el beneplácito del brujo—. ¡Tú también eres de los que creen que la nueva muralla debe terminarse a toda costa!

Chascó su lengua la Sombra como si llevara un látigo de siete colas escondido dentro de la boca.

—Lo que yo creo es que cada cual nace con una misión sobre sus hombros —sostuvo lacónico.

—¡Y hay que cumplirla con la ayuda de los dioses, claro!

—Hay que hacer lo que se pueda —zanjó el brujo.

Le supo amargo el caldo a Caro, pero al menos le calentó el cuerpo y le caldeó los ánimos. Atravesó la plaza de camino a casa

conduciendo a su montura siempre por las riendas, y entonces vio los preparativos. Alucio lo había dispuesto todo para que su supuesta comparecencia fuera más bien un interrogatorio o un juicio sumarísimo. Sobre la tarima levantada a las puertas del Consejo se habían colocado una docena de robustos sillones y un simple taburete enfrentado a ellos. Si en algún momento Caro había albergado dudas sobre las intenciones del *viros veramos*, estas quedaron disipadas al admirar el montaje: los consejeros representantes de las doce gentilidades principales de la urbe iban a preguntar, analizar y estudiar minuciosamente la actuación de su heraldo frente el Senado romano. El pueblo sería testigo de todas las intervenciones y, como siempre, tendría la última palabra.

Penetró Caro en el establo de su vivienda en medio de un estridente rechinar de goznes. Relincharon dos potros a causa del susto cuando el guerrero de Sekaisa derribó un arado y varios aperos metálicos en su camino. Poco o ningún cuidado puso después en amortiguar los ruidos mientras se dirigía a los dormitorios. Al pequeño Lorien, el escándalo no le había importunado el sueño. A Silvis, sí, pero se hizo la dormida. De nada le valió, sin embargo, la treta pues entre el viaje de ida y vuelta a Roma y el desvío a Contrebia Leucade, su marido llevaba más de dos semanas sin rozarse con una hembra.

Sintió la joven la cercanía del cuerpo masculino, encendido y desnudo a su espalda. Notó cómo Caro le levantaba las ropas y le hurgaba la entrepierna con su miembro enhiesto. Había perdido casi la costumbre de la cópula e incluso el deseo, pues rara era la noche en que su marido pernoctaba en casa. Y si lo hacía, estaba tan borracho que no solía pasar de las cuadras.

Le extrañó el arranque, pero soportó el dolor inicial de las arremetidas, los rugidos animales y el olor acre de hombre sucio. Se atrevió incluso a preguntar a media voz en medio de la vorágine:

—Entonces, ¿me quieres un poco, Caro?

Interrumpió momentáneamente el celtíbero sus burdas embestidas como si le hubiesen asestado una cuchillada en el pecho.

—Pues claro que me importas. Y también Lorien —dijo, y se asustó de sus propias palabras nada más oírse. Pero enseguida sonrió, al

darse cuenta de que el brebaje de la Sombra había empezado a hacerle efecto.

IX

Dos golpes de gigante despertaron a Caro de un sueño apacible. Se levantó del lecho aturdido y totalmente desnudo. Abrió la puerta sin tomar precauciones y se encontró con una lanza en el pecho.

—Pensaba que éramos amigos... —rezongó al ver a Lurco empuñando el *soliferreum*.

—No fui yo el primero que amenazó al otro —replicó el centinela—. Alucio no quiere que vuelvas a escaparte; y nosotros tampoco. Tienes mucho que aclarar. A los viejos y a los jóvenes.

Había cuatro o cinco hombres detrás de Lurco, también armados hasta los dientes.

—¿Escaparme yo? —Escupió Caro su desdén en forma de denso gargajo.

—Pues, entonces, vístete de una vez, a menos que quieras que todo Sekaisa te vea las vergüenzas —lo apremió Lurco plantado bajo el umbral como un espectro melencólico y colérico.

Retornó Caro al interior de la vivienda con paso digno y se puso a buscar sus ropas en el revoltijo del lecho.

—¿Te van a hacer algo? —le preguntó el pequeño Lorien, que había presenciado toda la escena aferrado a la mano de su madre.

—¡No ha nacido aún quien pueda hacer temblar a tu padre y mucho menos matarlo! —barbotó el guerrero belo, acostumbrado ya a proferir falacias sin inmutarse.

Encontró al fin las pieles de lobo que había exhibido ante el Senado, los brazaletes de oro heredados de su progenitor, el tahalí engastado del que prendía su falcata de acero y las bandas de lana para las piernas. Todo se lo ciñó Caro con insultante parsimonia, como si se tratara de un ritual sagrado antes de la batalla y no de la demanda urgente de unos guardianes. Completó la preparación adoptando un aire grave, con la cabeza alta y la boca fruncida en un

riktus descendente, como si se hubiera encasquetado la máscara de la insolencia.

—¡Vamos! —exclamó cuando estuvo listo; aunque antes de partir a su cita con el destino, tuvo un gesto casi tierno con su familia: al pequeño Lorien le alborotó la cabellera; con Silvis hizo un amago de ir a estrecharla, pero se contuvo a tiempo, antes de dejar traslucir incertidumbre en sus movimientos.

Encabezó Caro la marcha hacia la plaza del Consejo, como si en vez de un preso, él fuese el líder del pelotón que lo custodiaba. Iba tieso como una estaca, mirando solo al frente; aun así, de reojo, divisó caras pálidas en muchas puertas y decenas de cabezas curiosas asomadas a las ventanas. Eran los tullidos incapaces de arrastrarse hasta la asamblea y los niños demasiado pequeños para comprender los entresijos del cónclave.

La niebla había engullido la plaza, convirtiendo los cuerpos de los presentes en meras siluetas informes. La densa bruma difuminaba las facciones, pero no lograba borrar el terror de los rostros. Qué tipo de atrocidades habría propagado Alucio aprovechando su ausencia, se preguntó Caro mientras ascendía los peldaños de un estrado que parecía un cadalso. Qué horrores habría augurado en caso de que la ciudad fuese atacada y tomada por los romanos por culpa de la nueva muralla.

Había doce sillas sobre la tarima, pero solo once tenían ocupante. Una estaba libre: la destinada a Liobios, cabeza del clan de los Bodevidescos. Como pariente lejano de Caro, su presencia había sido vetada por el resto con el fin de que el Consejo pudiera deliberar sin interferencias. Señaló Alucio con un gesto de la cabeza el taburete destinado al compareciente. Ni por un instante consideró Caro la posibilidad de hacer uso de un asiento tan bajo y sin respaldo. La postura resultaría humillante, como la de un condenado suplicando el perdón tras una horrible falta.

—Es la primera vez que tenemos que traer por la fuerza a un heraldo para que nos entregue su mensaje —sostuvo el *viros veramos* mientras examinaba al rebelde con ojos blancos bordeados de inmensas bolsas grises.

Contempló Caro a los miembros del Consejo sin sentarse. Componían una sombría colección de hombres adustos repentinamente envejecidos por la espera y la zozobra. Alucio mostraba un aspecto incluso más demacrado que el resto. Las orejas, grandes y muy transparentes, se le habían separado todavía más del cráneo. Sin un solo pelo sobre la cabeza, la barba le raleaba en un semblante de una palidez cadavérica.

—No había ninguna prisa —asentó Caro con ademán displicente—. La información que traigo de Roma bien podía haber esperado hasta el mediodía —añadió, rechazando definitivamente el taburete.

—¿Vas a contarnos de una vez qué te ha dicho el Senado sobre la muralla? —se exasperó Turos, líder de los Aboicum.

Acababa de localizar Caro a la Sombra en una esquina de la plaza. No le resultó muy difícil hacerlo, pues la gente había huido de su lado como si tuviera la peste. Nadie quería siquiera rozar las cadenas que el brujo había arrastrado por el inframundo de Vaélico, por si acaso.

—¿Qué muralla?

—¡Maldita sea, Caro, no nos tomes por tontos! ¡No estamos ahora mismo para tolerar tus impertinencias! —lo amonestó Alucio, desabrido.

Se acercó el jefe de los guerreros al borde del estrado con dos rápidas zancadas.

—Roma solo pretendía hablar de alianzas —declaró, los brazos en jarras, el gesto firme, fiero e inescrutable.

—¿Alianza? ¿Con... con nosotros? —balbució un asombrado Seranus, principal mandatario de los Balatuscos.

—Así es —respondió Caro dando la espalda al Consejo—. Para hacerles la guerra a los lusitanos y a los vetones.

Sonrió para sus adentros el joven celtíbero al presenciar el revuelo. El estupor había hecho reventar la tensión que atenazaba a muchos de los asistentes. Era un ronco clamor entre la sorpresa y el alivio el que perforaba con estrépito el techo de niebla. Le pareció que la Sombra aprobaba su brillante ocurrencia a través de una imperceptible cabezada. Al fin y al cabo, hasta los niños de Sekaisa conocían las hazañas de Púnico, el caudillo hispano que al frente de

una coalición de guerreros lusitanos y vetones había derrotado recientemente al general Marco Manlio, matando a seis mil de sus hombres y a su cuestor, Terencio Varrón.

—¿Y qué les has dicho? —preguntó Alucio temblando.

Recorrió Caro la tarima con los pulgares colgados del cinto, mostrando en todo momento una sonrisa enigmática. Se detuvo al fin frente al público, se ajustó los brazaletes de oro sin prisa y desenfundó con gran aparato.

—¡Mi padre me hizo jurar odio eterno a los romanos! —exclamó echando espumarajos por la boca—. ¡Por eso me he negado a cerrar el trato! Porque, de hacer una alianza, ¡la haríamos con los lusitanos!

Rugió la muchedumbre como antaño. Descendieron también muchos gritos desde el adarve, aunque la niebla impedía distinguir a los autores del escándalo. No obstante, el timbre de sus voces y el ruido metálico de cazuelas y cacharros hacía pensar que se trataba, en su mayoría, de mujeres. Buscó Caro la aprobación de la Sombra tras su fiero alegato, pero ya no encontró al brujo en su sitio, ni entre el público. Tal vez le había parecido excesiva la bravuconada de su pupilo y por eso había decidido quitarse de en medio.

—Entonces... —murmuró un Alucio caviloso cuando el orden retornó a la plaza—, ¿el Senado no se ha opuesto a que continuemos levantando esa muralla? ¿Y no han pedido nada a cambio de dejarnos proseguir con los trabajos?

—¿Dudas de mis palabras? —Se volvió Caro de un salto, los ojos encendidos, la falcata enfilada hacia los consejeros.

El brusco movimiento y, sobre todo, la amenaza hicieron retroceder un palmo el trono de Alucio.

—¡No! Pero, conociéndolos, me parece raro que se queden de brazos cruzados...

Enfundó Caro su falcata y adoptó un aire falsamente desenvuelto.

—Bueno..., alguien vendrá a inspeccionarla en algún momento —reconoció—. Nada serio.

—¿Inspeccionarla cómo? —Volvió a moverse el sillón del *viros veramos* a causa del sobresalto.

—¿Y quién? —terció Turos.

—¿Cuándo? —quiso saber un aterrado Seranus.

Un súbito oleaje de comentarios y rumores agitó a la muchedumbre agolpada a los pies de Caro como una marea invisible.

—Creo que vendrá el pretor entrante de la Hispania Citerior, pero tardaremos mucho en verlo —se apresuró a salir del paso Caro—. Para entonces ya la habremos terminado. Así que... poco o nada podrá decir al respecto.

Estaba el heraldo de Sekaisa bordeando la verdad por primera vez, aunque muy de lejos. El acercamiento, sin embargo, no resultó suficiente para serenar a los viejos.

—Pero, entonces, ¿podemos o no podemos seguir construyendo? —inquirió un atribulado Alucio.

Levantó ambos puños al aire Caro como si quisiera golpear la niebla.

—¡Por supuesto que podemos! ¡Roma nos teme! —bramó, sabedor de que los ataques de histrionismo eran su mejor baza.

En esta ocasión, el alboroto de cazuelas y cacharros del adarve se mezcló con los primeros golpes de falcata contra escudo. Un primer rayo de luz disipó por unos instantes la bruma y todos pudieron distinguir a las mujeres guerreras de la ciudad arracimadas en el camino de ronda. La visión pareció mágica, premonitoria para continuar hablando.

—¡Lo que tenemos que hacer es olvidarnos de los romanos y acabar cuanto antes la muralla! ¿Quién se atrevería entonces a amenazar a una ciudad inmensa con tres acrópolis? ¡Sekaisa será inexpugnable antes del próximo verano! —estalló un entusiasmado Caro, haciendo referencia a los tres baluartes con los que contaría el *oppidum* una vez terminada la fortificación de los dos montículos aledaños a la antigua urbe.

El estampido inmediato de los cacharros de cocina y de las espadas de los jóvenes guerreros azotando los umbos de sus escudos no logró borrar el gesto de cavilación de los consejeros ni sus dudas más recónditas.

—Lurco nos dijo que te habías dirigido a Contrebia Leucade tras despedir a tus acompañantes. ¿Vas a decirnos para qué? —inquirió

Turos cuando pensó que su voz resultaría audible.

Oteó Caro el horizonte en busca del brujo, aunque sin resultados. Su figura le habría resultado tranquilizadora. Le habría inspirado a la hora de urdir mentiras creíbles. En su desvalimiento, Caro hizo lo que pudo.

—Quería ver a mi primo Leukon. Se quedó viudo hace unos meses —rezongó antes de que un silencio prolongado pudiera parecer sospechoso.

—Ya fuiste a visitarlo en su momento —le recordó Abulo, líder de los Otalicum—. Y él también estuvo por aquí poco después. Sin duda tendrías otros motivos...

Resopló su destemple y su nerviosismo el compareciente.

—Es cierto —repuso adoptando un aire impostado de gravedad extrema—. Deseaba hacer partícipe a Leukon de las sensaciones que me traje de mi cita con el Senado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alucio, incapaz de descifrar el acertijo.

Desenvainó de nuevo Caro, pero lo hizo muy despacio. Para que los brillos de su acero pareciesen fulgores blancos de una hoguera inextinguible.

—¡De la debilidad de Roma! ¡De la necesidad de que todos lo sepan! —aulló, consciente de que solo aquel proceder teatral le haría recobrar la confianza de los dudosos—. ¡De la oportunidad que tenemos de recuperar las libertades de antaño!

Giró el celtíbero bruscamente sobre sus talones para encarar al Consejo. Tragó saliva Alucio ante la que le pareció la mirada de un loco capaz de degollarlos a todos por turnos.

—Pe... pero ¿qué pretendes de los lusones, entonces? —farfulló sin que la muchedumbre llegara a oír una sola de sus palabras

—¡Lo mismo que de los titos, los pelendones y los arévacos! —proclamó Caro a voz en grito—. ¡Que se atrevan a levantar nuevas ciudades, o a engrandecer las que ya tienen! ¡Que pierdan el miedo a los pactos que nos condenaron a una vida miserable! —Una explosión de júbilo hizo temblar la plaza. Miles de brazos empuñaron falcatas o cacerolas para organizar un alboroto ensordecedor—. ¡Celebremos hoy una gran fiesta y volvamos mañana al trabajo con

las piedras! ¡Nada ni nadie nos lo impide! —añadió Caro haciendo vertiginosos alardes con su espada sobre la cabeza.

Por edad y experiencias del pasado, todos los miembros del Consejo sabían identificar una derrota, tanto militar como política. Y por eso comenzaron a abandonar el estrado, cabizbajos, entre gritos, injurias e insultos que los tildaban de cobardes. Eran gestos obscenos y amenazantes que habrían amedrentado a cualquiera. Pero lo que más miedo les infundió fue la deriva; el tobogán, imprevisible e imparable, por el que Caro había empujado a la ciudad de Sekaisa sin posibilidad de retorno.

X

Roma, año 153 a.C.

Diez días después de las calendas de enero.

Ascendía Catón el Clivus Capitolinus con paso cansino. Era una calzada de pendiente temible la que desembocaba en la colina más sagrada de Roma. Por vez primera en toda su vida notaba el peso de los años. No en vano había pasado los últimos quince días recluido en su casa de Tusculum, recuperándose de un inoportuno achaque. Se había perdido algunos acontecimientos importantes durante su encierro; entre otros, el desenlace de las últimas elecciones y la sesión de investidura de los nuevos cargos con *imperium*.

Conocer los resultados de los comicios por boca de su acompañante, Acilio Glabrión, no había contribuido a su restablecimiento. De todos los candidatos posibles, Catón habría dado su aprobación casi a cualquiera, excepto al ganador: Quinto Fulvio Nobilior. Pero así lo habían dispuesto las centurias tras entregar sus votos a la Asamblea Comicial.

Se detuvo Catón para recuperar el aliento a media cuesta.

—Pero ¿cómo es posible que haya ganado? Si casi no le hemos dado tiempo... —murmuró por enésima vez, como si el pensamiento lo torturase.

Calló Glabrión mientras fingía admirar los meandros del Tiberis desde lo alto. Había tratado por todos los medios de disuadir a su amigo de la idea de acudir al Capitolio justo aquel día, el del alistamiento. Pero Catón había insistido en ver con sus propios ojos a los futuros soldados que serían enviados a Hispania para someter a Segeda antes del verano.

—¿No vas a decir nada? —gruñó el *princeps senatus*.

—¿Sobre qué?

—¡Maldita sea! —se enervó Catón—. ¡Me refiero a los resultados de las elecciones a cónsul!

Retomaron la marcha mientras Glabrión intentaba amansar a la fiera antes de llegar a la cima.

—Ya te dije que Nobilior era uno de los favoritos. Al final, la falta de tiempo para realizar obras de interés público no ha sido obstáculo para su victoria. Era de esperar. En un mes ha podido sobornar a muchos y comprar votos a mansalva. Por otra parte, su relación con Quinto Ennio le ha hecho ganarse el aprecio y la admiración del pueblo llano —dijo, en referencia al famoso poeta y dramaturgo romano.

Y es que, en vez de erigir fuentes, estatuas o templos, Nobilior había dedicado su breve campaña a pasear por el Foro en compañía del célebre Quinto Ennio. Ambos habían protagonizado frecuentes espectáculos consistentes en sabias disertaciones e incluso recitados de versos, rodeados siempre de un público entusiasta. Aquel aire de ciudadano atento, culto y sensible no le había perjudicado en su círculo *optimatus* y lo había acercado, además, al mundo más plebeyo.

—Ya, sí. Hay que reconocer que ha sabido hacerlo —admitió Catón justo al coronar la colina—. ¿Pe... pero qué diablos es esto? ¿Dónde están los verdaderos legionarios de Roma? —exclamó entonces el viejo senador, recorriendo la explanada con ojos desorbitados por el espanto y la sorpresa.

Esperaba el *princeps senatus* haber encontrado la planicie repleta de un gentío decente y ordenado a la espera del protocolario examen. Siempre había sido así desde sus tiempos de tribuno militar, pretor o cónsul. El día del llamamiento a filas, todos los hombres sanos entre los diecisiete y los cuarenta y seis años estaban obligados a presentarse en el Capitolio con el fin de llevar a cabo la selección de la que saldrían los finalmente elegidos para defender el Imperio.

Sorprendió Catón a su amigo examinándose las puntas de los *calcei* con ojos falsamente distraídos. Le pareció aquella la mirada del culpable.

—Tú sabías lo que ocurría... Y no has querido decirme nada — resolló iracundo.

—Estabas muy enfermo, Marco —se justificó el cónsul saliente—. Por eso no juzgué apropiado contarte lo de los disturbios.

—¿Qué disturbios? —Parpadeó Catón cómicamente como si Júpiter estuviese saliendo a recibirlo a las puertas de su templo en el Capitolio.

Se mordió Acilio Glabrión el labio inferior en una mueca de profundo dolor interno.

—La gente en edad militar ya no desea ir a Hispania. Ha habido una resistencia general al enrolamiento —musitó.

—¿Estás hablando de una revuelta?

—Sí.

—¿Y de deserciones?

—Eso es.

Volvió a escrutar Catón las tres mesas de funcionarios, y los escasos cuatro o cinco centenares de ciudadanos dispuestos, u obligados, a cumplir con su deber de servicio.

—¿Y adónde se ha ido el resto? —preguntó, incapaz de digerir la noticia.

—¡Han escapado, Marco, por todos los dioses! —gritó Glabrión al fin para hacer saltar la burbuja de irrealidad en la que su amigo flotaba ingrávido—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Las personas tienen oídos y cerebro! ¡Han escuchado muchas historias de veteranos que estuvieron en la anterior guerra con los celtíberos, la de Fulvio Flaco y Sempronio Graco! Nadie quiere apuntarse ahora a una campaña larga, feroz e improductiva. Nadie quiere viajar a un lugar lejano, hostil y miserable donde solo anida la muerte. Nadie está dispuesto a abandonar sus tierras, sus negocios y a su familia durante un tiempo indeterminado. No obstante — quiso Glabrión tranquilizar a su amigo—, un escuadrón de lictores anda rastreando las calles de Roma en busca de desaparecidos.

Temblaba Catón debajo de su *toga praetexta*, y eso a pesar de que se había puesto una túnica de lana debajo. Pero no era de frío o fiebre, sino de rabia.

—Ya no existe la decencia —masculló mientras arrastraba a su amigo hacia las mesas—. Pe... pero entonces, ¿quiénes son estos? ¡De dónde ha salido este atajo de maleantes? —preguntó, cuando pudo examinar de cerca a los congregados.

Vestían ropas calamitosas, incluso harapos, la mayor parte de aquellos hombres. Muchos estaban descalzos o les faltaban las suelas de los coturnos. Lucían todos un aire desgredado y canallesco. Pocos contaban con un capote con el que resguardarse del frío.

—Hemos tenido que modificar los valores habituales del censo a la vista de las circunstancias. No ha habido otro remedio —replicó un consternado Glabrión.

—¿Modificar el censo para el llamamiento? ¿Y cómo es que yo no me he enterado de eso? —adujo un Catón golpeado por la maza implacable de Vulcano.

—Te has perdido un par de sesiones cruciales debido a tu enfermedad. Estuviste varios días inconsciente —le recordó Glabrión—. Tuvimos que cambiar los criterios generales de riqueza con el fin de poder incluir en el censo a los *proletarii* e incluso a los *capite censi*. El alto número de deserciones nos ha obligado a ello.

—¿Habéis incluido a los más pobres, a los que no tienen ni siquiera un palmo de tierra donde caerse muertos? —aulló Catón espantado mientras contemplaba con ojos despavoridos a los que esperaban el beneplácito de los funcionarios para convertirse en soldados de Roma— ¡Pero esos no podrán costearse ni las sandalias militares! ¡Y mucho menos una espada o el *scutum*! ¿Qué renta anual se ha establecido como mínima a la hora de considerar a un hombre apto para el servicio? —inquirió tras serenarse.

—Mil quinientos ases.

—¿Mil quinientos ases... anuales? ¡Por las barbas de Marte! ¡Hasta ayer mismo exigíamos al menos doce mil!

—El Senado está contra la espada y la pared. O alistamos a las clases más bajas... o no habrá ejército consular que mandar a Hispania —se lamentó Glabrión.

—¿Y quién va a ocuparse de equiparlos?

—El Estado tendrá que correr con todos los gastos, me temo —respondió un Glabrión más hecho ya a los cambios—. Eso de que la defensa del Imperio recaiga solo sobre las espaldas de los pudientes va a terminarse, si es que ya no lo ha hecho.

—¿Y Nobilior? ¿Dónde está ahora mismo?

—Tratando de reclutar mercenarios en algún sitio.

Negó Catón con la cabeza sin despegar los labios. Por experiencia propia sabía que conseguir soldados de fortuna dependía mucho del prestigio y del carisma del comandante. Y de eso... Nobilior no tenía nada.

—¿Y de los celtíberos sabemos algo? —preguntó el viejo senador, consciente al fin de los vacíos de información ocasionados por el achaque. Apenas le quedaban leves reminiscencias de aquellos días: las de su abnegada esposa poniéndole paños tibios en la frente y las axilas.

—¿Te refieres a los habitantes de Segeda?

—Pues claro.

—Hicieron caso omiso de nuestro ultimátum.

—¡Mejor! Así ya no tendrán excusa. Entonces siguen levantando esa muralla...

Asintió Glabrión con un curioso balanceo de cabeza.

—Sí, pero van mucho más despacio que al principio. Es como si ya no tuvieran tanta prisa o nos hubieran perdido el miedo. Algo extraño ocurrió dentro de la ciudad a la vuelta del emisario.

Examinó Catón por enésima vez la muchedumbre raída y ruinosa a la que Roma estaba aceptando en sus filas. Anticipó retrasos en todo el proceso. Llevaría un tiempo detener a los desertores menos precavidos. A Nobilior tampoco iba a costarle cuatro días alistar varios miles de ratas.

—¿Crees que aún llegaremos a tiempo de sorprenderles? —preguntó.

—¿A los de Segeda?

—Sí.

—Vamos a andar justos —se limitó a vaticinar Acilio Glabrión—. Porque a todos estos... habrá que instruirlos un poco en tácticas y

manejo de armas. Y, en cuanto a Nobilior, no sabemos por dónde anda ni qué planes tiene.

Se había quedado Catón escrutando la parte más meridional del Capitolio. Había una figura marmórea paseando entre las estatuas de los antiguos reyes de Roma. Por empaque y hechuras, casi parecía una de ellas, aunque sin pedestal ni corona.

—¿Aquel no es Claudio Marcelo? —dijo.

—Creo que sí.

Se acercaron ambos hombres al senador solitario por la espalda. Lo pillaron ensimismado, apoyado en la efigie del rey Anco Marcio.

—Pensaba que te presentarías a cónsul... —Llevaba el tono de Catón un claro tono de reproche.

Se volvió Claudio Marcelo como si le hubiera silbado una flecha por encima del hombro.

—Ah, sois vosotros —dijo tras reconocer a la pareja—. Mi tiempo ya pasó. Se te olvida que fui cónsul dos veces. La última, no hace tanto. Es la hora de otros —respondió sin esconder un gesto de fatalismo.

—Sí, es la hora de los inútiles —sentenció Catón—. Y para colmo de males, enviaremos a Hispania al ejército consular más patético de nuestra historia.

—Bueno, tal vez Nobilior tenga cierto éxito en la contratación de mercenarios —terció Glabrión en un intento por animar a sus dos compañeros.

Negó Claudio Marcelo categórico.

—Nobilior solo va a traerse con él a toda la escoria de Italia, que, unida a lo que aquí logremos reunir, apenas dará para un par de legiones de una calidad ínfima.

A pesar de la contundencia de aquel juicio, a Catón le pareció distinguir un rastro de luz en las pupilas del antiguo cónsul.

—¿En qué estás pensando? —le dijo.

Se sintió Marcelo descubierto y a la vez aliviado de poder compartir sus reflexiones y sus esperanzas con alguien de confianza.

—En reforzar el ejército consular con tropas adicionales formadas por veteranos.

—¿Tropas de dónde?

—De la propia Hispania, por supuesto. Necesitamos gente experta que conozca la idiosincrasia de los celtíberos y pueda, además, llevar el peso de la batalla en caso de enfrentamiento. He estado haciendo cálculos —afirmó embargado por un aire casi soñador— y se podrían distraer soldados de algunas ciudades y campamentos. Pero, claro, el Senado debería aprobarlo antes y ya estamos tardando en plantearlo.

—El Senado no será un inconveniente porque entre los tres podremos mover muchos hilos —arguyó Catón de inmediato.

—El mayor problema sería... —comenzó Glabrión, pero se contuvo antes de terminar la frase para no sonar agorero.

—El reclutamiento *in situ* —concluyó Marcelo, adivinando las dudas de su colega—. Encontrar a la persona indicada para llevar a cabo la búsqueda de hombres competentes no resultará fácil. Esa labor requiere un conocimiento exhaustivo de los distintos destacamentos y, sobre todo, de su material humano. Desgraciadamente, yo estuve en la Hispania Ulterior y no sabría señalar a nadie.

—Ese hombre existe, y yo lo conozco —sostuvo Catón de repente.

Dos cabezas giraron vertiginosamente hacia el *princeps senatus*.

—Explícate —demandó Marcelo.

Pareció que el *princeps senatus* se zambullía en unas aguas llenas de turbulencias, y de emociones antiguas e insospechadas.

—Se llama Cayo Biesio y empezó desde abajo, pero ahora tiene ya el grado de prefecto. Es una persona muy capaz y disciplinada —rememoró—. Lleva en el ejército más de veinte años. Actualmente es el jefe de la guarnición de Tarraco, pero anteriormente sirvió en Castra Atiliana y en otros campamentos menores. No hay hombre más indicado que él para encontrar los mimbres con los que formar esa legión de élite que después pondríamos bajo su mando directo, claro.

Se rascó una ceja Marcelo con ademán pensativo.

—¿Bajo su mando siendo solo prefecto? Eso es poca cosa.

—Sí, claro. Habría que concederle un ascenso rápido —coincidió Catón.

—¿A qué grado? —Meneaba Marcelo la cabeza sin ver las cosas claras todavía.

—¡A legado!

—¿Legado? Nadie que yo conozca ha ascendido de simple prefecto a general de manera tan fulminante... —se asombró Marcelo.

—Lo sé —admitió Catón—, pero los tres que aquí estamos contamos con los contactos suficientes en el Senado para que ese nombramiento se lleve a cabo sin problemas.

—Se os olvida que Nobilior no ha pedido ningún legado en su ejército —terció Glabrión.

—¡Pues se lo impondremos entre todos! —zanjó Catón con vehemencia—. Cayo Biesio y esa legión de veteranos serían el contrapeso necesario para que la campaña del cónsul en Hispania no se convierta en un auténtico desastre.

—Ya. ¿Y estás seguro de que ese hombre que dices cuenta con una experiencia militar suficiente? —Parecía Claudio Marcelo todavía remiso a dar su conformidad al acuerdo.

—¡Por supuesto!

—¿Y carácter?

—¡Le sobra!

Hablaba Catón con un fervor desbordante, con la voz encendida por una emoción tan imperecedera como inexplicable. Acilio Glabrión, mientras tanto, lo miraba con ademán sorprendido. Le costaba entender las pretensiones de su compañero.

—¿Y tú de qué conoces a ese tal Biesio, si no te importa decirnos? —inquirió ceñudo—. Porque lo cierto es que hace décadas que no visitas Hispania...

—Acilio tiene razón —abundó Marcelo en medio de un silencio incómodo—. Si hemos de buscar apoyos para defender su ascenso ante el Senado e imponer su nombramiento como legado consular, antes tienes que contarnos todo lo referente a ese oficial de poca monta. Porque... por edad, está claro que el tal Cayo Biesio no estuvo a tu servicio en ninguna de tus campañas. No pertenece a tus tiempos. Entonces, ¿qué tipo de relación os une?

Era ya tarde para morderse la lengua, hacerse el enfermo o fingir un ataque de delirio como los de los últimos días. Todo esto lo pensó Catón mientras admiraba a través de un velo acuoso las columnas honoríficas, los edículos y los altares dedicados al dios Júpiter que plagaban la planicie del Capitolio.

—Cayo Biesio es mi hijo —afirmó en un tono que aunaba el orgullo y la vergüenza, pero no a partes iguales. Había mucho más de lo primero. Lo segundo era simplemente el envoltorio.

Sonaron las voces de Glabrión y Marcelo como una sola.

—¿Tienes otro hijo?

—Sí. —Se miraba Catón las sandalias para que no se le vieran las lágrimas.

—¿Además de Liciniano? —inquirió Marcelo estupefacto.

—¿Además del futuro Marco Porcio Catón Saloniano? —preguntó Glabrión como si aún necesitase la confirmación de un horrible cataclismo.

—Así es —musitó el *princeps senatus*—. Es una larga historia la que voy a contaros. Jamás la he compartido con nadie. Así que solo espero que seáis dos tumbas cerradas hasta el momento de vuestra muerte.

XI

Era Cayo Biesio la única mácula en el aura de ciudadano ejemplar que siempre había rodeado a Marco Porcio Catón desde joven. Afortunadamente, el secreto solo lo conocían los dos implicados; y ambos habían jurado silencio eterno incluso bajo tortura. Tenía el recién nombrado legado treinta y ocho años, la misma edad que la derrota de Antíoco III el Grande y los etolios frente a Roma. Obviamente, no era casual tanta coincidencia, porque Cayo Biesio había sido concebido en territorio macedonio, precisamente durante esa contienda.

Fue curiosamente Manio Acilio Glabrión, a la sazón cónsul, quien lideró aquella campaña contra el rey seléucida. Le acompañó como oficial su fiel amigo, Marco Porcio Catón, a quien su afán patriótico y quizá de aventura lo empujaron a empuñar de nuevo las armas tras sus éxitos en Hispania. Lo que no podía imaginar el *princeps senatus* es que ganaría una guerra, otra más, pero perdería la cabeza.

Se llamaba Selina la culpable de tan sorprendente y tardía locura. Era la hija de uno de los muchos artesanos que acompañaban a las legiones en sus interminables desplazamientos a través del mundo conocido. Jamás había mirado Catón fuera de los muros del matrimonio; mucho menos estando de servicio. Pero lo cierto es que en aquella ocasión actuó como un moscardón torpe y añoso. Visitó las *canabae* con demasiada frecuencia, hasta que acabó enredado en la telaraña de la pasión sin pensar en las consecuencias. Y si en algún momento lo asaltaron los remordimientos del adulterio, lo atribuyó todo —las escapadas furtivas, la excitación y los sofocos de la cópula— a la euforia del triunfo y a su poca costumbre de probar el vino a la hora de celebrar la victoria. En cualquier caso, cuando regresó de Roma tras comunicar al Senado la aniquilación del

ejército del rey Antíoco se encontró con un hijo recién nacido en los tingladillos anexos al campamento.

No se le pasó por la cabeza a Catón reconocer a la criatura, pues regalarle el cognomen familiar lo habría convertido en heredero legal además de en el núcleo de una agria disputa doméstica. Tampoco estaba dispuesto a dilapidar su fama de hombre recto y, mucho menos, a echar por tierra una carrera política en la que aún le quedaba por escalar el peldaño más alto, el de censor. Pero en ningún modo se desentendió del muchacho.

Al volver de la guerra, madre e hijo quedaron finalmente instalados en una finca de su propiedad en las afueras de Tusculum, tras el casamiento obligado de Selina con uno de sus libertos. Jamás usó Catón la palabra *hijo* para referirse a su vástago más reciente. Nunca se atrevió el otro a llamarlo *padre* en los muchos ratos que ambos pasaron juntos. Porque, en realidad, no hacía falta. Hay cosas que se leen en el brillo de las miradas sin necesidad de palabras. Además, Cayo Biesio había sacado los mismos cristales azules en los ojos que su progenitor y hasta el ceño en la frente.

Se encaprichó Catón de aquel joven espigado e inteligente. Le adivinó una valía más que probable para abordar cualquier tipo de negocio, pero lo adiestró en el manejo de las armas; seguramente porque su otro hijo, el legítimo, carecía del carácter y la disciplina necesarios para el desempeño de una vida castrense. Quiso el padre que el futuro de Cayo Biesio estuviera en el ejército que defendía las fronteras más alejadas del Imperio, y no en las calles de Roma; pues la cercanía del muchacho, entendió, solo podía conducir, a la larga, a la vergüenza social y a su ruina política.

Partió Cayo Biesio como legionario raso hacia la Tercera Guerra Macedónica sin ninguna atadura. Selina había muerto poco antes a causa de las fiebres tercianas, y de su padre adoptivo, el muchacho jamás había querido saber nada. Combatió después en varias campañas contra los ligures, hasta acabar en Hispania con el grado de primer centurión. No volvió Catón a ver al valiente soldado a partir de su marcha, pero siempre estuvo al corriente de sus andanzas a través de la correspondencia que padre e hijo sostuvieron incluso desde los lugares más alejados. La distancia

nunca fue un impedimento para mantener el vínculo de amistad y sangre forjado durante diecisiete años. Así, Marco Porción Catón se enteró de la promoción de su hijo al grado de prefecto tras lograr lo que a los mandos de la Hispania Citerior se les antojó como una hazaña: la claudicación pacífica de la otrora invicta Contrebia Leucade.

Gracias a las presiones ejercidas por el propio Biesio, el Consejo de Ancianos de la ciudad había accedido a admitir a una numerosa guarnición romana dentro de sus muros. La maniobra iba a significar el principio del fin de la tribu de los lusones en el valle del Hiberus, sostenía el oficial itálico en la penúltima epístola dirigida a su progenitor.

Aquellos méritos diplomáticos colocaron finalmente a Cayo Biesio en la gran ciudad de Tarraco como jefe de la guarnición romana. Allí, sus nuevas atribuciones —el cobro de tributos y la leva entre los jóvenes iberos de la zona— le resultaron más apacibles que las de Castra Atiliana. Hasta la llegada de los dos legajos en los últimos días de enero.

Uno llevaba el sello del Senado y contenía información sobre el cambio del calendario y los plazos en el relevo de tropas destacadas en Hispania. Se le anunciaba el resultado de las recién celebradas elecciones comiciales en Roma y, al hilo de ello, se le daban instrucciones para el reclutamiento, donde él considerara oportuno, de al menos cuatro mil legionarios de confianza que quedarían bajo su mando directo. Y para que a nadie le quedaran dudas de sus nuevas atribuciones, el rollo certificaba su nombramiento como legado del ejército consular que debería llegar al puerto de Tarraco a la mayor brevedad posible.

El segundo pergamino le resultó más afectuoso y bastante aclaratorio. Lo firmaba su padre. Marco Porcio Catón le felicitaba por el ascenso, pero le prevenía contra el nuevo cónsul y las tropas que lo acompañarían a Hispania. Desconfiaba el *princeps senatus* de la aptitud militar de Quinto Fulvio Nobilior para ostentar el cargo, así como de la profesionalidad y disciplina de sus soldados. No esperaba Catón que Nobilior proporcionase durante su campaña demasiados detalles de la misión encomendada por el Senado: la destrucción

inmediata, y sin retrasos injustificados, de la ciudad celtíbera de Segeda. Por todo lo cual le rogaba que fuera él quien diera noticias de los progresos y avances del ejército en cuanto este abandonara la ciudad de Tarraco. En realidad, su verdadero cometido como legado —le decía su padre— no era otro que garantizar la vuelta del ejército consular, con las menores bajas posibles, a la seguridad de Tarraco una vez arrasada la capital de los belos.

Comoquiera que ambas cartas estaban fechadas a mediados de enero, Biesio interpretó al pie de la letra aquello de «a la mayor brevedad posible». Y para los *idus* de febrero ya tenía disponible la legión adicional que engrosaría el ejército de Nobilior. Aquel mismo día se subió a la torre de Minerva para otear sin descanso el Mare Internum. Pero se le secaron los ojos, y hasta la paciencia, de tanto escrutar el horizonte en busca de naves que parecían invisibles.

No fue hasta las nonas de abril cuando al fin descubrió una densa retícula de puntos negros acercándose a la costa. Era la escuadra esperada, y la formaban sesenta embarcaciones de transporte de tropas con un potente barco de guerra al frente. Tenía Biesio ya el sol a sus espaldas cuando pudo distinguir con claridad al hombre que venía al mando.

Resultaba cegador el brillo de la coraza musculada y las espinilleras de bronce que gastaba Nobilior. Sus cabellos rubios y la capa roja que lucía alrededor de los hombros ondeaban a la brisa marina como si la estatua del dios Apolo adornase la proa del quinquerreme. Fue aquella la única nave que se dirigió a la bocana del puerto. El resto de la flota fondeó en la bahía, muy cerca de la playa.

Dejó Biesio que dos magistrados locales se encargaran del recibimiento. Él prefirió esperar a Nobilior en la colina del Foro, porque desde allí podía divisar también las sospechosas evoluciones de los barcos y sus diez mil ocupantes. Y es que nada más lanzar el ancla, las sesenta naves comenzaron a vomitar legionarios sin que nadie lograra, de manera efectiva, mantener el orden durante el desembarco.

Departió Nobilior con los dos funcionarios gubernamentales durante diez minutos. Después, los responsables de la urbe se

retiraron cabizbajos, con el semblante serio y las manos abrochadas por detrás de la espalda. Ascendió el cónsul hasta la plaza del Foro exhibiendo en todo momento una sonrisa rutilante y el aire audaz de los generales con grandes expectativas.

—Cónsul. —Inclinó la cabeza Biesio a modo de respetuoso saludo al encontrarse con el hombre más poderoso de Hispania—. Soy ...

—Ya sé quién eres —lo interrumpió Nobilior—. ¿Dónde está el pretor?

Había ensayado Biesio un pequeño discurso de presentación, pero se quedó con él en la boca.

—Te esperó más de un mes, pero se marchó hace dos días. Entendió que su mandato estaba cumplido desde el mes de marzo. Seguramente te habrás cruzado con él por el camino —dijo.

Se le arrugó por primera vez el ceño el dios Apolo hecho hombre.

—Pero habrá dejado tropas... En Roma me dijeron que...

—Me he permitido seleccionar a dos mil de sus mejores veteranos. —Ahora fue Biesio quien le pisó las palabras al cónsul.

—¿Solo dos mil?

—Hay tres mil más provenientes de otras guarniciones.

—Entonces cuento con una tercera legión...

—Así es. La Legio Tarraconensis —afirmó, satisfecho, Cayo Biesio.

—¿Quién la ha llamado así?

—Yo.

Esbozó el cónsul una sonrisa burlona.

—¿Y a una legión hace falta ponerle nombre, como a los perros?

—Ponerle nombre a una legión ayuda a infundir orgullo y camaradería entre los hombres —sostuvo Biesio sin dudarlo.

Examinó Nobilior al que iba a ser su legado con ojos curiosos. Parecían llamarle la atención las *phalerae* que su subordinado lucía sobre la armadura, sus cicatrices en la frente y en los antebrazos. Unas marcas y unas condecoraciones más propias de alguien que ha pasado media vida peleando en el muro de escudos y no dirigiendo tropas desde un montículo.

—Dime una cosa.

—Tú dirás, cónsul.

—Tu nombre y tu cara no me suenan de nada. Ni del Senado, ni de haberte visto por las calles de Roma. ¿De dónde has salido?

Una vergüenza súbita y candorosa le trepó al hijo de Catón por el cuello como jamás le había ocurrido antes. Le habría gustado poder aludir al desempeño de algunas magistraturas menores para justificar su nuevo cargo y, tal vez, una trayectoria más brillante en la vida. Desgraciadamente, Cayo Biesio era un hombre diseñado desde niño para la guerra, y solo podía contar duros combates librados en mil escaramuzas contra gentes irreductibles.

—Me crie en los confines del Imperio —respondió a modo de evasiva.

—Ya, pero el Senado te ha nombrado mi legado, a pesar de que yo no deseaba ningún ayudante. Y ha colocado bajo tu mando directo a una legión entera. Según he podido comprobar, a algunos magistrados les parece que han puesto a mi lado al mismísimo Alejandro Magno. —Una sonrisa frígida afeó el rostro de Nobilior—. ¿Quién es tu auténtico valedor en Roma? ¿Qué senador está detrás de la figura de un don nadie? —añadió con el mismo gesto helado.

Un rumor de soldadesca rebasó la muralla este mientras los dos militares se miraban a los ojos en silencio. Por encima del campanileo de metales y las voces roncadas de los legionarios, sonaban los gritos histéricos de seis oficiales jóvenes. El escándalo no pareció sorprender al cónsul; pero sí a Biesio, que giró la cabeza para contemplar la escena.

—Tus hombres están desembarcando sin orden ni concierto. Y los tribunos que has traído contigo no consiguen imponerse —describió, como si tuviese a su lado a un ciego.

Nobilior azotó el aire salitroso de Tarraco con desgana, como si el alocado desembarco de sus tropas no fuese de su incumbencia. Tras unos segundos de duda, pareció desistir de obtener respuestas al enigma de la promoción meteórica y misteriosa de un simple soldado. Pero sí quiso dejar las cosas claras con su subalterno.

—No puedo impedir que estés al frente de una legión, Biesio. Porque así lo ha decidido el Senado. Tus hombres te obedecerán a ti, pero tú harás lo que yo diga. Para eso soy el cónsul. ¿Estamos?

Asintió el legado con una cabezada lenta.

—¿Están listos los barracones? —preguntó de repente Nobilior.

—¿Barracones?

—Sí, para mis hombres.

La marea parda que acababa de abandonar los barcos estaba ya colándose por la puerta de la muralla más cercana a la bahía. En breves instantes penetraría en el barrio más populoso de Tarraco.

—Solo la guarnición permanente de la ciudad usa los barracones —repuso Biesio con un deje de alarma en el tono.

—Pues ahora los utilizarán mis soldados. —Pretendió Nobilior iniciar la marcha hacia el centro de la urbe, pero se vio atrapado por una mano que parecía un cepo de cazar lobos.

—No hay sitio para tantos legionarios dentro de la ciudad. Desde la época de los Escipiones los ejércitos se instalan extramuros. —Apuntó Biesio hacia el monte que dominaba Tarraco—. El campamento que ellos dejaron está listo y, de hecho, allí espera la legión que he reclutado.

De un brusco tirón Nobilior se zafó de la zarpa de su subordinado. —Tu legión está bien ahí arriba —repuso con ojos glaciales—. Mis hombres ya tendrán tiempo de acostumbrarse a la incomodidad de los contubernios cuando abandonemos Tarraco. Si no hay barracones para todos, tendrán que buscarse ellos mismos el alojamiento. Encárgate de que tengan todo lo que necesiten.

Una visión aterradora, más propia del saqueo de un *oppidum* vencido que de la llegada de un ejército amigo, hizo palidecer a Cayo Biesio. Tras alcanzar el barrio de bulliciosas *insulae* anexo a la muralla, los soldados de Nobilior habían comenzado a desalojar a sus ocupantes a punta de *gladius*. Se oían gritos dentro de las viviendas, y risas de alimañas vestidas de cuero y hierro. Se vio salir corriendo a muchos supervivientes, chapaleando sobre la sangre de los que se habían resistido a ceder sus viviendas.

—Estás cometiendo un grave error. El Senado no aprobará semejante atropello. —Se le había enronquecido la voz a Biesio como si llevara tres días sin probar el agua.

—El Senado no tiene por qué enterarse de nada. —Las pupilas del cónsul despidieron un brillo despiadado e indiferente—. Por cierto —

dijo, y se volvió hacia su oficial como si de pronto hubiese recordado algo importante—, ¿cómo va el reclutamiento de auxiliares?

—Todavía no he empezado a hacer leva entre las tribus locales.

Se le pintó la cara a Nobilior de una ira infantil y absurda.

—¿Y a qué demonios estabas esperando? —exclamó.

Esquinó Biesio una sonrisa burlona. Le salió, sin querer, su vena más contestataria.

—¿Dónde estuviste como pretor? ¿En alguna provincia fácil?

Levantó Nobilior un dedo colérico, mas la ira le retrasó demasiado las palabras.

—Aquí, en Hispania, las cosas son muy diferentes —prosiguió Biesio como si aleccionara a un novato—. Cada vez hay que ir más lejos en busca de auxiliares. A estas horas, todas las ciudades de cierta importancia sabrán ya de tu llegada. Los hombres en edad de prestar servicio en nuestras legiones estarán tratando de esconderse en los sitios más insospechados. Traeremos a todos los que podamos echarles el lazo, pero no habría tenido ningún sentido haberlos capturado antes. —Volvió Biesio a señalar el campamento de los Escipiones—. De los tres o cuatro mil jóvenes guerreros que pudiera haberte traído, ya no quedaría ninguno.

Una luz de alarma se encendió detrás de los ojos lobunos de Nobilior.

—¿Desertan de nuestro lado quieres decir?

—Por supuesto.

—¡Pero tenemos pactos de *amicitia* con todos esos pueblos! —arguyó el cónsul iracundo.

—En efecto. Pero a la hora de la verdad se trata de acuerdos protocolarios —explicó Biesio—. Esta gente ha tolerado la pérdida de tierras, incluso el pago de tributos. Sin embargo, lo de ceder a sus jóvenes a los ejércitos de Roma... eso no acaban de acatarlo.

No sirvieron las explicaciones para que Nobilior diera a torcer su brazo por completo.

—Pero algo podremos hacer al respecto... —dijo.

—Partiré mañana mismo a hacer leva donde vea posibilidades —prometió el tribuno con la mirada ya puesta en la vía Heraclea, el camino más rápido para acceder a las tierras de los indiketas y otras

tribus de la costa—. Tomaré rehenes entre los hijos y parientes de los régulos a los que obligaré a ceder guerreros. Aun así, no esperes mucho...

Pretendió el legado dar por zanjada la primera charla con su superior en el cargo, pero fue la mano de Nobilior la que pareció ahora un auténtico grillete.

—Solo una cosa más, Biesio. No quiero tres o cuatro mil guerreros hispanos, sino quince mil.

Pareció el hijo de Catón golpeado por la maza de Hércules.

—Jamás hemos reclutado a tantos...—objetó atónito—. Esa es una cantidad inconseguible.

Aferró Nobilior a su oficial por el reborde de la coraza y lo atrajo hacia sí aprovechando su desconcierto.

—Nunca te atrevas a decirle a un cónsul que no puedes conseguirle algo. Recuerda siempre que, aunque te hayan nombrado legado, yo soy el que decide. Límitate pues a cumplir mis órdenes —siseó.

Era Cayo Biesio un hombre fuerte y aguerrido. Solía encajar bien los golpes físicos de la pelea, y también los provocados por la sorpresa.

—Haré lo que mandes, pero llevará mucho tiempo —repuso con la voz otra vez firme—. Lo digo porque tenía entendido que debíamos alcanzar Segeda cuanto antes...

Seguía Nobilior a apenas un soplo del rostro de su subordinado.

—¿Y a ti... quién te ha dicho eso?

—Lo interpreté así en el documento en el que se me nombraba legado de tu ejército —mintió Biesio, que estaba al corriente de las prisas y de los objetivos encomendados al cónsul gracias a la carta de su padre.

Trató Nobilior de mostrar su gesto más severo.

—Pues léiste con demasiada ligereza, me temo. Vuelve cuando tengas quince mil iberos listos y no antes —dispuso, y enfiló hacia el decumano, el lugar en el que alguien le había dicho que encontraría Odyssea, una distinguida casa de lenocinio de nombre latino, pero con preciosas *delicatae* de origen griego de las que se decía que eran capaces de recitar versos de Homero mientras copulaban con los clientes.

XII

Sekaisa, diez días después de los idus de julio.

Fue Caro el último en bajarse del andamio. Se le había hecho casi de noche colocando piedras en solitario. Estaba exhausto. La nueva muralla seguía creciendo, pero ya no lo hacía con la velocidad y la ilusión de antaño. Desde hacía bastantes meses resultaba difícil encontrar colaboradores. Las familias que habitaban los dos promontorios anexos a la ciudad antigua habían regresado a sus viviendas tras sobreponerse al miedo, pero ni siquiera ellos tenían prisa por concluir la obra. Al fin y al cabo, le habían oído proclamar que ya nadie los amenazaba, ni siquiera Roma. Aun así, gracias a los esfuerzos denodados del líder de los jóvenes guerreros y de algunos fieles seguidores, apenas quedaban tres estadios para concluir la nueva Sekaisa: una fortaleza que acabaría siendo más majestuosa que la propia Numantia e igual de inexpugnable.

Vació Caro de un solo golpe la calabaza llena de agua que había traído de casa y se sentó sobre un sillarejo. El frenesí del trabajo no le había impedido reparar en el enigmático jinete que había circunvalado la fortaleza al menos dos veces y después se había instalado tranquilamente en un altozano. Permaneció a la espera de acontecimientos, pues el proceder del desconocido era el habitual en alguien que desea darse a ver con las estrellas y la luna como únicos testigos.

—¡Leukon! —exclamó tras reconocer al observador misterioso.

—Vamos a tu casa. Debemos hablar —respondió lacónicamente el contrebiense, y tendió un brazo para ayudar a su primo a subir al caballo.

Había aún bastantes almas pululando por las calles de Sekaisa a pesar de la hora, y a Leukon le llovieron los saludos. Los hombres

jóvenes lo consideraban como uno más de los suyos por sus largas estancias en la ciudad en sus años de niño y aun después, cuando empezaba a llevar espada al cinto. Lo respetaban también los más ancianos por la intercesión desinteresada de su padre, el legado romano Máximo Vento, ante todos los pretores que habían desembarcado en Hispania tras los Pactos de Graco. De no haber llegado tan preocupado, tal vez habría notado las miradas furtivas de muchas mujeres casaderas. Al fin y al cabo, su reciente condición de viudo lo convertía de nuevo en un pretendiente de lo más deseable.

Respondió el lusón con la amabilidad y la calidez de costumbre a semejantes gestos de cariño, pero ignoró todas las preguntas relativas a su presencia con las que su primo Caro le atronó los oídos durante el trayecto.

—¡Leukon! ¡No te esperábamos! —exclamó Silvis con ojos dilatados por la sorpresa cuando ambos hombres penetraron en la vivienda. A su lado, el pequeño Lorien mostraba un rictus no menos asombrado que su madre.

Olía a carne de ciervo guisada en el hogar de la casa. Había tres escudillas humeantes sobre la mesa. Quiso Silvis colocar una cuarta, pero se detuvo al escuchar la voz imperiosa de su marido.

—¡Comed en la bodega, o en el establo, o en la calle, o donde os dé la gana, pero dejadnos solos! —ordenó un malhumorado Caro.

—Permite que se queden —le contradijo Leukon.

—¿Para qué? ¿Qué pintan una mujer y un crío en una reunión de hombres?

Tomó asiento el contrebiense en el banco corrido esculpido en la roca. Miró después con gravedad a su primo.

—Son tu esposa y tu heredero —asentó, como si quisiera matizar las cosas—. No puedes mantener a los tuyos en la ignorancia en un asunto tan importante. Además, no tardarían mucho en enterarse de todo.

Consintió Caro con un gesto de desgana.

—¡Déjate de monsergas y desembucha de una vez! —urgió a su primo, sentado frente a él en un taburete— ¡Sé que no has venido a probar mi estofado de ciervo!

—Un ejército enorme acaba de salir de Tarraco y se dirige hacia el vado de Hibera. La noticia circula ya por todas las ciudades lusonas.

Ahogó Silvis el grito tapándose la boca con una mano. El pequeño Lorien no dijo nada, pero trató de descifrar la expresión ceñuda de dos hombres que se leían las arrugas de la frente en medio de un silencio tenso y vaporoso.

—Pero podría ser una mera excursión del pretor de turno por las lindes del Hiberus... —adujo Caro, como si se resistiese a soltar el hilo de esperanza al que se aferraba internamente.

—No se trata de un pretor. Roma ha enviado esta vez a un cónsul. Se llama Quinto Fulvio Nobilior y se acerca con treinta mil hombres. Se le pusieron a Caro ojos de náufrago.

—Pero tal vez vayan a otro sitio...

Negó Leukon con la cabeza entre las manos.

—Según los informes que manejo, todo apunta a que vienen hacia aquí, para castigaros por lo de la nueva muralla. Me equivoqué —admitió tras una pausa.

—¿En qué?

—En ayudarte a creer que Roma no haría nada tras el ultimátum.

Apartó Caro el guiso que tenía delante. De repente había perdido el apetito, pero no la sinceridad debida a su pariente.

—No te amargues por eso —le dijo—. Cuando fui a verte a Contrebia Leucade, estaba deseando escuchar justo lo que me dijiste. No es culpa tuya lo que pueda ocurrir ahora.

Agradeció Leukon el descargo, pero siguió explicándose con el mismo aire abrumado.

—He pasado tres días visitando fortalezas lusonas. Todas están al corriente de las maniobras del nuevo cónsul —dijo—. Pero, al parecer, solo la ciudad de Nertóbriga está dispuesta a hostigar sus avances. Las demás han expresado su voluntad de mostrarse neutrales en el posible conflicto. Y eso incluye a Turiaso, Borsau, Kaiscata, Carabis...

Hizo un gesto de hartazgo Caro para detener la retahíla de unos nombres que ya consideraba infames.

—O sea que todas suministrarán provisiones a los romanos si estos se lo piden. —Agitó la cabeza el guerrero belo con ademán

indignado—. Qué vergüenza. Los lusones sois un pueblo de los más mezquino —resumió—. Parece mentira que lucháramos todos juntos en la batalla del Mons Caunus.

—Bueno, ya puedes imaginar que la nueva guarnición romana de Contrebia Leucade impone mucho en la zona... —se excusó Leukon—. Por cierto, ¿qué hiciste con el documento que te dio el Senado?

—¿La declaración de guerra?

—Sí.

—La quemé en tu casa. ¿Ya no te acuerdas?

—Es verdad —asintió Leukon—. Después, señaló la calle con un gesto de la cabeza, como si toda Sekaisa se encontrase escuchando aquella conversación detrás de la puerta.

—Entonces ellos...

Bajó la mirada Caro igual que un niño avergonzado de una trastada.

—La gente aquí no sabe nada. Les mentí a mi vuelta de Roma —admitió.

—¿Qué les dijiste exactamente?

—Que me habían llamado para otra cosa, no por lo de la muralla.

—¿Para qué?

—Para firmar una alianza contra los lusitanos. Porque Roma nos consideraba una gran potencia militar y deseaban nuestra ayuda. De hecho, los romanos nos tenían miedo, afirmé en público. Y, por eso, no existía ninguna posibilidad de que nos mandaran derribar la muralla o suspender la ampliación de la ciudad a pesar del compromiso asumido en los Pactos. Jamás pensé que la nueva tranquilidad los volvería a todos perezosos —admitió un abatido Caro—. Pero lo cierto es que, después de mi discurso, los lobos y los peligros desaparecieron del horizonte. Y también las prisas por terminar la nueva Sekaisa.

Sintió Leukon la mano cálida de Silvis sobre su rodilla por debajo de la mesa mientras Caro confesaba las mentiras vertidas a sus paisanos y sus consecuencias. El suave contacto de una piel femenina le hizo dar un respingo que llamó la atención de su primo. Mas el gesto coincidió con la irrupción en la conversación del pequeño Lorien.

—¡Pero no va a pasarnos nada!, ¿verdad, padre? Dijiste que aún no había nacido quien pudiera matarte o siquiera asustarte...

No dejó el guerrero belo que el peso implacable de los números o de los acontecimientos inclinase la balanza de su cabeza hacia su extremo más cuerdo.

—¡Por supuesto que no, hijo! —prorrumpió al instante. Pero después se quedó mudo; con los ojos zigzagueantes sobre la mesa, como si estuviera siguiendo los movimientos de un ejército de diminutas hormigas.

—Tendrás que contarle al pueblo la verdad que llevas más de siete meses ocultándole. Todo el mundo tiene derecho a ir preparándose... —La voz pausada de Silvis rasgó la nebulosa de guerra, mentiras y muerte en la que Caro andaba sumido sin remedio.

Pareció por un instante que al gran líder le había picado una avispa. Irguió la cabeza bruscamente y apuntó a su esposa con un dedo rebordeado de mugre; como si las palabras de censura de una mujer supusieran una afrenta inadmisible para un fiero guerrero celtíbero.

—Ella tiene razón. —Impidió Leukon el exabrupto y tal vez la bofetada. Agradeció Silvis el apoyo afianzando un poco más la presión de sus dedos sobre el muslo desnudo de su cuñado.

—¿Razón?

—Pues claro. ¿Acaso quieres que ese cónsul se presente a las puertas de Sekaisa y pille a todos desprevenidos?

—¡Si les alerto ahora, cundirá el pánico! ¡Huirán muchos de los que todavía trabajan en la muralla! ¡Ya no habrá manera de terminarla!

Las uñas de Silvis se hundieron un poco más en las carnes de Leukon. La sensación le infundió al contrebiense una extraña mezcla de calor, deseo y arrojo.

—¡Olvídate de la maldita muralla! ¡Precisamente porque ya no tienes tiempo de acabarla debes hablarles claro! ¡Y ahora mismo! —Estampó Leukon su puño sobre la mesa, haciendo bailar las tres escudillas.

—Pe... pero ya es casi de noche...

—¡No podemos perder ni un segundo!

Un desasosiego de guiños, blasfemias y murmuraciones retuvo a Caro en su asiento durante casi cinco minutos; hasta que la serenidad amarga de la derrota invadió todo su cuerpo: el sueño de la transformación de la antigua Sekaisa en una urbe moderna y poderosa tendría que abordarlo su hijo en un futuro más o menos lejano, si es que el pequeño Lorien lograba sobrevivir a la cólera de Roma.

—Está bien. Vamos —concedió al fin, y se dirigió, tambaleándose, hacia una alcayata de la que colgaba el cuerno de las convocatorias.

Solo había dos instrumentos de esa índole en la fortaleza. Uno obraba en poder de Alucio y sonaba profundo y ronco como el mugido apacible de un toro castrado. Incluso un niño habría podido soplar dentro de él sin esforzarse. El de Caro tenía el orificio mucho más estrecho y su canto parecía el berrido agudo de un jabalí herido. Hacían falta buenos pulmones para manejarlo.

Contempló el cuerno el jefe de los guerreros con un rictus de impotencia.

—Toma, tócalo tú, que yo no tengo fuerzas —le dijo a su primo.

XIII

Tres eran los encargados de lidiar con la emergencia de una convocatoria tardía a la asamblea del pueblo. Cuando, por alguna circunstancia, las prisas impedían montar el tablado sobre el que solía comparecer el Consejo, los tres forzudos colocaban en su lugar tres plataformas circulares construidas con tocones de árboles descomunales. Las hacían rodar ruidosamente hasta la plaza como si empujaran la triga de un gigante.

Tras el toque de cuerno, los dos primos retornaron al interior de la vivienda y permanecieron largo rato escondidos detrás de la puerta. Escuchaban el retumbar de los troncos sobre las piedras, las carreras frenéticas de los que querían ser puntuales y las voces de quienes se preguntaban por el motivo de una reunión tan a deshora.

Prefería Caro aparecer en público cuando todo estuviese listo, los tocones y los ciudadanos, pues pretendía ahorrarse las explicaciones previas. Y así lo hizo. Salió al fin de casa y caminó acompañado por Leukon sin levantar la barbilla del pecho, escrutando solo de reojo los gestos y las miradas de sus paisanos. No le pareció que fueran de miedo, ni siquiera de sorpresa. Eso le produjo una pena inmensa y, también, un súbito desfallecimiento. De hecho, necesitó la ayuda de su primo para subir al púlpito desde el que debería confesar todos los embustes fabricados con el único fin de aferrarse a una ilusión imposible. Y, también, a las consecuencias de tanta locura. Una declaración que, a buen seguro, suponía también la quiebra de su prestigio de hombre digno y de su liderazgo.

Leukon se quedó junto a Caro, pero en el suelo, sin hacer uso de ninguno de los dos tocones que aún estaban libres.

—No te sientas mal —le dijo a su primo al verlo tan alicaído—. Solo has hecho lo que creías mejor para tu pueblo. Además, tenías razón en lo que me dijiste aquella tarde en Contrebia

—¿En qué?

—En que la búsqueda de la libertad es lo más importante en la vida de un hombre. Y eso es lo que, para ti, ha significado siempre esa muralla. No obstante, quizá todavía se pueda llegar a un acuerdo con Nobilior antes de desencadenar la guerra y una matanza.

—¿Un acuerdo? —Hablaba Caro con un hilo de voz, sin atreverse a mirar a nadie, pero consciente de la creciente impaciencia de los convocados; sobre todo por parte de los ancianos del Consejo, que, dispuestos en primera línea, portaban aún en las barbas los restos de una cena interrumpida bruscamente por la alarma.

—Tal vez el cónsul decida no tomar represalias si lo encuentra todo derrumbado cuando llegue.

—¿Y si decide lo contrario?

—Entonces no lo sé —reconoció Leukon—. Piensa qué vas a decir, pero no tardes mucho, porque ya ves con qué caras te están mirando.

Levantó la cabeza el líder belo cuando le pareció que había logrado reunir el coraje suficiente para desatar de su lengua la soga de la vergüenza. Abrió la boca para iniciar la confesión más dolorosa de su vida, pero se dio cuenta de que nadie lo estaba escuchando. La atención del público había virado en la dirección del ruido.

Era un repicar inconfundible de cascos de caballos el que provenía del interior del *oppidum*. Echó mano Caro a su espada, convencido de que la vanguardia de Nobilior ya se había colado por la brecha de la muralla nueva y se dirigía al centro de una urbe convertida fatalmente en ratonera. Pero después lo pensó mejor, y se dio cuenta de que solo podían ser amigos o, al menos, conocidos, quienes se acercaban. Porque nadie había lanzado ni un solo grito de alerta desde las torres de vigilancia.

Vio destellar la cabellera roja de Ambón, el líder de los guerreros numantinos, bajo el primer arco. Fulguraba aquella pelambrera casi tanto como las antorchas recién prendidas en el camino de ronda. Venía el joven caudillo arévaco acompañado de diez acólitos armados, cabalgando sobre monturas sudorosas, de hocicos espumeantes, como si los persiguiera algún dios vengativo del

inframundo. Posiblemente habrían recorrido la distancia entre Numantia y Sekaisa en apenas día y medio.

Desmontó Ambón ante la imposibilidad de penetrar a caballo en la plaza y se acercó corriendo al lugar ocupado por el solitario compareciente. No le resultó difícil abrirse paso entre el gentío pues no había ni un solo habitante en Sekaisa que no conociera a tan insigne personaje: el guerrero que, además de liderar al ejército arévaco más poderoso, afirmaba ser descendiente directo de Belenus, dios del fuego.

Saltó Ambón sobre la plataforma contigua a la de Caro y desparramó la vista sobre un horizonte pardo formado por miles de cabezas atentas.

—Así que... a vosotros también os ha llegado la noticia —murmuró a media voz, pero fue como si hubiera lanzado un estruendoso pregón desde lo alto del adarve, tal era el silencio reinante en la plaza.

—Noticia... ¿de qué? —Miraba Caro a su homólogo con ojos entornados. El arévaco siempre le había parecido un ser pretencioso y despreciable.

—De la salida de Tarraco de un gran ejército romano cuyo destino es, con toda seguridad, esta zona.

Se desataron de inmediato los murmullos en un aire ya caldeado por las antorchas y los malos barruntos.

—Ya, bueno, sí. De eso precisamente íbamos a tratar ahora —repuso el líder belo tras localizar a la Sombra a apenas cuatro pasos de los tocones.

—Entonces vienen hacia Sekaisa, claro... —dedujo Ambón en un tono que sonó aliviado.

Se movió la capucha del brujo en un imperceptible ademán negativo. El gesto le produjo a Caro un raro cosquilleo en las tripas. Y una calma tibia en la que, de pronto, se vio capaz de esquivar la ignominia, amortiguar la tragedia o, con un poco de fortuna, compartirla con otros.

—¿Por qué iban a venir aquí? Tal vez se dirijan a Numantia —adujo con serena displicencia.

La sugerencia colocó seis mil pares de ojos sobre la estampa del caudillo arévaco y, además, contuvo las murmuraciones.

—No lo creo. Según tengo oído, a vosotros os llamaron desde el Senado romano por lo de la nueva muralla y, al parecer, no habéis hecho caso —alegó Ambón rápidamente—. Por eso, no sería de extrañar que...

—Pues te han informado mal —le atajó Caro—. En Roma solo me hablaron de firmar una alianza para atacar a los lusitanos. A lo cual me negué, por supuesto. No me pareció que nuestra muralla les importase mucho.

Observaba el numantino al de Sekaisa con ojos suspicaces. A Leukon, la repentina deriva de su primo lo dejó petrificado en el sitio. Cuando se sobrepuso, quiso subirse a la plataforma que aún estaba libre para anunciar por todo lo alto el estado real de las cosas, pero una mano le impidió el movimiento. Pensó que sería Silvis, para pedirle condescendencia ante el ataque de locura de su marido. Sin embargo, al volverse vio un dedo rugoso y descarnado posarse sobre unos labios invisibles, ocultos en la negrura de una capucha mugrienta. Reconoció, sin haberla visto nunca antes, la figura sin rostro protagonista de miles de leyendas celtíberas.

«Shhh», le chistó la Sombra con ademán enérgico. Pero más que la orden, a Leukon lo paralizó el hálito helado del brujo y los reflejos de la calavera que coronaba su cayado.

—¿Quieres hacerme creer que el enemigo buscaba vuestra ayuda para uno de sus conflictos? —preguntó Ambón con un deje de sarcasmo.

Se encogió de hombros Caro.

—Es que de vosotros recelan mucho.

—¿De nosotros? ¿Por qué? —Le cambió el aire al líder numantino como por ensalmo.

—Porque los arévacos fuisteis la única tribu que no suscribió la tregua tras la batalla del Mons Caunus y eso no lo han olvidado. Por lo que he visto y oído, os tienen enfilados desde entonces —asentó el de Sekaisa con renacida templanza.

—¿A qué te refieres exactamente? —Frunció Ambón un ceño rojizo y espeso como un resto otoñal de hojarasca.

—Me pareció escuchar comentarios entre los senadores sobre posibles represalias contra Numantia.

Se había convertido la plaza de Sekaisa en un templo de estupor y silencio en el que dos grandes caudillos vecinos se careaban sin ambages en público.

—¿Y has sido capaz de volver de Roma y no contármelo?

—Ya te digo que no escuché la conversación completa. Además, nunca pensé que fuera a ocurrir tan pronto —se disculpó un compungido Caro, y añadió—: En realidad, lo único que a todos nos atañe ahora mismo es que un cónsul llamado Nobilior pretende cruzar el Hiberus con treinta mil hombres. Semejante despliegue solo puede significar una cosa: la guerra, aunque aún no sabemos contra quién.

Despertó al fin Alucio del pasmo en el que pánico lo tenía sumido. Si aún se sostenía en pie tras escuchar la fatídica noticia era tan solo porque Turos, el líder del clan de los Aboicum, lo tenía firmemente agarrado del brazo.

—¡Será una guerra contra todos! ¿Es que no los conocéis? —aulló el jefe del Consejo—. ¡Sitiarán a unos y después a los otros! —añadió, y volvieron a estallar los rumores, en la plaza, en el camino de ronda de la muralla vieja, en las calles abarrotadas de gente y hasta en el interior de las viviendas. Porque allá donde no llegaban las voces de los intervinientes siempre había algún oído solícito dispuesto a esparcir la tragedia.

Mantenía Ambón el aplomo a pesar de los negros augurios. Conocía bien la idiosincrasia del enemigo itálico, sus costumbres, sus tácticas y sus limitaciones.

—Estamos a mediados del verano. Ya no tienen tiempo para dos asedios —aseveró con calma, como si la reflexión excluyera a su ciudad de la hecatombe—. El invierno arévaco los mataría mucho antes que nuestras espadas.

—¡Pe... pero si les diera por asediar primero Numantia, nosotros acudiríamos en vuestro auxilio! ¡No te quepa ninguna duda! —terció Seranus, cabeza de los Balatuscos—. ¡Tu padre era pariente mío! ¡Tú mismo has sido siempre como mi sobrino! —añadió y se sacó del

pecho la tésera de amistad que ligaba a su clan con el del guerrero arévaco—. ¡Es nuestra obligación prestarnos ayuda mutuamente!

Cientos de brazos se elevaron alrededor de las plataformas, portando otras tantas tablillas que demostraban los lazos inquebrantables de sangre que unían a los belos de Sekaisa con los habitantes de la vecina Numantia. Miles de gargantas se declararon emparentadas de un modo u otro con la ciudad arévaca. Desenvainó Caro su falcata cuando la emoción se le antojó más desbordante. Entonces lanzó un grito que no se escuchaba desde la última guerra celtíbera contra Roma; entre otras cosas porque la palabra había caído en desuso.

«¡Keltiber, Keltiber!» rugió, y le respondió con la misma consigna una ciudad entera dispuesta a la muerte en la defensa de su libertad y la de sus hermanos numantinos. Resultó atronador el escándalo de las espadas chocando contra los escudos. Hasta los niños elevaron al cielo sus falcatas de juguete y gritaron como guerreros ávidos de batalla; incluso los tullidos enarbolaron sus muletas como si fueran lanzas. También las mujeres blandieron sus cacharros de cocina en son de guerra.

Asistió Ambón a aquella explosión de fraternidad bélica con un rictus dubitativo, cercano al desapego. De ahí que Caro redoblara sus gritos con el fin de apuntalar la alianza.

—¡Sekaisa y Numantia siempre han sido ciudades hermanas! ¡En la paz y en la guerra! ¡Por eso lucharán ahora juntas si el invasor romano se atreve a desafiarlas! —bramó, y se quedó mirando a Ambón, espada en alto, con el aullido todavía reverberando en la garganta, como si esperase la respuesta obligada, y afirmativa, del numantino.

Se deslizó al fin la falcata de Ambón fuera de su vaina. Se elevó despacio a la luz cimbreada de las antorchas.

—Numantia y Sekaisa siempre unidas en su destino —proclamó sin mucho entusiasmo, aunque después añadió con más vigor—: ¡Muerte a las legiones de Roma!

Durante varios minutos, la declaración de intenciones del caudillo arévaco desató la furia y la euforia de los presentes; hasta que un

Caro redimido y fortalecido en su liderazgo volvió a dirigirse a los suyos.

—¡Volved ya a vuestros hogares y descansad para la gran batalla! —los exhortó antes de saltar al púlpito que ocupaba Ambón y propinarle un inmenso abrazo.

Quedaron los dos líderes en pie sobre la misma plataforma, rozándose las barbas, mirándose de hito en hito mientras una multitud ruidosa se disolvía entre la algarabía de las proclamas y los ecos de una atronadora escandalera metálica.

—Reconozco que has estado listo. Más que yo —masculló el numantino con sonrisa frígida—. Os echaremos una mano en lo que se pueda —se comprometió—, pero resultará complicado. Tú sabes mejor que yo que los romanos querrán empezar la escabechina por Sekaisa y no por Numantia. Cuando os asedien, no será fácil romper el cerco. Y, además, os machacarán antes de que vengamos.

—¿Qué te hace pensar eso? —quiso saber Caro impertérrito, fiel a su postura y a su impostura.

—Que tienes una muralla con una brecha por la que cabría un ala completa de caballería romana sin que sus monturas se rozaran los lomos. ¿Cómo esperas tapar eso en diez días?

Trató el caudillo belo de aniquilar la lógica aferrándose al pasado.

—La ciudad antigua está intacta, y resulta igual de sólida que siempre —repuso con gesto de ofensa.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿Por qué no habría de serlo?

—Porque las legiones echarán abajo esa muralla inacabada en un abrir y cerrar de ojos y utilizarán después los pedruscos como proyectiles. Cuando os lluevan las piedras te darás cuenta de que la vieja Sekaisa ha dejado de ser una fortaleza segura.

En su postrera discrepancia, ni Ambón ni Caro habían reparado en la conversación que dos siluetas apenas visibles mantenían en los soportales de la plaza. Y es que, al terminar la asamblea, Leukon siguió la estela del brujo, lo llamó varias veces por su sobrenombre sin conseguir que se detuviera. Entonces pisó la cadena que la Sombra arrastraba atada al tobillo.

—Oh, el gran Leukon... —murmuró el druida distraídamente tras girar sobre sus talones.

Abrió la boca el contrebiense como si acusara el impacto de una piedra en mitad del estómago.

—¿Sabes quién soy? —balbució aturdido.

—Claro, el oráculo me habló de ti antes de que vinieras al mundo. Eres el hijo de la celtíbera Elvia y el legado Máximo Vento. ¿O me equivoco? —respondió la Sombra en un tono cálido, casi nostálgico.

—¿Conociste a mis padres entonces?

—Por supuesto. A tu madre la ayudé a nacer. A tu padre lo vi solo una vez, el mismo día que abandoné Sekaisa para veinticinco años. Un buen tipo, a pesar de ser romano —reconoció la Sombra.

Se le había ido destensando el ceño a Leukon a medida que hablaba con el brujo. Mas no había olvidado el propósito de su acercamiento.

—¿Por qué me has impedido subir al estrado y contar la verdad?

Sonó la risa sarcástica del brujo como el chirrido de una chicharra escondida en la espesura.

—Oh, sí, la verdad... —murmuró como si acabara de recordar el significado de una palabra antigua—. ¿Y de qué nos habría servido la verdad en este momento? ¿Habría sido más útil que la mentira? —preguntó repentinamente amenazador.

El súbito cambio de tono propició el retroceso de Leukon un par de pasos. Pero la Sombra le recuperó el terreno de dos rápidas zancadas. Avanzó incluso un poco más, hasta que la proximidad resultó atosigante para el contrebiense.

—¿Sabes qué es esto? —demandó tras abrir su mano frente a los ojos de su interlocutor.

—U...una moneda.

Sostenía la Sombra un as de bronce en su palma de la que solo se apreciaba el anverso: un jinete con una lanza.

—Esta es la verdad —dijo—, y esta la mentira —añadió tras darle vuelta a la pieza de cobre y mostrar su reverso: un rostro anónimo y barbado—. Este es Leukon y este, Caro —añadió tras repetir la maniobra—. ¿Entiendes lo que quiero decirte, muchacho?

Se sobresaltó el contrebiense al notar los dedos helados de la Sombra acariciarle la mejilla.

—Creo que sí —murmuró.

—Pues eso: lo queráis o no, tu primo y tú sois las dos caras de la misma moneda. Dos figuras indisociables en la lucha de la Celtiberia contra Roma. Tu tiempo llegará —le aseguró el druida, otra vez gentil, nuevamente amable—, pero no antes de que prescriba el de Caro.

La curiosidad encendió una luz mortecina en un rincón de la cabeza de Leukon.

—¿Y eso será pronto o tarde?

—Cuando lo decidan los dioses —respondió el brujo taxativo—. Por ahora preocúpate por empujar el carro en el mismo sentido en que lo hace tu primo y no en el contrario. Según tengo entendido, Vicanus, el mandatario nertobriguense es amigo tuyo; o, cuando menos, conocido...

—Sí —admitió Leukon, otra vez abrumado por el exhaustivo conocimiento que la Sombra demostraba de su vida y costumbres.

—Pues ya sabes por dónde empezar la tarea. No nos vendría mal que a ese Nobilior le costase un poco más de la cuenta llegar a Sekaisa —asentó el brujo como si, además de magia, también entendiera de estrategias.

XIV

Senado de Roma, cinco días antes.

Estalló la Curia Hostilia en una salva de aplausos cuando Tito Annio Lusco, el segundo cónsul, el que se había quedado en Roma para dirigir el Senado, leyó la carta que había merecido la convocatoria de aquella mañana. Una apresurada reunión con un solo punto en el orden del día: la respuesta, un tanto tardía, del rey Masinisa de Numidia a la solicitud de ayuda por parte de Roma para la campaña de Nobilior en Hispania.

Obviamente, el motivo de la ovación no era otro que el de celebrar la incorporación de guerreros números a la expedición de castigo contra la ciudad celtíbera de Segeda. En su epístola, el monarca africano prometía el envío de un contingente militar «con un poder de destrucción jamás imaginado por los bárbaros de Hispania». No describía la composición de aquellas tropas, pero todos asumieron que se trataba de la afamada caballería númera. Unas fuerzas que, según el rey aliado, desembarcarían en Gades y ascenderían después hacia el norte por territorios controlados hasta dar con el campamento del cónsul en Celtiberia. Estimaba Masinisa en un mes la llegada de su ejército a la zona de conflicto.

Dieron por bueno los senadores el acuerdo y también los plazos señalados por Masinisa. Se decidió enviar emisarios con la misión de localizar a Nobilior allá donde estuviera y notificarle la llegada de los africanos. Cabía la posibilidad de que aquellos heraldos tuvieran que viajar hasta la propia Segeda, pues dadas las fechas, el cónsul debería estar ya muy próximo, si no acechando la ciudad rebelde. Era incluso probable que los jinetes números se presentaran tarde, cuando la fortaleza de la discordia ya no fuera más que un montón de escombros humeantes. No obstante, su contribución todavía

podría resultar valiosa para aniquilar los últimos rescoldos de resistencia. Es decir, aquellos guerreros que anduviesen diseminados por el páramo tras la debacle.

De todos los asistentes a la sesión matutina, solo Marco Porcio Catón rehuyó los aplausos. Era el único en la Curia Hostilia con información completa y fidedigna de la realidad. Una situación que distaba mucho de ser la planeada en aquella misma sala pocos meses antes. No podía, sin embargo, hacer pública su zozobra pues la filtración podría dejar expuesto a Cayo Biesio a las iras del cónsul.

Saltó el *princeps senatus* de su asiento en cuanto Tito Annio Lusco hizo sonar su campanilla. Se dirigió hecho un torbellino hacia la escalinata por la que circularían, tarde o temprano, los trescientos magistrados asistentes. Arrastró en su frenético avance a Acilio Glabrión como si fuera un muñeco de trapo.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —le preguntó su amigo, incómodo con los empujones. La explicación solo se produjo cuando Claudio Marcelo apareció en el rellano de las escaleras.

—¡Me han llegado noticias frescas desde Tarraco! —les informó entonces Catón sin levantar la voz mientras extraía un rollo de los forros de su *toga praetexta*.

—¿Es de tu hijo? —preguntaron al unísono los dos veteranos senadores.

Giró su cuello el *princeps senatus* en todas direcciones como un ave gallinácea aterrada ante un peligro inconcreto pero inminente.

—¡No os refiráis a él de esa manera, por todos los dioses! —les reprendió.

—Tranquilo. Ya hemos visto salir a Liciniano —repuso Glabrión.

—No es por eso.

—Entonces... ¿por qué?

—Porque si os acostumbráis a mentar a Biesio como mi hijo, se os podría ir la lengua en cualquier debate y en dos segundos habríais dilapidado el prestigio que me ha costado labrar sesenta años de vida mayormente intachable. Nadie debe saber que una vez tuve un desliz en Grecia.

—Ya, bueno, perdona —se disculpó Glabrión.

—No volverá a ocurrir —prometió Claudio Marcelo—. Pero ¿qué es lo que dice la carta? ¿Se sabe dónde anda Nobilior? —añadió, consciente del estado de nerviosismo de su compañero.

Desenrolló Catón el pliego con dedos temblorosos y lo expuso a los ojos de dos expertos militares. Estaba fechado cuatro días después de las calendas de julio, y en él Cayo Biesio exponía en un tono sombrío el estado de calamidad y desbarajuste en el que había encontrado Tarraco a su regreso del reclutamiento.

Además de ser un estercolero, la ciudad entera estaba sumida en el caos. Aunque la legión de veteranos instalada en el campamento extramuros no había dado problemas, no podía decirse lo mismo de las tropas reclutadas en Roma. El ruido provocado por las disputas constantes entre tahúres y borrachos en las *tabernae* del cardo y el decumano podía escucharse desde mar adentro. Finalmente, los funcionarios municipales habían desistido de controlar a una soldadesca brutal y peligrosa. Pero habían guardado silencio. Todo apuntaba a que Nobilior, más preocupado de conquistar los amores de una conocida prostituta griega, los tenía amenazados. Y prefería consentir la anarquía de los suyos antes que castigar sus desmanes.

Así pues, los barrios periféricos de Tarraco se habían convertido en tugurios solo aptos para ratas, asesinos y ladrones. Un peligroso marasmo económico paralizaba la urbe debido a la rapiña insaciable de aquellos hombres salvajes. Muy pocos mercaderes se arriesgaban a desplegar sus productos en el foro o a amarrar sus naves en el puerto por miedo al saqueo. Y, para colmo de males, dos meses después de su llegada a Hispania, el ejército consular seguía sin estar preparado para iniciar la marcha.

Nobilior todavía no había hecho acopio de víveres para las primeras semanas de campaña. Los almacenes estaban vacíos de trigo, cebada, queso y carne en salazón para los hombres, y avena para caballerías y bueyes. Tampoco había revisado la maquinaria artillera almacenada en Tarraco desde la última vez que hizo falta.

—¿Pero cómo es posible que lo hayan elegido cónsul? —se lamentó un cariacontecido Marcelo.

—Cónsul lo hemos hecho entre todos. Nosotros también somos parte del pueblo, aunque no le votáramos —gruñó Catón pensativo

—. Debiste haberte presentado a las elecciones, como te dije —añadió.

—Eso ya no tiene remedio. —Había puesto Marcelo su dedo en un dato aportado por Biesio—. Lo más preocupante es lo de los quince mil iberos que pretende llevar consigo. Añadir ese número tan exorbitante de auxiliares forzosos a una tropa sin disciplina convertirá al ejército consular en una nave inmanejable. Al menos para un cretino como Nobilior.

—Lo peor de todo es que cuanto más tarde en partir de Tarraco, más tiempo tendrán sus hombres de establecer vínculos. Y ya sabemos lo que eso implica... —terció un meditabundo Acilio Glabrión.

Se encogió de hombros Claudio Marcelo como si observara los destrozos inevitables de un terremoto.

—Esperar mucho no es bueno —admitió—. Pero a todos nos ha pasado. ¿Qué general no ha tenido que transigir con el lastre que se aferra a sus legiones como un banco de molestas rémoras?

Se refería el dos veces cónsul a una marea humana insidiosa, pero inevitable. No en vano, un ejército romano en campaña constituía una incalculable fuente de ingresos para muchos oficios, incluidos los de la carne. También las legiones eran una gran familia que arrastraba tras su estela a una buena colección de esposas de facto, amantes ocasionales e incluso a los niños nacidos de aquellas relaciones.

—Eso es cierto —reconoció Catón sombrío—. Todos hemos lidiado con el mismo problema campaña tras campaña. Si al menos supiéramos si ya han partido de Tarraco... Tal y como van las cosas, quizá cuando por fin lleguen a Segeda, los celtíberos ya hayan terminado su muralla. Entonces todo sería mucho más difícil.

XV

Calendas de agosto. Cincuenta millas al oeste del vado de Hibera.

Marchaba Nobilior al frente de una serpiente multicolor de longitud casi infinita. Los reparos objetados por su primer oficial no habían sido suficientes para hacerle desistir de avanzar en formación de columna. Un relajado desfile de tropas por la margen izquierda del Hiberus que separaba la vanguardia de la retaguardia en más de tres millas, y que convertiría en vulnerable incluso al ejército más poderoso del mundo. Así se lo había expresado Cayo Biesio, más partidario del habitual *agmen quadratum*, con la impedimenta y las máquinas artilleras en el centro y las tropas avanzando en cuadro alrededor de tan preciados bagajes. Pero el cónsul se había reído de su exceso de prudencia. Estaban todavía demasiado lejos de Segeda, había dicho, como para esperar emboscadas por parte del enemigo.

Tal vez con el fin de mantener alejadas las críticas, Nobilior relegó a su primer oficial a las últimas filas. Para que fuera él, junto con la legión reclutada en Hispania, el encargado de cerrar la marcha y velar por la seguridad de la retaguardia.

Aceptó Biesio de buen grado el encargo, pues al menos había logrado quitarle de la cabeza al cónsul una idea absolutamente descabellada: intercalar a sus cinco mil veteranos entre la chusma que él se había traído de Italia. No se daba cuenta Nobilior de que, lejos de favorecer la cohesión de su ejército, la maniobra surtiría el efecto contrario; porque diluiría de manera drástica el poder de choque de una legión de élite. Un cuerpo en el que todos sus integrantes se conocían de largo y en el que cada soldado confiaba a ciegas en el compañero que luchaba a su lado en el muro de escudos.

Vio Biesio acercarse a Servio Insteyo, el tribuno más joven, con cara de recadero. Le extrañó que Nobilior quisiera enviarle un mensaje en aquel momento, cuando apenas faltaban un par de horas para culminar la jornada y plantar el campamento.

—¿Qué diablos pasa ahora? —inquirió antes de que el oficial tuviera tiempo de abrir la boca.

—Vamos a detenernos un rato. Órdenes de Nobilior.

—¿Detenernos ahora? ¿Para qué? —Compuso la frente de Biesio un pentagrama de líneas profundas, rojizas y entrecruzadas.

—El cónsul desea celebrar la *lustratio*. Puedes asistir si quieres, ha dicho —respondió indiferente Insteyo.

—¿La *lustratio*? ¿Aquí?

—Eso parece.

Acicateó Biesio a su montura para salir de la formación y alcanzar a toda prisa la vanguardia del ejército consular. En su frenética cabalgada, adelantó primero a los integrantes de la Legio Tarraconensis. A pesar del calor reinante, hasta el último soldado caminaba enfundado en su gruesa cota de malla, con el casco prendido reglamentariamente del hombro izquierdo y los enseres personales metidos en una bolsa y colgados de la *furca*. Superó después a los quince mil auxiliares reclutados entre las tribus ibéricas. Iban aquellos jóvenes custodiados por centuriones romanos, cabizbajos y ausentes, como si su destino final no fuese otro que el matadero. Se trataba principalmente de tropas de infantería, aunque también había un centenar de jinetes. En su última espolonada, Biesio rebasó a los hombres alistados en el Capitolio de Roma, así como a los mercenarios engatusados por las promesas de botín formuladas por Nobilior a lo largo y ancho del territorio itálico. Tanto unos como otros marchaban vestidos con una simple túnica holgada y fresca. Cargaban únicamente con la *sarcina* apoyada en un hombro, pues las armaduras, los cascos y hasta los estandartes los habían depositado sobre los lomos de las acémilas que transportaban las herramientas. Algunos se habían desprendido incluso del tahalí con el *gladius*. Charlaba y bromeaba aquella ruidosa soldadesca como si el avance por la margen izquierda del Hiberus fuese una tranquila excursión por la campiña.

Detuvo Biesio su caballo en medio de una nube de polvo y, tras desmontar de un salto, salió de la nebulosa gris con el gesto contraído por el enfado. El repentino ruido de cascos y, sobre todo, la violencia del frenazo sobresaltaron a Nobilior y a todos los que lo rodeaban. Había prescindido el cónsul del habitual cuerpo de ingenieros incluido en toda legión romana porque, al parecer, no esperaba tener que construir acueductos, puentes o máquinas. Pero se había hecho acompañar de una pléyade de augures y arúspices en su desplazamiento.

—¿Ocurre algo? —preguntó el cónsul cuando el color le volvió al rostro.

Las palabras le salieron a Biesio ásperas, secas, revueltas entre la ira y el polvo.

—Parar aquí es una imprudencia. Te aconsejé celebrar la *lustratio* antes de partir de Tarraco. Y si no, antes de cruzar el Hiberus.

Dio Nobilior una cómica vuelta sobre sí mismo mientras escrutaba con ademán confiado los bellísimos parajes por los que avanzaba su ejército. A su derecha, a apenas una veintena de pasos, el sol del mediodía exageraba el verdor de los nenúfares, convirtiendo al caudaloso Hiberus en un espejo ancho y plateado en el que las golondrinas trazaban, al beber, líneas perfectas con sus picos. A la izquierda, pero en una tranquilizadora lontananza, una cordillera de cumbres azules calcaba todos y cada uno de los suaves meandros del gran río.

—Yo no veo ningún peligro, y mis sacerdotes tampoco —disintió Nobilior—. A pesar de todo, y para tu tranquilidad, he mandado a toda nuestra caballería a aquellos montes.

El argumento no pareció serenar a su legado. Prescindir de seiscientos jinetes profesionales se le antojó una locura.

—Si pretendes hacer una parada aquí, deberíamos inspeccionar esa arboleda. Si nos atacaran desde ahí, acabaríamos peleando en el río.

Se refería Biesio a un bosquecillo distante apenas medio estadio y enclaustrado entre la hilera de picos y el cauce del Hiberus.

—¿Crees acaso que un ejército celtíbero de veinte mil guerreros cabría en un espacio tan ridículo? —Corearon los adivinadores con

sonoras carcajadas la ocurrencia del cónsul.

—Solo digo que deberíamos mirar en la espesura, por si acaso —rezongó Biesio, incómodo también con la expresión de guasa de los tribunos.

Un embelesado Nobilior apuntó de pronto hacia una nutrida bandada de patos.

—¿Ves? Vuelan hacia la derecha. Se trata de una señal inequívoca de triunfos y buena suerte —suspiró—. Es el lugar indicado, y también el momento. Así me lo han hecho entender los augures. Sacrificaremos un par de mulas con el fin de purificarnos y agradecer, de paso, la noticia que recibimos ayer mismo —añadió, en referencia al heraldo que los había alcanzado con la buena nueva de la adhesión a la causa del rey Masinisa de Numidia.

Se le agolparon a Biesio las razones para censurar la actitud temeraria del cónsul. Se sintió, sin embargo, sumergido en un pozo de palabras, incapaz de ordenarlas de la forma más adecuada. Jamás había recibido lecciones de retórica en su vida y, por eso, cuando habló, procuró mencionar todas sus reticencias de corrido, para no dejarse ninguna.

—No es buena idea ponerse a construir altares entre un bosque y un río. No es adecuado permitir el relajamiento de la disciplina en este momento. En una hora o dos, nos habrá alcanzado toda la gente que viene por detrás con sus tingladillos —repuso, en referencia a los cientos de mercachifles, tahúres, mujeres e incluso niños que seguían a las legiones romanas allá donde fueran—. Sería un desastre permitir que contactaran con la tropa antes de plantar el campamento. Cundiría el desorden. El peligro sería máximo. Sobre el sacrificio..., contamos con las acémilas justas. Unas ya van muy cargadas. Otras arrastran las carrobalistas. Matar a dos para una simple *lustratio* supondría que otras pudieran resentirse y terminarían reventadas por el esfuerzo. Seguro que a los dioses no les importa esperar hasta el final de la jornada y aceptar un par de conejos en vez de dos mulas.

Suspiró Nobilior como si escuchar tan larga retahíla de inconvenientes lo fatigara más que la propia marcha.

—¿Una simple *lustratio*, dices? No te veo muy dispuesto a rogar a las deidades por nuestros triunfos... —repuso con disgusto—. Ya te he dicho que nuestra caballería está explorando las inmediaciones. No existe, por tanto, ningún riesgo. En cuanto a la ceremonia, sabes perfectamente que debe hacerse con animales grandes. No tenemos un cerdo, una oveja y un toro como sería la costumbre. Así que mis augures tendrán que recurrir a leer el destino en las vísceras de dos mulas. No hay otro remedio —zanjó el cónsul.

Percibió Biesio el peso de las miradas admonitorias de los sacerdotes. Le llegaron también los cuchicheos burlones de los tribunos. Unos jóvenes seguramente malcriados en el seno de ricas familias patricias que lo consideraban un vulgar plebeyo con galones prestados.

—Los dioses no atienden tanto como crees. Desde luego, no ganan batallas, y tampoco son responsables de los errores de los hombres —dijo.

—Ya. ¿Y ese es también el sentir de tus hombres? —inquirió un irritado Nobilior.

—Mis hombres sienten lo que yo diga.

Había demasiada atención puesta en aquella charla tirante como para que el cónsul deseara dilatar eternamente la enésima disputa con su legado.

—Pues, si tanto te preocupa la seguridad de este ejército, encárgate de defender la retaguardia y el flanco izquierdo con tus legionarios mientras los demás celebramos —resolvió, antes de ponerse a dar instrucciones a sus tribunos.

Regresó Biesio hasta su puesto, pero lo hizo cabalgando con un trotecillo indolente mientras observaba con detenimiento el bosque de las sospechas. Tenía el hijo de Marco Porcio Catón una mirada tan penetrante como la de su padre. Pero aquellos dardos azules se perdieron irremediabilmente entre la maraña de ramas como proyectiles disparados a ciegas. Porque también contaban los celtíberos con una capacidad innata para amatojarse en la espesura igual que una jauría de lobos cazando al acecho.

XVI

Se aplastó Vicanus contra el suelo al sentirse observado como si pretendiese esquivar el impacto de una flecha. Fue el suyo un movimiento ágil para tratarse de un hombre casi viejo. Y es que, a sus cuarenta y cinco años ya cumplidos, el de Nertóbriga resultaba un líder de lo más atípico. Debido a su edad, formaba ya parte del Consejo de Ancianos. Y lo manipulaba a su antojo gracias a su riqueza y astucia. Se le atribuía también una relación estrecha con los dioses. Por otra parte, su fama, todavía indeleble, de guerrero audaz lo hacía popular entre los jóvenes. No existía, de hecho, en toda la Celtiberia ninguna otra ciudad en la que todos los poderes quedaran aglutinados en la misma persona.

—¿Qué diablos van a hacer ahora? ¿Para qué se han detenido? — le preguntó a Leukon cuando le pareció que el oficial romano dejaba de mirar hacia el bosque.

—Tiene toda la pinta de que van a celebrar la típica ceremonia de purificación antes de iniciar su campaña. Se llama *lustratio*.

—Nunca había visto una.

—Es lógico. Estas cosas suelen hacerse dentro del campamento; aunque, por alguna razón, ese Nobilior ha creído oportuno celebrarla en medio de la nada, justo delante de nuestras narices.

Masticó Vicanus un exabrupto, aunque en voz baja. Eran un grupo de unos doscientos jinetes y llevaban todo el día esperando a que el ejército consular pasara junto a ellos. Pensaban sorprender a aquellas tropas por la espalda. Golpear sin aviso, provocar su desconcierto y aprovechar el caos para causar el mayor daño posible. La idea era escapar tras la escaramuza a lomos de los caballos que mantenían trabados en el interior del bosque. Evidentemente, no habían contado con que al cónsul se le ocurriera detenerse justo frente a sus posiciones.

—Habr  que esperar entonces a que reinicien la marcha... — murmur  contrariado el de Nert briga, aunque su comentario no obtuvo respuesta.

Se hab  quedado Leukon contemplando los movimientos de una serpiente multicolor cuya longitud hab  menguado bastante tras la parada. Y es que las dos legiones de vanguardia se hab an arremolinado sin orden ni concierto alrededor del altarcillo levantado por los sacerdotes. A los soldados iberos, los tribunos les hab an concedido permiso para abandonar la formaci n y bajar hasta el r o a refrescarse la cara. Solo la legi n que compon a la cola de la serpiente se comportaba como era de esperar en un ej rcito al descubierto. Su oficial al mando los hab a dispuesto en forma de abanico, protegiendo la retaguardia y tambi n el flanco que daba al bosque de encinas. A cobijo de la *triplex acies* se hallaban las m quinas artilleras y las mulas que cargaban con los v veres y la impedimenta. Incluso los auxiliares iberos que se hab an acercado al r o quedaban tras aquella recia defensa. No llegaba la triple l nea hasta la zona de los altares por falta de efectivos, pero los convocados a la ceremonia eran, supuestamente, legionarios en toda regla.

—No s  si vamos a poder esperar tanto —musit  al fin Leukon—. Tal vez haya que moverse antes.

Volvi  Vicanus hacia el contrebiense una mirada enrojecida por la fatiga y el exceso de vigilancia.

— Atacarles ahora quieres decir?  Eso ser a un suicidio!

—Si no quieres pelear, quiz  deb  ramos huir ya. —Se al  Leukon con un dedo a aquel celoso oficial it lico que estaba entresacando hombres de la *triplex acies* hasta formar aproximadamente media centuria.

—Me conoces perfectamente y sabes que jams  reh yo la pelea —gru o inc modo Vicanus antes de a adir: — Crees que va a enviar a esos soldados a inspeccionar este bosque?

—No te quepa ninguna duda. —Ten a el contrebiense los ojos convertidos en rendijas—. Mira, ya est n viniendo —apunt  al cabo de pocos segundos.

Escucharon ambos líderes algunos bisbiseos a sus espaldas como si las lechuzas murmurasen en la profundidad de la foresta. El piafar de varios caballos los convenció de que la tensión comenzaba a atenazar a hombres y bestias. No en vano, el manípulo enviado por Biesio se encontraba ya a menos de medio estadio de la arboleda

—¿Y ahora qué hacemos? —solicitó Vicanus con urgencia.

Se había tomado Leukon su tiempo para examinar las características, cualidades y posibles flaquezas del ejército que tenían delante. Había llegado a algunas conclusiones que a él se le antojaban lógicas.

—Dos cosas: quemar sus carrobalistas y acabar con el cónsul —sostuvo en voz alta, para que lo oyeran todos.

—El cónsul tiene al menos diez mil hombres a su alrededor —adujo un Vicanus más realista, más precavido—. Y en cuanto a lo otro..., no creo que nos dejen acercarnos tanto.

Un primer relincho taladró la penumbra tensa del bosque, y después otro. Los guerreros de Nertóbriga habían comenzado a destrabar sus monturas y a afianzar sus propios correaes antes de entrar en combate.

—Solo las tropas desplegadas en *triplex acies* son profesionales. No sé de dónde han sacado al resto —reflexionó Leukon como si hablara consigo mismo—. La mayoría no lleva la armadura puesta. Muchos ni siquiera tienen a mano la espada. Pero la principal ventaja para nosotros es que a su caballería la han enviado a buscar flores a la montaña y los jinetes iberos no creo que se impliquen, al menos en un primer instante.

—¿Tú crees? —preguntó Vicanus.

—Nadie nos saldrá al paso cuando carguemos contra ellos. No te preocupes —lo tranquilizó Leukon—. Haremos una primera descarga de flechas incendiarias sobre los que se acercan, y una segunda sobre los ingenios artilleros. Después usaremos las hachas para abrirnos paso hasta el cónsul. —Señaló el contrebiense el apretado círculo en el que se movían Nobilior, sus tribunos y los sacerdotes—. Un ejército sin jefe es como un lobo sin cabeza. Se hizo Vicanus a la idea de morir con poco más de cuarenta años. No era mala edad, se le ocurrió pensar mientras humedecía en pez las puntas de dos

proyectiles. Probablemente los dos últimos que lanzaría en su vida. Sintió pena, sin embargo, por sus guerreros. La mayor parte de ellos no superaba los veinticinco años. Le aterró perder a Lubbo, su hijo y heredero, también partícipe en la escaramuza. Mas la certeza de que Netón, Teutates y Lug estaban contemplando la escena desde las nubes lo convenció de que aquel mediodía ardiente era el señalado por los dioses celtíberos para divertirse a cuenta de sus seguidores.

—¿Encendemos pues una fogata para prender las flechas? —le preguntó a Leukon.

—Sí.

—Eso nos delatará de manera definitiva...

—No nos queda otro remedio.

Se detuvo el grupo de exploradores romanos al divisar una tenue columna de humo enroscada a las copas de los árboles. Habían avanzado hasta ese instante formando un cuadrado perfecto. Pero dudaban tras el descubrimiento. El *primus pilus* al mando giró el cuello para mirar hacia la retaguardia. Por si Biesio hubiese decidido enviarles refuerzos. Sin embargo, la incertidumbre y la indecisión duraron escasos segundos; y se vieron superadas por la extrañeza.

Un solitario jinete surgió del bosque. Lucía casco romano con las carrilleras abrochadas, coraza musculada, grebas en las piernas y una flamante capa roja sobre los hombros. Era Leukon, portando la indumentaria de oficial heredada de su difunto padre. Un uniforme en el que solo había cambiado el penacho rojo del casco por unas plumas de garza blanca, para que los suyos no lo confundieran en el revoltijo.

Se detuvo el falso legado a solo cincuenta pasos del grupo. Saludó a la usanza romana a unos soldados estupefactos. El grito de Biesio para que se cubrieran llegó demasiado tarde. Se llenó el aire de zumbidos y repiqueteos cuando las flechas incendiarias se clavaron sobre los enormes escudos oblongos. Pero también se escucharon chasquidos y lamentos cuando muchos arpones encontraron carne.

«¡Testudo!», exigió el *primus pilus* al ver a una docena de hombres muertos y otra todavía vivos, pero ardiendo. Adoptaron los legionarios que aún quedaban en pie su famosa formación de tortuga, aunque por las rendijas que dejaban los escudos se colaban los gritos de los heridos y los moribundos. Porque al dolor propio de un flechazo había que añadir la quemazón de la pez que se comía, tras el impacto, la carne de los asaeteados.

El caparazón bajo el que pretendían protegerse los que habían quedado indemnes tras la descarga resultó escaso y débil para los doscientos jinetes que abandonaron la seguridad del bosque al galope tendido. Rodaron como bolos aquellos legionarios intrépidos a pesar de que trataron de mantener la posición y el orden. Pocos se movían cuando los jinetes de Nertóbriga alcanzaron en su audaz cabalgada las cercanías de la temible *triplex acies*.

«¡Apretad las líneas! ¡Testudo, rápido!», reclamó Biesio a los suyos, dando por hecho que el proceder de los jinetes celtíberos sería el mismo: lluvia inicial de flechas y posterior embestida. Sin embargo, en esta ocasión, los dardos sobrevolaron la formación romana y fueron a incrustarse en los armazones de las carrobalistas. Algunas peor dirigidas hicieron blanco en las acémilas que las arrastraban, provocando la estampida inmediata de las bestias.

En la misma nube de humo negro se mezclaron los rebuznos de pánico, el crepitar de las máquinas en llamas, las voces alteradas de los centuriones y las blasfemias de Cayo Biesio. Jamás en su larga trayectoria militar se había sentido tan desbordado por las circunstancias. Por vez primera se daba cuenta de que cumplir órdenes dentro del muro de escudos era mucho más sencillo que darlas. La disyuntiva que martilleaba dentro de su cabeza paralizaba sus actos y sus palabras: ¿Estaban enfrentándose a una primera oleada de una gran fuerza enemiga o aquella tropilla era todo lo que los celtíberos iban a poner en liza?

Tras la rociada de dardos incendiarios, cien jinetes comandados por Lubbo hicieron un primer amago de acometida contra la *triplex acies*. Pero volvieron grupas antes de ponerse a tiro de los mortíferos *pila*; y repitieron la maniobra varias veces. La táctica celtíbera y la falta de caballería romana que pudiera ahuyentar o,

cuando menos, hostigar al enemigo obligaban a Biesio a mantener su legión estática, con los *hastati* y los *principes* parapetados tras el robusto *scutum* y los triarios en tercera línea, con la rodilla en tierra y las picas preparadas por si la carga se producía finalmente. O por si al bosque le diese por escupir mil guerreros vociferantes. Por el rabillo del ojo, el legado observó cómo otro centenar de jinetes celtíberos se lanzaba hacia el lugar ocupado por Nobilior y sus acólitos.

XVII

Se encontraba el cónsul subido al altarcillo de los sacrificios, flanqueado por su augur de confianza y el arúspice encargado de destripar las mulas. La altura de la tarima le había permitido contemplar el inesperado ataque sin perder detalle. Para la inmensa mayoría de los asistentes a la ceremonia, sin embargo, el revuelo, los rebuznos de espanto y el humo componían señales de interpretación equívoca. Solo quienes se habían situado en la periferia de aquel multitudinario espectáculo empezaban a echar en falta la armadura, el escudo y el *gladius*.

—¡Nos atacan! ¡Desplegad las tropas! —les gritó Nobilior a unos tribunos petrificados por el desconcierto. Después, se agachó a toda prisa tras escuchar el zumbido de astiles cerca de las orejas.

Antes de percutir con las hachas contra aquella marea desprevenida, los jinetes de Nertóbriga, encabezados por Vicanus y Leukon, tuvieron que atravesar la zona en la que hasta hacía bien poco habían formado las tropas iberas.

Habían retornado ya del río algunos auxiliares. Otros estaban de camino. Todos portaban arco y un puñado de flechas, además de falcata y *caetra*. Pero, tal y como había previsto Leukon, sin mandos propios ni ajenos que vomitaran órdenes, amenazas e insultos, los hispanos de la costa optaron por quitarse de en medio, incluidos los de a caballo. Jamás habían combatido contra nadie, y menos contra gentes con las que solían establecer tratos e incluso matrimonios. Muchos se quedaron sentados donde estaban. Otros se metieron en el río para dejar el camino más expedito a los centauros de Nertóbriga, que, hacha en mano, cabalgaban con la palabra *muerte* tatuada en el rostro.

Se abrieron camino las huestes celtíberas entre el desbarajuste a base de hachazos. Poca resistencia encontraron entre los que corrían

hacia las mulas con el propósito de recuperar sus armas. O entre los que se arrojaban al suelo, prefiriendo ser pisoteados por cientos de cascos antes que quedar mutilados para los restos. Penetró la caballería celtíbera en el vasto anillo que rodeaba a Nobilior con la facilidad de un cuchillo rusiente cortando manteca fresca, pero solo al principio; hasta que se toparon con los *extraordinarii*.

Saltaron astillas de los gruesos escudos romanos, y chispas del intenso batir de aceros cuando los jinetes se enfrentaron a los hombres encargados de la seguridad del cónsul. Se trataba de apenas medio centenar de soldados con habilidades portentosas para el combate cuerpo a cuerpo. Unos hombres que Cayo Biesio había escogido personalmente entre sus veteranos. Su único cometido: salvaguardar la vida de Quinto Fulvio Nobilior a cualquier precio.

Encalló el avance celtíbero en aquella línea de furibunda resistencia; sobre todo porque, entre la escabechina y el magnicidio, Leukon y Vicanus habían optado por lo segundo. Y de ahí que ambos líderes se empecinaron en romper el cerco de picas y espadas para llegar a toda costa hasta el altarcillo y descuartizar al cónsul.

Abandonó su precario púlpito Nobilior cuando vio ceder a los *extraordinarii* ante el empuje de un extraño jinete con indumentaria romana y otro al que su melena canosa le asomaba por debajo del casco. Desentendido de todo, y mientras el guerrero de más edad la emprendía con sus tribunos y sacerdotes, él corrió hacia el río en un desesperado intento de aplazar lo inevitable. Entró en el cauce dando saltos de rana mientras su misterioso perseguidor acortaba irremisiblemente las distancias. Tropezó al fin el cónsul y cayó de bruces en una poza llena de algas verdes. Aunque él no se dio cuenta, el traspié le salvó la vida. Como no portaba casco, el hachazo de Leukon le rozó los cabellos, pero no llegó a hacerle sangre.

Consciente de que solo la distancia con su enemigo podría alargarle un poco la vida, en vez de ponerse en pie y desenfundar su *gladius*, Nobilior trató de avanzar hacia el centro del río, gateando y sumergiéndose cada vez que barruntaba un nuevo golpe. Quiso

desmontar Leukon para finalizar su tarea a pie cuando se cansó de hendir el agua con su hacha. Si no lo hizo fue porque escuchó el grito de Vicanus a su espalda.

Tuvo el tiempo justo para girarse y desviar con el escudo la estocada de Biesio. Y es que, convencido de que los amagos de la carga enemiga no eran sino una vulgar estratagema para ganar tiempo, el legado consular se decidió al fin a mover a sus hombres. Dejó solo a los triarios enfrentados a los jinetes celtíberos que todavía amenazaban la retaguardia, y ordenó avanzar a hastarios y príncipes hacia la zona de mayor conflicto. Él mismo se adelantó a todos a lomos de su cabalgadura.

Reconoció Leukon al oficial itálico que quería matarlo. Era el mismo que se había presentado en Contrebia Leucade para presionar a su Consejo de Ancianos.

—¡Maldito carroñero de viejos! —lo insultó mientras trataba de partirle el cráneo con su arma—. ¡Demuestra ahora lo que vales!

—¿Quién eres? —A falta de escudo, Biesio contuvo el golpe con la hoja de su *gladius*. Después usó los talones para acicatear a su montura y forzar así el contacto con el caballo celtíbero.

Contraatacó de nuevo el legado con un tajo cruzado mientras intentaba sacar provecho de la mayor alzada de su alazán itálico.

—¡Soy Leukon, el contrebiense! ¿Ya no me recuerdas? —Esquivó el celtíbero la cuchillada, pero notó el empuje constante que lo iba adentrando en el cauce del Hiberus.

Se abrieron las brumas en la mente de Cayo Biesio al identificar la voz, el rostro y aun el gesto del que parecía un oficial de su propio ejército, excepto por las plumas blancas del casco.

—Más te valdría haberte quedado con los ancianos de tu *oppidum*. Porque vas a morir en un río al que nunca debiste haberte acercado —respondió, batiendo su espada contra la pequeña *caetra*.

Tuvo claro Leukon que su refriega con el legado romano era en realidad una lucha entre equinos. De poco servían en aquellas circunstancias la mayor velocidad y agilidad de las monturas hispanas. Lo que contaba eran la altura y la fuerza. En cuanto su cabalgadura trastabillara, la corriente arrastraría a bestia y jinete río abajo. El animal tal vez lograra salvarse. A él, el peso de la armadura

lo condenaría a vivir con los peces para siempre. El grito de alerta de Vicanus y su molinete con el hacha para urgir una retirada a tiempo lo convencieron de que había llegado el momento de sacrificar vidas inocentes.

—¡Maldito bastardo! —maldijo Biesio cuando su caballo se desplomó con el cuello partido de un certero hachazo.

—Lo siento por el bicho. Volveremos a vernos —se despidió Leukon mientras salía del agua y ponía rumbo, como el resto de jinetes celtíberos, a los montes cercanos.

Una mano férrea arrancó al cónsul de la antesala de la muerte. Escupió Nobilior una bocanada de agua sucia y respiró con ansia varias veces.

—¿Ya hemos ganado? —preguntó al descubrir a Cayo Biesio a su lado.

Estaban ambos romanos con el agua por la cintura. Uno simplemente empapado tras la costalada. Al otro le asomaban algunas algas por el reborde de una armadura absolutamente enfangada.

—Ya se han ido —anunció Biesio lacónico.

El ruido de cascos sobre el cascajo de la orilla sobresaltó al hombre más poderoso de Hispania. Estuvo a punto de volver a sumergirse en el lodo, pero se dio cuenta de que era Servio Insteyo quien se acercaba. Lucía el joven oficial la coraza musculada y el casco llenos de polvo y sangre ajena. No lo dijo, pero lo cierto era que se había refugiado bajo el altarcillo para salvar el pellejo.

—¿Dónde están los demás tribunos? —le preguntó Nobilior mientras examinaba con ojos todavía despavoridos el frenético ir y venir de unas tropas que, gracias a algunos centuriones, ya empezaban a parecer un ejército.

—Muertos.

—¿Todos?

—Sí.

Enmudeció Nobilior unos segundos como si reflexionase. Se dio cuenta de que había perdido la espada y hasta el *parazonium*, la daga plana y ancha característica de los cónsules. Entonces se dirigió a su tribuno en un tono de máxima urgencia.

—¡Déjame tu coraza! ¡Y tu *gladius*! ¡Y también tu casco! ¡Vamos!
—le dijo.

—¿Para qué? —se asombró Insteyo.

Lanzó Nobilior un vistazo de preocupación hacia las tropas que iban a verlo regresar del río.

—¡Tengo que parecer un cónsul! —exclamó mientras se arrancaba una coraza llena de restos malolientes.

XVIII

Se paseó Nobilior largo rato alrededor del altarcillo en el que, en vez de dos mulas, habían muerto cinco tribunos y todos los sacerdotes excepto uno: el que había tenido la brillante idea de celebrar la *lustratio* a las puertas de un bosque. Iba el cónsul con las manos a la espalda y la cabeza baja, aunque al menos había recobrado la dignidad en su aspecto gracias a Servio Insteyo.

Observaba también Cayo Biesio la escena de la matanza con ademán pensativo. Pero lo suyo no era una mirada de desolación sino de compromiso. Tenía en mente la carta que su padre, Marco Porcio Catón, le había enviado desde Roma rogándole informes de la campaña de Nobilior cuando lo considerara procedente. Se preguntaba si ya era el momento de dar cuenta del primer descalabro del cónsul.

—He perdido a casi todos mis oficiales. Eran, además, hijos de amigos... No sé qué voy a decirles a sus padres a la vuelta —se lamentó Nobilior mientras contemplaba el amasijo de cuerpos despedazados por las hachas celtíberas.

—No has perdido gran cosa. A esos no podías llamarlos oficiales —le corrigió Biesio.

—¿Cómo quieres que les llame entonces?

—Niños consentidos.

—¿Niños consentidos? ¿A qué te refieres? —Se revolvió Nobilior con la intención de recriminar a su legado por la impertinencia, pero lo encontró examinando una loma distante apenas una milla.

Sobre el altozano destacaba un grupo de jinetes al que iban uniéndose, poco a poco, más unidades.

—¿Es que van a volver? —inquirió el cónsul casi temblando tras perseguir el escrutinio experto de su legado y descubrir a la tropilla que acababa de atacarlos.

—No.

El tono taxativo de Biesio no tranquilizó del todo a Nobilior.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque no son estúpidos. Han golpeado una vez y creen haber conseguido lo que querían: frenar nuestro avance y hacernos más vulnerables. No van a intentarlo de nuevo. Al menos por ahora.

—¿Frenar nuestro avance? —se mofó el cónsul—. Qué tontería. Apenas nos demoraremos una hora enterrando a los muertos. Por cierto... ¿cuántos hombres hemos perdido?

Se sintió interpelado el tribuno superviviente, que al parecer ya manejaba algunos datos.

—Unos doscientos —respondió un ensombrecido Insteyo, a quien le pareció correcto añadir—: Y alrededor de quince mulas. Han ardido, además, todas las carrobalistas.

Poco parecieron importarle al cónsul las pérdidas de bestias y de máquinas artilleras. El cálculo de los muertos, aunque todavía impreciso, sí le hizo mella.

—¿Esos salvajes han acabado con doscientos de mis soldados? ¿En apenas diez minutos?

—Sí.

—¿Y a cuántos bárbaros hemos matado nosotros?

—Han aparecido cinco cadáveres.

La desproporción abrumó a Nobilior, aunque solo unos segundos.

—Bueno, tampoco hemos sufrido tantas bajas... Seguimos siendo un ejército enorme —adujo.

—Por supuesto —terció Biesio—. Sin embargo, lo peor no son los muertos.

—¿Qué entonces?

Señaló el legado con un dedo hacia el espacio en el que trabajaban los físicos. Eran más de trescientos los soldados que, en mejor o peor estado, esperaban turno para ser tratados tras el combate.

—Las heridas por hacha no son como las producidas por una espada —explicó—. Te aseguro que entre esos hombres hay muchos mutilados. A quien no le falte la mano, le faltará el brazo entero. O tendrá el cráneo partido. O medio hombro cercenado. O...

—¡Es suficiente! —La descripción minuciosa de la carnicería exasperó a Nobilior—. ¿Qué pretendes decirme?

Habló Biesio por encima de las voces de los centuriones que volvían a hacer formar a las tropas auxiliares a base de improperios, empujones y golpes.

—Que muchos hombres han quedado ya inútiles para el servicio después de este incidente. Otros tal vez logren recuperarse, pero tardarán meses en poder empuñar una espada. Si los llevamos con nosotros, durante todo ese tiempo tendremos que dedicar al menos dos mil soldados a su protección y cuidado. Porque nunca lograrán viajar a nuestro ritmo.

—Eso es casi media legión...

—Así es —confirmó Biesio—. El ejército se partirá en dos inevitablemente; y la vanguardia, si camina a la velocidad habitual, alcanzará su objetivo una semana antes que la retaguardia. Quizá les saquemos incluso más ventaja si son víctimas de escaramuzas como la que acabamos de sufrir ahora. Y si todos pretendemos avanzar juntos, tal vez nos encontremos con que al llegar a Segeda, su nueva muralla ya...

—¡Lo he entendido, maldita sea! —protestó Nobilior—. Límitate a darme una solución al problema.

—Solo hay dos —sostuvo Biesio con frialdad y realismo—: Plantarnos en Segeda todos juntos, aunque quizá demasiado tarde, o...

—O abandonar a los heridos a su suerte y caminar más rápido —concluyó Nobilior sin apartar la mirada de los que requerían de emplastos y torniquetes mientras gemían a la espera del médico.

—Así es. No obstante... —ladeó la cabeza Biesio como para dar a entender que entre el blanco y el negro había algunos matices—, todavía no estamos tan lejos del vado de Hibera. Algunos de esos hombres todavía pueden andar, e incluso empujar carromatos en los que reposen los heridos más graves. Con un poco de suerte, algunos alcanzarán Tarraco aún vivos. En cualquier caso, la decisión es tuya.

Voló la mirada del cónsul hasta el altozano ocupado por los jinetes celtíberos como si ya tuviera decidido el destino de los mutilados. El gesto, sin embargo, escondía una consulta de lo más sibilina.

—¿Y tú en mi lugar qué harías? —dijo.

La pregunta ofendió a Biesio.

—A mí nunca se me habría ocurrido detenerme aquí a celebrar nada —repuso con sequedad.

La coraza ensangrentada de Servio Insteyo pareció envalentonar al cónsul. O al menos devolverle la altanería de antaño.

—Eso ya me lo has dicho muchas veces —siseó atrayendo hacia sí a su subordinado como hiciera el día que ambos coincidieron por primera vez en Tarraco—. Por alguna razón que desconozco, el Senado ha impuesto tu presencia en este ejército. ¡Eres pues mi legado, aunque yo no te haya elegido! ¡Sé de utilidad a Roma y a tu cónsul y dime qué harías en mi tesitura! —reclamó con vehemencia.

Había destacado Cayo Biesio en su época de centurión por su fidelidad y compañerismo. Había arriesgado su propia vida en varias ocasiones para no dejar atrás a un simple soldado herido en combate. Por esos gestos y por otros era casi idolatrado por los suyos. No contaba, sin embargo, con verse empujado a mirar en el abismo cruel de sus nuevas responsabilidades. Y menos por un incompetente.

—Una misión debe cumplirse sin demora, cueste lo que cueste —murmuró tras unos segundos de doloroso silencio.

—Ya, claro. Eso me parecía a mí también. —Derramó Nobilior una mirada turbia sobre los prescindibles. Los muertos ya habían quedado sepultados junto al camino bajo enormes montones de piedras.

—¿A cuánto estamos de Segeda?

—Tardaremos cinco días en llegar si apretamos el paso.

Asintió el cónsul, conforme con el cálculo y el esfuerzo.

—Insteyo, haz que los físicos se retiren ya de los heridos. Ordena formar a la tropa. Quiero que todos lleven la coraza puesta y las armas preparadas. Partimos en quince minutos —dispuso. Después pretendió regresar a su puesto de mando, pero Biesio frenó su avance.

—¿Qué ocurre ahora?

Mostraba el hijo natural de Porcio Catón su semblante más severo.

—Te has olvidado de una cuestión muy importante.

—¿Cuál?

—Los auxiliares iberos deben ser castigados con ejemplaridad por su comportamiento durante el ataque.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Es cierto que no había mandos pendientes de ellos en ese instante; y, de eso, tú tienes la culpa. —Colocó Biesio su dedo índice en medio de la coraza de Nobilior—. En cualquier caso, tienen que distinguir en qué bando militan. Si les permitimos ese tipo de actitud, la próxima vez echarán a correr o, mucho peor, se pondrán del lado celtíbero.

Aceptó Nobilior la crítica y también la sugerencia.

—Ya. ¿Y cómo los castigamos?

XIX

Un suspiro de alivio se le escapó a Vicanus al ver retornar a Lubbo al punto acordado para el reencuentro.

—Faltan cinco —observó, no obstante, con cara fúnebre tras hacer recuento de sus jinetes—. Pero hemos matado a muchos de ellos... —se consoló.

—Han caído cinco, sí —certificó Leukon a los pocos segundos—. De todas formas, sus hijos y sus viudas deberían estar orgullosos. Su muerte ha sido valerosa, y por una buena causa. Tampoco es este mal sitio para los buitres —añadió.

Se refería el contrebiense a la creencia celtíbera de que son las grandes aves carroñeras las encargadas de elevar las almas de los caídos en combate hasta el paraíso guardado por Teutates, dios de la guerra.

Estuvo de acuerdo Vicanus con lo escuchado, aunque solo en parte. Compartía lo del sentimiento de orgullo, pero a él le tocaría comunicar la noticia de los fallecimientos. Y soportar los alaridos de las mujeres que habían perdido a sus maridos defendiendo una ciudad que ni siquiera era la suya. Y los llantos de los pequeños que preguntarían por sus padres sin entender nada.

—¿Qué has sentido ahí abajo? —le preguntó a Leukon, quien oteaba a su lado la margen ensangrentada del Hiberus.

—¿A qué te refieres?

Reformuló Vicanus su pregunta para hacerla más comprensible, más directa.

—¿Qué has sentido al matar romanos? Al fin y al cabo, tu padre fue el legado de Sempronio Graco. Yo mismo me acuerdo de él. De hecho, llevas su mismo uniforme... Es curioso.

Estaba el ejército consular terminando de enterrar a los suyos cuando Leukon abrió por fin la boca.

—Mi padre fue un oficial romano, efectivamente; además de un gran hombre —dijo—. Pero no te confundas conmigo. Recuerda siempre que yo nací en esta tierra. Ya sabes que mi madre era de Sekaisa, igual que mi tío, el gran Magilo.

—Sí, ya he visto que no te ha temblado el pulso a la hora de partir cabezas. Lástima que no pudieras acabar con el cónsul —adujo Vicanus sin dejar de observar las maniobras del enemigo—: ¿Qué diablos van a hacer ahora? —inquirió intrigado.

—Dejar atrás a los heridos y continuar como si nada —explicó Leukon cariacontecido, consciente de que la escaramuza no iba a servir para interrumpir el avance del ejército consular. Ni siquiera para retrasarlo unos días.

—Eso ya lo veo. Me refiero al del penacho rojo. —Apuntó Vicanus con un dedo manchado de sangre hacia Cayo Biesio—. No sé qué es lo que pretende ese oficial.

Y es que, tras departir unos minutos con los heridos menos graves, el legado estaba ahora paseando entre las líneas auxiliares como si quisiera inspeccionar su armamento. Escogía de cuando en vez a un soldado hispano y lo entregaba a un centurión para que lo sacara de su sitio. Seleccionó finalmente a unos cincuenta de a pie y a media docena de jinetes. A todos los mandó maniatar y arrodillarse frente a sus compatriotas. A una señal suya, otros tantos legionarios colocados a su espalda les cortaron el cuello de un solo tajo. Sin discursos, sin alardes, sin siquiera verter acusaciones previas contra los que se desangraban entre convulsiones. Como si todo estuviera claro y ni los ajusticiados ni el público asistente mereciesen una explicación sobre aquella ejecución sumaria.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Vicanus, que debido a la distancia no pudo apreciar que Biesio había ido entresacando a los iberos de aspecto más enfermizo.

—No es exactamente una *decimatio*, pero se le parece —murmuró Leukon.

—¿Y eso qué es?

—El castigo de los cobardes —le aclaró el contrebiense—, aunque en realidad es un escarmiento para los que miran. Para que tomen nota de lo que puede sucederles si reinciden. Mi padre me dijo que

Sempronio Graco estuvo a punto de aplicarlo en su campaña en Celtiberia.

—Qué hijos de puta más listos son los romanos. Asegurarse la fidelidad de sus aliados a base de meterles el miedo en el cuerpo... —masculó Vicanus—. Entonces, ¿tienes la certeza de que el cónsul se dirige a Sekaisa? —añadió tras una pausa.

Cabeceó Leukon, convencido de una lógica aplastante.

—Seguro que sí. Ya te dije que mi primo fue requerido por el Senado y, tras ser interrogado sobre la ampliación de la ciudad, le entregaron un documento con una fecha límite para derruir la nueva muralla. De lo contrario, los habitantes de Sekaisa podían interpretar el pergamino como una declaración de guerra.

—Y tu primo no hizo ni caso a lo del derribo...

—Pues no —abrevió Leukon, que no estaba dispuesto a relatar todos los desvaríos y medias verdades de su pariente.

—¡Caro tiene dos cojones! —exclamó el de Nertóbriga, con un deje de admiración en su tono—. Tan solo por eso hemos de ayudarle. Pero... —Observaba Vicanus el reinicio de la marcha del enemigo junto al Hiberus— ... ¿y si, a pesar de todo, los romanos se dirigieran a Numantia en vez de a Sekaisa? ¿No has pensado en eso? Quizá lo de la declaración de guerra no sea más que una treta. Al fin y al cabo, estos cabrones siempre han tenido a los arévacos entre ceja y ceja.

Asintió de nuevo Leukon, que estaba dispuesto a comprobar incluso las opciones menos razonables.

—Voy a seguirlos un par de días, por si acaso —sostuvo—. Si se desvían hacia el sur para continuar por el valle del Salo, no habrá ninguna duda de sus intenciones. Sería absurdo querer llegar a Numantia dando semejante rodeo. Cualquiera en su sano juicio elegiría la vía hacia Turiaso. Resulta mucho más directa.

—Claro, tienes razón —concedió Vicanus entre ensombrecido y meditabundo—. Perdona que no te acompañemos en esas labores de vigilancia —se disculpó—, pero nosotros vamos a encerrarnos en nuestra fortaleza a la espera de acontecimientos. Mucho me temo que, si a Nobilior se le indigesta Sekaisa, quiera comerse un bocado más pequeño. Tal vez se decida entonces por Nertóbriga; y más

después de este ataque. —Adoptó de repente Vicanus un aire optimista y a la par juicioso—. En cualquier caso, si Nobilior os asedia, seguro que Numantia, Clunia, Uxama, Termes..., en fin, todas las ciudades de raigambre acudirán al rescate.

Descartó Leukon tal posibilidad casi por completo.

—Yo creo que, si se desata una guerra, cada cual mirará solo por lo suyo. No me parece que las tribus celtíberas estén dispuestas a formar una gran coalición contra Roma como ocurrió hace veinticinco años. Algo ha cambiado entre nosotros.

—Sí. Tal vez haya más prudencia. O más miedo —reconoció el mandatario nertobriguense—. No tienes más que fijarte en mi propio pueblo, los lusones. Todas las ciudades han reulado, excepto nosotros—. Lo cierto es que perdimos muchos guerreros en el Mons Caunus. Pero también ellos tuvieron decenas de miles de muertos.

Era Leukon un gran conocedor de aquella guerra, pues la había oído relatar desde ambas vertientes. Y lo cierto era que los relatos de su padre y de su tío Magilo se parecían como dos gotas de agua.

—El error de Graco fue desafiar a la vez a todos nuestros pueblos en la creencia de que seríamos incapaces de unirnos. En esta ocasión, sin embargo, todo apunta a que Roma quiere pasar por la piedra solo a los belos aprovechando lo de la nueva muralla —sostuvo.

Se había perdido ya de la vista la serpiente multicolor romana tras el siguiente meandro del Hiberus.

—Bueno, antes de despedirnos..., y ya que no hemos logrado entorpecer mucho la marcha del cónsul, habrá que terminar al menos la faena que hasta aquí nos ha traído —propuso de pronto Vicanus señalando con su hacha el grupo de hombres renqueantes que trataba de organizarse para emprender el regreso a Tarraco.

Se espantó Leukon ante la expresión lobuna del nertobriguense.

—¿Rematar a los heridos, quieres decir?

—Pues claro. Acabas de decirme que no tienes problema en descuartizar romanos...

—Ya, pero es que se trata de hombres impedidos... Apenas podrán defenderse.

—Son romanos —zanjó Vicanus distraído, pendiente ya de otras cuestiones más prácticas—. Y después, aún nos quedará acabar con aquellos que vienen por este mismo camino —añadió, apuntando hacia la nebulosa sucia que iba acercándose poco a poco al lugar de la escabechina.

Parpadeó Leukon incrédulo, incapaz de imaginar el escenario de horror y muerte que sugería el mandatario de Nertóbriga. Como todos los presentes en el altozano, sabía qué tipo de gentes seguían a diario a las legiones romanas hasta su lugar de acampada.

—¡Son civiles! —aulló descompuesto—. ¡En esa muchedumbre, además de mercaderes y artesanos, hay mujeres y niños!

—Son romanos —volvió a replicar Vicanus, indiferente—. La guerra no hace distinciones. A tu edad, eso ya deberías de saberlo.

—¡La masacre de inocentes no sería propia de grandes guerreros!

Miró Vicanus a su hijo Lubbo de soslayo. Encontró al joven atento a la charla.

—Leukon... —dijo casi con dulzura—, ¿cómo crees que a los soldados de Nobilior les afectará la noticia de que las mujeres e hijos de muchos de sus compañeros han muerto a lanzazos, hachazos y cuchilladas?

—Muy mal, imagino.

Recurrió ahora Vicanus a su tono más paternalista y pedagógico para seguir explicándose.

—Mira, en estos años de relativa paz tu reputación ha crecido mucho a lo largo y ancho de lo que el enemigo llama Celtiberia. Has conseguido el respeto de los jóvenes e incluso de hombres como yo. Por tu aplomo. Por tus juicios serenos. Por tu defensa pacífica de lo nuestro ante pretores, funcionarios itálicos y cuestores que parecían buitres. Hoy has comenzado también a curtirte y a ganar prestigio como guerrero. —Hizo Vicanus una larga pausa en la que volvió a fijarse en su heredero—. Y, en una guerra, de lo que se trata es de hacer daño al enemigo. Sea como sea. De cualquier manera posible. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero...

Interrumpió el de Nertóbriga el conato de debilidad del joven celtíbero como si todo lo anterior ya no le interesase.

—¿Cuántos crees que se acercan bajo ese hongo de polvo, entre adultos y niños? —inquirió cortante, —Tal... tal vez dos mil personas.

—Sí, eso pienso yo también —coincidió Vicanus, pensativo—. Entonces... ¿cómo quieres regresar a Sekaisa? Porque tienes dos maneras —añadió, y se quedó mirando fijamente a su pupilo.

—No sé si te entiendo —titubeó el de Contrebia.

Sonrió condescendiente el veterano líder.

—Puedes volver a la capital de los belos. decir que mataste a doscientos legionarios y recibirás una ovación enorme —afirmó, e hizo una breve pausa—. Pero también puedes plantarte ante la asamblea del pueblo y clamar a voz en grito que acabaste con dos mil romanos y, en el fondo, no estarás mintiendo. Entonces, además de conseguir el aplauso por semejante proeza, desatarás pasiones que serán eternas. Te convertirás en un guerrero legendario. Lograrás una admiración y una fidelidad sin límites.

Lo pensó Leukon mientras hacía cuentas dentro de su cabeza. Una llamita de esperanza ilusa se le encendió detrás de los ojos cuando los números le cuadraron.

—Y entonces no mataremos a los niños... —dijo.

Compuso Vicanus una mueca tan feroz que su rostro pareció una máscara del inframundo.

—No, no lo haremos. Porque a esos ya los devorarán las fieras del páramo en cuanto se queden solos.

Y cuando Vicanus dijo fieras, se refería tanto a los lobos de la estepa como a las bandas de criminales que poblaban los montes y desiertos de la Celtiberia. Auténticos ejércitos de desheredados y malhechores; alimañas que, sin tierras ni fortuna que guardar, habían optado por abandonar las grandes ciudades para emprenderla contra todos, tanto hispanos como itálicos. Y como a los niños poco iban a poder robarles, seguramente se los comerían. Crudos o al espetón. Según se terciara.

XX

Estaba el *viros veramos* sobre el estrado, acompañado de todos los miembros del Consejo. En un extremo, y en calidad de jefe de los guerreros, se encontraba Caro con el gesto ausente, introspectivo, como si ocupara aquel escaño por obligación más que por convencimiento.

—De manera que no habéis podido detener la marcha de ese ejército... —murmuró Alucio aquejado de un ostensible temblorcillo en los labios.

Permanecía Leukon de pie frente a los ancianos; pálido, grave, resentido; igual que el sospechoso de un crimen ante un tribunal de justicia. Iba ataviado con las grebas de oficial itálico, el tahalí con el *gladius* y una túnica sucia, impregnada de polvo celtíbero y restos de sangre romana. La coraza y el casco de su padre se los había quitado al aproximarse a Sekaisa para evitar confusiones fatales.

—Y tampoco habéis sido capaces de entretenerlos unos días... —continuó el *viros veramos* con el mismo soniquete derrotista.

Le pareció a Leukon que aquellos comentarios iban cargados de un reproche injusto, y por eso los acusó como si le hubieran propinado una sonora bofetada en frío.

—No, no hemos podido conseguir nada de eso que dices —rezongó—. Porque éramos solo doscientos contra todo el ejército consular. Además, quedamos en que nuestra misión sería fundamentalmente de vigilancia.

Asintió el anciano sin entusiasmo, como un enfermo a las puertas de la muerte, mientras los martillazos de los canteros resonaban con eco perverso en el silencio fantasmal de la plaza. Desde hacía días, en la muralla nueva de Sekaisa se trabajaba de sol a sol, de manera frenética.

—Claro, con la ayuda que nos han proporcionado los lusones poco o nada podríamos esperar... ¡Menudos bastardos! —se quejó en voz alta Seranus.

Se levantó al fin Caro de un salto al escuchar el comentario del líder de los Balatuscos, pasó como un torbellino junto a Leukon y se plantó en el borde de la tarima, enfrentado a la muchedumbre, como si las palabras que iba a pronunciar estuvieran dirigidas solo al pueblo y no a los miembros del Consejo.

—¡Mi primo tiene razón! —aulló—. ¡Eran apenas un puñado de valientes! ¡Bastante han hecho con atreverse a importunar al cónsul!

Consideró Caro el murmullo de las masas como un signo de admiración o, cuando menos, de aquiescencia. No obstante, la voz cadenciosa de Seranus, cabeza de los Balatuscos, retumbó entre los arcos de la plaza como una salva de granizo en época de cosecha.

—Sin duda fue un golpe de mano audaz el que llevaste a cabo con Vicanus y sus jinetes —murmuró mordaz, mirando a Leukon—. ¿Y matasteis por lo menos a algún romano en la escaramuza?

Parecía el de Contrebia Leucade una estatua de mármol sucio, de no ser por los trazos rojos que se le iban formando en el rostro.

—Apuesto a que solo observasteis desde muy lejos las evoluciones del cónsul —prosiguió Seranus sin quitar los ojos del recién llegado.

Notó Leukon una extraña opresión en el pecho y una dificultad creciente para mantener su proverbial contención de juicios y gestos. La faz desdeñosa y suspicaz del viejo caudillo acabó por descomponerlo.

—¡Matamos a dos mil romanos! ¡Nosotros solos! —bramó colérico, retador—. ¡Tú no puedes siquiera imaginar la grandeza de esa batalla!

La ovación de las masas lo pilló por sorpresa. Por lo cerrada, por lo atronadora, y porque llegó con cierto retraso debido a que a muchos asistentes les costó un poco reaccionar ante una hazaña solo al alcance de los héroes más legendarios.

Dio Leukon unos cuantos pasos inestables sobre el tabladillo, como si el dios Sucellos, el que golpea bien, le hubiese asestado un severo mandoble con su maza. Le aturdían los vítores y las loas,

hasta que vio a Silvis en un extremo de la plaza cercano a la tarima. La mujer lo reclamaba con vigorosos ademanes. «Súbelo a tus hombros y desenfunda la espada en medio del escenario», le dijo la esposa de Caro tras entregarle al pequeño Lorien.

Cumplió el encargo Leukon sin saber muy bien lo que hacía. El rugido posterior debieron escucharlo al mismo tiempo en dos lugares radicalmente opuestos: el inframundo de Vaélico y el paraíso de Noctiluca. Un segundo más tarde mil guerreros sostenían en alto a sus hijos. Los instaban a vociferar como ellos, les cedían la espada y los animaban a enarbolarla sobre la cabeza mientras prometían la muerte al invasor romano.

Cruzaron una mirada cómplice y espantada los ancianos del Consejo a pesar de que aquel había sido el proceder habitual de los pueblos de la Meseta y del valle del Hiberus antes de la tregua. Ellos mismos habían sido educados por sus padres en la costumbre del odio. Pero habían dejado de sembrar cizaña tras los Pactos de Graco; confiados en que los tiempos habían de cambiar para bien después de suscribir un acuerdo que suponían eterno. Sin embargo, el jarrón en el que habían guardado sus esperanzas de paz y prosperidad durante veinticinco años parecía a punto de romperse en pedazos a causa de una inoportuna muralla.

Era Seranus un hombre alto y corpulento, aun siendo viejo como las montañas. Tenía una sola oreja. La otra se la había dejado en la cruenta batalla del Mons Caunus, aunque su larga melena blanca impedía apreciar la carencia.

Se acercó el anciano a Leukon con parsimonia, dando tiempo a que retornara el silencio.

—Mucho matar me parece a mí eso que dices..., pero no seré yo quien te tilde de mentiroso —dijo—. En cualquier caso, aunque lleguen algunos romanos menos, lo que verdaderamente nos importa es que, al final, ese Nobilior sigue avanzando. ¿No es así?

—Sí —reconoció Leukon sin ambages.

—Y viene hacia aquí...

—Sí —admitió el de Contrebia tras devolver el pequeño a su madre.

Llevaba Caro de Sekaisa un rato callado. Había asistido atónito a la exposición de su hijo a los ojos del pueblo. La envidia le había aguijoneado durante las muestras de admiración con que la ciudad había premiado la actuación heroica de su primo. Pero fue la confirmación del rumbo del cónsul lo que lo sacó de sus tortuosas reflexiones y le hizo agitar los brazos con gran aspaviento.

—¡Tal vez vayan a Occilis! —aventuró a gritos—. La ruta sería la misma, al fin y al cabo. Solo que pasarían de largo...

Negó Seranus con varias cabezadas lentas, pesimistas, inapelables.

—¿Qué han hecho los de Occilis para molestar a Roma? ¿Por qué iban a querer castigar esas legiones a nuestros vecinos en vez de a nosotros? —sostuvo en un tono de amargo desengaño—. Me parece que el Senado lleva tiempo preparando esta campaña y que nosotros nos hemos enterado demasiado tarde. —Lanzó el de los Balatuscos una mirada envenenada hacia el joven caudillo.

—¿Qué insinúas, maldito viejo? —lo increpó Caro.

—Nada. Para nuestra desgracia, pronto saldremos de dudas —dijo, y retornó a su escaño, cabizbajo.

Se movían nerviosos los doce ancianos sobre sus duros asientos. Cuchicheaban entre ellos, pero evitaban mirar al pueblo de frente, por miedo o por impotencia. Fue Turos, cabeza de los Aboicum, quien finalmente le puso palabras al desasosiego.

—¿Cuánto tardarán en llegar? —le preguntó a Leukon.

Evitó el de Contrebia rodeos innecesarios.

—Dos días, tres como mucho.

En ese momento, ni siquiera la estampa colosal de Caro, que aún seguía con los brazos en jarras al borde de la tarima, logró serenar los corazones de los reunidos. Menudearon los comentarios entre la gente de armas, se escucharon gritos de horror por parte de los más débiles, se desataron algunas lenguas.

—¿Y qué hacemos ahora? —demandó alguien entre el público. — ¡Hay que ponerse en lo peor y, por si acaso, tomar una determinación antes de que lleguen! —le respondió otra voz anónima.

Volvió el líder guerrero a mover ambos brazos como un gigante furioso.

—¿Determinación? —se asombró—. ¡Lo único que tenemos que hacer es defender la fortaleza si la ocasión lo requiere! ¡Pelear hasta la muerte y cubrirnos de gloria como nos enseñaron nuestros antepasados! —añadió con furibunda vehemencia.

Lejos de tranquilizar a la concurrencia, la apuesta de Caro solo consiguió alimentar la diatriba.

—¡Es imposible defender una ciudad con una muralla incompleta! —replicó algún descontento—. ¡Penetrarán por la brecha, tomarán los barrios nuevos y ya no podremos sacarlos! ¡Nos matarán como a conejos a los que allí vivimos y después caerá el resto del *oppidum*!

—¡Terminaremos los que nos falta en un par de días! —se empecinó Caro—. ¡Tened confianza!

—Una muralla solo puede hacerse de dos maneras —replicó alguien que parecía saber de obras y de piedras—: bien o mal. Para acabarla en dos días tendríamos que levantar una gran parte simplemente con adobe, y eso lo derribarían los romanos de un simple estornudo.

—¡Pues escapemos al páramo mientras podamos! ¡Ya volveremos cuando pase el peligro! —terció otro.

—¡Eso es lo último, porque regresaríamos a un mar de escombros! Mejor quedarnos a defender nuestros hogares y tierras —le contestó uno de los del bando más temerario.

Aprovechó Leukon un breve paréntesis en la disputa para hacerse oír ante todos.

—¡No podemos perder el tiempo discutiendo! —vociferó—. Votemos las únicas dos propuestas que se han planteado y actuemos en consecuencia.

Se plantó Caro al lado de su primo de dos zancadas coléricas.

—¿Qué diablos hemos de votar? —le espetó.

—¿Quién está por quedarse y luchar? —demandó Leukon, ignorando la faz congestionada y sudorosa de su pariente.

Media plaza se llenó de relumbrantes falcatas de acero blanco, bonitas hachas de combate o *soliferrea* labradas con gran filigrana, hasta que el contrebiense preguntó:

—¿Quiénes preferirían huir antes de que se presente ese ejército?

Al menos tres mil manos encallecidas por el duro trabajo en el campo ondearon con frenesí, desprendidas de toda vergüenza. Eran en su inmensa mayoría los pobres. Es decir, los siervos y los criados de los que habían mostrado su intención de permanecer en el *oppidum*.

Continuaban Caro y Leukon muy próximos sobre la tarima. Huraño el uno, dubitativo el otro.

—¿Quién crees que ganaría si contáramos los votos uno a uno? —preguntó el de Contrebia, ajeno al enfado de su primo.

—Nadie. Esto es lo que hay, y no hacía falta votar para saberlo. Has metido la pata concediendo poder de decisión a los que habitualmente callan —gruñó Caro contrariado.

Le devolvió Leukon la pulla al instante.

—¿Y tú crees que podrías defender la ciudad sin ellos?

—Al Mons Caunus fueron solo los buenos —gruñó el líder guerrero—, y estuvieron a punto de despedazar a Graco.

—Eso fue una batalla campal y no un asedio. Son cosas distintas —matizó Leukon.

Contemplaron ambos parientes la variopinta muchedumbre reunida en la plaza. Bajo sus pies se extendía una realidad insoslayable y a la vez común a toda la Celtiberia: sus ciudades estaban regidas por una aristocracia guerrera que lo tenía todo —armas, tierras y riqueza—, pero necesitaba de los más desfavorecidos a la hora de trabajar los campos o pastorear los rebaños. De ahí que los primeros desearan defender lo suyo a toda costa mientras los segundos perseguían conservar lo único que poseían: la vida.

Se sobresaltaron ambos primos al escuchar la voz de Alucio a sus espaldas.

—¿Dónde está la Sombra? ¿Alguien lo ha visto? —reclamó el *viros veramos* tras ponerse en pie y alcanzar el centro de la tarima—. Nos vendría bien su consejo en estos momentos de incertidumbre —añadió cuando quedó claro que el brujo no había acudido a la asamblea.

Se apresuró Caro a interpretar la ausencia del druida.

—Si no ha venido es porque no ve ningún peligro que nos aceche —dijo.

No le convenció aquella razón al viejo mandatario.

—Aun así, creo que deberíamos consultarle. Yo mismo iré a buscarlo a su cueva —se ofreció, pero solo dio un paso antes de reclamar ayuda—. ¿Me acompañáis? —les pidió a Turos y Seranus.

Desaparecieron los tres ancianos en dirección a los arrabales. Quedó entonces la plaza convertida en un gran velatorio. Solo faltaban el muerto y las llamas; aunque estas últimas anidaban en el interior de Caro.

—¿Por qué te has puesto a mi hijo sobre los hombros?

Le costó a Leukon unos segundos vencer la sorpresa causada por la pregunta.

—Porque tú no le haces ni caso normalmente —respondió con sequedad.

—Tampoco me ha gustado cómo te miraba Silvis.

Se volvió el de Contrebia hacia el de Sekaisa con el ceño fruncido.

—¿Y cómo lo hacía?

—Con los ojos demasiado brillantes.

Se encogió de hombros Leukon.

—No me he fijado. Pero si fuera así, quizá eso también sea culpa tuya —repuso.

—¿Por qué?

—Por no haberle dado nunca suficiente cariño.

La contundencia de la afirmación hizo parpadear a Caro varias veces. Se sumió después en arduas reflexiones como quien pugna por resolver un intrincado rompecabezas. Mientras tanto, en la plaza, todos seguían pendientes de la comparecencia de la Sombra.

Volvieron al fin los ancianos, pero lo hicieron solos, sin el brujo, con Alucio casi a rastras y sostenido por los brazos temblorosos de sus dos compañeros.

—¡La Sombra no está en su cueva! —aulló nada más verse sobre el estrado—. ¡Ha dejado varias marmitas en el fuego y una sola frase escrita en las paredes!

—¿Un mensaje, quieres decir? —inquirió Caro.

Lanzó Alucio una ojeada consultiva a sus dos acompañantes. Tanto Turos como Seranus asintieron, cenicientos, hechos ya al advenimiento de la tragedia.

—Creemos que sí, porque está repetido mil veces por lo menos —reconoció el *viros veramos* con los ojos bajos.

—¿Y cuál es? —exigieron seis mil voces ansiosas.

—¡Marchad a Numantia! —sollozó Alucio a sabiendas de que acababa de abrir las puertas a la locura.

En una suerte de marea instantánea, y como si hubiesen escuchado una orden irrefutable, miles de cuerpos giraron en redondo sobre sus talones y comenzaron a dirigirse a toda prisa a sus robustas casas de piedra o a sus humildes cabañas de bálago. Los que tenían mucho llenarían varias carretas con lo más importante: esposa, hijos, fortuna y armas. Después montarían sobre sus caballos y emprenderían la huida hacia la capital arévaca. Los menesterosos tendrían que cargar con todo lo útil sobre los hombros, irían más despacio, viajarían casi desarmados, quizá toparan con las fieras de los bosques antes de completar su éxodo.

—¡Esperad! —exigió de pronto Leukon con voz estentórea, espada en alto—. ¡No hay que precipitarse! Si hemos de ir a Numantia, viajaremos todos juntos. Para llegar a la vez, en grupo, como una ciudad unida, en la paz y en la guerra.

—¡Pero los que van andando, acompañados de niños, ancianos y enfermos, tardarán mucho más que nosotros! —protestó uno de los hombres más ricos de Sekaisa—. ¿Qué problema hay en que quien pueda llegue antes? —añadió, consciente de que varios miles de ciudadanos sentían lo mismo.

Odiaba Leukon malgastar el tiempo explicando obviedades, lo que todos allí sabían de sobra, aunque no lo dijeran abiertamente: los numantinos aceptarían de buen grado a los primeros en alcanzar la fortaleza. Es decir, a los más fuertes y ricos. Después cerrarían sus puertas a los pobres, pues en ellos solo verían bocas hambrientas sin brazos con los que sostener un arma. En cualquier caso, las palabras de aquel descontento habían puesto muchas miradas pendientes de la resolución final del líder de los guerreros.

Pareció el silencio eterno, hasta que la voz de Caro de Sekaisa resonó al fin como el cuerno que usaba para convocar sus asambleas: estridente, áspero, inapelable.

—Viajaremos al ritmo de los más lentos. Saldremos dentro de dos horas, con la noche ya cerrada; y nos presentaremos todos juntos en Numantia, cueste lo que cueste. En cualquier caso, y a pesar del mensaje dejado por la Sombra en su cueva, rezad a los dioses para que los numantinos nos acepten.

No parecieron prestar mucha atención a aquello último los habitantes de Sekaisa, porque el crepúsculo se volvió repentinamente escandaloso. Se llenó de voces urgentes, campanileo de armas, trasiego de bultos y relinchos de bestias.

—Quiero que te quede una cosa clara, Leukon —murmuró al fin Caro a la luz cimbreada de las antorchas.

—¿El qué?

—Que, aunque hagamos ahora lo que dices, no siempre va a ser así. Porque yo soy quien manda aquí. ¿Entiendes?

XXI

Observaba Servio Insteyo con asombro las enormes dimensiones de la polis que tenía frente a los ojos, sus espaciosas torres de cajón, su alto parapeto de troncos, el río abrazado a una buena parte de la muralla como si de una serpiente se tratara. Le llamaron la atención los tres montículos reciamente fortificados que hacían de Sekaisa una polis con tres cabezas. Le chocó ver el camino de ronda desierto, pero a la vez repleto de banderas y gallardetes tremolando ufanos a la brisa ardiente de la Celtiberia.

—Parece que no han tenido tiempo de terminar su muralla... — opinó el único tribuno vivo mientras ojeaba los andamios abandonados, las herramientas tiradas por el suelo, y la brecha.

—La pena es que esos cobardes han escapado antes de que pudiéramos ponerles la mano encima.

Habló Nobilior en un tono que aunaba la rabia y la pesadumbre a partes iguales, pues en su fuero interno había albergado la esperanza de hacer un gran escarnio entre los habitantes de aquella urbe incompleta. Tan solo por castigar el atrevimiento de los jinetes celtíberos que le habían matado doscientos hombres en una vulgar escaramuza junto al Hiberus. Además, no contentos con ello, habían regresado poco después para rematar a los heridos y asesinar, de paso, a todos los integrantes de la caravana de civiles que acompañaban a su ejército, excepto a los niños, de los que la caballería romana no había encontrado ni rastro a su vuelta de las montañas.

De semejantes tropelías habían tenido conocimiento después de que Criso y sus jinetes regresaran al día siguiente, tras una inspección infructuosa, y tal vez absurda, de los alrededores.

—Me da rabia que mis hombres no puedan cobrarse venganza — confesó Nobilior mientras contemplaba la muralla inacabada—. Me

habría gustado tomar la ciudad por la fuerza, matar a muchos guerreros, capturar a varios miles de prisioneros y llevármelos de vuelta a Roma para exhibirlos por las calles y venderlos después como esclavos. El Senado no podría haberse resistido entonces a otorgarme un merecido triunfo —añadió con mirada absorta.

Disculpó Cayo Biesio el desconocimiento militar del cónsul, y por eso no dijo nada. Pero lo cierto era que, de haber estado Sekaisa todavía habitada, un ataque directo con intención de ocuparla habría tenido un coste en vidas quizá inasumible, incluso con la brecha abierta.

—¡Un momento! —Apuntó Servio Insteyo hacia una de las torres de la fortaleza—. ¡Allí queda gente! —gritó.

Se retrepó Nobilior sobre su silla mientras se quitaba el sol de la cara con el dorso de una mano. Contó doce figuras arracimadas en lo alto de una de las atalayas, pero dio por hecho que habría muchas más escondidas tras los parapetos.

—¡Es cierto! —exclamó con regocijo—. Quizá aún podamos trabar combate con esos guerreros, aunque no sean muchos, y vencerlos como procede.

—Eso no son guerreros —le contradijo su legado.

—¿Pues qué son entonces?

—Viejos.

Estaban los tres oficiales hablando sobre sus monturas a unos dos estadios del *oppidum*, una distancia que al cónsul se le antojó excesiva para apreciar arrugas, canas u otros rasgos de ancianidad en las siluetas de los mirones.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó a Biesio.

—Porque apenas se mueven. Si fueran jóvenes ya estarían saltando de una torre a otra o corriendo como locos por el adarve.

Se le ensombreció un poco el semblante al cónsul.

—Ya. Los mataremos de igual modo —zanjó—, aunque habrá que apresar a alguno vivo. Para que nos diga el rumbo que han tomado los fugitivos.

—No te hace falta interrogar a nadie para eso. —Señaló Biesio con un simple gesto de la cabeza hacia el rastro de despojos que

empezaba a los pocos pasos de la misma ciudad y se perdía de vista en el horizonte.

Y es que los fugados habían empezado a librarse de todo lo inservible, lo inútil y lo excesivo en cuanto notaron el estorbo del peso. Había trozos de cuero viejo, gruesas ropas de invierno, aperos cubiertos de herrumbre y hasta restos de comida esparcidos por el camino.

—¿Y por ahí se va a algún sitio? —demandó Nobilior.

—A Numantia.

—¿Esos malditos se han ido a Numantia?

—Tiene toda la pinta.

—¿Y los habrán acogido a todos? —preguntó el cónsul intrigado.

Ladeó la cabeza Biesio para mostrar sus dudas.

—A los guerreros, sin duda. Por el futuro de los otros... no apostaría ni un sestercio falso —dijo.

—Entonces podríamos seguir su rastro y acabar al menos con los que se hayan quedado fuera.

—Yo me limitaría a echar abajo esa muralla y destruir Segeda, tal y como nos han encargado —sostuvo Biesio taxativo.

—Tú sí, pero yo soy quien decide.

Contuvo su lengua el legado, pues era potestad de un cónsul interpretar las órdenes del Senado, alterarlas levemente y también cambiarlas por completo, si así estimara conveniente. Tan omnímodos eran sus poderes.

—¿Has estado alguna vez allí? —prosiguió Nobilior.

—¿En Numantia?

—Sí.

Se le fue la vista a Biesio hacia el sendero de desperdicios.

—He pasado cerca varias veces —admitió.

—Ya. Entonces podrás decirme si sus defensas son tan impresionantes como se afirma en Roma...

Desconocía Biesio los comentarios vertidos por pretores o cónsules a la vuelta de su campaña en la Citerior. Así que simplemente describió lo que él había visto.

—Los barrancos y acantilados que rodean la ciudad, así como los dos ríos que abrazan la fortaleza, constituyen su mejor defensa.

—¿Son vadeables esas corrientes? —se interesó Nobilior.

—Una sí es fácil, sobre todo en esta época. La otra es el Durius.

—Ya. —Mostraba el cónsul un rictus de concentración máxima—. ¿Y en cuanto a sus murallas?

—La muralla mide unos veinticuatro estadios en su perímetro y consta de dos muros paralelos de piedras sin labrar rellenos de cantos rodados. Para sujetarlo todo solo han usado barro —explicó Biesio—. El antemuro que la precede por su flanco este es aún más débil.

—Así pues, ¿no han colocado sillares de roca maciza para defender la fortaleza? —se asombró Nobilior.

—Apenas.

—¿Torres?

—Cuatro en el sector oriental y una en el otro lado.

—¿Solo una?

—Es la zona con mayor pendiente. A nadie se le ocurriría atacar desde ahí —contestó el legado a quien la conversación empezaba a cansarle.

—Ya. ¿Y fosos?

—Dos justo antes de la antemuralla, con un paso en el centro.

—Bueno, pues no me parece una ciudad tan extraordinaria. ¿Dónde dirías entonces que reside el punto fuerte de ese *oppidum*?

No lo dudó Biesio.

—Dentro.

—¿Dentro? —se asombró Nobilior—. ¿Te refieres a que tienen instalada alguna trampa, como cisternas con agua o algo así?

—No. Me refiero a sus moradores.

Le pareció a Biesio que el cónsul miraba el sendero de los despojos con una peligrosa hambre de gloria.

—¿Y de cuántos hombres de calidad estamos hablando?

Hizo algunos cálculos rápidos el legado consular.

—Si contamos con la fuerza que acaban de aportar los belos, habrá unos diez mil guerreros dentro de ese *oppidum*.

—Nosotros somos el triple —opuso Nobilior al instante.

Rechinaron las puertas de Sekaisa antes de que Biesio tuviera tiempo de extirpar de la cabeza del cónsul un pensamiento

descabellado y a la vez peligroso para todos los componentes de aquel ejército. Doce ancianos salieron a la campa ataviados con viejos cascos de antenas, escudos circulares y lanzas de hierro. Detrás se adivinaban otras veinte o treinta figuras añosas. Algunos iban apoyados en un bastón o en una muleta, por lo que habían tenido que escoger entre la falcata o la *caetra* para la mano libre.

—¿Qué diablos pretenden esos locos? —inquirió Nobilior estupefacto.

—Parece que nos desafían... —aventuró Servio Insteyo.

—Tan solo quieren morir con honor —tradujo Biesio.

—Está bien. Les daremos ese gusto —decidió el cónsul—. Insteyo, envía contra ellos a una centuria.

Hizo girar a su montura el tribuno para cumplir la orden de inmediato. También Biesio creyó terminado su cometido e hizo amago de volver con sus legionarios.

—Espera, quiero hablar contigo de algo —lo contuvo, sin embargo, su superior.

—Ya te he contado todo lo que sabía sobre Numantia.

Asintió el cónsul mientras rebuscaba algún objeto entre sus vestiduras. Parecía haber perdido súbitamente todo interés por la capital arévaca.

—¿Sabes quién es Criso?

—Sí, el prefecto que mandaste al frente de la caballería a explorar los montes, para nada —rezongó Biesio, a quien tanto misterio empezaba a darle mala espina.

—Es cierto que no encontraron celtíberos en su recorrido —reconoció Nobilior—, pero es que tal vez mi mayor enemigo resida dentro de mi propio ejército —dijo, y desenrolló un pequeño pergamino garabateado con prisas—. Este documento lo encontró Criso en la ropa de uno de los heridos masacrados por los jinetes celtíberos tras nuestra marcha. Alguien se lo había entregado poco antes para que lo llevara a Tarraco, y de ahí fuera enviado a Roma.

Trató Biesio de mantener una expresión de indiferencia mientras pensaba.

—Tal vez lo redactó él mismo —murmuró, a sabiendas de que había dicho una tontería.

—Voy a leértelo, a ver qué opinas —sostuvo Nobilior tras aclararse la garganta.

«Para el senado de Roma. A la atención de Tito Annio Lusco, segundo cónsul. *Calendas* de agosto. A cincuenta millas del vado de Hibera. Acabamos de sufrir una emboscada debido al desorden reinante entre las tropas de Quinto Fulvio Nobilior. Los muertos ascienden a doscientos hombres; siendo los heridos que debemos dejar atrás un número parecido. El retraso acumulado es alarmante. Si los belos hubieran concluido su muralla a nuestra llegada, lo más probable es que el invierno se nos eche encima sin cumplir el objetivo. Firmado: C. P.».

Miró Nobilior a su legado con los párpados convertidos en estrechas rendijas.

—¿Te suena?

Siguió Biesio con la misma máscara amarilla por semblante.

—Quizá la misiva no la escribió ese soldado —se encogió de hombros—, pero hay muchos hombres en estas legiones que responden a esas iniciales. Tenemos a un Crisóbulo Plinto, a un Caescio Praescus, a un...

—¡Pero ninguno de esos imbéciles conoce siquiera la identidad del segundo cónsul de Roma! —estalló Nobilior—. ¿Cómo podrían entonces enviarle una carta a alguien cuyo nombre desconocen? ¿Y para qué?

Escupió Biesio con impostado aplomo desde su caballo.

—Podría haber sido Insteyo... ¿Lo has pensado? Los celtíberos le han matado a muchos amigos y tal vez piense que ha sido por tu culpa. Él sabe además quién es Annio Lusco.

—¡Servio Insteyo es una mosca muerta! ¡Lo creo incapaz de atentar contra mi prestigio! —barbotó un exasperado Nobilior.

Trató Biesio de fingir indignación.

—¿Sospechas de mí entonces, a pesar de que no coinciden las iniciales? —replicó.

—No he dicho eso, aunque la C bien podría responder a Cayo —sostuvo Nobilior mientras estrujaba el documento.

—¿Y la P del cognomen?

No dispuso el cónsul de tiempo para hilvanar su respuesta. «¡Keltiber, Keltiber, Keltiber!», se oyó gritar a los doce ancianos consejeros de Sekaisa y a los enfermos y a los tullidos que no habían podido emprender el viaje. Estaban todos formados en la campa de Sekaisa, parapetados tras sus pequeños escudos circulares; preparados para lanzar sus *soliferrea* cuando la proximidad de la centuria romana les pareciese suficiente.

Arrojaron al fin sus lanzas los ancianos y los enfermos, pero los proyectiles apenas volaron diez pasos. Después sufrieron la lluvia mortífera de una densa nube de *pila*. Algunos, como Alucio, Turos y Seranus, sobrevivieron al impacto, pero se vieron obligados a desprenderse de unas defensas ya inservibles debido al lastre ocasionado por los dardos itálicos.

«¡Keltiber, libertad o muerte!», gritaron los tres viejos consejeros al unísono como si pretendiesen reanudar ellos solos la gran batalla del Mons Caunus. Su carrera a pecho descubierto hacia una barrera erizada de espadas romanas resultó tan admirable como suicida.

Contempló Biesio el sacrificio de los ancianos celtíberos mientras pensaba que él también habría dado su vida, o por lo menos su mejor brazo, por lucir sin tapujos el cognomen Porcio, y no usar su inicial como una simple contraseña para el único que podía entenderla. Porque a la hora de la verdad, a Cayo Biesio, su padre jamás le había ofrecido vestir ni el apellido de familia ni tampoco el apelativo Catón, que lo reconocía como el «más estricto entre los censores». Ese aparente desapego, al legado de Nobilior, le dolía más que una herida abierta.

XXII

Varias horas llevaba Caro observando las cuatro torres principales de Numantia mientras avanzaba al frente de la gran caravana. Llevaban los de Sekaisa cinco días atravesando el páramo sin descanso. Ahora, las atalayas de la fortaleza arévaca le producían casi el mismo temor que cuatro dragones silenciosos pero vigilantes. Lo tranquilizaba el hecho de que ningún contingente de caballería les hubiese salido al paso en todo el trayecto con intención de detenerlos. Atribuía esta circunstancia a la actuación de la Sombra ante el Consejo de Ancianos y al consentimiento final de Iliscus, el legendario brujo de Numantia, un hombre no muy proclive a permitir que belos, titos y arévacos vivieran mezclados bajo el mismo techo. Sin embargo, y a pesar de todo lo que se decía a sí mismo, Caro conocía las limitaciones físicas de la fortaleza.

Había tenido Numantia casi las mismas dimensiones e idéntica forma, la de una elipse algo deforme, desde los tiempos de sus fundadores. Contaba con solo dos calles orientadas hacia el norte, de aproximadamente media milla de punta a cabo; y otras veinte transversales a estas, arracimadas en apretadas retículas, trazadas cuidadosamente de este a oeste para proteger sus viviendas del gélido *cercius*.

Le resultaba chocante a Caro el orgullo que los arévacos mostraban siempre por no haber suscrito los Pactos de Graco tras la batalla del Mons Caunus. Porque, en realidad, tanto su capital como el resto de ciudades se habían atendido a ellos como si en verdad los hubieran firmado de rodillas. De ahí que la muralla de Numantia no se hubiese movido ni un palmo de sus primitivos cimientos durante toda la tregua. Antes que construir extramuros y fortificar los nuevos barrios como habían pretendido hacer en Sekaisa, los numantinos habían preferido eliminar plazas, foros, mercados, templos y, en

general, cualquier espacio público con el fin de dar acomodo en el interior del *oppidum* a las nuevas generaciones.

Caro sabía, porque la había visitado muchas veces, que la fortaleza arévaca era igual que un cesto a punto de reventar por un exceso de mercancía. Con la diferencia de que el mimbre puede ceder un poco ante las apreturas; no así los muros de piedra. Por eso venía preguntándose desde hacía rato dónde acabarían alojados los suyos cuando llegaran. Tan absorbido lo tenía aquel pensamiento, que ni siquiera se percató de que Lorien iba dando cabezadas dentro del carro mientras su madre había aprovechado la duermevela del niño para subirse a la grupa del caballo que manejaba Leukon.

Avanzaban todos los viajeros enfrascados en sus propias cuitas. A los que iban solo con lo puesto les preocupaba el recibimiento de los numantinos y también su futura supervivencia en una urbe diseñada principalmente para hombres de guerra. Quienes habían dejado atrás una robusta casa de piedra y cuantiosas haciendas se lamentaban amargamente al prever el seguro empeoramiento de sus condiciones de vida.

No quedaba más de una milla para alcanzar el antemuro cuando las cuatro torres y también los parapetos de la fortaleza comenzaron a llenarse de cabezas. Les nacieron brazos casi de inmediato a lo que ya eran miles de siluetas. Ondearon miles de manos, banderas, estandartes, trapos y cualquier cosa que sirviera para dar la bienvenida a los que llegaban. El clamor llegó un poco más tarde, suspendido del bochorno de agosto. Y fue respondido de manera inmediata por los viajeros. Algunos afirmaban haber identificado a miembros de sus gentilidades o a parientes cercanos entre los que saludaban.

Se volvió Caro hacia los suyos con gesto radiante una vez vencidas sus preocupaciones.

—¡Veis cómo estaban esperándonos? —gritó eufórico, como si él tampoco hubiese albergado dudas al respecto. Entonces vio a Silvis aferrada al talle de su primo y su boca adquirió un repentino rictus avinagrado.

—Si en verdad estuvieran esperándonos, ¿no es extraño que no hayan salido hasta aquí a recibirnos? —arguyó Leukon, ignorando el gesto tenso de su primo.

Giró Caro sobre sus talones sin abandonar aquel ademán crispado. Divisó no menos de una docena de figuras desplegadas bajo el umbral de la puerta del antemuro. Delante de aquel semicírculo de viejos prohombres estaban Hilerno, mandatario principal de la urbe, y su hijo Ambón.

—Hilerno no los habrá dejado salir de la fortaleza para que no cundiera el desorden. Sin duda prefiere que el reencuentro entre familiares se produzca dentro —afirmó mientras reparaba en una tercera silueta, ingravida como un silbido, apostada sobre el camino de ronda que coronaba la abertura.

Se detuvo Caro al alcanzar la puerta y con él toda la caravana. Tenía el jefe de los guerreros la mirada húmeda de tanto admirar las muestras de cariño del pueblo numantino. Los ancianos arévacos, en cambio, mostraban un aire grave y taciturno, como si estuvieran asistiendo a las exequias de algún pariente próximo. Ambón se mantenía en segundo plano, hierático y ceñudo; ocultando cualquier indicio de sentimiento detrás de un mechón de pelo rojo desmadejado sobre la frente.

Avanzó Hilerno un par de pasos, apoyado en su cetro de bronce, y desplegó una mirada inquisitiva sobre la muchedumbre detenida frente a su *oppidum*.

—¿Alucio? —inquirió tras buscar y no hallar a su homólogo en las primeras filas.

—Decidió quedarse en Sekaisa, igual que todos los ancianos del Consejo —le explicó Caro.

Asintió el numantino con admiración.

—El gesto les honra —dijo, y añadió compungido—: Solo espero que la muerte les haya llegado rápido y con el menor sufrimiento posible.

Dieron ceremoniosas cabezadas los consejeros que acompañaban a Hilerno a las puertas de Numantia. Ambón no movió un músculo de la cara. El silencio posterior comenzó a hacerse un poco denso, a juicio de Caro de Sekaisa. Y por eso se decidió a romperlo con una

pregunta que sonó titubeante, como si de pronto regresaran los malos presagios.

—Entonces... ¿nos acogeréis a todos?

—Sí, a todos —respondió el máximo gobernante del *oppidum*.

—¿También a los titos?

—También a ellos —confirmó Hilerno sin atisbo de duda, desdén o repugnancia en el tono.

Respiraron con alivio los que no pertenecían a la estirpe de los belos, pero vivían como si lo fueran. De todos era sabida la reticencia de los arévacos a tratar y, mucho más, intimar con tribus consideradas inferiores. Echó Caro un vistazo fugaz al adarve y comprobó que la Sombra seguía sobre sus cabezas, igual que un espantapájaros macabro.

—Te agradezco tu generosidad en nombre de todos los que venimos. Supongo que el de arriba —asentó Caro haciendo un gesto con las cejas— ya os había comunicado nuestra llegada.

Asintió Hilerno con la misma solemnidad que al principio.

—La Sombra es ahora nuestro brujo —dijo—. Una ciudad tan importante como la nuestra no puede quedarse sin un hombre de magia, y menos en tiempos tan difíciles.

—Pero vosotros ya tenéis a Iliscus... —repuso Caro, extrañado de que la Sombra fuera a compartir labores y hasta morada con el mítico brujo arévaco.

—Iliscus se colgó de una cuerda hace tres días —explicó Hilerno—. Los dioses son sabios a la hora de sincronizar las pérdidas y las tragedias: De pronto una ciudad queda huérfana de magia a la muerte de su druida mientras otra desaparece de la faz de la tierra y deja de necesitar a su brujo —añadió, dando por hecho que Iliscus se había suicidado en un callejón oscuro y que Sekaisa estaría ya reducida a un montón de escombros.

—Sí, es muy admirable todo esto que comentas —coincidió Caro mientras miraba de soslayo a los que ya murmuraban por tanta tardanza—. Entonces... ¿podemos pasar ya?

—Enseguida. En cuanto mi hijo os haga saber las condiciones —resolvió Hilerno, e hizo una seña a sus consejeros para que todos regresaran con él a la seguridad de la fortaleza.

—¿Condiciones? ¿Qué diablos significa eso? —demandó Caro sin obtener respuesta alguna por parte de los viejos.

Se quedó solo Ambón bajo el arco de la puerta tras la marcha de los ancianos. Su esplendorosa estampa se recortaba a la luz del amanecer como si una estatua de fuego protegiese la fortaleza de peligros y demonios. Levantó al fin la cabeza el guerrero numantino y se le vieron dos ojos enrojecidos.

—Te prometí ayuda en caso de asedio —sostuvo con voz estentórea para que lo oyeran todos—. Pero en ningún momento me dijiste que huiríais como ratas antes incluso de aparecer el ejército romano —añadió, señalando con dedo acusador a Caro de Sekaisa.

La cólera le atascó la garganta al líder de los guerreros belos. Ardía en deseos de proclamar que él sí habría estado dispuesto a inmolarsse en la defensa imposible de su *oppidum*. Le habría gustado echar la culpa de tan desmesurado éxodo a los cobardes, a los tibios e incluso a la Sombra por su imperativo mensaje. Tal vez por eso se le fue la vista arriba, al adarve. Pero, por algún motivo, el brujo ya no estaba en su puesto.

—Mi padre os ha ofrecido cobijo —prosiguió Ambón en vista de la mudez de su homólogo—, y no seré yo quien le desdiga. Alojaremos a las mujeres y a los niños en el interior de la fortaleza.

—¿Y los demás? —preguntó Caro acorralado entre la sorpresa y el ofuscamiento.

Se giró un poco el numantino para señalar el espacio delimitado por el antemuro y la muralla principal de la ciudad.

—Aquí —dijo.

—¡Pe... pero eso es igual que dejarnos en medio del campo! ¡Ahí no hay casas, ni siquiera cabañas! —protestó el caudillo belo.

Esbozó una sonrisa aviesa el arévaco.

—Piensa un poco —dijo—. El páramo no tiene muro protector, ni foso que os separe de los romanos.

La decisión de Ambón provocó un inmediato revuelo, sobre todo entre los integrantes de los clanes más poderosos de Sekaisa. Se sentían humillados por tener que pernoctar al raso, sin ninguna comodidad comparable a las que habían disfrutado en su urbe. En cambio, los que habían sido admitidos a pesar de pertenecer a un

pueblo tan irrelevante como el de los titos se quejaban poco, y daban por bueno el hospedaje entre zarzas y ratas.

—Hay una cosa más —continuó Ambón.

—¿El qué?

—Mientras estéis en Numantia, todo lo que coman los tuyos y también sus bestias corre por vuestra cuenta.

Escuchó voces airadas a su espalda el jefe de los guerreros de Sekaisa. Eran las protestas de miles de belos que habían salido de su ciudad cargando con enormes cantidades de cereal destinado a sus familias y ahora se veían enfrentados a una realidad inesperada pero incuestionable: o alimentaban también a sus primos lejanos más pobres o en Numantia empezarían a aparecer muertos de hambre antes que por espada.

—¡Está bien, lo haremos como dices! —consintió Caro a regañadientes, acallando a duras penas las quejas—. ¿Ya está todo?

Negó Ambón con gesto grandilocuente.

—Aún debo exigirlos un juramento.

—¿Cuál?

—El de obediencia; tanto a ti como a tus guerreros.

—¿Insinúas que mis hombres y yo debemos acatar tus órdenes?

Había ido Caro perdiendo la vehemencia y la fortaleza de voz del principio a medida que aumentaba el peso de las condiciones; hasta el punto de que le pareció lógico someterse al mandato del hombre que iba a alargar un poco la vida de su pueblo, aunque esta resultara incómoda e incluso indigna.

—Así es —zanjó Ambón, los brazos en jarras—. Júrame obediencia y podréis entrar en Numantia.

Bajó la cabeza Caro hasta que su mirada barrió las punteras de sus botas. Estaba ya preparado para dar su consentimiento cuando vio surgir la figura enhiesta de Leukon a su lado.

—¡Nos negamos a semejante atropello! —repuso de manera tajante el contrebiense—. Las cosas nunca se han hecho así entre nuestros pueblos.

—¿Cómo te atreves? —Se le fue a Ambón la mano derecha al puño de la espada mientras con la siniestra se agarraba las barbas. Abrió la boca para proferir alguna amenaza terrible, pero volvió a

cerrarla al escuchar otra voz discordante en las primeras filas. Más aguda, afilada y estridente que la de Leukon.

—¡No permitas que ese pelirrojo nos aplaste como a gusanos! ¡Sekaisa y sus habitantes merecen otro trato! —chilló Silvis desde la grupa de su caballo.

El alarido de la mujer encendió a otras muchas esposas de guerreros y a sus hijas, e incluso a los niños que venían dormitando en los carromatos. Lorien lanzó un primer guijarro. Luego llovieron algunos más alrededor del líder numantino.

—Si deseas que tengamos un mando único para belos y arévacos en el ejército que hoy va a formarse —asentó Leukon aprovechando el desconcierto de su antagonista—, lo que debemos hacer es votar. Así veremos quién aporta más guerreros. Convoca ahora mismo a toda tu gente de armas y salgamos de dudas —zanjó retador.

Oteó Ambón el camino de subida a Numantia por su lado menos trabajoso. Se entretuvo unos segundos contemplando a aquella marea expectante que había estado cinco días atravesando estepas y bosques sin apenas descanso. Su discernimiento le dijo que en medio de tanta cabeza tal vez se escondieran tantos guerreros como los que él tenía dentro de la fortaleza. O quizá más.

—Tal vez hagamos eso que dices en otro momento —murmuró tras pensarlo mucho, y se hizo a un lado para permitir que la gran caravana pasara bajo el arco de la puerta del antemuro.

XXIII

Tan pronto como los ancianos y tullidos de Sekaisa murieron a las puertas de su ciudad, Nobilior envió a Criso a Tarraco con una carta que daba cuenta de la caída y destrucción total de la capital de los belos. La misiva iba dirigida, evidentemente, al Senado y debía ser enviada a Roma sin demora. Sin embargo, la demolición real del *oppidum* celtíbero comenzó una semana más tarde; y como era una labor dura e incluso arriesgada, corrió a cargo de los auxiliares iberos. Antes se había producido la matanza sin escrúpulos de los que ni siquiera habían tenido fuerzas para unirse al batallón decrepito que acompañó a Alucio y al resto de consejeros en su heroico lance.

En el saqueo y desvalijamiento de las viviendas participaron sin excepción todas las tropas itálicas, pues incluso Cayo Biesio se vio obligado a aceptar que sus propios hombres participaran en la rapiña. Bien sabía él que el salario de un legionario solo podía considerarse digno si se completaba con la apropiación de los bienes del enemigo.

A pesar de que los habitantes de Segeda habían cargado en su huida con todo lo humanamente posible, los romanos todavía encontraron las bodegas celtíberas llenas de una buena provisión de grano, higos secos y otros valiosos alimentos destinados a soportar el invierno. Desgraciadamente, escondites secretos que guardaran cofres con monedas o metales preciosos, los saqueadores hallaron muy pocos. El cónsul apenas logró engrosar su fortuna en veinte talentos mientras sus hombres solo se repartieron seis denarios por cabeza.

En la mañana del décimo día de pillaje sonaron voces de alarma desde las dos torres que flanqueaban la *porta decumana* del campamento. Salió entonces Nobilior de su *praetorium* como alma

que lleva el diablo y se encaramó a la atalaya derecha pues allí estaba ya Cayo Biesio escrutando el horizonte con ojos intrigados. — ¿Enemigos? —le preguntó mientras la campa de Segeda se llenaba de soldados importunados en sus labores de latrocinio.

—Obviamente, pero no vienen en son de guerra por lo que se adivina de sus gestos.

Reparó entonces el cónsul en las lanzas apuntadas hacia el suelo, y en la manera en que los cinco jinetes frenaron su galope hasta detenerse por completo a un tiro de flecha del campamento. Solo uno de los recién aparecidos se bajó del caballo, abandonó sus armas en el suelo e inició un prudente acercamiento.

—¿Lo conoces?

—Por referencias —reconoció Biesio.

—¿Y quién es?

—Ambón, caudillo de los guerreros de Numantia.

—Ya, pues parece que quiere decirnos algo... —musitó Nobilior—. ¿Y dirías que, siendo únicamente líder de los guerreros, tiene autoridad para hablar en nombre de todo un *oppidum*? —añadió tras observar al celtíbero durante varios segundos.

—En Numantia, son los jóvenes quienes llevan la voz cantante. La ciudad tiene su Consejo de Ancianos, pero solo para resolver litigios de lindes o dirimir desavenencias entre vecinos. En materia de guerra siempre acaban imponiéndose los más vehementes.

Asintió el cónsul, a quien aún le quedaba una última pregunta para decidirse.

—¿Es seguro salir?

—Tú vas a llevar tu espada mientras que él viene sin nada, aparentemente. Aun así, nunca se sabe.

Dio un respingo Nobilior ante la idea de que el caudillo celtíbero escondiese una daga en sus ropas.

—¿Ese bárbaro habla nuestra lengua? —preguntó tras el escalofrío.

—Lo suficiente.

—Está bien, saldré a recibirlo, pero tú vendrás conmigo —dijo—. ¡Insteyo, tráeme mi mejor armadura! —le gritó al tribuno, que estaba en la atalaya gemela.

Percibió Ambón la agitación de los hombres que ocupaban las torres de vigilancia. Escuchó también el crujido de algunos arcos al tensar la cuerda. Abrió entonces los brazos para dar a entender que venía indefenso y se detuvo a cincuenta pasos del campamento romano más grande que jamás había visto en su vida. Le impresionaron sus muros de afiladas estacas, las torres que defendían sus cuatro puertas, el voluminoso *agger* y un foso en el que un gigante no habría llegado siquiera a tocar los troncos de la empalizada con los dedos.

Rechinó al fin la *porta decumana* cuando ya empezaba a pensar que los vigías lo habían tomado por una estatua de polvo y barro. Dos hombres uniformados y engalanados como altos oficiales surgieron de un espacio en el que se adivinaban miles de soldados formados para intervenir en caso necesario. Se le ocurrió a Ambón, con buen criterio, que, de los dos militares que se acercaban a él tranquilamente, el de más edad, mayor altivez y también menos cicatrices en el cuerpo sería el cónsul de la Hispania Citerior.

—Soy Ambón, caudillo de los guerreros numantinos —se presentó cuando tuvo a los romanos delante.

—Y yo Quinto Fulvio Nobilior, gobernador de estas tierras y, por tanto, dueño de toda la Celtiberia. Supongo que habrás venido a rendirme obediencia —contestó el cónsul, fiel a sus maneras.

Hizo oídos sordos el de Numantia a la impertinencia.

—Me gustaría arreglar pacíficamente el asunto de Sekaisa, o Segeda, como decís vosotros —replicó lacónico, señalando con el dedo hacia una ciudad destartada y humeante.

—¿Qué entiendes exactamente por «arreglar»? —inquirió Nobilior indiferente.

Se le había quedado a Ambón la boca llena de una saliva espesa que le dificultaba el habla.

—Como ya sabes o sospechas, los habitantes de esta ciudad se han refugiado en la mía —masculló no sin trabajo.

Esbozó Nobilior una sonrisa torva como si hubiese desenmascarado a un tramposo en una partida de cartas.

—Si han encontrado cobijo en Numantia, es solo porque tú lo has permitido...

Trató de humedecerse la boca Ambón antes de entregar el mensaje que traía dando vueltas en la cabeza como una rueda de clavos.

—Ya, bueno, pero eso podría cambiar de un día para otro —dijo.

A Nobilior, el estupor le elevó las cejas hasta el reborde del casco.

—¿Estarías dispuesto a entregármelos, quieres decir? —preguntó.

—Sí.

Miró de reojo el cónsul a su legado mientras cavilaba. Biesio no le devolvió el vistazo porque estaba igual de atónito.

—No me parece a mí que sea tan fácil sacar por las buenas a tanto guerrero de un sitio cerrado... —contestó al fin el máximo gobernante de la Citerior.

—Tengo en mi poder a sus mujeres e hijos dentro de la fortaleza. A ellos los tengo acampados en la explanada del antemuro. Saldrán al exterior en cuanto los amenace con matar a sus familias —explicó Ambón imperturbable—. En cuanto se alejen un poco podréis rodearlos y acabar con todos. Si quieres, puedo hacer incluso que abandonen antes las armas.

Corría una brisa bochornosa en la capital de los belos aquella mañana de mediados de agosto. Hacía tremolar los estandartes del campamento romano, agitaba las crines de los caballos celtíberos y jugueteaba también con los rizos que a Nobilior le asomaban bajo el casco. Por eso, el silencio silbante y abrasador que surgió entre los reunidos sonó igual que si Vaélico y Plutón estuvieran tocando la flauta a dúo desde sus respectivos infiernos.

—Voy a decirte lo que quiero —asentó Nobilior tras sopesar la propuesta de Ambón durante un minuto que pareció eterno.

—Te escucho —respondió el arévaco, y en verdad se le veía muy atento a las palabras del cónsul.

—Quiero a los fugitivos de Segeda en cadenas y quiero también las armas de todos; y eso os incluye a vosotros, los arévacos. Será la única manera de que os perdone la vida por haber sido cómplices de una gravísima falta contra los intereses de Roma. Te doy diez días para decidirte —sentenció Nobilior.

Recibió Ambón la oferta con rictus indescifrable. Como buen caudillo celtíbero, no estaba muy acostumbrado a ceder ni un solo

paso en ningún tipo de negociación; y mucho menos a perderlas.

—Dame veinte —dijo simplemente y trató de no fruncir demasiado los labios mientras pedía la moratoria. Después caminó de vuelta hasta donde le esperaban sus cuatro lugartenientes.

Lo vieron llegar aquellos fieros guerreros con los ojos furiosos, como si los dos oficiales romanos hubiesen tratado de cortarles las manos durante la charla. Ninguno se atrevió a preguntarle por el resultado de las conversaciones, aunque ya imaginaron que habían viajado hasta Sekaisa para nada.

—Entonces, ¿volvemos ya a casa? —quiso saber Litenio, que gozaba de más confianza.

—Todavía no es el momento. Aún no hemos terminado este viaje —respondió Ambón pensativo.

Contempló Nobilior la triste retirada del caudillo arévaco y su escolta como si hubiera salido victorioso de una gran batalla campal.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó a su legado cuando el pequeño grupo de jinetes ya no era más que una lejana columna de polvo.

—¿El qué?

—Mi actuación.

—No ha sido buena.

—¿Por qué?

—Creo que le has apretado demasiado. Tal vez habrías conseguido algo sin la exigencia de las armas. Ahora ya... —se lamentó Biesio.

Mostró su desacuerdo Nobilior, convertido de repente en un experto estratega.

—He advertido graves disensiones entre belos y arévacos, y voy a sacar provecho de ellas de una manera u otra —sostuvo—. En cuanto Criso regrese de Tarraco, nos desplazaremos a Numantia.

—¿A qué?

—A ver esas murallas que, según tú, no resistirían ni un golpe de ariete.

Le acometió a Biesio un conato de risa floja pues tomó las palabras del cónsul como una bravuconada ocurrente.

—Si te refieres a merodear por los alrededores de la fortaleza arévaca durante unos días para poder decir en Roma que viste Numantia de lejos, para eso no nos vendría mal disponer de algo más de caballería.

—¡Tenemos seiscientos jinetes romanos y también algunos iberos! —arguyó el cónsul.

—Con los iberos que hemos traído no cuentas demasiado.

—¿Por qué?

—Porque además de que son muy pocos, serán los primeros en marcharse en cuanto cambien las circunstancias. Por eso, yo apostaría por esperar aquí hasta la llegada de los refuerzos prometidos por el rey Masinisa —sugirió—. Serán buenas tropas de caballería y ya no creo que tarden mucho...

Manoteó Nobilior el aire con ademán desdeñoso.

—¿Quién puede fiarse de los númidas? —dijo—. Y, además, ¿cuándo ha necesitado una legión romana del auxilio de la caballería para imponerse al enemigo?

Por la mente de Biesio cruzaron todas las batallas memorables de la historia de Roma que su padre le había relatado cuando era pequeño.

—Nunca —reconoció—, aunque, por el bien de todos, espero que no tengas en mente una locura. Por cierto, ¿puedo preguntarte qué hace Criso en Tarraco? —añadió.

Tenía Nobilior la vista fija en un horizonte árido y, aun así, embaucador cuando respondió a su legado.

—Lo mandé hace unos días con una carta para el Senado. Me pareció que era el momento de informar de todo lo ocurrido hasta ahora en mi campaña —murmuró como si hablara consigo mismo.

—¿De todo?

Salió Nobilior de su ensimismamiento con el semblante agrio.

—De todo lo fundamental —puntualizó, y se volvió al campamento sin despedirse de su subordinado.

XXIV

Senado de Roma. Idus de agosto.

Debieron de escucharse los pasos de Tito Annio Lusco desde el mismo Capitolio, tales eran el silencio y la expectación reinantes en la sala mientras el segundo cónsul ascendía los escalones que lo conducían hasta su escaño. No en vano, no hacía ni dos horas que los senadores habían sido convocados para una sesión que contaba con un solo tema, aunque muy relevante, en su orden del día: la lectura del pergamino recién llegado de Tarraco.

Fiel a su costumbre, Catón había madrugado más que nadie aquella mañana, y para cuando Lusco apareció con el documento, el *princeps senatus* ya llevaba largo rato echando pestes del segundo cónsul a cuenta de la tardanza.

—¡Por fin vamos a saber qué está haciendo Nobilior en Hispania! ¡Ya era hora de que diera señales de vida! —suspiró Acilio Glabrión sin que su amigo despegara los labios.

Brazo en alto, Annio Lusco mostró el rollo a la concurrencia para que se viera que no había osado siquiera romper los lazos ni el lacre.

—Es auténtico. Lleva el sello de Quinto Fulvio Nobilior y está firmado de su puño y letra —afirmó con voz chillona. Después se aplicó a una lectura literal del documento.

«Primera carta del cónsul de Hispania al Senado. Nonas de julio. Alcanzado el objetivo fijado por el Senado, he procedido al asalto inmediato de la capital de los belos, la cual he rendido tras dos días de enconada lucha. Una semana después de su conquista, me place comunicar que las murallas de Segeda, así como la propia ciudad, han sido demolidas totalmente».

Levantó la cabeza Tito Annio Lusco con gesto sorprendido. Debió de extrañarle lo escueto del mensaje.

—Eso es todo —dijo, como si se disculpara por tanta síntesis—, pero supongo que las noticias aportadas por Nobilior sobre lo acontecido en Segeda podemos estimarlas como favorables y... suficientes —añadió mientras enrollaba el pergamino.

Esperaban los magistrados deleitarse con un relato más pormenorizado y sangriento de la caída de la ciudad celtíbera y la aniquilación de sus habitantes. De ahí que los primeros vítores se hicieran esperar unos segundos. Fue precisamente Liciniano quien dio las primeras palmas, y quizá lo hizo para contrariar a su propio padre al verlo tan circunspecto.

—¿Es que no estás contento? —interpeló Acilio Glabrión a su amigo después de que toda la Curia Hostilia aplaudiera las hazañas del héroe.

—Contento... ¿de qué?

—Hombre, pues de que ya hayamos resuelto el problema de insubordinación suscitado por los belos con su maldita muralla, y de que el escarnio que Nobilior ha hecho en ellos vaya, seguramente, a achantar a las tribus celtíberas para mucho tiempo.

Chascó Catón la lengua y mantuvo aquel gesto de disgusto mientras Annio Lusco levantaba la sesión y la sala se despejaba de magistrados, a excepción de dos figuras petrificadas y una tercera en movimiento.

—Parece que habíamos subestimado a Nobilior —sostuvo Claudio Marcelo mientras tomaba asiento en un banco junto a sus dos colegas.

Negó Catón la suposición optimista de su amigo de manera tajante.

—Esa carta está llena de lagunas y también de mentiras —replicó con los codos apoyados en las rodillas y la mirada postrada en el suelo—. Para empezar, la fecha no me cuadra.

Glabrión y Marcelo cruzaron una mirada extrañada.

—¿Por qué dices eso? —preguntaron al unísono.

—Porque si Nobilior conquistó la ciudad en las nonas de julio, como afirma; es decir, hace más de un mes, ¿cómo es posible que se haya demorado tanto tiempo en comunicarlo? Una noticia así debería haberla hecho llegar a Roma en diez días como mucho.

—¿Insinúas pues que la fecha de la carta es falsa, y que tal vez la conquista de Segeda no se ha producido todavía? —inquirió Acilio Glabrión.

—No pongo en duda la toma de la ciudad por parte de Nobilior —gruñó Catón—, pero sí el momento y, sobre todo, la forma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marcelo.

Agitó Catón su afeitada cabeza, desencantado por la extrema ingenuidad de sus dos acompañantes.

—Parece mentira que hayáis sido pretores y cónsules... —se lamentó—. ¿Recuerdas la batalla de las Termópilas? Tú estabas al mando... —añadió mirando a Glabrión.

—¡Por supuesto! —le respondió quien había dirigido la campaña contra Antíoco el Grande.

—Y cuando enviaste tu informe al Senado, ¿a cuántos enemigos dijiste que habíamos matado en el desfiladero?

—A veinte mil, creo —titubeó el antiguo cónsul.

—Ya, y entre tú y yo: ¿cuántos fueron realmente los muertos?

Miró a su alrededor Acilio Glabrión como si temiese que las paredes pudieran escucharle.

—No más de cinco mil —admitió.

—¿Y en cuanto a nuestras bajas?

—También tergiversé los números, pero en sentido contrario, con el fin de engrandecer aún más nuestra victoria —confesó sin sonrojo.

—Claro, eso es lo que hemos hecho siempre todos los generales tras vencer en una batalla. ¿Os parece pues lógico que Nobilior no mencione ninguna cifra de muertos, ni propios ni ajenos, si realmente tomó la ciudad al asalto y la lucha duró dos días? —Tenía Catón aquellos ojos incisivos puestos sobre los rostros cavilantes de sus dos colegas.

—No. Pero dinos sin rodeos qué estás pensando —lo apremió Claudio Marcelo.

—A mi entender, Nobilior llegó muy tarde a Segeda y encontró la ciudad vacía, seguramente porque los belos no habían logrado completar la muralla. Por lo que no hubo ni lucha ni muertos.

Tampoco se apoderó de tesoros ni de un botín significativo; porque los habitantes de la ciudad ya se habían llevado todo lo valioso.

—Pero estarás de acuerdo, al menos, en que Nobilior cumplió con la misión encomendada por este Senado... —adujo Marcelo.

—Pareces el abogado defensor de ese cretino... —masculló Catón desabrido—. Asumiré que la ciudad ha quedado destruida, aunque no en la fecha que él afirma. Lo más preocupante de todo, sin embargo...

—¿Qué diablos es lo más preocupante? —explotó Acilio Glabrión incapaz de esperar a que Catón matizara su desasosiego.

—Que no dice cuáles son sus planes a partir de ahora.

Intercambiaron Glabrión y Marcelo una mirada cómplice, como si ambos fueran conscientes de que estaban hablando con un demente.

—¿Qué otros planes puede tener Nobilior aparte de regresar a Tarraco sin bajas y con la satisfacción del deber cumplido? —repuso Marcelo.

—Sois demasiado benévolos con ese fantoche... —cabeceó Catón con desánimo—. Si mis suposiciones fueran ciertas y el cónsul no aportase pruebas de haber acabado con varios miles de guerreros belos y tampoco trajese consigo cientos de prisioneros ni carretas cargadas con los tesoros de Segeda, ¿vosotros creéis que el Senado le otorgaría un triunfo tras su campaña?

La respuesta resultaba tan obvia que no mereció ni oírse. No obstante, los tres allí reunidos conocían el proceder de muchos generales acuciados por la misma necesidad de éxito.

—Si Nobilior considera que aún no ha logrado toda la gloria que esperaba en su campaña —terció Glabrión—, lo más probable es que, aprovechando los refuerzos de caballería nómada que ya tendrá a su disposición, recurra al saqueo de pequeños asentamientos celtíberos mientras regresa a Tarraco. Así, al menos, le concederemos una ovación cuando vuelva a Roma.

No le convencieron a Catón las razones de su colega, y así lo expuso.

—El silencio de Nobilior en esa carta es muy sospechoso —sostuvo—. Y me hace pensar que contempla algo muy diferente con

el fin de ganar fama.

—¿Cómo qué?

—Me refiero a una locura sin precedentes.

Había escuchado Claudio Marcelo con gran paciencia la tesis de quien solía mostrarse habitualmente cuerdo y realista en todo tipo de circunstancias, pero ya empezaba a cansarse de tanta desconfianza.

—Si todo hubiera ido tan mal como piensas y la deriva del cónsul fuese en verdad tan preocupante, ¿por qué tu hijo, quiero decir Cayo Biesio, no nos lo ha advertido antes? Dijiste que nos tendría informados en todo momento...

Le pareció injusto a Catón el reproche hacia su vástago.

—¡No habrá podido sustraerse a la vigilancia de Nobilior! —objetó con sequedad cortante—. No es tan fácil enviar un mensaje a espaldas del cónsul sin que nadie de su círculo lo note.

—Nobilior es un cobarde. No lo creo capaz de acometer ninguna empresa que ponga en peligro su vida —apuntó Acilio Glabrión.

—No se requiere de una gran valentía para meterse en una ratonera de la que, quizá, nadie pueda sacarlo. Basta con ser un ignorante —zanjó Catón—. Y, en materia de guerra, Nobilior sabe menos que cualquiera de mis esclavos.

Quiso Marcelo formular una reflexión final que lo congraciara con su amigo. Y lo hizo desde muy cerca y en voz baja.

—Seguro que tu hijo sabrá manejar la situación como mejor proceda y enmendará los errores del cónsul. Volverá vencedor de la Celtiberia y lo recibirás en tus brazos como un padre orgulloso —le dijo.

Una lágrima traicionera resbaló entre los mil surcos que hendían las mejillas del *princeps senatus*.

—Espero que Cayo sobreviva a una campaña destinada a ser un fiasco desde el principio. Lo de salir vencedor... me parece que es pedir demasiado a los dioses. En cualquier caso, mi hijo no regresará a Roma. No puede hacerlo mientras yo viva. Ese es el acuerdo al que ambos llegamos poco antes de que se marchara al ejército. Vivirá como un exiliado hasta que su padre natural muera. A cambio, figurará en mi testamento y recibirá, como el resto de mis hijos, una

parte de mis posesiones. —Hizo Catón una pausa que pareció dolorosa—. Cuando me enterréis, ya no me importará que mis enemigos saquen a relucir algunos trapos sucios de una vida que aún consideran modélica —añadió cabizbajo.

XXV

El camino de vuelta desde la fortaleza de Rauda se le antojó a Ambón como lo más parecido al corredor de espinas y fuego en el que, según se decía, Vaélico martirizaba a los recién llegados al inframundo. Regresaba defraudado el líder numantino tras haber cabalgado varios días bajo un sol cegador y un cielo de bronce para nada. Había gastado ríos de saliva aludiendo a parientes comunes, a viejas alianzas en épocas pasadas, a batallas casi ganadas contra el enemigo común sin que tan emotiva remembranza sirviera para derretir el hielo.

Llegó a suplicar de rodillas como un triste pedigüeño hasta sentir vergüenza de sí mismo. Pero ni aun así, Merko, caudillo supremo del pueblo vacceo, accedió a ponerse de parte de los numantinos si la ciudad sufriera el acoso del ejército de Nobilior. La negativa estaba basada en la paz, la tranquilidad y el florecimiento en que todas las ciudades vacceas habían vivido los últimos veinticinco años. Desde la batalla del Mons Caunus, sostuvo Merko, las espadas estaban calladas; y, aunque su padre hubiese apoyado a la coalición celtíbera que se enfrentó al pretor Graco, los tiempos habían cambiado radicalmente. Desde luego no iba a ser él, afirmó, quien le pisara la cola a un león que llevaba mucho tiempo dormido y no había dado señales de querer tomarla con los vacceos.

El crepúsculo desgranaba sus últimas luces cuando los cinco arévacos penitentes se detuvieron un instante para contemplar los hachones encendidos en las torres del antemuro de Numantia. Del interior de aquel espacio amurallado se elevaba un preocupante guirigay de voces y gritos.

—Creo que están celebrando una asamblea sin ti —sostuvo Litenó, el principal lugarteniente de Ambón.

Acicateó el líder guerrero a su montura y cubrió las últimas dos millas en medio de un galope furioso. Tuvieron que apartarse de un salto los hombres que estaban de guardia en la puerta este para no ser arrollados por los cinco centauros.

Encontró Ambón una ciudad revuelta, reunida alrededor del estrado de las ceremonias, los entierros y las asambleas. Hilerno y su Consejo estaban en ese instante inclinados sobre un animal recién decapitado por la Sombra. Aunque no pudo escucharlas claramente, las palabras del brujo tras observar el goteo de la sangre produjeron el inmediato rugido de las masas. Dos figuras se acercaron entonces al borde del estrado y, espada en mano, arengaron a los reunidos hasta obtener de ellos la música metálica que precede a toda batalla.

Le ardieron a Ambón los ojos al ver el desparpajo con el que se desenvolvían Caro de Sekaisa y Leukon. Tenían tan encandilado al público que parecían haber hecho suya la ciudad en los cinco días que él había faltado de su puesto. Le habría gustado al numantino saltar sobre la tarima a lomos de su caballo, y hacerlo encabritarse y vomitar espuma. Para demostrar que él seguía siendo el más grande y temerario; y, sobre todo, el dueño de la fortaleza. Pero habría tenido que aplastar a muchos en su camino para conseguirlo. Se conformó con ascender al estrado con paso firme y quedarse mirando a todos, especialmente a Caro, con ademán desafiante. El estupor paralizó a Hilerno solo unos segundos.

—¡Maldita sea tu costumbre de desaparecer en el momento más inoportuno sin contar con nadie! —increpó a su hijo, aprovechando el silencio provocado por la inesperada aparición del líder guerrero—. ¡Acabamos de enterarnos de que Nobilior ha levantado su campamento en Sekaisa y avanza hacia aquí a toda prisa! ¿Dónde diablos has estado todos estos días? —chilló colérico el anciano.

Asimiló las noticias Ambón en apenas un parpadeo. Tras su conversación con Nobilior, no se le había pasado ni un instante por la cabeza que el cónsul fuese a concederle veinte días de margen, ni siquiera diez, para decidir sobre la entrega de sus huéspedes belos y la rendición incondicional de Numantia. De hecho, siempre estuvo seguro de que el gobernante romano se acercaría a la capital

arévaca sin previo aviso, tan solo por tentar el auténtico poderío del *oppidum*.

—Decidí adelantarme a los acontecimientos —gruñó el líder guerrero—. Sabía que esto ocurriría más pronto que tarde y por eso me desplazé a territorio vacceo, para hablar con Merko —añadió, relatando solo lo procedente y ocultando lo vergonzoso.

Un murmullo de expectación rodeó las siguientes dos preguntas de Hilerno.

—¿Te has entrevistado con Merko? ¿Dónde?

—Bueno... al final lo localicé en Rauda —replicó Ambón sin dar más explicaciones de su periplo.

—¿Y van a ayudarnos?

No había ni un solo asistente a la asamblea que desconociera el potencial militar de los vacceos. Con hacer llegar una simple voz a Intercatia, Pintia, Pallantia, Cauca y todas las fortalezas importantes, Merko podría levantar un ejército de más de veinte mil hombres en menos de una semana. Tales eran la obediencia y el acatamiento de los gobernantes locales.

—Los vacceos no van a hacer nada. Están en paz con Roma, me ha dicho Merko, y no piensan mover un dedo por nosotros. Son unos hijos de puta —resumió Ambón, y se quedó esperando las maldiciones y los lamentos del público. Pero, a decir verdad, solo se escucharon las primeras.

—Bueno, ya nos apañaremos sin ellos —repuso un optimista Hilerno—. Al parecer —añadió señalando la sangre que manchaba el suelo de la tarima—, los designios de los dioses son inmejorables de cara a una confrontación con ese cónsul.

Contempló Ambón con ojos opacos al antiguo brujo de Sekaisa y al perro famélico que sostenía, sin cabeza, asido por las patas traseras. Miró después el zigzagueante reguero rojo con un velo de escepticismo. Reparó al fin en los seis jinetes que esperaban, listos para partir, no muy lejos del escenario.

—¿Y esos? —preguntó al no reconocer a ninguno.

—Son guerreros míos —sostuvo entonces Caro, recuperando algo de protagonismo—. Voy a enviarlos a Termes, Clunia, Lagni, Lutia, Arekoratas y Uxama.

—¿Para qué?

—Para informarles de la situación y, seguramente, conseguir su ayuda.

Movió la cabeza lentamente el líder numantino, y con ella su tupida pelambre roja. En su rostro polvoriento llevaba tatuados el cansancio de la larga cabalgada y también el desánimo por la desafección vaccea.

—Tu padre luchó con mi tío Dagenus en la batalla del Mons Caunus —murmuró—. ¿Alguna vez te lo dijo?

—Sí, muchas.

—¿Sabes cuánto tiempo les costó hacer fraguar aquella formidable alianza que reunió a tantos miles de los nuestros en el bosque sagrado de Burado?

—Tres meses —reconoció Caro.

Llevaba Ambón varios días convencido de la inevitabilidad de la guerra contra Roma, exactamente desde su entrevista con el cónsul. Había estado dispuesto a traicionar a sus primos hermanos de Sekaisa con tal de evitarla. En realidad, lo habría hecho, de no ser por las exigencias desmedidas de Nobilior. Ahora se daba cuenta, sin embargo, de que aquellos a quienes había tratado de vender al diablo, iban a ser sus únicos aliados en una hipotética batalla por la supervivencia de Numantia.

—Tres meses, sí —repitió meditabundo—. Pues nosotros no tenemos ese tiempo, me temo. No obstante, no me opondré a que envíes heraldos a esas ciudades. Aunque su respuesta llegará demasiado tarde, no perdemos nada por que sepan lo que ocurre.

Partieron los seis jinetes de inmediato mientras Ambón permanecía absorto en las escurriduras de sangre.

—¿Y ahí también puede leerse cómo hemos de hacer frente a los romanos cuando se presenten? —le preguntó a la Sombra, como si al final, diese crédito a sus vaticinios.

—No, eso no.

Se entristeció Ambón ante las evidentes limitaciones del sortilegio. Puso entonces Caro una mano amiga sobre el hombro de su homónimo con intención de animarlo.

—No te preocupes —le susurró—. Debatiremos la mejor estrategia a seguir entre tú y yo, y seguro que nos entendemos. Al fin y al cabo, nos une el mismo odio a Roma y también el amor que se profesan nuestros pueblos.

—Sí, eso —musitó Ambón con los ojos bajos para que nadie pudiera leer en ellos la vergüenza—. Es mucho cariño el que nos tenemos los belos y los arévacos, y también sus caudillos.

Nadie se percató de ello, pero Leukon y la Sombra intercambiaron una seña cómplice mientras Ambón rumiaba en silencio sus dudas y, quizá también, sus remordimientos.

—¿Te gustaría saber lo que vuestro antiguo brujo diría en estos momentos de incertidumbre, de no haber muerto? —le preguntó el contrebiense al numantino.

Asintió el arévaco con ademán cansado.

—No es que desconfíe de la Sombra, pero claro que me quedaría más tranquilo si escuchara hablar a Iliscus y él me iluminara el camino...

—Tal vez eso sea posible... —propuso Leukon.

—¿Cómo?

—Exhumando su cadáver y preguntándole, claro —respondió la Sombra desde la oscuridad inescrutable de su capucha.

Se le fue la mirada a Ambón al pequeño espacio reservado al descanso eterno de los grandes hombres de Numantia. Solo los caudillos máximos de la ciudad y sus brujos más legendarios ostentaban el derecho a reposar en la diminuta necrópolis situada intramuros. Había apenas una docena de tumbas en el recinto. La de Iliscus era la única con la tierra movida y sin musgo.

—Pero si lleva más de dos semanas enterrado...

—No importa —sentenció la Sombra e hizo un ademán para que Leukon y cinco guerreros más le trajeran los restos corrompidos del druida arévaco.

No tardaron mucho en regresar los enviados, portando unas parihuelas hechas con troncos y ramajes sobre las que reposaba un cadáver hediondo e hinchado. Vomitaron varios consejeros, atacados por la náusea, y eso a pesar de que habían cerrado los ojos para no

ver el espectáculo. Si Hilerno no lo hizo fue porque apenas había probado bocado en todo el día.

—¿Y tú crees que va a respondernos? —le preguntó a la Sombra el viejo mandatario—. Yo lo veo muy muerto.

—Él no lo hará, pero sí su espíritu a través de mi boca —replicó taxativo el antiguo brujo de Sekaisa antes de hundir un largo estilete en una de las cuencas vacías de Iliscus.

La punción causó la inmediata erupción de un miasma negro, denso y pestilente en el que la Sombra se untó las manos y se frotó después las ropas.

—Preguntad ahora —dijo, y adoptó una pose rígida; como si se hubiera quedado congelado encima de un montón de nieve.

Dudaron un segundo padre e hijo, hasta que Ambón decidió probar suerte.

—¿Cuál sería la mejor táctica para defender la ciudad de los romanos? ¿Soportar de la mejor manera posible el asedio y esperar al invierno? —preguntó, proporcionando a la vez una respuesta bastante lógica con el fin de que Iliscus pudiera comunicarse desde el otro mundo con una simple cabezada.

Enmudecieron todos los presentes en la asamblea a la espera de algún gesto o sonido por parte de la Sombra. Pasados cinco minutos, el brujo emitió un largo suspiro y relajó la postura.

—Nada —concluyó—. La cabeza de Iliscus está vacía de pensamientos. Probemos más abajo —añadió antes de que la decepción o el pánico se adueñaran de las almas de los convocados.

Utilizó el druida el mismo puñal para rasgar las entrañas del fallecido. El estallido de gases, vísceras y gusanos acabó con Hilerno de rodillas, arrojando bilis y otras aguas sucias. Impertérrito, el brujo procedió a embadurnarse como antes.

—Preguntad de nuevo —ordenó.

Se demoró Ambón unos instantes, indeciso entre dar ya por terminado un experimento que consideraba fallido o disparar una segunda flecha, por si acaso.

—Y ahora que un ejército consular está a punto de llegar a Numantia, ¿qué diablos hacemos? —inquirió al fin, más ceñudo y de

peor talante, sin ofrecerle esta vez al espíritu solución alguna al entuerto.

Un súbito temblequeo aquejó a la Sombra a los pocos segundos. Sus brazos y piernas comenzaron a moverse como si tuvieran vida propia mientras la cadena que llevaba sujeta al tobillo restallaba contra el suelo de modo siniestro.

—¡Por los cuernos de Cernunnos, que los tenía enormes, anchos y romos, escuchad bien mi recomendación, Numantinos, porque solo la diré una vez y después callaré para siempre! ¡Mal rayo de Tarannis os parta si no me hacéis caso! —exclamó, aunque en verdad pareció que era Iliscus quien hablaba, usando sus giros de costumbre y aquella voz áspera y rigurosa—. ¡La única manera de afrontar la amenaza romana es encerrarse tras las murallas de la fortaleza y esperar a que se vayan! ¡Ni se os ocurra poner un pie fuera de Numantia!

Exhaló la Sombra con gran aparato al abandonar el trance, como si el esfuerzo de conectar con el más allá le hubiera drenado todas las fuerzas. Después habló con voz desmayada.

—¿Qué os ha dicho Iliscus?

—¿Es que tú no lo has oído igual que nosotros? —le preguntó Ambón en medio de los murmullos.

—Ya te he explicado que yo solo prestaría mi boca para que el espíritu de Iliscus se expresara a través de ella —respondió, molesto, el druida—. De lo que hayáis podido escuchar, no tengo ni idea.

Se rascó Ambón entre las greñas con ademán dubitativo.

—Pues lo que hemos oído no se parece mucho a lo que has leído en la sangre derramada de ese perro. Más bien contradice tu vaticinio —sostuvo el numantino.

Escuchó con mucha atención la Sombra las palabras del líder arévaco. Cabeceó después como quien llega a conclusiones infalibles tras analizar todas las variables.

—Es natural —dijo.

Tan extraña y lacónica certeza sorprendió a Hilerno y a muchos de los presentes. A Ambón, la indignación le tiñó la cara de rojo.

—¿Te parece normal que tus adivinaciones contradigan lo que opina Iliscus? ¿A quién hacemos caso ahora? ¿Estamos bendecidos

por los dioses o condenados a aguantar el hambre hasta que a esos malditos bastardos los eche la nieve?

Aguantó la Sombra el chaparrón sin alterarse.

—Es natural que vuestro antiguo brujo diga disparates.

—¿Por qué? —Seguía Ambón inflamado por la ira del desconcierto.

—Porque el hombre que piensa y habla con las tripas se equivoca siempre —sostuvo el druida, y se inclinó a recoger el puñal que había dejado clavado en el abdomen de Iliscus.

Los ojos extraviados del líder arévaco viajaron varias veces desde el agujero que horadaba el cerebro del muerto hasta sus entrañas abiertas.

—En... entonces, ¿esto significa que debemos hacer lo contrario de lo que propone Iliscus? —preguntó, más aplacado, tras el concienzudo examen.

Dio Caro de Sekaisa dos pasos al frente y levantó el brazo que aún sostenía su espada desenvainada.

—¡Pues claro! —proclamó, atronador, a pesar de que era ajeno a la farsa urdida por su primo y el brujo—. ¡Buscaremos a ese ejército consular y deleitaremos a nuestros dioses con la mayor victoria sobre los romanos que jamás se haya visto!

El rugido de los guerreros arremolinados alrededor del escenario y el clamor de las mujeres, los viejos y los niños que poblaban los caminos de ronda de la fortaleza no impidieron que Ambón volviera a inspeccionar la sangre del perro y los nuevos agujeros abiertos en el cuerpo de Iliscus.

—Pe... pero nosotros podemos reunir, como mucho, ocho o diez mil hombres de armas —titubeó cuando cedió un poco la escandalera— y ellos vienen treinta mil... ¡Será una masacre! —se horrorizó—. No me creo que los dioses quieran empujarnos a tan absurdo sacrificio.

Giró la cabeza de la Sombra levemente hacia su lado derecho. Hizo un gesto imperceptible que no pasó inadvertido a su destinatario.

—¿Es que no has entendido el mensaje de nuestras deidades? —preguntó Leukon tras ganar el borde del estrado—. Ni Lug, ni

Teutates, ni siquiera Vaélico, desean forzarnos a una batalla campal en condiciones tan adversas —sostuvo mirando a Ambón descaradamente—. Lo que tratan de decirnos es que, en vez de esperar la llegada del cónsul, encerrados como corderos, ¡debemos sorprenderlo por el camino! ¡Para diezmar a su ejército severamente! ¡Para que llenen el suelo arévaco de tumbas hasta perder la cuenta! ¡Para que crean que les atacaron fantasmas y el miedo los haga volver por donde vinieron! ¡Para que nunca regresen a estas tierras! ¡Keltiber! ¡Keltiber! —estalló el contrebiense, a quien enseguida flanquearon Ambón y Caro de Sekaisa, para que la ovación de las masas recayera también un poco sobre ellos.

—Te ha quedado muy bien el discurso; lo de causar muchas bajas al enemigo y todo eso —le reconoció el líder arévaco sin dejar de enarbolar la falcata—, pero no has dicho cómo hacerlo.

—Sí, no sé si no habrías hecho mejor callándote —abundó Caro, que a pesar de ondear su espada con aparente euforia, había tenido tiempo para recapacitar sobre una estrategia aparentemente suicida.

—¿Por qué? —quiso saber Leukon.

—Porque antes la gente estaba dispuesta a pelear hasta la última gota de sangre y morir con la boca cerrada. Ahora todos quieren matar muchos romanos y encima salvarse —le respondió su primo—. Más vale que tengas algún plan brillante en la cabeza.

XXVI

*Diez días después de los idus de agosto del año 153 a.C.
Alrededor de treinta millas al Noroeste de Segeda.*

Llevaba el ejército consular una jornada y media atravesando una estepa reseca e incómoda para hombres y bestias, pero aun así segura. Y es que lo despejado del terreno facilitaba la visibilidad en muchas millas a la redonda y, sobre todo, permitía avanzar de manera compacta a todo el ejército, reunidas sus unidades alrededor de las mulas de la impedimenta.

Apenas faltaban diez días para las *calendas* de septiembre, un mes que habitualmente pillaba a todos los pretores y gobernantes ya en Tarraco o, cuando menos, en sus inmediaciones. Nobilior, sin embargo, había escogido realizar un avance intimidatorio sobre Numantia, con el fin de mostrarle al pueblo arévaco la supremacía militar de Roma. Quería aprovechar también el viaje, afirmó en su discurso a la tropa, para compensarlos a todos por el esfuerzo, el sacrificio y las desgracias sufridas por el camino. Concedería a sus hombres, sostuvo, el derecho de saqueo sobre los muchos poblados y asentamientos que encontrarían en los alrededores de Numantia, sin descontar nada para sus arcas ni para las del Estado.

No le quedó a Biesio otro remedio que sucumbir a lo inevitable; pero al menos convenció a Nobilior de la necesidad de cargar con lo mínimo en el desplazamiento. Es decir, resultaba indispensable encontrar un lugar en el que guardar las vituallas con las que el ejército iría abasteciéndose en las semanas siguientes. La ciudad elegida fue Occilis. Porque según el legado del cónsul, aquel era el único *oppidum* que les abriría sus puertas sin tener siquiera que llamar a ellas. Tal era el estado de pánico en el que habitualmente vivían los miembros de su Consejo.

Criso confirmó a su regreso la facilidad y rapidez del acuerdo alcanzado con los medrosos ancianos. Apenas había dejado cien hombres como guarnición, dijo; pues si en Occilis habitaban guerreros, estos debían de haber huido al divisar penachos rojos en el horizonte.

Se detuvo Cayo Biesio el segundo día de marcha cuando el sol aún estaba alto y oteó con ademán pensativo la encrucijada. Tras él fue parando toda la serpiente multicolor, hasta que no hubo ni una sola sandalia en movimiento.

—¿Qué diablos pasa ahora? —le preguntó Nobilior al llegar a su altura.

—Nada. Eso. —Señaló Biesio la abrupta bifurcación de la vía.

Observó Nobilior los dos caminos: el que continuaba hacia el norte y el que viraba hacia el este tomando, en apariencia, una deriva absurda.

—¿Cuál es el de Numantia? —inquirió el cónsul.

—Los dos.

El obtuso laconismo de su legado obligó a Nobilior a evaluar de nuevo la situación y la disyuntiva.

—Pero este será mucho más rápido... —dedujo, apuntando hacia el que continuaba en línea recta.

—Y peligroso.

—Ya. ¿Y cuánto tiempo se pierde yendo por el otro? —Observaba Nobilior la tortuosa circunvalación de una foresta enorme que parecía un mar verde incrustado en medio del desierto.

—Se tarda un día más.

Agitó la cabeza el cónsul con ademán desaprobatorio a la vez que examinaba con más detenimiento el llamado bosque de Nemeton por los pueblos celtíberos. Un denso encinar que los pastores locales cruzaban a menudo con sus rebaños para acceder tanto a Segeda como a Numantia.

—No quiero retrasarme tanto —protestó—. Además, veo que existe un paso marcado por en medio —añadió, con el encinar de nuevo entre ceja y ceja.

—Sí, pero se trata de una senda que va volviéndose cada vez más estrecha hasta convertirse en una vereda casi impracticable —le

explicó su legado.

—No será para tanto...

—¿Conoces la longitud que abarcan tus tropas ahora mismo?

Echó la vista atrás Nobilior de manera instintiva. El terreno despejado le permitió ver desde la cabeza hasta las últimas filas.

—No sé... ¿Tres millas?

Asintió Biesio, conforme con el cálculo.

—Pues en cuanto penetremos doscientos pasos en ese encinar, tendremos que estirar la formación más del doble debido a las estrechuras. ¿Sabes lo que eso significa?

Esbozó Nobilior una sonrisa burlona.

—Te veo muy remiso a continuar este viaje. Si no te hubiera visto luchar, diría que tienes miedo —rio—. Ya aprendí todo lo que debía saber sobre emboscadas a orillas del Hiberus. También lo hicieron mis hombres. No van a sorprendernos esta vez tan fácilmente. Además, ¿no viste la cara de funeral que se le puso a ese arévaco tras hablar conmigo? Les aterra tan solo la idea de que podamos acercarnos a su principal fortaleza.

Guardó silencio Biesio unos segundos mientras los murmullos de la tropa alcanzaban a los dos oficiales.

—¿Cuáles son tus intenciones, exactamente? —preguntó al cabo, incapaz de esconder por más tiempo sus sospechas.

Enmudeció ahora Nobilior hasta que un suspiro de cansancio, o de hartazgo, encaminó su respuesta.

—Voy a tomar Numantia —afirmó con voz resuelta—. No me importa que lo sepas porque, tarde o temprano, iba a tener que informarte. ¿Qué te parece? —añadió.

Escondió como pudo Biesio el respingo.

—Un error, supongo —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque si nadie jamás se ha atrevido a intentarlo, será por algo. Se agitó, molesto, Nobilior sobre su montura.

—Los demás no tenían un plan. Yo sí lo tengo —rezongó.

—¿Cuál? —El gusano de la curiosidad cosquilleó sin previo aviso en el estómago de Biesio.

—Construiremos al menos tres tortugas arietarias en cuanto lleguemos. He oído que no hay nada que más desmoralice a una ciudad sitiada que presenciar la fabricación de las máquinas de asedio que van a reventar sus murallas.

—Eso es cierto —reconoció el legado—. ¿Y después?

—Las haremos rodar hasta el antemuro, y golpearemos en varios puntos distintos —explicó un soñador Nobilior—. Penetraremos por donde antes se desplome. Dijiste que era, mayormente, de adobe... —añadió en vista de que Biesio tardaba en dar su visto bueno.

—Primero habría que anular su foso a base de piedras. Eso llevaría su tiempo. Y, aunque echáramos abajo el antemuro, quedaríamos enfrentados a las verdaderas murallas de la fortaleza. No son de roca maciza, pero miden más de trece codos de altura. Sería una resistencia a muerte la que ejercerían los numantinos. Nos lanzarían flechas, jabalinas, *solíferrea*, piedras y todo lo imaginable... —repuso al fin el legado, y miró a Nobilior de frente por vez primera en toda la conversación.

Se encontró Biesio con un rostro risueño, sereno; incluso afable.

—¿Sabes para cuánto tiempo tenemos garantizado el suministro con todo lo que hemos dejado en Occilis?

—No me he molestado en hacer el cálculo —admitió el legado.

—Yo sí. Más de tres meses. Por eso no me hace falta echar abajo las murallas de Numantia de manera inmediata. Puedo esperar tranquilamente después de derrumbar su antemuro, hasta que los rinda el hambre, o hasta que Ambón decida entregarme a todos los habitantes de Segeda junto con diez carros llenos de oro y plata a cambio de levantar el asedio. Calculo que después de las ejecuciones y de otras medidas ejemplarizantes, todavía nos llevaremos tres o cuatro mil prisioneros bellos a Roma. ¿Te imaginas?

—¿El qué? ¿La matanza? —Imágenes truculentas de empalamientos, crucifixiones, amputaciones de miembros y otras crueldades cruzaron por detrás de los ojos azules de Cayo Biesio.

—No, me refiero al triunfo que nos concedería el Senado a cuenta de nuestro éxito en la campaña, sobre todo si conseguimos tomar Numantia —repuso un Nobilior exultante, hablando en un plural extraño, con una mano puesta sobre el hombro de su subordinado

—. ¿Acaso no te ves en el desfile de la victoria, sentado a mi diestra en el carro de los honores recibiendo los parabienes de los ciudadanos?

No era Biesio un hombre dado a las fabulaciones, pero no le resultó tan difícil imaginar la escena: las ovaciones, la música, los vítores del pueblo a los conquistadores de Numantia mientras en una cuadriga tirada por caballos blancos, Nobilior y él saludaban a las masas en medio de una lluvia de pétalos rojos. Coronado de laureles igual que el cónsul, aunque sin vestir su *toga picta*, un soldado hasta entonces desconocido llamado Cayo Biesio marcharía un día entero en loor de multitudes por las calles de Roma, luciendo con orgullo el botín de guerra que mejor demostraría la hazaña: tres mil prisioneros celtíberos sin armas, humillados y en cadenas, arrastrando los pies por detrás de los héroes. En algún lugar del Capitolio, posiblemente en el mismo templo de Júpiter, estaría su progenitor, Marco Porcio Catón, dispuesto a presenciar la ceremonia final con ojos húmedos. A buen seguro las miradas de padre e hijo se encontrarían durante los discursos o los sacrificios, intercambiarían gestos de emoción y cariño, hasta que el viejo senador subiera al altar para estrecharlo entre lágrimas delante del propio cónsul y de todos los prohombres de la gran urbe. Entonces, indiferente ya al descrédito y a la ignominia, proclamaría con voz rota que aquel era su vástago más valiente y querido, a pesar de que jamás lo hubiera dicho en público. «¡Este es Cayo Porcio Catón, mi hijo! ¡Así es como quiero que lo llaméis a partir de ahora, y no Biesio!», gritaría con rabia el *princeps senatus*, para que la declaración llegara a los más distraídos, incluso a un atónito Liciniano. El abrazo rocoso de los dos hombres lo sellaría.

La experiencia militar y una lógica aplastante reventaron sin contemplaciones la burbuja de irrealidad en la que Cayo Biesio deambulaba borracho desde hacía varios minutos.

—Todo eso que has dicho jamás podrá ocurrir —musitó al fin, como un sonámbulo importunado en su sueño.

Retiró Nobilior la mano que aún mantenía sobre el hombro de su legado como si este tuviera la tiña.

—¿Lo del triunfo?

—Lo del triunfo y lo de la conquista de Numantia.

—¿Por qué?

—Porque ni con suministros asegurados para tres meses lograremos rendir esa ciudad por hambre. Antes de que pase ese tiempo empezará a helar, y a nevar incluso. Resultará imposible pernoctar en los contubernios. Encontrarás soldados muertos a centenares cada mañana, tiesos como carámbanos; porque no hemos traído siquiera capotes de invierno.

El galope de un caballo paralizó a Nobilior justo cuando pensaba hacer uso del látigo de su desdén para fustigar nuevamente a su legado.

—¡Los hombres están comenzando a impacientarse! —anunció apocado un joven optio enviado por Servio Insteyo.

—¿Y cuál es el motivo del nerviosismo? —inquirió Nobilior.

—El calor les resulta insoportable estando parados. Además, hoy es el día de la Vulcanalia, cónsul —repuso el soldado con ademán comprensivo hacia sus compañeros—. Desean acampar cuanto antes para celebrar tranquilamente la fiesta y no entienden la demora. Los centuriones dicen que no podrán contenerlos mucho más tiempo...

—¡Por todos los dioses, apenas han caminado una hora y media! —exclamó el cónsul iracundo—. ¿Cuánto se tarda en atravesar ese maldito encinar? —demandó mirando a Biesio.

—Hay un claro bastante grande dentro de unas diez millas. Después todavía quedará un día entero hasta Numantia, también entre bosque.

—¿Y hay agua en ese lugar que dices?

—Existe un arroyo cercano —hubo de reconocer Biesio.

—¡Todo es perfecto entonces! —se entusiasmó el cónsul—. Llegaremos a ese sitio justo a tiempo de pescar unos peces y asarlos en una buena hoguera en el interior de las empalizadas. Esa es la manera correcta de celebrar la fiesta de Vulcano. ¿No te parece, legado?

No disimuló Biesio su gesto de disgusto.

—Creo que lo más adecuado sería rodear este bosque —dijo, a sabiendas de que a su sugerencia se la llevaría el viento de la cólera.

—¡No vamos a perder un día entero tan solo por evitar cuatro árboles! —explotó Nobilior—. Organiza mi ejército de la manera más procedente y ¡avancemos de una vez! —ordenó.

Trotó Biesio cabizbajo hasta el lugar en el que Servio Insteyo y otros militares ascendidos meteóricamente uno o dos grados tras la muerte de los tribunos conversaban con gesto serio. Criso era uno de aquellos beneficiados, pues Nobilior lo había nombrado tribuno.

—¿Tenemos permiso para acampar ya? —preguntó Insteyo en cuanto lo vio llegar.

Negó Biesio con ademán preocupado.

—Vamos a internarnos en el bosque.

Por enésima vez Criso examinó la senda por la que a duras penas pasaría un carro de vituallas sin tocar las ramas de los árboles.

—Reconozco que iremos todos bastante más frescos por ese sendero— repuso—, pero mis jinetes resultarán inservibles. No se puede montar a caballo en medio de tanta maleza —añadió con ojos incrédulos.

—A mí no tienes que explicarme nada. Si quieres protestar, vete a decírselo a Nobilior. —Lucía Biesio un rostro pétreo bajo el que trataba de esconder su zozobra.

—¡Atravesar ese bosque será como caminar por el borde de un abismo con los ojos cerrados! —balbució un descompuesto Insteyo.

—Será exactamente como dices —coincidió Biesio—. Pero ya que no hay más remedio, procuraremos hacerlo de la manera menos insegura posible —añadió mientras pensaba en la disposición de hombres, carros y bestias.

XXVII

A falta de jinetes que fueran los ojos del ejército consular, Biesio decidió recurrir a los auxiliares hispanos para las labores de exploración del terreno. Así, varios cientos de iberos se desplegaron por delante de la formación romana en dos anchas alas que iniciaron un tortuoso avance a través de una jungla espinosa. Justo por detrás de tan esforzados batidores, pero circulando por el sendero, el legado dispuso un cuerpo de zapadores con la única misión de apartar los obstáculos que pudieran impedir o dificultar el paso de los carromatos. En ellos viajaban los onagros, las balistas y las catapultas que habían construido en Segeda. Iban aquellos soldados provistos de hachas, sierras, palas, sogas y dos docenas de mulas capaces de arrastrar las columnas de Hércules. Los acompañaban dos manípulos de infantería pesada, para que quienes desbrozaban, aplanaban y limpiaban no tuvieran que estar todo el tiempo pendientes de lo que ocurría a su espalda.

Trescientos pasos por detrás de los zapadores vendría la vanguardia, formada por Nobilior, sus oficiales, los médicos, los músicos, los portaestandartes y hasta el único augur que aún quedaba vivo tras el desastre del Hiberus. Todos caminarían escoltados por las tropas más capaces: la legión reclutada en Hispania y la guardia personal del cónsul, los *extraordinarii*. A continuación, marcharía el grueso del ejército, protegiendo los carros y a las dos mil mulas que cargaban con todo lo necesario para fabricar un campamento de la nada. Para la retaguardia, Biesio dejó a los auxiliares que no estaban desplegados en labores de descubierta y a la caballería de Criso. La misión de aquellos jinetes resultaba crucial: acudir raudos allá donde se les requiriera en caso de ataque y evitar la defección de unas tropas auxiliares, que a juicio de Biesio, eran poco fiables en momentos críticos.

Aunque ya estaba previsto, el legado torció el gesto al ver cómo, a menos de una milla del inicio de la espesura, la formación adelgazaba irremediablemente hasta solo poder mantener cuatro hombres por línea.

Un gran árbol apareció cruzado en mitad del camino después de haber avanzado dos horas en riguroso silencio, con las armaduras bien abrochadas y el casco puesto. Le extrañó a Cayo Biesio tan inesperado incidente, pues no era aquella una barrera que pudiera haber pasado inadvertida a los zapadores que marchaban trescientos pasos por delante del grueso del ejército.

Desmontó para inspeccionar el tronco caído, y entonces comenzaron a aparecer soldados iberos por las lindes del bosque. Volvían con las ropas destrozadas y los cuerpos cubiertos de arañazos. Afirmaron preferir la muerte antes que regresar al tormento de las espinas. Aquella selva impenetrable, le aseguraron a Biesio, no era apta siquiera para los jabalíes.

—¿Dónde está el resto de exploradores? —les preguntó.

—Se han ido quedando retrasados —respondió atemorizado uno de los iberos.

—Nos ha sido imposible avanzar al ritmo de la vanguardia —terció, temblando de miedo, otro de los ensangrentados—. Hay muchos compañeros enredados entre las zarzas o peleándose con arbustos insuperables.

Masticó una maldición Biesio mientras se acercaba al tronco cruzado. De poca ayuda iban a servir los hombres que había mandado al interior del bosque, pensó, si no eran capaces de progresar por delante de todo el ejército localizando posibles peligros.

—¿Es que no vais a retirar ese maldito árbol caído? ¡Hay que continuar avanzando! —chilló Nobilior, ajeno a la súbita palidez de su legado.

—Este árbol no se ha caído solo —repuso Biesio con la palma de la mano llena de astillas recientes—. Alguien lo ha cortado hace muy poco.

Desestimó Nobilior la posibilidad de una emboscada.

—Puede, pero no ahora mismo —dijo—. Habríamos escuchado los hachazos desde muy lejos. Tal vez algún pastor o leñador lo dejó a medio talar ayer y la brisa ha terminado de tirarlo después de que pasaran nuestros zapadores.

No iba desencaminado el cónsul en lo de la propagación de los sonidos dentro del bosque. Y por eso, mientras Biesio impartía órdenes a los auxiliares para que retiraran de algún modo el obstáculo, llegó con toda claridad el escándalo metálico de las armas.

—¡Están atacando a los zapadores! —exclamó Nobilior como si despertara de un mal sueño, como si los demás no hubiesen descifrado ya el significado de aquellos ecos.

Tuvo que deshacer Biesio la madeja de su cabeza en un solo segundo: ¿debería llamar ya a Criso para que arremetiera contra los agresores o era más procedente dejar todavía la caballería en su sitio hasta no conocer el alcance del problema? Al final, se decidió por lo segundo.

—¡Esperad aquí, en formación de combate! ¡No dejéis de vigilar los bordes del bosque! —ordenó a los centuriones que lo rodeaban y emprendió una galopada frenética en busca de la refriega.

Llevaba el legado el pálpito de la encerrona danzando en las tripas, mas la corazonada se tornó en certeza al descubrir, a las pocas curvas, tres cuerpos cosidos a flechazos. Pertenecían a los encargados de llevar a la vanguardia el mensaje del ataque. Frenó bruscamente un poco más adelante para contemplar una imagen espeluznante: todos los zapadores yacían muertos, igual que las mulas de arrastre, aferrados todavía a las hachas y a las sierras. La falta de escudo les había impedido sobrevivir a la descarga de dardos y lanzas. En el mismo sendero, los dos manípulos destinados a protegerlos mantenían una lucha desigual contra una avalancha de guerreros enemigos. A pesar de que la situación se le antojó preocupante, con muchas opciones de que empeorase en muy poco tiempo, lo que más lo retuvo en el sitio fue la visión del líder de las huestes enemigas.

En medio de la batalla, un celtíbero ataviado con la misma indumentaria que un alto oficial romano impartía órdenes a los suyos

mientras repartía tajos a diestro y siniestro. Escupió Biesio una maldición tras reconocer al hombre con el que había cruzado espadas a orillas del Hiberus. Aunque estuvo tentado de acudir en ayuda a los suyos, finalmente metió espuelas y regresó al galope tendido hasta donde Nobilior y toda la vanguardia esperaban informes.

Una nueva y aterradora disyuntiva torturó a Biesio mientras cabalgaba: ¿debía hacer retroceder al ejército hasta salir cuanto antes de Nemeton o era mejor continuar con el plan de avance previsto hasta el descampado? Lo primero implicaría abandonar a su suerte a más de trescientos cincuenta hombres acorralados por el enemigo, provocar momentos de gran confusión y caos mientras se ejecutaba la orden de viraje, asumir un cierto número de bajas..., pero tal vez salvar muchas vidas. Lo segundo...

—¡Maldita sea, ¿por qué no estamos ya en marcha, ayudando a los nuestros? —le urgió Nobilior, impaciente por la indecisión y el retraso.

Enmudeció el cónsul, sin embargo, cuando un nuevo árbol se derrumbó cien pasos a su espalda. El revuelo de los hombres y los rebuznos de las mulas no lograron ocultar otro sospechoso desplome quizá a media milla. Un cuarto tronco pareció haber caído todavía más lejos, porque, aunque no oyeron los crujidos de la madera debido a la distancia, sí escucharon el griterío de la tropa.

—¿Qué diablos está ocurriendo ahí detrás? —preguntó el cónsul, más atónito que preocupado.

No perdió tiempo el legado en explicar lo evidente.

—¡Sigamos adelante! ¡Rápido! ¡Preparados para el combate! —aulló, disuelta ya la maraña de dudas, convencido de que la estrategia celtíbera consistía en bloquear el camino, provocar la división de las tropas y aniquilar a quienes quedaran aislados.

El primer objetivo de Biesio era rescatar a la escolta de los zapadores, o a los que siguieran vivos cuando llegasen. Después, el ejército consular continuaría la marcha con la mayor celeridad posible. La cohesión de las tres legiones, y aun de los auxiliares, sería determinante para la supervivencia; pero dependería en buena

medida de la capacidad de cada unidad para sortear obstáculos, y de la suerte.

Un grupo de unos cincuenta soldados pertenecientes a uno de los manípulos guardianes apareció corriendo por el camino.

—¿Los demás? —le preguntó Biesio al centurión que venía al mando.

Compuso el suboficial un ademán de desentendimiento, como si la pregunta se le antojara absurda. Pareció dar a entender con el gesto que hasta un niño habría sido capaz de relacionar la falta de doscientos setenta hombres con una muerte violenta.

Algunos cuerpos aún se movían en el suelo enrojecido del bosque cuando la vanguardia alcanzó el lugar del combate.

—¿No paramos a recogerlos? —se escandalizó el tribuno Insteyo al ver que ni Nobilior ni su legado hacían intención de detenerse.

—Volveremos a por ellos más tarde —mintió Biesio, sabedor de que la velocidad en el desplazamiento era la mejor arma, si no la única, de evitar la masacre.

Progresaron durante casi otro par de horas con lentitud exasperante, entre sofocos y maldiciones debido a los frecuentes atascos. Pero, al menos, sin sufrir nuevos ataques. Saltaba a la vista que alguien se había molestado en cavar profundas zanjas en el sendero con el fin de entorpecer el tránsito de los carros. Tras una infinidad de paradas y esfuerzos baldíos, Biesio optó finalmente por abandonar algunos vehículos, consciente de que los más pesados, los que venían por detrás portando las máquinas artilleras y algunas provisiones, quedarían embarrancados sin remedio.

Un decurión se presentó cuando atravesaban una oscura hondonada flanqueada por dos pequeñas laderas. No era aquel el lugar más apropiado para mantener una charla, pero el gesto desaforado del jinete convenció a Biesio de la necesidad de prestarle atención urgente.

—¡Me manda Criso! —ladró el suboficial antes de que nadie le preguntara nada—. ¡La formación se ha partido en dos mitades!

La noticia inquietó a Nobilior.

—¿Dónde? ¿Y por qué?

—A unas tres millas de aquí —explicó el decurión—. Muchos de los carromatos han quedado encallados en las grietas. Otros han quebrado alguna rueda y deben ser reparados. La retaguardia ha acabado por alcanzarnos, pero como el atasco continuaba y la vanguardia iba alejándose..., Criso ha decidido dejar atrás solo a los iberos con los carros.

—Entonces, las dos legiones consulares y la caballería siguen avanzando tras abandonar a los auxiliares a su suerte... —resumió Biesio con la frente llena de surcos.

—Sí. Intentan cerrar la brecha abierta —confirmó el jinete.

Aunque un músculo había empezado a bailar en la cara, Nobilior luchaba por no perder la templanza supuesta a todo cónsul.

—¿Habéis visto enemigos en algún momento? —preguntó.

—No.

—Pues vuelve y dile a Criso que se detenga allá donde esté y espere a los iberos. Nosotros pararemos también aquí mismo hasta que todo el ejército se reagrupe.

Había permanecido Biesio cavilante, mientras Nobilior impartía consignas. Pero salió de su ensimismamiento antes de que el decurión maniobrara para marcharse.

—Olvida lo que acaba de decirte el cónsul —disintió—. Dile a Criso que regrese en busca de los auxiliares y los proteja después en su avance, pero sin los carros. Dile también que procure darse prisa. Este es un atolladero en el que no podemos permanecer de brazos cruzados demasiado tiempo —añadió mientras husmeaba el aire húmedo de la vaguada.

—¡Un momento! —retuvo Nobilior al mensajero—. ¿Cómo te atreves a contradecirme? —estalló después, dirigiéndose a su legado—. ¿Pretendes abandonar las provisiones que llevamos? ¿Qué comeremos en las próximas dos semanas si dejamos el grano para los cuervos?

Había desmontado Biesio para escudriñar un horizonte escueto y negro como el pico de un grajo. Se acercó después a su superior y le habló en voz muy baja. No quería que nadie más lo escuchara.

—Si comemos hierba, al menos significará que estamos vivos —murmuró con la espada ya en la mano—. Hasta ahora los celtíberos

nunca han matado a un cónsul en Hispania. ¿Quieres ser tú el primero?

Un repentino concierto de silbidos aplazó la diatriba que Nobilior estaba a punto de iniciar con su legado.

—¡Cubríos con los escudos! —bramó Biesio, bajo un cielo ya encapotado de jabalinas y flechas—. ¡Proteged al cónsul! ¡Bajadlo del caballo! —añadió al reparar en la parálisis que aquejaba a Nobilior.

El zumbido aterrador de miles de proyectiles precedió al repiqueteo mortal de sus puntas de hierro sobre las gruesas defensas romanas. El aviso, desgraciadamente, llegó tarde para muchos. Además, el chaparrón de dardos se repitió tres veces cuando ya parecía terminado.

—¡Escudos al frente! ¡Preparados para resistir! —aulló Biesio en medio de la calma que precede al encontronazo.

Fue pasando la orden de boca en boca de los centuriones, de un manípulo a otro, hasta que las voces de mando se desvanecieron en lo más recóndito del camino.

—¿Van a venir, entonces? —preguntó Nobilior, que permanecía acurrucado de rodillas a los pies de su legado.

—Dalo por hecho.

—¿Por ambos lados? —Miraba en derredor el cónsul como un animalillo en peligro.

Aunque los lanzamientos se habían producido desde las dos laderas, Biesio conocía bien las costumbres celtíberas sobre emboscadas en gargantas y desfiladeros.

—Solo por uno, al menos de momento. Atacarnos por los dos costados al mismo tiempo anularía la fuerza de su propio empuje —explicó mientras le ofrecía al cónsul el escudo de un legionario muerto—. Demuestra que eres un soldado más —le dijo.

Fue llenándose la espesura de alaridos cada vez más próximos, y de un fragor inquietante de miles de cuerpos deslizándose entre ramajes. Y, sin embargo, aquella barahúnda infernal de gritos y chasquidos contrastaba, de manera paradójica, con la quietud reinante en la formación romana.

—¡Atención a nuestra izquierda! —alertó Biesio a sus hombres cuando identificó la dirección del ataque—. ¡Preparados para el lanzamiento!

Giraron los legionarios en el sentido indicado. Pusieron rodilla en tierra los situados en primera línea de combate, apoyados los escudos en el suelo a modo de parapeto y las picas asomando sobre el borde. Mientras tanto, las dos filas centrales armaban el brazo con el que arrojarían sus dos *pila* reglamentarios.

—¡Lanzad! —tronó el legado.

Una andanada de astiles de punta fina voló sobre las cabezas de quienes se mantenían arrodillados.

—¡Lanzad de nuevo!

Por segunda vez, y antes de que la marabunta enemiga alcanzase la barrera de escudos, otra nube de dardos volvió a frenar a los más osados. Durante unos segundos los gritos de guerra celtíberos y sus promesas de muerte al invasor romano se mezclaron en el aire con los aullidos de dolor de los heridos.

—¡Aguantad ahora! —animó Biesio a los suyos, consciente de que las dos descargas no iban a impedir el topetazo.

Tembló la vanguardia entera tras el brutal impacto. Cedieron los *extraordinarii* un paso con el fin de amortiguar el choque, pero mantuvieron el orden y el coraje.

—¡Juntad los escudos! —exigió el legado al ver aflorar algunos filos celtíberos entre las rendijas—. ¡Vamos, ponte en la barrera y ayuda a taponar esos huecos o acabaran por colarse! —le gritó poco después al cónsul, consciente de que algunos soldados caídos debían ser reemplazados de inmediato.

Se estrellaron durante un buen rato las falcatas y las hachas de combate celtíberas contra la disciplina férrea de los *extraordinarii*. En medio de aquel universo de golpes, tajos, blasfemias y hasta salivazos, a Nobilior le asaltó una duda.

—¿Cuánto va a durar esto? —preguntó desfallecido.

—No mucho más.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya se han dado cuenta de que aquí han pinchado en hueso.

Y es que tras varios intentos infructuosos de romper el muro de defensas y penetrar en las entrañas de la formación itálica, los impactos de las armas celtíberas y también sus gritos de cólera fueron disminuyendo en intensidad hasta desaparecer por completo.

Se limpió Nobilior el sudor de la frente con ademán satisfecho cuando pudo bajar el escudo y envainar la espada. Pero se le agravó después el semblante al ver tantos cadáveres romanos.

—¿Nosotros también habremos matado a tantos? —dijo.

—Ni lo sueñes.

—Pero al menos ya hemos terminado... —trató de consolarse el cónsul.

—Nosotros tal vez sí, pero no los que vienen por detrás. El enemigo va a atacar en oleadas, en distintos puntos —le explicó Biesio—. Tratarán de localizar a las peores tropas, para aniquilarlas; sobre todo si avanzan solas o demasiado estiradas.

—Ya, ¿y qué hacemos a partir de ahora? —inquirió Nobilior, olvidadas ya sus ínfulas de estrategia.

—¡Insteyo! —reclamó Biesio, ignorando al cónsul, tras localizar el cuerpo sin vida del decurión que había traído el mensaje desde la retaguardia.

Se presentó el joven tribuno a los pocos segundos. Venía dando tumbos, como si estuviera bebido. Lucía el semblante lechoso y los ojos desorbitados por un terror muy reciente. El legado le repitió la consigna previa al ataque celtíbero.

—Coge un caballo ahora mismo y busca a Criso. Dile que libere a los auxiliares de la obligación de empujar los carros. Lo más probable es que el próximo ataque o el siguiente, sea en la retaguardia. Quiero que la caballería proteja a nuestras tropas auxiliares y...

—¿Po... por qué he de ir yo? —lo interrumpió el oficial, tiritando de miedo—. ¿Por qué no envías a otro?

No había reparado Biesio suficientemente en el aspecto despavorido del joven. Tras el amago de insubordinación, sin embargo, leyó en aquel rostro aniñado el pasmo que en ocasiones deja la certeza de la muerte, aunque esta al final no se produzca.

Solo se le ocurrió un remedio para curar la enfermedad del soldado bisoño, y fue inyectarle una dosis aún mayor de pánico.

—Irás tú porque eres el tercero al mando —le dijo muy despacio, colocándole el *gladius* bajo la barbilla y pinchando hasta que brotó la sangre—. Si mando a un centurión, puede que Criso no le haga caso. ¿Lo has entendido o te lo explico de otra manera?

XXVIII

Se relamió Caro de Sekaisa como un lobo hambriento mientras contemplaba el enorme embudo provocado por los hoyos y grietas excavados en el camino. Sonrió también a causa de las maldiciones y los gruñidos de esfuerzo de los soldados enemigos al tratar de sacar los carros de los agujeros. Porque todo lo escuchaban claramente los celtíberos apostados en las laderas de la vaguada.

Llevaban belos y arévacos dos días enteros amatojados en la espesura, esperando la llegada del ejército consular. Desde el primer momento, ambos líderes supusieron que Nobilior preferiría arriesgarse a atravesar el bosque antes que alargar su viaje a Numantia. También se entendieron Ambón y Caro a la hora de diseñar la estrategia de ataque.

Se desplazarían hasta Nemeton a caballo, decidieron, pero dejarían las monturas trabadas a cierta distancia con el fin de evitar que los resoplidos de los animales o sus imprevisibles relinchos pudieran delatarlos. En realidad, en la última asamblea solo les surgió una duda relevante: ¿deberían golpear a los romanos con todas las fuerzas disponibles dentro de la fortaleza o resultaría más prudente dejar a la mitad de los guerreros guardando la ciudad por si las cosas no discurrieran del modo previsto? Optaron por lo segundo, y después hablaron de cómo repartirse el trabajo.

Tras sembrar el camino de trampas y dejar unos cuantos árboles a falta de un soplido para el derrumbe, los belos se desplegaron en la zona del bosque más próxima a Sekaisa mientras los arévacos hacían lo propio por el lado contrario. Lo acordaron así debido al conocimiento que cada cual tenía del terreno.

Caro encargó a Leukon la tarea de interceptar a los zapadores romanos que abrían la marcha y a su escolta. Le cedió para ello a mil guerreros. Él se situó más adelante, con otros mil hombres, justo

donde el sendero empezaría a convertirse en un infierno intransitable para los carromatos más grandes. Después de acabar con los zapadores y también, si era posible, con sus guardianes, Leukon tenía orden de buscar a su primo; para que la avalancha prevista sobre la formación romana resultara más contundente.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Caro entre susurros cuando el contrebiense se tendió a su lado entre la maleza.

—Todos muertos.

—¿Y de los nuestros?

Torció el gesto Leukon en una mueca dolorosa.

—Eran buenos legionarios —adujo para justificar que hubiesen caído más belos que romanos en la refriega.

—Bueno, en breve nos resarciremos —lo consoló Caro mientras presenciaban el desfile de la vanguardia romana.

Observaron ambos primos durante más de una hora el alejamiento presuroso de Nobilior rodeado de la Legio Tarraconensis y la llegada de las dos legiones consulares que custodiaban las mulas de la impedimenta y los vehículos cargados con la artillería y los suministros.

—Mira, ahí llevan gran parte de nuestro grano —gruñó Caro—. Quizá pudiéramos recuperarlo ahora. Esos soldados no parecen gran cosa...

Lanzó Leukon una mirada de soslayo a su primo, incapaz de discernir si el comentario escondía una broma o una locura a punto de desatarse.

—Hay que tener paciencia —murmuró—. Ya llegará el momento en que la columna se desgaje por completo. ¿No ves?

Y es que, a pesar de que las mulas habían superado los agujeros y las zanjás sin mayores contratiempos, el colapso de cientos de carros pronto causó un doble efecto: la progresiva acumulación de tropas en la zona previa al atasco y, a la vez, el estiramiento de las líneas que trataban de seguir el ritmo frenético de la vanguardia una vez sorteados todos los obstáculos, —Voto por perseguir y atacar a los que se van quedando entre dos aguas —opinó Caro de repente, señalando hacia las dos legiones consulares.

—¡No debemos movernos ahora! Alguien podría vernos y dar la alarma —le contradijo su primo—. Además, nuestra misión consiste en atacar solo a los rezagados. Eso es lo que acordamos con Ambón. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Nunca serás un gran caudillo —le reprochó con hosquedad Caro.

—¿Por qué?

—Porque no tienes la capacidad de improvisación que requiere el puesto. No sé por qué, al final, siempre te hago caso. ¿Ves? —Señaló el líder de los belos hacia un extremo del camino—. Acabamos de perder nuestra mejor oportunidad —se lamentó.

Se refería Caro de Sekaisa a la inevitable llegada de la retaguardia, compuesta por infantería ibera y más de seiscientos jinetes.

—Ahí abajo van a juntarse diez o doce mil hombres, y encima con caballería. Lo único que podremos hacer será lanzarles cuatro flechas desde lejos y salir corriendo. Un puto desastre —protestó de nuevo Caro—. Si Ambón tiene más éxito que nosotros, no habrá quien lo aguante. Y si no lo tiene, nos echará a nosotros la culpa del fracaso —añadió.

Un jinete se abrió paso entre los que esperaban pacientemente la resolución del problema. Lucía casco con penacho rojo, como cualquier oficial romano, aunque el resto de su indumentaria era bastante más modesta.

—¿Y ese quién es? Parece demasiado viejo para tratarse de un tribuno —observó Caro.

—Yo diría que se trata de algún veterano ascendido de rango debido a la falta de oficiales. Ya te dije que a orillas del Hiberus, Vicanus y yo acabamos con casi todos los tribunos —apuntó Leukon con una traza de orgullo.

—Sí, no me repitas la historia que ya me la has contado muchas veces —masculó Caro, huraño, mientras contemplaba cómo el jinete canoso alcanzaba, no sin esfuerzo, la zona de conflicto, examinaba la situación con ojo experto e impartía órdenes urgentes.

—Creo que deberíamos ir preparándonos —sostuvo Leukon al percatarse de las intenciones del oficial romano.

—¿Ya? ¿Para qué?

Apuntó el contrebiense hacia los legionarios que abandonaban sus labores de rescate de carros, recogían las armas y reanudaban la marcha como si todos los demonios del Hades los persiguieran con un tridente de fuego.

—El centro de la columna y también la caballería van a tratar de no perder contacto con la cabeza —resumió.

—Sí, ya me he dado cuenta de que pretenden dejar a los auxiliares con toda la faena —rezongó Caro.

—Eso es. Dentro de un rato esos iberos estarán agotados por el esfuerzo y no tendrán a nadie que pueda protegerlos de nuestro ataque.

—La verdad es que preferiría matar romanos... —murmuró el caudillo belo cariacontecido.

—Yo también —coincidió su primo—, pero debemos reconocer que también ellos forman parte del ejército invasor.

—Sí, eso es cierto.

Fue muriendo la tarde igual que las energías de los encargados de solventar con sus brazos lo que los animales de tiro habían sido incapaces. En realidad, no lo hicieron mal los auxiliares hispanos, pues lograron sacar bastantes vehículos del atolladero; pero descuidaron de manera lamentable la vigilancia del bosque.

Aprovecharon Caro y sus hombres el imperdonable descuido para descender por la ladera sin ser vistos. Echó la vista atrás el caudillo belo para contemplar a sus fieros seguidores antes de irrumpir a voz en grito en el camino de Nemeton. Muchas veces, sobre todo estando borracho, había alardeado de sus victorias frente al enemigo itálico; pero era todo mentira. Caro de Sekaisa no había matado jamás a un legionario romano. Solo algunos bandoleros del páramo habían probado los filos de su falcata. Por eso llevaba ahora el corazón caliente y los ojos enrojecidos por la inminencia de la batalla. Porque soñaba con emular a su padre, y lograr la gloria que al gran Magilo se le había escapado por muy poco en las laderas del Mons Caunus.

Los árboles eran gigantes oscuros, de brazos largos y deformes, cuando el caudillo belo entonó el grito de guerra que llevaba muchos días guardado en la garganta.

—¡Por Sekaisa! ¡Por la libertad! —aulló y echó a correr el primero.

—¡Keltiber! ¡Keltiber! —le respondió Leukon desde el otro lado del camino, a espaldas de los soldados iberos.

Habían formado las tropas auxiliares un anillo de escudos alrededor de los hombres que se afanaban en desatascar carros. Pero la protección se reveló escuálida cuando recibieron la embestida, por extremos opuestos, de los guerreros belos. Rodaron como bolos muchos de los *scutarii* ilergetes, indiketas o edetanos reclutados por Biesio a la fuerza a orillas del Mare Internum. Conscientes de que la sogá celtíbera iba a apretarlos por ambos lados, algunos supervivientes de la carga y muchos de los que faenaban con los carros buscaron la salvación en la espesura cercana. No contaban con que Caro y Leukon hubiesen desplegado antes largas líneas de guerreros entre la maleza, armados con hachas para decapitar a los que aparecían gateando entre los arbustos.

Trataron de recuperar sus espadas y sus lanzas quienes vieron en la lucha la única posibilidad de seguir viviendo. Se organizaron varios miles de auxiliares alrededor de los vehículos varados en la tierra. Quisieron usarlos como una muralla improvisada mientras resistían a la espera de ayuda. Mas la habilidad, la disciplina y, sobre todo, la moral de combate de aquellas tropas distaba mucho de parecerse a la de una unidad de élite romana.

Peleaba Caro de Sekaisa con la cara y las ropas chorreando sangre. Lanzaba cuchilladas entre carcajadas histéricas. Iba, de hecho, contando los muertos según caían, pues la matanza de los auxiliares iberos se le antojaba lo más parecido al sacrificio de un enorme rebaño de corderos dentro de un corral sin escapatorias.

De repente vio a Leukon a lo lejos, haciéndole señas para dar la orden de retirada conjunta. Trató entonces de calcular la duración de la escabechina, pero el rato se le antojo breve y el disfrute todavía insuficiente. Y por eso continuó con el ensañamiento, a pesar de que

su primo y los ochocientos guerreros que lo seguían ya habían desaparecido en las profundidades del bosque.

Se quedó casi solo en primera línea, acompañado de unos cuantos acólitos tan fieros como despistados, porque todos los demás habían huido nada más ver surgir a la caballería consular de entre las sombras. Venían aquellos jinetes provistos de escudo circular, *spatha* y un par de venablos. Un oficial añoso cabalgaba al frente. Observó Criso la escena de la masacre con ojos expertos y apenas tardó un segundo en escoger a su víctima. Decidió que mataría primero a un diablo desatado que estaba causando auténticos estragos en las filas auxiliares.

Le entró a Caro el proyectil por los riñones y le asomó la punta por el abdomen. Gruñó el celtíbero tras el impacto como si le hubiera picado una avispa en su huerto. Se arrancó él mismo el venablo y siguió en pie lanzando tajos hasta que dos brazos fornidos evitaron el inevitable derrumbe. Era Leukon, que había circunvalado el área del combate para rescatar a su pariente antes de que lo rematara aquel veterano prefecto convertido en tribuno.

—¡Déjame seguir un poco más! —protestó Caro cuando ya viajaba sobre el hombro de su primo entre el ramaje.

—¿Para qué?

—¡Es que aún me quedan dos muertos para llegar a cien e igualar así a mi padre!

XXIX

La Legio Tarraconensis fue la primera fuerza en alcanzar el punto acordado para la acampada. No perdió el tiempo Biesio consultando con los agrimensores, como era la costumbre, antes de iniciar las labores de fortificación. Él mismo decidió sobre la forma del campamento, el perímetro y la distancia con respecto al bosque. También la profundidad del foso, la altura del *agger* y la longitud de las estacas fue cosa suya.

Sí tuvo que transigir, sin embargo, con la celebración de la ceremonia en la que los dioses desvelarían, a través del único augur vivo, la orientación más adecuada de las calles principales. Nobilior se empeñó en hacerlo así como agradecimiento a las deidades. Porque consideraba un milagro haber dado esquinazo a la muerte aquel día infame de la Vulcanalia.

No asistió Biesio a un acto religioso que consideraba innecesario y absurdo. Se quedó en una de las puertas, contemplando la triste llegada de las dos legiones consulares mientras iba haciendo números. No le resultó tan difícil contar los supervivientes de la debacle pues todas las unidades aparecían desperdigadas por el camino, en un goteo casi individual de hombres con el semblante lívido y aire desnortado.

Divisó al fin a Criso cuando ya era noche cerrada. Volvía el tribuno con la misión cumplida a medias. No había logrado llegar a tiempo de evitar la sangría, pero al menos había logrado salvar a una parte de los auxiliares. Eso sí, casi había matado a los supervivientes al obligarles a avanzar después durante varias millas al ritmo de los caballos.

Se desmoronaban agotados los soldados iberos nada más llegar al claro de Nemeton, pero al menos caían como sombras agónicas dentro de los límites de la empalizada.

—¿Esto es todo lo que traes? —le preguntó Biesio.

—¿Qué esperabas? —replicó Criso cortante.

Contempló el legado una vez más los restos decrepitos de las tropas auxiliares.

—Te dije que los protegieses, no que los reventases corriendo.

—Nos han atacado varias veces mientras volvíamos. Y estos — señaló Criso despectivamente hacia los iberos—, enseguida han tirado el escudo y las armas para ir más rápido. Mis hombres y yo hemos hecho lo que se ha podido —resumió.

Seguía Biesio con la mirada ocupada en los que trataban de recuperar el aliento.

—¿Estás calculando muertos? —le preguntó Criso.

—Estoy contando a los vivos, que viene a ser lo mismo, sí.

—¿Y cuántos te faltan?

Dudó Biesio en compartir con su subordinado una información peligrosa, pero al final lo hizo.

—Nueve mil —dijo.

—¿Y lo sabe ya el cónsul?

—Todavía no —confesó—. ¿Insteyo? —preguntó tras desplegar la mirada sobre los jinetes.

Se encogió de hombros Criso sin ocultar su indiferencia.

—No volví a verlo después de que me entregara tu mensaje. Tal vez lo hayan matado por el camino. Han caído tantos...

—Ya. Me hago cargo. Déjame tu caballo —ordenó de pronto Biesio.

—¿Y el tuyo?

—Muerto.

—Pues este tampoco está para muchos trotes —repuso el antiguo prefecto, cediendo de mala gana su cabalgadura.

—No te preocupes. Pienso ir despacio.

Le pareció a Criso entrever la razón de aquel viaje a deshora en los ojos opacos del legado consular.

—No me digas que vas a meterte en la boca del lobo para buscar a ese novato cobarde —dijo.

—No. Voy a cruzar ese bosque porque aún me cuesta creer que los celtíberos nos hayan hecho semejante destrozo —respondió Biesio

antes de desaparecer entre tinieblas.

Partió el legado sin dar cuenta a nadie más de su salida nocturna. Mantuvo su montura a un trotecillo modesto desde el principio mientras iba contando cuerpos inertes *grosso modo*; tanto los desperdigados por el camino como los concentrados en los lugares donde se habían producido los ataques más virulentos. Al menos no se topó con soldados agonizantes, porque entonces no habría sabido qué hacer; si socorrerlos inútilmente o acortarles los plazos.

Llegó hasta las trampas excavadas por el enemigo en el corazón de Nemeton, y descubrió el desastre. Examinó a la luz de una luna azulada los cadáveres de miles de auxiliares. Destazados, acribillados, amontonados igual que fardos inservibles alrededor de los carros. Era como si Plutón, dios implacable de los infiernos, no hubiese querido concederles espacio ni para caer muertos. Tampoco se habían salvado los que habían buscado refugio bajo la panza de los carromatos, pues el enemigo había sido meticuloso en el exterminio.

Con que un solo guerrero celtíbero hubiese estado vigilando en las inmediaciones con un simple arco, Cayo Biesio habría muerto aquella misma noche sin darse cuenta; convencido de que el flechazo, el súbito desfallecimiento y su propia muerte no eran sino el tramo final de la misma pesadilla. Durante un buen rato permaneció ausente, desentendido de cualquier peligro, mientras observaba bajo una miríada de estrellas el repugnante amasijo de cuerpos y grano rojo esparcido por el suelo.

Volvió más despacio aún de lo que había ido, atormentado por la culpa, lastrado con el peso de nueve mil muertes tal vez evitables. No en vano la decisión de proseguir a toda costa tras los primeros tropiezos había sido suya. Cabalgaba pensando también en la forma de abordar al cónsul y quitarle de la cabeza aquella obsesión ridícula de tomar Numantia. Iba fijándose mientras cavilaba en los enemigos caídos, porque sabía que Nobilior le preguntaría en cuanto lo viera. El ulular de los búhos en la foresta, otra vez alegres tras el cataclismo, se le antojó como una sinfonía pacificadora. Le ayudaba a ordenar las ideas y a serenar el ánimo. Hasta que escuchó el sollozo.

Desmontó Biesio sin hacer ruido. Echó mano a la espada, pero no llegó a desenvainar. Ningún celtíbero herido, se dio cuenta, andaría lloriqueando entre la maleza ni aunque los lobos se lo estuviesen comiendo vivo. Se acercó al lamento de puntillas, progresando trabajosamente a través de un túnel de hierbajos aplastados. Descubrió, tras unos cuantos pasos, a un hombre hecho un ovillo.

—¿Insteyo? —llamó al ver brillar un rayo de luna sobre el metal bruñido de una coraza.

Trató el aludido de escabullirse a gatas; pero desistió al enredarse en las ramas espinosas del arbusto. Entonces se volvió empuñando una daga.

—Guarda eso antes de que te cortes. Ya ha pasado todo —le dijo Biesio al notarlo tan desquiciado—. No le contaré a nadie cómo te he encontrado. Así que... levántate y sube conmigo al caballo. Hemos plantado un campamento relativamente seguro en el claro del bosque.

Hizo Insteyo caso omiso de la orden. Apoyó su espalda contra el tallo de boj y extendió un brazo amenazante.

—¡No pienso volver! —aulló.

—No compliques más las cosas si no quieres que Nobilior te juzgue por desertión. —Agitó la cabeza Biesio mientras hablaba y, con ella, el penacho rojo del casco. Debieron de llegarle a Insteyo algunas salpicaduras de sangre con el movimiento a juzgar por el grito.

—¡Solo quiero regresar a Roma con mi familia! —proclamó con ojos blancos de pánico—. ¡No valgo para la guerra! ¡Nunca debí alistarme! ¡No quiero volver a combatir! ¡Prefiero morir aquí, a manos de cualquier celtíbero o devorado por las fieras! —estalló entre nuevos sollozos.

Se acuclilló Biesio junto al tribuno desquiciado, aunque fuera del alcance de su daga. Maldijo en silencio su negra suerte. Porque de no haber escuchado los lloros, Insteyo habría sido un cadáver más por la mañana y él no estaría a punto de tener que cumplir con la obligación de arrastrar a aquel joven despavorido a la disciplina del campamento. Despojó al fin al fugitivo de su arma de un manotazo y

lo aferró por el cuello con intención de izarlo, pero se contuvo en el último instante.

—Pensándolo bien..., tal vez haya una forma de que cumplas tu deseo de volver a Roma de manera inmediata —dijo.

—¿Cuál?

—Es muy sencillo. Haz un trato conmigo.

—¿Qué... qué trato? —balbució el tribuno, estupefacto; pero todavía aterrado.

Colocó Biesio una mano protectora sobre el hombro del muchacho.

—Lleva un mensaje hasta el Senado y no te obligaré a regresar conmigo al campamento.

—Un mensaje... ¿de quién? —inquirió Insteyo, presa de un asombro desconfiado.

—Mío, claro.

—¿Y... y cuándo?

—Ahora mismo.

Dieron varias vueltas dentro de sus cuencas los ojos de un aturdido Insteyo mientras trataba de conciliar las intenciones reales del legado con su propia supervivencia.

—Pero es que no tengo caballo. Lo abandoné para escabullirme... —se lamentó, entristecido porque la circunstancia pudiera dar al traste con el acuerdo.

—No importa. Te dejaré el mío —repuso rápidamente Biesio, que ya contaba con el préstamo—. A la vuelta diré que el animal se partió una pata en uno de esos agujeros y tuve que sacrificarlo.

—Ya. —Se le quedó el aire cavilante a Servio Insteyo—. Pe... pero, ¿cómo justificarás mi ausencia en el campamento? —preguntó más calmado, más interesado en el plan que podría sacarlo de un infierno llamado Hispania y allanar definitivamente su futura vida.

Esbozó Biesio una sonrisa tranquilizadora.

—Muy sencillo. Aquí figurarás en la lista de bajas, que va a ser muy larga, como tú bien sabes. Ante el Senado, sin embargo, te presentarás como mi enviado —dijo—. En cuatro días puedes estar en Tarraco, y en cinco más, como mucho, en Roma —explicó, y se quedó esperando la reacción del joven oficial.

Un silencio de grillos rodeó a los dos oficiales romanos mientras uno hacía cálculos sobre distancias y peligros y el otro, cábalas sobre la fidelidad dudosa de un mal soldado. Una extraña luz iluminó de pronto las pupilas del tribuno. A Biesio, el brillo le pareció el mismo que lucen las miradas de los condenados cuando vislumbran la escapatoria del cadalso en el último instante, y por eso añadió:

—Pero si se te ocurriera incumplir la misión que acabo de asignarte, da por segura tu muerte. Te buscaré estés donde estés. Incluso el Imperio sería un lugar demasiado pequeño para esconderse. ¿Lo has entendido?

Volvió a cabecear el tribuno. Había recobrado el color en el rostro, la serenidad y la compostura.

—¿Qué debo decirle al Senado?

No llevaba Biesio ningún mensaje preparado, ni en pergamino ni en la cabeza. Tampoco era un hombre elocuente a la hora de improvisar epístolas. Se sintió incapaz de resumir en un par de frases todo lo ocurrido, y lo que faltaba.

—La verdad —dijo simplemente.

XXX

Moraba la Sombra en una incómoda covacha subterránea adosada a la muralla principal de Numantia. Se filtraban todos los sonidos del exterior a través de las piedras; incluso las voces. Por eso escuchó con toda claridad la llegada atronadora de los guerreros tras varios días de ausencia. De aquella ruidosa euforia dedujo el éxito de la empresa. De los pasos precipitados por el callejón que daba acceso a su guarida y los gritos de urgencia infirió también la tragedia.

Una cabeza surgió entre las dos mantas que el brujo tenía colgadas a la entrada.

—¡Soy yo! —exclamó un hombre jadeante.

—Pasad —murmuró el druida sin volverse, como si adivinara que el visitante venía acompañado.

Depositó Leukon su cargamento humano sobre un jergón de paja. Había logrado llegar vivo a Numantia Caro de Sekaisa después de su percance en el bosque de Nemeton. De hecho, estaba perfectamente consciente y con ciertas energías.

—¡Rápido, dame uno de tus brebajes milagrosos! —le demandó al brujo.

—Sí, voy. —Se inclinó la Sombra sobre las marmitas que siempre mantenía hirviendo al fuego. Escogió una, vertió su contenido en un cuenco y se lo ofreció al herido.

Bebió Caro con avidez de camello sediento y después preguntó:

—¿Ya estoy listo para asistir a la ceremonia del triunfo?

Sacudió su cabeza la Sombra con abierto pesimismo.

—Me temo que eso no será posible.

Asimiló Caro el contratiempo con un largo suspiro.

—Bueno, pero al menos viviré con lo que me has dado, ¿no? Tal vez dentro de unos días repitamos la fiesta...

Volvió a moverse la capucha del brujo en un claro vaivén negativo.

—Veo tus tripas a través de este agujero —musitó—. No hay medicina que pueda arreglar eso.

Un gesto de asombro se dibujó en el rostro demacrado del herido.

—¿Quieres decir que voy a morirme?

—Sí.

—¿Y qué me has dado a beber entonces, viejo del diablo?

—Flor de tejo.

La indignación tiñó de rojo un semblante desencajado.

—¡Pero eso es un veneno!

—Sí. Es para acortarte el sufrimiento —le explicó la Sombra—. No obstante, aún te quedan diez minutos. Es más que suficiente para despedirte de quien quieras.

Dirigió Caro de Sekaisa una retahíla de maldiciones al brujo por no contar con un antídoto eficaz contra lanzazos. Consumió después una buena parte de su preciado tiempo ordenando ideas y voluntades.

—Tráeme a Silvis y a Lorien —le ordenó al fin a Leukon.

Se presentaron la mujer y el niño a los pocos segundos, pues ambos se habían quedado esperando noticias en la puerta. Observó el niño a su padre con ojos intrigados. Lucía el caudillo belo el torso desnudo, la cara embadurnada de lodo y sangre y los cabellos erizados, como si Vaélico le hubiese propinado un susto mayúsculo.

—¿Te duele? —preguntó el pequeño tras examinar el agujero sanguinolento que su progenitor tenía en el vientre.

Le afloró a Caro una sonrisa débil.

—¡Pues claro que no! Un guerrero no puede sentir dolor ni miedo —respondió, aferrando la mano de su hijo.

—Entonces... ¿te vas a curar pronto?

—Bueno, eso ya no lo sé —mintió—. Pero, por si tardo un poco, quiero que en lo sucesivo no te separes jamás de tu madre.

Se encogió de hombros el pequeño como si el requerimiento fuese innecesario.

—Siempre estoy con ella...

—Pues sigue igual. Te lo digo para que no te extrañes si ves que las cosas cambian algo a partir de ahora.

—Vale.

Asintió satisfecho el herido.

—Estupendo. Ya puedes irte a celebrar nuestra victoria con el resto de niños.

Permaneció el pequeño inmóvil a los pies del camastro como si no hubiera escuchado a su padre.

—No sé si quiero —musitó al fin cabizbajo.

—¿No quieres ir a jugar? ¿Por qué? —La sorpresa pareció revivir momentáneamente al moribundo.

—Es que los otros se ríen de mí cuando empuño una espada de madera. Nunca me has enseñado a usarla... También se mofan porque no he cortado jamás cuellos de patos y pollos con la de acero... —se lamentó el niño.

Se le escurrieron a Caro dos minutos de vida entre los dedos mientras recordaba su desidia imperdonable como padre de un futuro guerrero y gobernante.

—Bueno, pronto le pondremos remedio a todo eso. Ya lo verás —musitó, apretando con menos fuerza que antes la mano de su vástago.

—Qué bien —dijo Lorien y se marchó de la cueva con ademán más alegre.

Se retiraron Leukon y la Sombra a la zona de las ollas para que Caro y Silvis pudieran mantener una cierta intimidad en su despedida. La penumbra reinante en el resto de la estancia no permitía apreciar la expresión de los rostros, pero sí los brillos de las miradas. Caro la tenía ya vidriosa. Cualquiera, en cambio, habría dado a Silvis por ciega. Porque gastaba unos ojos duros y apagados, de puro secos.

—Aunque ya no me queda mucho, todavía soy tu marido —farfulló el caudillo herido levantando hacia su mujer un dedo incontestable—. Escúchame bien —prosiguió— porque quiero que me obedezcas en todo lo que voy a decirte. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Hizo una pausa Caro para reunir energías y un poco de saliva.

—No vas a ser viuda ni media hora. Porque vas a casarte con Ambón en cuanto yo muera —dispuso, y elevó otra vez la mano para frenar un conato de protesta—. Él está de acuerdo. Lo dejamos todo hablado antes de la batalla, por si me ocurría una desgracia.

—¿Pe...pero Lorien?... —balbució aterrada la celtíbera, anteponiendo el bienestar del niño al suyo propio.

—No tienes nada que temer. Lorien pasará a ser su hijo adoptivo —decretó Caro sin inmutarse—. Tal vez no he sido el mejor marido —reflexionó con la mirada puesta en el vacío— pero, aunque no te lo creas, he pensado mucho en vosotros dos últimamente. Y, gracias a mis desvelos, disfrutaréis de un futuro envidiable. Sal ahora y ponte en primera fila bajo el estrado. Aplaude lo que diga Ambón y hazle algunos guiños con los que le demuestres tu consentimiento. Después, acércate a él durante la fiesta y ya sabes...

Tenía Silvis los puños apretados por una ira apenas contenible.

—¡Yo te maldigo, Caro de Sekaisa! —exclamó—. ¡Solo espero que los dioses te hagan pagar todo lo que nos has hecho en vida, e incluso después de la muerte! —Lanzó la joven una mirada fugaz a su espalda, como si esperase la ayuda o la intervención de alguien. Después abandonó la cueva entre sollozos.

Salió Leukon de las penumbras y avanzó tres pasos hasta ponerse a la altura de su primo. El crepitar de los leños en el fuego había ocultado el rechinar de sus dientes durante la conversación que ambos esposos habían mantenido.

—¿Cómo has podido ser tan cruel con Silvis y con Lorien? —mascullo iracundo—. Yo podía haberme hecho cargo de ellos. Yo... yo... —titubeó.

Manoteó Caro el aire viciado de la cueva con gesto desfalleciente. —Sí, ya sé que la deseabas en secreto. Hace tiempo que me di cuenta de eso. Pero no lo he hecho por castigarte —murmuró—. Aunque es verdad que no habría sido muy decoroso hacerle un hijo a tu cuñada nada más quedarse viuda —añadió más desabrido.

—Si no es para castigarnos..., entonces ¿por qué has tomado esa decisión?

Movió la cabeza el caudillo belo como si la pregunta de su primo le defraudara.

—Porque si ella continuara a tu lado tras mi muerte, Lorien sería un don nadie cuando le llegue la edad de ser jefe. Tú nunca podrás ofrecerles nada, excepto una existencia mediocre.

—¿Qué?

Habló Caro en el tono grave e inapelable de los agonizantes, y también con su mismo aliento pedregoso.

—Ambón ha repudiado ya a cuatro esposas porque no le daban descendencia, pero luego esas mujeres han procreado con otros hombres —explicó no sin fatiga—. Como no es tonto, sabe que es más estéril que una piedra. Por eso acogerá a Silvis y, sobre todo, a Lorien de buen grado. Dentro de unos años, mi hijo heredará tierras, una inmensa fortuna y, quizá, el último bastión libre de toda la Celtiberia. —Percibió Caro movimiento en la cueva—. ¿Qué pasa ahora? —preguntó al percatarse de que era la Sombra quien se acercaba.

—Vete abreviando o te quedarás con la palabra en la boca.

Se dio cuenta el moribundo de que, efectivamente, había empezado a percibir de color lechoso el techo de la cueva, cuando en realidad estaba tiznado de un hollín milenario. También le pareció vislumbrar los cuernos de Cernunnos en medio del humo de las marmitas. Así pues, retomó su discurso sin más demora.

—Tú eres joven y listo. Ya tendrás ocasión de casarte otra vez cuando quieras, pero no con Silvis. A ti te dejo mis armas legendarias. —Hizo una pausa inevitable un Caro ya exangüe pero, aun así, consciente del rictus huraño de su primo—. Trata de entender mi testamento, Leukon. Piensa que a nuestros padres no les habría gustado saber que acabamos reñidos por una tontería... Y para que sigan tranquilos en sus tumbas, voy a pedirte un último favor —resolló exhausto.

—¿Cuál? —inquirió con sequedad el contrebiense.

—Que lleves mis restos a la necrópolis familiar de Sekaisa cuando la ciudad vuelva a ser nuestra. No sé si puedo confiar en ti para esa tarea...

Aquella duda injusta sobre su bonhomía terminó por desquiciar a Leukon.

—¡Pues claro que puedes hacerlo! ¿Por quién me has tomado, maldito loco? —exclamó enfurecido, pero se arrepintió al instante. Porque el exabrupto se lo había lanzado a un muerto.

Había expirado Caro con ese aire plácido que envuelve a los grandes caudillos en su último suspiro, especialmente si han muerto tras una resonante victoria; habiendo dejado antes todos los cabos de su vida bien atados y las cosas en orden.

—¿Adónde crees que vas? —Una mano descarnada atrapó el brazo derecho de Leukon cuando el joven se disponía a desenvainar la espada.

—¡A impedir un atropello! ¿Es que no estás escuchando? —le espetó a la Sombra.

A través de la gruesa muralla de cantos rodados pasaba sin impedimento el clamor de la celebración por el triunfo sobre los romanos. Entonaban sus cantos los guerreros, los niños, las mujeres e incluso las que se sabían ya viudas. También la voz imperiosa de Ambón resonaba dentro de la cueva como una música atronadora y tétrica. Se entendían todas y cada una de las palabras de una improvisada perorata en la que el caudillo numantino se atribuía el éxito de la emboscada. Y, como daba por muerto a Caro, reclamaba sin rebozo el disfrute de todo lo que el líder belo había poseído en vida, pues así lo habían apalabrado ambos antes de partir hacia Nemeton. En el listado de bienes, Ambón incluía a su esposa Silvis, a su hijo Lorien y a sus guerreros de Sekaisa.

Pugró Leukon un par de veces por desasirse de la zarpa del brujo, pero no consiguió sacar su espada de la vaina ni media pulgada.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Subir a ese estrado y oponerte a la última voluntad de tu primo? —inquirió la Sombra y fingió después un aire de abstracción que le duró varios segundos—. Ah, claro..., ¡no había caído! —proclamó al fin, como si hubiera descubierto de repente la fórmula de una nueva pócima—. ¡Quieres matar a Ambón para que el testamento de tu primo quede sin efecto! ¡Qué idea tan brillante, sí! Asesinar al dueño de esta fortaleza a la vista de todo el mundo... provocar la división cuando aún hay ciudades celtíberas decidiendo si apoyarán o no nuestra causa... desatar una lucha

fratricida entre belos y arévacos en el interior de Numantia... —acompañaba la Sombra su aterrador silogismo con sesudas cabezadas—, hacer que todos nos matemos para entregarle finalmente al cónsul una ciudad desangrada e indefensa. Claro, es una postura muy inteligente la tuya —resumió agriamente el druida—. ¡Y todo porque has notado fiebre en la entrepierna! —añadió, liberando sin embargo el antebrazo del contrebiense.

—¡No se trata de ninguna calentura! —bramó Leukon, que a pesar de la cólera, había depuesto su actitud violenta—. ¡Es amor sincero lo que siento por Silvis! ¡Y por Lorien! ¡Sé que ellos dos también me aman! ¡Yo podría...!

—Oh sí, el amor... ¡Qué maravilla! —lo atajó la Sombra con suavidad sarcástica—. Se me olvidaba que estamos en medio de una guerra que, según parece, no nos va mal; pero ahora hay que echarlo todo a perder ¡para que un imbécil enamorado y una viuda con pájaros en la cabeza puedan retozar a sus anchas! —Hizo el brujo una larga pausa como si tan demoledoras razones requirieran de un cierto tiempo para calar en la sesera obtusa de su invitado; mas el silencio recalcitrante del contrebiense acabó por desatar la cólera del brujo—. ¡Maldita sea, Leukon, el amor no existe para un auténtico guerrero! —exclamó—, Además, Silvis y Lorien van a vivir como jamás pensaron. A partir de ahora no va a faltarles de nada. ¡Olvídate de ellos y actúa como el verdadero líder del pueblo belo! No podemos perder más tiempo dentro de esta cueva charlando de niñerías. ¿No oyes?

Habían cesado los cánticos y la música de los cuernos al otro lado de la muralla. En medio de una quietud tensa, Ambón volvió a exigir obediencia, esta vez de manera más coercitiva, a los guerreros de Sekaisa. Les reclamó el juramento debido en estos casos. Mas las paredes de la covacha solo transmitieron una oleada de incómodos murmullos, y no promesas. Una voz más pausada, pero no exenta de amenaza, se alzó sobre la oleada de bisbiseos para recordar a los disconformes su precaria situación dentro de la urbe, así como la voluntad de Caro. Era Hilerno el que intentaba remachar el clavo que a su hijo Ambón se le resistía.

El repentino golpetazo de una falcata sobre el umbo de un escudo dio comienzo al estruendo y al soniquete. En pocos segundos, el escándalo metálico y los gritos de miles de guerreros convirtieron la explanada del antemuro en un escenario más propio de una batalla que de una fiesta. «¡Leukon, Leukon, Leukon!», reclamaban quienes no estaban dispuestos a aceptar el caudillaje de Ambón bajo ningún concepto.

—¡Vamos! —exclamó la Sombra mientras trataba de arrastrar a un joven indeciso y pálido—. ¡Ese es tu pueblo, esos son tus hombres! ¡Ambón y su padre no se atreverán a ir más lejos si te ven aparecer ahora en medio de los vítores! ¡Hay que darse prisa! ¡Es el momento! —le urgió.

Se movía Leukon con lentitud exasperante, igual que una mula terca acicateada por un amo demasiado exigente.

—Pe... pero ¿qué le diré a Silvis cuando me la encuentre? —titubeó antes de salir a la calle, enajenado por el fragor de su propia sangre dentro de la cabeza.

Dos resplandores iluminaron el interior de la caperuza de la Sombra, y una buena parte de la cueva. Parpadeó Leukon sobresaltado, pues le pareció divisar dos luciérnagas de fuego asomadas a las cuencas vacías de una calavera seca.

—¿Todavía estás con eso? ¿Cómo puedes ser tan egoísta? —le espetó colérico el brujo—. ¿Vas a anteponer tu felicidad personal al porvenir de todo un pueblo? ¡Lo que buscamos es la alianza con los arévacos, no el sometimiento a ellos! ¡Y tú eres el destinado a lograrlo!

—Tal... tal vez Ambón no sea un mal líder después de todo... —balbució un Leukon extraviado en el laberinto espinoso de sus sentimientos.

—¡Ese pelirrojo sería un caudillo único nefasto! ¡La Celtiberia te necesita a ti, para que ejerzas como un contrapeso de poder necesario! ¡Deja que Ambón se quede con la mujer de Caro, si se le antoja; y con el niño! ¡Tus metas son distintas, y mucho más elevadas!

Había conseguido el brujo empujar al contrebiense hasta el callejón que conducía a la campa exterior de Numantia a través de

una pequeña poterna.

—¿Có... cómo lo sabes? —inquirió Leukon, deteniéndose de nuevo.

—¡Por el oráculo!

—¿El oráculo te ha dicho eso?

—Sí, y otras cosas que sabrás a su debido momento.

XXXI

Senado de Roma

Dos días después de los idus de septiembre

—¿Cuántos muertos has dicho? —preguntó Acilio Glabrión, interrumpiendo el relato atropellado de Insteyo.

Acababa de presentarse el tribuno en la Curia Hostilia, en medio de una inusual sesión vespertina. Lucía los ojos espantados y las ropas cubiertas de polvo tras recorrer a uña de caballo la vía que unía el puerto de Ostia Antica con la ciudad de Roma. Lo inesperado de su llegada no impidió que el joven oficial recibiera atención inmediata por parte del segundo cónsul.

«Habla», lo apremió Tito Annio Lusco, intrigado porque su colega quisiese dar nuevas noticias de su campaña en Hispania después de haber remitido una carta pocas fechas antes.

Inició su intervención Insteyo contando de forma precipitada el desplazamiento del ejército consular hasta la capital de los belos y la destrucción de su famosa muralla. Obvió en un principio la emboscada de los jinetes nertobriguenses y describió con voz entrecortada la catástrofe de Nemeton. Deseaba abreviar en todo lo posible aquella comparecencia y marcharse a su casa cuanto antes. Para superar allí, en la intimidad de la *domus* familiar, los traumas vividos en un matadero llamado Celtiberia. Para olvidarlo todo, a los compañeros despedazados por las hachas junto al Hiberus, a los despanzurrados entre los árboles e incluso a los que habían quedado a merced del enemigo debido a los desvaríos de un cónsul loco. Desgraciadamente para él, algunos magistrados no estaban dispuestos a pasar por alto ningún detalle.

—Mi compañero te ha preguntado por el número de bajas sufridas en ese bosque —demandó Claudio Marcelo, a quien también se le

había escapado la cifra.

Tardó demasiado en responder el compareciente, y por eso el silencio se hizo más intenso y ensordecedor.

—Nueve mil —musitó al fin Insteyo, incapaz de mantener la cabeza alta.

El asombro por la masacre hizo tambalear la Curia Hostilia hasta sus cimientos. Se miraron despavoridos los senadores más bisoños. Pero también los que habían ostentado cargos con *imperium* en alguna provincia; pues jamás nadie, excepto Graco, había perdido tantos soldados de un solo golpe.

—¿Pero cuántos de los nuestros? —solicitó de inmediato Escipión Nassica Córculo, como si en la báscula de la muerte los cadáveres iberos pesaran menos que los romanos.

—Unos tres mil.

Un rumor de consternación estranguló esta vez a los senadores. Dejó sin palabras a todos menos a uno.

—¿Y oficiales? ¿Han muerto oficiales en ese ataque que dices? —Se había puesto Catón en pie de un salto, las arrugas de su rostro convertidas en profundas grietas donde moraba el miedo a la pérdida trágica de un vástago.

Emitió Insteyo un largo suspiro.

—Ya habían muerto antes —murmuró mirando al suelo.

—¿Antes? ¿Cuándo? ¡Explícate!

Continuó Insteyo con el gesto abatido mientras explicaba a grandes trazos el percance.

—Caímos en una trampa a orillas del Hiberus. Murieron trescientos legionarios y cinco oficiales. Yo era el único tribuno vivo cuando alcanzamos Segeda.

—Y Cayo... ¿vive o está muerto? —inquirió un desasosegado *princeps senatus*.

La familiaridad desconcertó levemente a Insteyo.

—¿Te refieres a Biesio?

—¡Sí!

—El legado sobrevivió a la primera emboscada y también a la encerrona de Nemeton. Pero, de esto último, ya hace dos semanas.

Así que cualquiera sabe... —respondió el oficial con una mueca de desaliento.

Estaba Insteyo mezclando debacles y muertos con demasiada ligereza, sin conceder tiempo a los presentes para asimilar las tragedias. Tanta sangre romana vertida sobre la tierra indómita de Celtiberia había empezado a sobrecoger incluso a los senadores más curtidos en los avatares de la guerra. Claudio Marcelo era uno de los pocos que parecían mantener la frialdad de juicios en la sala.

—¡Vamos por partes! —tronó, en un intento por ordenar temporalmente las calamidades y sus consecuencias—. Así pues, afirmas que un ejército celtíbero os atacó antes de conquistar Segeda... —dijo, y se puso a esperar la confirmación de unos hechos aparentemente luctuosos.

Frunció los labios Insteyo mientras pensaba en cómo resumir el desastre en pocas palabras.

—En realidad fueron solo doscientos jinetes provenientes de Nertóbriga los que nos sorprendieron celebrando la *lustratio*. Todo ocurrió muy rápido. Apenas nos dieron tiempo a organizarnos.

—¡Pero al menos los mataríais a todos! —terció, vehemente, Marco Cornelio Cetego, cónsul siete años antes.

—Lo cierto es que solo pudimos derribar a unos pocos. —La aclaración de Insteyo desató un nuevo revuelo en los bancos.

—¡Sabía que el cónsul nos ocultaba cosas en su carta! —prorrumpió Catón, temblando de rabia—. ¡Debió habernos informado de este grave incidente, porque ya había ocurrido cuando envió el pergamino!

Escipión Nassica Córculo era, al igual que Quinto Fulvio Nobilior, un miembro destacado de la facción *optimata* del Senado. Tal vez por eso, se sintió obligado a defender a su compañero de filas. Y lo hizo aludiendo a la meritoria conquista de Segeda.

—Pero luego Nobilior se vengó ampliamente de sus agresores en la toma de la ciudad. Es de suponer que acabaría con muchos guerreros celtíberos en el asalto a la urbe... Es decir, cumplió con la misión de castigo y escarmiento que le encomendamos. Y no creo que nos mintiera en eso... —sostuvo sin dejar de mirar al mensajero.

—Segeda ha quedado destruida, eso es cierto. Pero no hubo necesidad de batalla. Los belos ya se habían marchado cuando llegamos. Lo único que hicimos fue asistir al suicidio valeroso de una docena de viejos y cincuenta tullidos que apenas podían moverse. — La confesión monocorde de Insteyo se elevó sobre las cabezas de los senadores como una nube negra, estalló contra la bóveda de la Curia Hostilia y descendió convertida en una lluvia de silencio. Solo Claudio Marcelo se atrevió a pronunciar algunas palabras en su afán por conocer y ordenar todos los acontecimientos.

—Y después ocurrió lo del bosque, claro... —murmuró.

Asintió entristecido el tribuno superviviente.

—Sí.

—Y ese ataque del que has venido a darnos cuenta... ¿cuándo se produjo exactamente? —quiso saber Escipión Nassica.

—El día de la Vulcanalia.

La cercanía de la tragedia arrancó una oleada de exclamaciones y hasta de aspavientos entre los magistrados.

—Si esa desgracia es cierta... —reflexionó entonces Publio Cornelio Escipión Emiliano en voz alta—, ipropongo declarar la festividad de la Vulcanalia como un día inhábil para el combate de aquí en adelante! ¡Para que a ningún general romano se le ocurra jamás entablar batalla en esa fecha!

—¡Vaya estupidez! —exclamó Catón, despectivo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque muchas veces es el enemigo el que elige por ti el momento de la pelea —replicó el *princeps senatus* sin esconder su animadversión por el joven senador *optimatus* y toda su familia adoptiva.

Ciertamente, no era Escipión Emiliano de los que más habían guerreado entre los presentes, pero algo le había enseñado su difunto padre sobre enemigos, muertos y campañas aciagas. Y, además, por nada del mundo deseaba que la voz de Catón quedara una vez más por encima de la suya. Por eso añadió:

—En cualquier caso, estaréis todos de acuerdo en que debemos reconocerle a Nobilior la honradez y la hombría de comunicarnos el

revés sufrido a la mayor brevedad posible por medio de uno de sus tribunos...

Sintió Insteyo una aguda punzada en el pecho al escuchar los inmerecidos halagos hacia el que había sido su superior hasta escasos días antes. Creyó oportuno matizar los hechos; y ser fiel a quien, posiblemente, le había salvado la vida.

—No es Nobilior quien me envía —asentó en un tono extrañamente firme.

—¿Quién entonces? —Desdibujó Escipión Emiliano su perfil griego con una mueca de asombro.

—El legado Biesio.

Lo inusual del procedimiento provocó un runrún de sorpresa en las bancadas. Ningún legado en su sano juicio habría jamás ignorado a un cónsul plenipotenciario de manera tan insolente.

—¡Estás mintiéndonos! ¡Nada de lo que has dicho hasta ahora concuerda con la carta remitida por Nobilior! —aulló entonces Escipión Nassica Córculo—. ¡Lo que a mí me parece —señaló con dedo acusador a Insteyo— es que, por alguna razón que desconocemos, ese Biesio y tú os habéis confabulado para hacer caer al cónsul o, cuando menos, perjudicarle todo lo posible!

Era consciente Servio Insteyo de su acto de cobardía en Nemeton y de su incapacidad para seguir ejerciendo como oficial romano; pero no se consideraba un mentiroso. De ahí que enrojeciera al escuchar las acusaciones.

—¡Nobilior es quien lo está falseando todo con tal de conseguir un triunfo a su vuelta a Roma! ¡Es lo único que le importa! —gritó con la cara encendida—. ¡Por eso no desea que se conozcan los desastres a los que nos ha abocado desde el primer día! ¡Ya salimos de Tarraco demasiado tarde debido a su incompetencia! —rememoró—. ¡El retraso resultó crucial para que los habitantes de Segeda tuvieran tiempo de sobra para escapar a Numantia! ¡Seguro que Nobilior omitió esa información en su carta, igual que nuestras primeras bajas a orillas del Hiberus! En cuanto a la debacle de Nemeton... ¡nunca habría ocurrido si el cónsul hubiese hecho caso a las advertencias de su legado! —explotó finalmente el tribuno.

—¡Orden! —exigió Claudio Marcelo a una cámara convertida en gallinero—. ¿Acabas de decir que Numantia dio refugio a los belos de Segeda? —preguntó, el gesto fruncido en una mueca de asombro.

—Así es.

Había conseguido Marcelo restaurar la atención y el silencio con solo mencionar el nombre de la ciudad más temible y temida de Hispania.

—¿Y vuestro desplazamiento a través de ese bosque está relacionado con esa aparente alianza que Segeda y Numantia parecen haber formado? —insistió.

—Yo no lo sé. Nobilior no dijo nada a ese respecto el día que abandonamos el campamento de Segeda —admitió Insteyo—, pero Biesio me dijo que el cónsul estaba pensando en atacar la capital arévaca.

—¿Y cómo diablos lo sabía él? —intervino Escipión Nassica iracundo—. ¡Apuesto a que se lo inventó para arrastrarte a su bando!

Aquella sospecha de partidismo catapultó a Catón de su escaño.

—¡Cayo... quiero decir el legado Biesio no figura en ningún bando! —defendió a voz en grito—. ¡Tan solo es un militar modélico que pretende informar a este Senado de todo lo que Nobilior nos esconde! Y, si es posible, evitar males mayores de los que ya han sucedido. Yo conozco ese bosque —continuó tras una pausa, consciente de que trescientos pares de ojos lo observaban atentamente—, porque lo rodeé hace cuarenta años. Puedo aseguraros, sin temor a equivocarme, que si alguien se aventura a cruzarlo a escondidas es porque pretende lanzar un ataque por sorpresa a la ciudad de Numantia.

Trató Acilio Glabrión de serenar a su amigo.

—Bueno, seguro que ahora desiste. Con nueve mil hombres menos... —sostuvo—. Además, ya no son fechas para permanecer ni una semana más en el corazón de la Celtiberia. Pronto hará mucho frío dentro de los contubernios. El suelo del campamento se llenará de barro con las primeras heladas y...

Carraspeó Claudio Marcelo con gran aparato, y su tos pareció el rugido cavernoso del Minotauro. Estaba el veterano senador molesto con las trifulcas personales, los comentarios improcedentes y las interrupciones.

—Si no os importa, seré yo quien dirija el interrogatorio con el fin de no desviarnos de lo que verdaderamente interesa —sugirió mientras adoptaba un aire cavilante—. Lo que me gustaría saber... —comenzó, mirando de hito en hito al compareciente— es cómo Biesio y tú conseguisteis que Nobilior no se enterara de tu viaje a Roma. Dicho de otra forma: ¿dónde cree el cónsul que estás ahora?

Tragó saliva Insteyo al atisbar ante sí la senda pantanosa por la que Claudio Marcelo iba a empujarlo con sus preguntas.

—Nobilior cree que estoy muerto —afirmó con un hilo de voz.

—¿Muerto? ¿Cómo es eso?

Hundió la mirada Insteyo en las baldosas del suelo y se mantuvo en silencio unos segundos. Parecía abismado en el recuerdo; pero, en realidad, estaba tratando de ganar tiempo. Para encontrar la manera de ceñirse todo lo posible a la realidad de lo ocurrido sin tener que confesar la vergüenza de su comportamiento.

—Fue en la última emboscada, la de Nemeton —murmuró—. Los celtíberos nos golpearon en varios puntos de la formación. El peor ataque se produjo en la retaguardia. El legado me envió allí con órdenes para la caballería. Al final coincidimos los dos en medio del bosque. Era noche cerrada. Estábamos solos, rodeados de una montaña de cadáveres. Nobilior ya había logrado escapar protegido por nuestras mejores tropas. Fue entonces cuando a Biesio se le ocurrió la idea de incluirme en la lista de muertos, para poder enviarme hasta Tarraco sin levantar las sospechas del cónsul.

Consiguió Marcelo formular su siguiente pregunta sin ser interrumpido, pero tuvo que alzar su voz para hacerse oír entre las murmuraciones.

—¿Y tú estuviste de acuerdo con la estratagema? —dijo, lanzando una ojeada incisiva al tribuno.

—Sí. Ambos sabíamos que Nobilior se negaría a dar cuenta de la derrota y continuaría adelante con sus planes. Pensamos que era

nuestro deber alertar al Senado sobre el peligro de alargar demasiado la campaña.

La respuesta tajante de Insteyo, a pesar de no ser enteramente cierta, pareció auténtica; y mereció un asentimiento grave por parte de Claudio Marcelo.

—Por lo que has dicho... —continuó—, o más bien por lo que no has contado, entendemos que los refuerzos prometidos por el rey Masinisa jamás os llegaron...

—Así es —ratificó el tribuno.

Giraron cientos de cabezas hacia Tito Annio Lusco, el segundo cónsul, el hombre que había leído ante Senado la carta del monarca africano.

—No le encuentro ninguna explicación lógica —titubeó el magistrado, como si él tuviera la culpa del retraso—. Se trata de tropas de caballería. Esos jinetes númeradas deberían haber contactado con Nobilior hace semanas, antes incluso de que llegara a Segeda...

—Ya no vendrán —pronosticó, sombrío, Acilio Glabrión—. Propongo elevar una queja por escrito al rey africano ahora mismo. No se pueden incumplir los tratados con Roma.

—La carta de Masinisa era algo confusa —recordó Escipión Násica—. Hablaba de jinetes y otro tipo de ayuda que no especificó. Tal vez se refiriera a tropas de infantería y de ahí la lentitud en su desplazamiento... En cualquier caso, están tardando mucho, por lo que no me opondré a la queja.

A Catón, la queja a Masinisa le importaba lo mismo que un montón de plastones de vaca secándose al sol del verano. Era el barrunto funesto por la más que probable pérdida de un hijo lo que le inquietaba.

—¿Y qué importan ya esos malditos refuerzos? —exclamó descompuesto—. ¿Qué diferencia supondrían trescientos jinetes númerados y mil infantes armados con una simple lanza en un ejército tan mermado? ¡Lo que debemos hacer es ordenar a Nobilior el repliegue a los cuarteles de Tarraco de inmediato!

—Eso también es cierto —coincidió Glabrión—. Pero no es óbice para que Masinisa nos aclare lo ocurrido. No obstante..., el objetivo

de la campaña se ha cumplido, más o menos, a pesar de las graves pérdidas. Segeda ha sido destruida y nuestra rápida respuesta al incumplimiento de los Pactos de Graco dará que pensar a los celtíberos en lo sucesivo. Como ha dicho Catón, ya es tiempo de que nuestras tropas vuelvan a territorio seguro.

Se alzó Escipión Nassica Córculo entre los rumores que daban la razón a los dos veteranos senadores. No se expresó con acritud, a pesar de que todos esperaban el exabrupto por parte del líder *optimate*.

—No me opondré a la iniciativa, si así lo considera la mayoría —dijo—. Pero mucho me temo que no servirá de nada. Todos los que aquí nos sentamos sabemos que un cónsul tiene potestad para tomar sus propias decisiones y llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Si Nobilior tiene en mente prolongar su estancia en Celtiberia, lo hará; digamos lo que digamos.

—Tal vez no, si el mensaje le llega por escrito, con el sello del Senado y de mano de este hombre. Entonces quizá se tome la recomendación mucho más en serio —propuso Marcelo, señalando a Insteyo.

—¿Yo? —Se incrustó el tribuno el índice en el pectoral de la coraza con tanta fuerza que estuvo a punto de partirse el dedo—. ¿Regresar a Hispania?

—Pues claro.

—¡Pe... pero Biesio me dijo que...! —vaciló.

—¿El legado te prometió algo a cambio de venir aquí? —inquirió Escipión Nassica ante los balbuceos del interrogado.

—Que podría volver a casa después de esta comparecencia —murmuró Insteyo con un hilo de voz.

—Pues ese Biesio, del que por cierto no sabemos mucho —continuó Escipión—, te engañó como a un incauto. Ningún legado tiene atribuciones para licenciar a nadie, y menos a un tribuno.

Había dejado Servio Insteyo de mirar a las gradas, como si el peso de sus pensamientos le resultara insoportable.

—Nobilior me cree muerto —musitó—. Me torturará para conocer la verdad sobre mi ausencia. Mi confesión dejará expuesto a Biesio

—añadió, como si conociera su nula resistencia al dolor—. Luego nos ejecutará a ambos.

—¡El chico tiene razón! —intervino Catón atropelladamente—. Será mejor que enviemos a algún funcionario de Tarraco con el requerimiento de repliegue, como si no supiéramos nada, como si...

—El pergamino lo llevará el tribuno Insteyo porque aún le quedan más de tres meses de servicio a Roma. Es lo reglamentario —decretó tajante Claudio Marcelo—. El tribuno partirá mañana en el mismo barco que lo trajo de Hispania. En cinco o seis días estará en Tarraco. De allí regresará a Celtiberia acompañado de una turma de caballería. Nobilior no se atreverá a tocarles un pelo de la ropa, ni a él ni a Biesio, porque nuestra misiva incluirá también la exigencia de no tomar represalias contra los que lo han denunciado. El desacato podría acarrearle la muerte a su vuelta a Roma. Así lo haremos constar en el rollo que vamos a darle —zanjó, como si Tito Annio Lusco fuera una figura decorativa y no el auténtico rector de aquella cámara.

A Catón, la intervención de su amigo se le antojó bastante cándida; pero ya no dijo nada. Permaneció en su escaño con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza baja; imaginando la negra suerte que esperaba a su vástago ilegítimo. Porque Nobilior no haría caso de nada ni de nadie hasta alcanzar el éxito o la catástrofe del mayor ejército jamás enviado a Hispania.

La voz de Acilio Glabrión, que se había quedado sentado junto a él mientras las bancadas se vaciaban de senadores, lo sacó de una nebulosa de sombrías elucubraciones.

—Por ahí viene tu hijo Liciniano y trae muy mala cara... —le dijo.

—Ya. —No se molestó Catón en volver la cabeza—. Es que ayer se enteró del nacimiento de Saloniano y querrá echármelo en cara.

—¿Se lo dijiste tú en persona?

—¡Yo no! —Catón dio un respingo como si hubiera esquivado una lanza—. Le mandé a un esclavo con la noticia escrita en un pergamino. Ya sabes que temo bastante su primera reacción —murmuró.

Se levantó Glabrión de su banco con intención de marcharse. No deseaba presenciar la enésima diatriba entre padre e hijo.

—¿Y si alguna vez se entera de que Biesio también lleva tu sangre? —preguntó.

—Ese día habrá un muerto en la familia.

XXXII

Había viajado Insteyo a Italia a bordo de un mercante griego. Volvió a tomar el Aeolus en Ostia Antica un día después de su comparecencia en el Senado, aprovechando el retorno de la nave helena a Tarraco con las bodegas llenas de finísimas cerámicas, vidrio, especias y sedas de Oriente. Pero lo cierto es que nadie vio al tribuno en cubierta tras el embarque. La circunstancia no inquietó, sin embargo, a Casiodoro, el patrón del barco, pues algunas veces los pasajeros, civiles o militares, que transportaba en el camarote de popa preferían no mezclarse con la chusma marinera que él contrataba. Solo al rayar el alba del sexto día, cuando los muelles de Tarraco estaban a apenas dos millas de distancia, decidió aporrear la puerta del cuartucho con el fin de advertir a su ocupante de la inminencia del ataque. La abrió al no recibir respuesta, para encontrarse con un cuerpo rígido y bamboleante colgado de una viga por su propio *cingulum*.

Dio aviso Casiodoro a Vegecio, el dueño romano de las mercancías, y mantuvo con él un rápido cónclave. Solo ellos conocían la identidad del ilustre pasajero, aunque no el cometido de su embajada.

—¿Qué hacemos? —le preguntó.

Torció el gesto Vegecio, sabedor de los problemas derivados de las investigaciones portuarias: durante varios días los magistrados de la urbe interrogarían a toda la tripulación y también a ellos, impedirían el desembarco de las mercancías hasta no clarificar la muerte, retendrían el barco en el puerto *sine die* y tampoco eran descartables otras consecuencias nefastas.

—Echarlo al agua con un buen lastre, ahora que aún no pueden vernos desde tierra —resolvió el comerciante—. Nadie en Tarraco sabe que este tribuno venía con nosotros.

—Ya, pero en algún momento lo echarán en falta. Aquí o en Roma.

—¡A saber dónde estaremos tú y yo entonces! —replicó Vegecio tras cortar con su daga el *cingulum* del suicida—. Y si un día recalamos otra vez en este puerto y nos preguntan por él —añadió tras el ruidoso desplome—, diremos que lo vimos desembarcar por su propio pie y perderse en las callejuelas. Todo el mundo sabe que la escoria que habita esos barrios no respeta ni siquiera a los más altos oficiales del ejército.

—¿Y si el mensaje que portaba era importante? —insistió Casiodoro, señalando hacia los restos de un pergamino del que las ratas solo habían respetado el alambre que lo mantenía enrollado.

Se encogió de hombros Vegecio.

—Los muertos tienen una cosa muy buena, y es que no hablan —zanjó con indiferencia—. Para nuestro negocio, tanto da si este tribuno traía buenas o malas noticias para alguien.

Aquella fue también la mañana en la que Quinto Fulvio Nobilior salió de su interminable catalepsia. Recibió Biesio la orden de presentarse ante el cónsul cuando ya pensaba que en su tienda moraba un fantasma. No se había aburrido el legado, sin embargo, en todo aquel tiempo pues, bajo su dirección y utilizando los muchos recursos del bosque contiguo, los soldados habían levantado un sólido campamento con ocho torres y un foso que parecía una sima.

Olía a aire gastado y podredumbre dentro de un *praetorium* repleto de restos de comida y recuerdos de pesadilla.

—Criso acaba de decirme que, al final, solo perdimos tres mil hombres en la emboscada... —repuso un Nobilior ojeroso, desaliñado, vestido aún con las mismas ropas que durante la masacre.

Con un gesto de asco, Biesio desestimó el ofrecimiento del cónsul para sentarse.

—Criso no debe saber contar, porque las bajas fueron el triple de lo que te ha dicho —gruñó.

Agitó Nobilior la mano con ademán cansino.

—Bueno, sí, tú ya me entiendes...

—No es buena idea menospreciar la función de los auxiliares — insistió Biesio—. Son, al fin y al cabo, las primeras tropas que siempre enviamos al combate con el fin de tentar las fuerzas del enemigo. Tan solo por eso son valiosos.

Asintió Nobilior con la mirada puesta en los desperdicios acumulados sobre su escritorio.

—¿Qué falló, según tu criterio? —preguntó con voz monótona.

—¿Además de cruzar un bosque en el que jamás debimos haber penetrado?

—Sí.

Tomó asiento finalmente Biesio, pero sin acercarse mucho a la mesa.

—Debiste haberme confesado tus planes en Segeda. Entonces te habría quitado la idea de la cabeza. O te hubiese proporcionado otros objetivos más factibles. Lo que ahora importa es...

Elevó Nobilior una mano como si la reprimenda de su legado ya fuera suficiente.

—Según me ha contado Criso, estos días habéis logrado recuperar la mayor parte del grano derramado en el bosque... —arguyó.

—Así es. Nos vendrá bien para el camino de regreso.

—También me ha dicho que nuestros caídos están ya bajo tierra... —continuó Nobilior como si no hubiese escuchado el comentario.

—Sí. El hedor de la brisa proviene de los cadáveres celtíberos. Ellos no suelen recoger a sus guerreros muertos en combate —explicó Biesio—. ¿Has decidido ya cuándo emprender la vuelta a Tarraco?

Irguió la cabeza el cónsul lentamente para encarar a su invitado.

—No puedo volver con las manos vacías y tres mil legionarios menos —murmuró, la mirada súbitamente acerada, las manos agarrotadas sobre la mesa mugrienta—. Para eso te he llamado.

El asombro hizo parpadear a Biesio varias veces. Había entrado con pie firme en la tienda del cónsul pero notó, no sin espanto, que le temblaban las piernas. No era por miedo a la batalla o a una muerte más o menos cercana, sino debido a la imposibilidad de entenderse con un demente.

—¡Estamos casi en octubre! —exclamó—. ¡Es una locura iniciar el asedio de Numantia a estas alturas del año!

Estalló sobre las tablas de la mesa el puño de Nobilior.

—¡Una ovación no me basta! —prorrumpió, puesto en pie—. ¡Necesito un triunfo a mi vuelta a Roma! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? ¡Sigo disponiendo de un ejército suficientemente numeroso para lograr grandes hazañas! ¡Me quedaré aquí hasta que haga falta!

—¡Es necesario abandonar la Celtiberia antes de que el tiempo cambie! ¡Has perdido nueve mil soldados en combate, pero los matarás a todos si decides pasar el invierno en estos territorios! —le contradijo Biesio, levantándose de un salto.

Estaban los dos militares romanos enfrentados, respirado cada uno el aliento agitado del otro, cuando la cabeza grisácea de Criso surgió entre las rendijas de la tela.

—Jinetes —informó el antiguo prefecto, y se quedó contemplando la escena, intrigado.

—¿Enemigos? —preguntaron Nobilior y Biesio al unísono.

—Son los númeridas.

Alcanzaron los tres militares la *porta praetoria* a la carrera, aunque fue el cónsul el primero en salir para recibir a los recién llegados. Se dio de bruces con un hombre magro, abetunado, ataviado con espinilleras de bronce, un casco cónico y una vistosa piel de leopardo sobre los hombros. Afirmó llamarse Beri el jefe de aquellas tropas de caballería. Después explicó, en perfecta lengua romana, su largo deambular desde Gades hasta dar con el ejército consular en el sitio más insospechado. Y eso a pesar de los guías locales.

—¿Cuántos jinetes traes? —le espetó Nobilior con desesperada vehemencia.

—Trescientos —sostuvo Beri sin inmutarse.

—¿Y soldados de infantería?

—De eso, nada —respondió tan tranquilo el númerida mientras oteaba el extremo más alejado de la campa—. Ordena a tus legionarios que se retiren de las torres y también del *agger* de esta zona —añadió esbozando una enigmática sonrisa.

—¿Por qué? —se extrañó Nobilior.

Diez moles de carne gris y larguísimos colmillos blancos irrumpieron en el claro del bosque entre dos encinas gigantescas. Las copas de aquellos árboles, sin embargo, apenas les rozaban las orejas.

—No quiero que mis animales se enfurezcan y tomen decisiones erróneas —respondió Beri—. Están adiestrados para derrumbar empalizadas y pisotear enemigos.

Contempló Nobilior, boquiabierto, a unas bestias que en su lento acercamiento iban reduciendo los árboles diseminados por el claro a la categoría de arbustos, y a los presentes en la *porta praetoria* a la condición de hormigas.

—¡Por todos los dioses! —exclamó—. ¿Y estos elefantes tuyos pueden también derribar murallas? —preguntó al cabo.

Emitió Beri una carcajada ruidosa.

—¿Que si pueden...? —exclamó, y se volvió para impartir órdenes.

—¿Qué les has dicho? —quiso saber Nobilior, incapaz de entender ni una sola palabra de la jerga africana.

—Que los vistan de guerra.

Habían traído los nómadas una docena de carromatos enormes, tapados con lonas. De los dos primeros extrajeron unos gruesos lorigones de anillas con los que cubrieron los lomos de los elefantes. A Nobilior, la protección se le antojó perfecta contra los lanzazos y tajos de las armas enemigas, pero quizá insuficiente para otras agresiones.

—¿Y las flechas? —inquirió, sabedor de que una cota de malla no supone impedimento para la punta de un dardo.

Volvió a carcajearse el nómada ante el patético desconocimiento del romano.

—¿Te retirarías tú de una batalla porque te ha picado un mosquito?

—No, claro.

—Pues eso es lo que un dardo supone para un elefante. Y aún te queda por ver lo mejor —repuso Beri, e impartió más instrucciones en su intrincada lengua.

Se arrodillaron los diez gigantes al unísono tras una voz de mando y pareció que temblaba el suelo de toda la Celtiberia. Humillaron la cabeza, obedientes, los colosos para permitir que varios asistentes les fijaran una máscara de acero sobre la frente. Buena parte de la trompa e incluso las orejas quedaban a resguardo de un artilugio que aparecía rematado por un grueso cuerno del mismo material. No quedó ahí la preparación para la batalla de los paquidermos, pues una amplia plataforma cuadrangular les fue colocada sobre la espalda, sujeta alrededor de la barriga con varias cinchas. La atalaya móvil estaba diseñada para cobijar al conductor de la bestia y a cuatro o cinco hombres armados con arcos y lanzas.

—¿Son macizos esos muros que quieres echar abajo? —le preguntó Beri a un asombrado Nobilior.

—No. Las murallas de Numantia se componen de dos estrechos lienzos rellenos de cantos rodados —replicó el cónsul cuando logró digerir el estupor producido por la transformación de los paquidermos en tortugas arietarias y, a la vez, en torres de asalto.

Volvió a exhibir el nómada aquella expresión de suficiencia.

—Será muy fácil entonces —dijo—. Porque mis animales solo necesitarán dos envites para destruirlas. Con el primero abrirán tal agujero que el relleno se derramará por el boquete como si fuera agua. El segundo golpe permitirá el paso de una centuria entera. Y así en diez sitios distintos.

Una aureola celeste envolvió a Nobilior por completo. Fue como si una luz cegadora y a la vez infalible le señalara el camino que tanto tiempo llevaba buscando.

—¡Partiremos mañana entonces, y atacaremos pasado! —dispuso eufórico, ajeno al súbito estremecimiento de su legado.

—¡Eso es imposible! —se opuso Biesio.

Se volvió Nobilior como si le hubieran acuchillado por la espalda.

—¿Por qué?

Llevaba Biesio haciendo cálculos casi un minuto, exactamente desde que vio renacer la codicia de la conquista en los ojos del cónsul. Hacía casi tres semanas que Insteyo había partido de Nemeton con rumbo a Tarraco, y después a Roma. Si las cosas no se habían torcido, en los próximos días el Senado debería dar señales

de vida. Confiaba Biesio en la contundencia de la respuesta. Esperaba que la misiva hiciera recapacitar a Nobilior y le urgiera a dar por cerrada su interminable campaña. Por eso era menester ganar tiempo a toda costa.

—Porque un avance de la infantería por detrás de los elefantes no es algo que pueda improvisarse. Hay que practicar mucho antes —asentó como si en verdad entendiera de ataques con paquidermos—. Además, tenemos más de doscientos heridos que aún no pueden valerse, pero podrían ser capaces de manejar la espada dentro de quince o veinte días.

—¿Heridos? —Enarcó Beri una ceja fina en un gesto de sorpresa que le borró también la sonrisa.

—Bueno... tuvimos un encontronazo con el enemigo hace unas semanas. Ese olor a carroña que viene del bosque es por sus muchos muertos. De ahí que hayan corrido a refugiarse en Numantia. Obviamente, alguno de los nuestros recibió una lanzada o un flechazo en la refriega. Nada importante —sostuvo Nobilior mientras arrastraba del brazo al africano para contemplar más de cerca el poderío de los elefantes.

Asistió Biesio al alejamiento del romano y el nómada sin saber todavía si el cónsul haría caso de su consejo. Después quiso regresar al interior del campamento, pero Criso le cortó el paso.

—A mí no me engañas —le dijo.

—¿En qué?

Mantén el veterano militar las pupilas ocultas detrás de unos párpados suspicaces.

—Me he dado cuenta de que tienes un claro interés por demorar ese ataque a Numantia, pero no entiendo el motivo.

Sostuvo Biesio la mirada penetrante del tribuno.

—¿No crees que ya hemos perdido suficientes hombres?

—Hasta una mala campaña tiene sus ventajas —replicó Criso esbozando una sonrisa de hiena—. Estoy a punto de alcanzar la edad del retiro y, de no haber muerto tantos oficiales por el camino, lo habría hecho como prefecto. Pero voy a llegar como tribuno militar. Como sabes, hay una diferencia apreciable en la paga. Con un poco de suerte —añadió—, y si tú no metes más palos en las

ruedas del carro, los n midas nos har n el trabajo sucio con sus elefantes. No nos har  falta asaltar esas malditas murallas. Bastar  con rematar la faena en el interior de la fortaleza y apoderarnos de los tesoros de los ar vacos. Volveremos ricos a casa.

—Dudo de que haya muchas cosas de valor dentro de ese *oppidum* —objet  Biesio con sequedad—. Adem s, te aseguro que una batalla intramuros no ser  algo sencillo para nosotros. Dicen que Numantia es un laberinto de dif cil manejo para for neos.

— Dicen?

El rictus de mofa del veterano militar irrit  al legado.

—S , dicen.  O acaso conoces a alg n romano que haya estado dentro y vivido despu s para contarlo?

—Tal vez seamos t  y yo los primeros —rio Criso.

XXXIII

Llegó a tiempo Leukon de hacerse cargo de los guerreros de Sekaisa tras el fallecimiento de su primo. Curiosamente, los vítores fueron secundados por buena parte de los numantinos. Aquella admiración desatada entre los arévacos lo alentó a arrancar de su caudillo el compromiso de alojar a todos los ciudadanos belos dentro de la fortaleza, y no en la incómoda explanada delimitada por la muralla principal y su antemuro.

A la mañana siguiente de la muerte de Caro se llevaron a cabo sus exequias. Leukon decidió quemar a su primo con el fin de facilitar el posterior traslado de los restos a la necrópolis familiar de Sekaisa. Una urna con unas pocas cenizas, se le ocurrió, sería suficiente para garantizar el recuerdo y la veneración del líder, si es que la ciudad volvía un día a reconstruirse.

En la misma ceremonia, Ambón aprovechó para desposar a la viuda del fallecido. Después, durante más de una semana, Numantia pareció dormida, desentendida de la guerra y sus acechanzas; tales fueron las celebraciones de sus moradores por el nuevo casamiento de su caudillo y el jolgorio tras la aplastante victoria sobre los romanos.

Desde la ya lejana batalla del Mons Caunus, jamás una coalición celtíbera había vuelto a causar tanto destrozo a un ejército itálico, y eso merecía una fiesta en toda regla. No se opusieron a ella los dos jefes guerreros, pero no por ello descuidaron sus obligaciones como estrategas.

A pesar de que ya lo había intentado Ambón, Leukon propuso contactar nuevamente con los vacceos para darles a conocer el resultado de la emboscada. Confiaba en que la noticia pudiera inclinar a Merko, caudillo supremo de aquel pueblo, hacia la alianza con belos y arévacos. Le envió para convencerlo doce cascos de

bronce, pertenecientes a otros tantos legionarios muertos en Nemeton. Pero el vacceo respondió con una negativa todavía más tajante. Ni aunque le hubiese hecho llegar las nueve mil cabezas de los enemigos que, supuestamente, habían matado en la batalla, afirmó, se colocaría del lado celtíbero; y tampoco pensaba venderles cereal mientras durase el conflicto con Roma.

Ambón por su parte encargó a Litenó, su habitual hombre de confianza, una segunda ronda de consultas con las principales fortalezas dado que ninguna había respondido todavía a la primera petición de ayuda. Regresó el lugarteniente arévaco de aquel periplo con un semblante de lo más ambiguo.

—¿Qué te han dicho? —lo interpeló Ambón en cuanto lo vio pasar bajo el arco del antemuro.

—Han prometido ayudar si las cosas empeoran.

—¿Qué diablos significa «si las cosas empeoran»? —demandó ceñudo el líder numantino.

—Si nos asedian —aclaró Litenó con aquel aire incierto.

Masticó Ambón un juramento ante una respuesta que sonaba a cruel desentendimiento. Hasta un niño de teta sabía que pretender iniciar un asedio en octubre era una empresa de locos. Pero no así un asalto directo a las murallas.

—Y del ejército consular... ¿alguien sabe algo? —preguntó al cabo.

—Lo mismo que nosotros. Es decir, nada nuevo. Nadie ha visto a Nobilior por ninguna parte, con lo que todos dan por sentado que los romanos continúan acampados en ese bosque.

Empezaba a arremolinarse la ciudadanía alrededor de los reunidos en una especie de asamblea espontánea y rumorosa. Salían hombres y mujeres a raudales del interior de la fortaleza para enterarse de las noticias. Se asomaban los niños y los ancianos al parapeto por si, de los gestos o las voces de los dos protagonistas, pudieran inferir la paz y la calma, o todo lo contrario.

—¿Vas a informarles de lo que te digo? —preguntó Litenó a la vista del revuelo.

—Hazlo tú mismo —replicó un Ambón ceniciento.

Asintió el lugarteniente con una mueca extraña, a medio camino entre la sorpresa y el desprecio hacía un líder pesimista y débil, con

un preocupante desinterés por el devenir de la guerra. Tras ajustarse el parche sobre su ojo vacío, inició un discurso abrasador que a los asistentes debió de parecerles una lluvia refrescante en mitad de la canícula. Se había acercado mientras tanto Leukon al jefe numantino al percibir su decaimiento.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó.

—Nada que tú puedas comprender —murmuró Ambón mientras Litenó, lejos de mostrarse escéptico o fatalista respecto al futuro, expresaba su total confianza en la llegada de refuerzos y en la victoria final sobre el invasor. Con ayuda o sin ella.

Escuchó Ambón el encendido predicamento de su lugarteniente apenas medio minuto. Después se dio la vuelta e inició, cabizbajo, el regreso a la fortaleza.

—¿Adónde vas? —lo abordó Leukon.

—A ver a la Sombra.

Por nada del mundo deseaba el contrebiense quedar al margen de una conversación en la que, quizá, Ambón y el brujo tomaran decisiones que incumbiesen a la ciudad y a sus moradores.

—Voy contigo —propuso.

—Mejor no.

—Insisto.

Dio finalmente el arévaco su consentimiento mediante un imperceptible respingo de hombros. Sin embargo, a la entrada de la covacha, desenfundó su daga con rapidez de serpiente y la colocó frente a los ojos de su acompañante.

—Dejaré que entres, pero no quiero que abras la boca, oigas lo que oigas, o serás el caudillo más breve que jamás tuvieron los belos. ¿Ha quedado claro?

Asintió Leukon en silencio, más impresionado por el aspecto consternado de su homólogo que por la amenaza.

—¿Qué ocurre ahora? —Sonó áspero el tono del brujo, como si la visita lo distrajese de sus quehaceres.

—Quiero hablar contigo. —Se frotaba Ambón las manos con ademán nervioso.

—¿De qué?

—De cómo llegar a un entendimiento con los romanos.

Se revolvió la Sombra con tanta virulencia que derribó el cuenco en el fabricaba la última de sus pócimas. La incredulidad le impidió advertir el gesto de asombro de quien venía acompañando al numantino.

—¿Te refieres a pactar con el enemigo?

—Sí.

—¿A qué viene ahora esa cobardía?

El último hombre que se había atrevido a llamar cobarde a Ambón yacía bajo tierra desde hacía tantos años que sus huesos ya no tenían ni gusanos. Por eso le costó un poco encajar la pulla del brujo.

—Los vacceos han vuelto a rechazarnos —masculó con un deje de derrotismo, como si los ejércitos de Intercatia, Helmántica, Pintia y las otras grandes fortalezas dirigidas por Merko tuvieran la única llave para la supervivencia de Numantia

Elevó la Sombra una mano para exigir silencio. En la quietud de la cueva, el discurso contundente de Litenó atravesaba con total nitidez los cimientos de la muralla.

—Afortunadamente, tu enviado ha traído buenas noticias de los nuestros. ¿No oyes? —dijo.

—Solo ha conseguido promesas y palabras huecas. O sea, nada, humo —resumió un Ambón descorazonado y, a la par, despectivo hacia su segundo—. Ni Uxama, ni Occilis, ni Termes ni nadie va a ayudarnos.

Avanzó la Sombra hacia su interlocutor en medio de un sordo trasiego de cadenas.

—Y a ti te da miedo luchar en solitario... —le escupió a la cara.

—Bueno, no es eso... —titubeó el caudillo arévaco.

—¿Entonces de qué se trata?

Tragó saliva Ambón ruidosamente antes de confesar debilidades impropias de un jefe.

—Es que ahora tengo una mujer y un hijo de los que ocuparme. Me... me gustaría vivir todavía unos años más, para criar al chico. Lo cierto es que le he cogido afecto. Y también a la madre —musitó con la barbilla apoyada en el pecho.

Retrocedió el brujo la distancia ganada de un salto, como si Ambón pudiera contagiarle la peor de las enfermedades. Dirigió después una mirada desorbitada a Leukon, a quien sabía afectado por el mismo trastorno, y lo encontró pálido como un cadáver reciente.

—Tal vez pudieras hacer algún sacrificio... —sugirió el líder arévaco tras recobrar una cierta compostura—. Por si las entrañas del animal nos muestran la estrategia a seguir cuando se presente el cónsul.

—¡Ya lo he hecho! —Señaló la Sombra hacia el fuego tras dudar unos instantes.

Una ardilla ensartada en un espetón se doraba sobre la lumbre a la espera de ser devorada por el brujo. La contempló Ambón dubitativo. Luego dijo:

—¿Y en las tripas de un bicho tan pequeño se puede ver algo?

—¡Por supuesto! —prorrumpió la Sombra con vehemencia, aunque luego añadió con más calma—: En realidad, solo quería cotejar lo que ya me habían apuntado los dioses.

Compuso el numantino una mueca de anuencia.

—Ya. ¿Y qué debemos hacer según ellos?

—¡Plantar cara al enemigo fuera de las murallas!

Sacudió la cabeza Ambón en rotundo desacuerdo con las deidades.

—No podemos sorprenderles por segunda vez —se quejó—. Los romanos no son tan estúpidos como para caer otra vez en una trampa.

—No te estoy hablando de emboscarlos de nuevo, sino de hacerles frente en el exterior.

Se erizó la cabellera bermellona del arévaco a causa del espanto.

—¿Te refieres a librar una batalla campal a las puertas de Numantia? ¿Un ejército contra el otro? ¡Eso sería un disparate! ¡Son muchos más que nosotros!

—¿Vas a saber tú más que el oráculo?

Agachó la cabeza Ambón ante el tono ofendido del brujo.

—No, eso no, claro —murmuró.

—¡Pues entonces sal ahí afuera y haz que tus hombres dejen de bañarse por dentro con *caelia*! ¡Más te valdría ir preparándolos para la que se avecina en vez de preocuparte por menudencias que no van a ninguna parte!

Asintió obediente el numantino.

—Sí, lo intentaré —dijo con un hilo de voz, y se marchó de la covacha arrastrando los pies como un inválido.

Quedaron entonces enfrentados Leukon y la Sombra. Indescifrable el gesto del celtíbero; insondable el del otro dadas las penumbras de su capucha.

—¿Y tú? ¿A qué estás esperando para hacer lo mismo? —gruñó el druida al ver que su visitante no se movía del sitio.

Estaba mirando Leukon los extraños dibujos aparecidos sobre la pared más alejada de la cueva. Se trataba de unas criaturas monstruosas de colmillos enormes y cinco patas, una de ellas sobre la misma cabeza

—¿Tú has pintado eso? —preguntó intrigado.

—No.

—¿Quién entonces? Que yo sepa, tú eres el único que habita este lugar...

Lanzó la Sombra un suspiro de contrariedad por tener que dar explicaciones cuando, tal vez, no tocaba.

—Fue mi mano, siguiendo los dictados del oráculo.

Se acercó el contrebiense a la losa de pizarra para observar las figuras con más detenimiento.

—¿Y qué son?

—No lo sé —reconoció el brujo de mala gana.

—Acabas de confesar que el oráculo dirigió tus movimientos. Algo te diría sobre esas criaturas. Por ejemplo, si tienen que ver con nosotros...

—¡Maldita sea, Leukon, los dioses son enigmáticos, además de todopoderosos! ¡A menudo me entregan verdades que parecen parciales, incluso incomprensibles en un primer instante! —explotó al fin la Sombra—. Pero todo, con el paso del tiempo, va cobrando sentido —añadió más sereno.

—Ya. Entonces... ¿insistes en lo de salir a entablar batalla con los romanos en las inmediaciones de la fortaleza?

—¡Eso es lo que me han sugerido! —exclamó el druida, otra vez agrio.

Abandonó Leukon la guarida del druida meditabundo, más preocupado por comprender la voluntad del oráculo con sus dibujos que por los peligros de la noche. Dos o tres meses antes, habría tenido cierto sentido pelear en el exterior de las murallas con el fin de evitar un asedio que se prolongara todo el verano. A finales de septiembre, sin embargo, se antojaba más razonable guardar fuerzas y recursos, y aguantar la embestida dentro de la fortaleza. Si el cónsul no lograba conquistar Numantia rápidamente, el invierno arévaco pronto jugaría del lado de los asediados.

Dio un respingo el contrebiense cuando unos dedos se cerraron sobre una manga de su *sagum*. Reconoció la silueta por la voz, pero sobre todo gracias a la figura que tajaba sombras en medio del callejón con una espada brillante.

—Me... me has seguido... —farfulló como si no diera crédito a sus ojos.

—¡Pues claro! Os he seguido a los dos y he esperado escondida en la oscuridad. Afortunadamente, Ambón se ha ido antes que tú sin vernos —respondió Silvis mientras al otro lado de la muralla, los gritos de los reunidos se apagaban ante la llegada del líder arévaco.

Se oyó entonces la voz titubeante del numantino explicando a su manera las teorías del brujo sobre la estrategia a seguir en caso de enfrentamiento con el cónsul.

—Disculpa. Tal vez debiera unirme a esa asamblea. Es muy importante —sostuvo Leukon, e hizo intención de reemprender la marcha.

—¿Es que solo tienes corazón para tus guerreros? —le espetó Silvis, sujetándolo y zarandeándolo después como a un muñeco. Apoyó su espalda el celtíbero contra el muro como si temiera caer a causa de los empellones.

—No —balbució—. Hay también un hueco en él para ti y para Lorien —añadió mientras observaba al niño que ensartaba fantasmas a unos pocos pasos.

—Entonces... ¿por qué has estado esquivándome toda la semana?
—adujo la joven celtíbera.

Habló el contrebiense en un tono que aunaba el dolor y la impotencia.

—Ya viste que Caro dejó apalabrado con Ambón todo lo referente a su herencia, y eso os incluye a vosotros dos. ¡Tengo poco margen de maniobra! —se defendió.

Acercó Silvis su cuerpo al de Leukon y lo apretó hasta que ambas sombras se fundieron en un solo bulto.

—¡Tienes el suficiente! —resolló.

Parpadeó el jefe de los belos al sentir el soplo de aquel aire colérico tan cerca de los ojos.

—¿Te refieres a...?

—¡Me refiero a lo que haría un hombre con orgullo y palabra! ¡Desafíalo a un duelo a muerte y reclama después el liderazgo que ostenta, así como todas sus pertenencias! —exclamó—. Eres más joven que él. Lo más probable es que le venzas.

A Leukon, el asombro de la propuesta le atropelló las palabras.

—¡Pe...pero, Silvis, no...no puedo hacer eso! ¡No estamos ahora para provocar desuniones entre belos y arévacos!

—Si no lo matas tú, lo hará otro cualquier día. Probablemente Litenos.

Tanta insistencia por la muerte del caudillo numantino desató algunas cábalas inevitables en la cabeza del contrebiense.

—¿Ambón te ha maltratado estos días?

—No.

—Pero te obligaría a consumir el matrimonio a base de golpes...

—No tuvo que hacerlo. Conozco las normas y las costumbres —respondió la joven.

—Ya, pero se mostró tosco y brutal durante el acto... —apuntó Leukon.

—¡No! En realidad, se comportó con suma delicadeza, como si fuera su primera vez. Pero todo eso, ¿qué nos importa? —estalló Silvis, incapaz de entender el interrogatorio.

El repiqueteo de unas pisadas infantiles en el empedrado interrumpió a los dos conversadores.

—Mira, Leukon, ¿te gusta? —Levantó Lorien la espada con la que no había parado de lanzar golpes.

—Es muy bonita —admitió el contrebiense tras examinar el arma, una falcata de acero casi blanco con vistosas acanaladuras en el lomo.

—Me la ha regalado Ambón, y me ha enseñado a usarla —sostuvo el niño radiante.

—Ten cuidado con ella. Parece muy afilada.

—Sí, ayer degollé a mi primer pato. Hoy probaremos con un conejo, me ha dicho —sonrió el pequeño.

Apartó Silvis a su hijo de un brusco manotazo para que la atención de su interlocutor se centrara solo en ella.

—Entonces, ¿cuándo vas a reclamarnos? —demandó con vehemencia.

—¿Reclamarnos? ¿De dónde? ¿Y para qué? —inquirió de pronto el niño recuperando el terreno perdido tras el empujón.

Un silencio tenso como la cuerda de un arco rodeó a los tres protagonistas de la escena; hasta que una luz de sospecha iluminó las pupilas de Lorien.

—¡Yo no quiero marcharme de la casa de Ambón! ¡Es divertido vivir a su lado! ¡Estoy aprendiendo de él muchas cosas! ¡Esta semana me ha prometido que empezaremos a practicar con el escudo y la lanza —gimoteó, consciente del rictus acezante de su madre.

—¿No quieres ser un gran guerrero como tu padre? ¡Pues deja de lloriquear! —lo amonestó Silvis.

—¡Yo no quiero ser como mi padre, sino como Ambón! —protestó el niño.

Aprovechó Leukon la diatriba entre madre e hijo para liberarse de la mano que lo mantenía fijo contra la pared de la cueva. Después apretó el paso hacia la poterna que daba acceso a la franja del antemuro.

—Debo irme ya, Silvis. Me estoy retrasando mucho —se disculpó con torpeza—. Haré lo que esté en mi mano, cuando vea el momento —prometió.

—¡Pues espero que recobres la hombría antes de que sea demasiado tarde! —le espetó a voces la celtíbera.

XXXIV

Le escurría a Biesio el agua sobre la espalda como si el cubrenucas de su casco escondiera una auténtica catarata. A decir verdad, todo el ejército consular, llevaba empapado desde las *calendas* de octubre. Aquel día, las nubes se desplomaron sobre el bosque de Nemeton. Ocultaron las cimas de los montes e incluso las copas de los árboles más altos. El invierno celtíbero pareció haber pisoteado el otoño antes de que las últimas flores del estío tuvieran tiempo de perder todos sus pétalos. En poco tiempo, los contubernios se convirtieron en cenagales, insanos e inhabitables a pesar del recubrimiento oleaginoso de sus lonas.

Con el fin de no dormir sobre el barro, muchos soldados decidieron cubrir el suelo con ramajes. Y, aun así, todo el mundo penaba casi igual, tanto dentro como fuera de las tiendas. Porque la mayor parte de los legionarios traídos por Nobilior no había tenido la precaución de poner los calzones de lana ni el capote de invierno dentro de la *sarcina*. Mas no era achacable a ellos la imprudencia. En realidad, jamás un pretor o un cónsul había prolongado tanto una campaña de verano.

Emprendió Biesio la carrera a la par que sus hombres. Como todos los que trotaban a su lado, chorreaba agua por debajo de la coraza una vez ensopados la túnica y el *toracomachus*. Y, sin embargo, las maniobras diarias de ataque y contraataque tras los elefantes húmedas en el exterior del campamento se habían convertido en el mejor antídoto para combatir el tedio, el frío y el destemple de la tropa.

El chapoteo de un caballo en el lodo de la campa y la voz de Criso a su espalda lo hicieron detenerse.

—Nobilior te quiere en el *praetorium*. De inmediato —dijo, y emprendió la vuelta a la tienda del cónsul sin esperar respuesta.

Se presentó Biesio en el puesto de mando sin siquiera cambiarse de túnica. Tres hombres silenciosos lo esperaban encorvados sobre la mesa.

—El momento ha llegado —le comunicó Nobilior con mirada severa—. Pasado mañana partiremos hacia Numantia —añadió señalando con gesto imperceptible la estampa aterida de Beri.

—Sería una temeridad partir antes de que escampe —arguyó el legado mientras examinaba al único hombre de la estancia que no vestía como un romano.

Le costó un par de segundos reconocer al responsable nómida bajo un atuendo que lo cubría por completo. Un grueso turbante se le enroscaba a la cabeza e incluso al cuello como una serpiente asesina, ocultándole la boca y parte de la frente.

—Mis hombres no están acostumbrados a este clima endemoniado. No hemos venido hasta Hispania para perecer de frío —se quejó el enviado de Masinisa con voz sofocada por las telas—. No sé por qué te empeñas en practicar movimientos tácticos que tus soldados ya comprendieron el primer día. También mis elefantes están cansados de corretear sobre el fango sin ningún sentido —añadió mirando fijamente a Biesio, dejando clara su prisa por cumplir el compromiso que lo ataba al cónsul y regresar cuanto antes a sus arenas.

—Todavía tenemos bastantes heridos de la última batalla —replicó el legado—. Hay más de cien hombres que no pueden levantar el escudo o la espada. Otros tantos apenas son capaces de dar un paso. Tal vez si les damos un par de semanas más... —añadió mientras lanzaba un vistazo de reojo a Criso.

Buscaba Biesio aliados dentro de aquella tienda, pero el tribuno le devolvió una mirada indiferente. Fue Nobilior quien tomó la palabra.

—Sobre los lisiados..., he pensado que los auxiliares pueden llevarlos en parihuelas, o como sea, hasta el nuevo campamento de marcha. Allí se quedarán mientras conquistamos Numantia. Tendremos tiempo de sobra para volver después a recogerlos.

—Es un riesgo inasumible dejar hombres abandonados a su suerte. Si el enemigo los descubriera...

—Es una cuestión de un solo día, tal vez de horas. Nadie va a importunarlos en ese tiempo porque los numantinos van a estar más preocupados de cómo salvar el pellejo —añadió, poniendo su atención en el hombre que todavía no había hablado en el *praetorium*.

—Beri y el cónsul tienen razón —gruñó el veterano oficial—. Ya estamos tardando mucho en atacar ese maldito *oppidum*. Deberíamos movernos cuanto antes.

Entendió Biesio su tiempo cumplido. No se molestó en poner más trabas con el fin de seguir prolongando la estancia en Nemeton. Tomar Numantia con la ayuda de los paquidermos nómadas iba a ser la manera más rápida y, tal vez, la única de devolver a muchos miles de soldados a sus hogares y evitar que las dentelladas del invierno causaran más muertes que el mismo enemigo. En realidad, hacía días que había perdido la esperanza de que, desde Roma, alguien reclamara el regreso del ejército consular. Por un motivo u otro, su intento de comunicarse con el Senado a través del tribuno Insteyo había fracasado. Nadie podría frenar ya las aspiraciones de Nobilior de convertirse en el primer general romano capaz de pasearse por las calles de Numantia rodeado de cadáveres arévacos.

Se inclinó Biesio sobre el boceto de Numancia que él mismo había confeccionado unos días antes a petición del cónsul. Parecía un galeote obligado a remar contra corriente mientras contemplaba los gruesos trazos con los que había representado la muralla principal del *oppidum*, y otros más finos correspondientes al antemuro. Las torres eran cuadrados llenos de puntos que simulaban guerreros acechantes. Los fosos emborronaban de negro el lado sureste del montículo sobre el que se asentaba el *oppidum*; claramente su flanco más accesible y, por lo tanto, más vulnerable a pesar del riachuelo que deberían cruzar antes de atacar el antemuro. Había dibujado la retícula de calles numantinas como un laberinto con tantas salidas como puertas. Una ratonera no demasiado grande, aunque de difícil salida.

Un dedo se interpuso en su concienzudo escrutinio.

—Mis elefantes romperán por aquí —sostuvo Beri, señalando el estrecho paso que salvaba los fosos excavados frente al antemuro—.

Es el único lugar posible. El ejemplar más grande derribará la puerta de un solo testarazo. El resto de la manada penetrará por detrás. Después, todos embestirán contra las murallas. Aunque son bastante altas, no resultará complicado derribarlas. A partir de los cinco o seis codos, los lienzos suelen adelgazar bastante, y mis animales van a golpear por encima de esa altura. Caerán, a la vez, la empalizada y el adarve —explicó con elocuencia—. Mis propios arqueros se ocuparán de mantener a raya a los celtíberos encaramados a esa zona mientras mis animales actúan. Tú solo debes seleccionar a tus mejores mil hombres para que avancen tras los paquidermos y nos garanticen el control de las brechas en los primeros instantes —añadió el jefe númida, como si todo estuviera calculado y solo faltara la aprobación del legado consular para salir corriendo hacia la capital arévaca.

—¿Ves algún problema? —terció Nobilior ante el silencio pertinaz de su primer oficial.

Levantó al fin la cabeza Biesio del plano.

—¿Y si estuvieran esperándonos fuera? —murmuró, metido ya en faena, olvidadas las ilusiones de que aquella campaña interminable alcanzara un final indoloro.

Enarcó una ceja Nobilior ante el posible imprevisto, pero la risa estruendosa de Beri llenó el *praetorium* de melodías exóticas y tranquilizadoras.

—En ese caso..., aún sería más fácil para nosotros —sostuvo el númida—. Porque mis gigantes aplastarían a miles de enemigos en pocos minutos como si fueran insectos. La desbandada tras una visión tan espantosa haría que muchos de los supervivientes cayeran dentro de sus propios fosos debido a las estrechuras del paso. Ni siquiera les daría tiempo a atrancar la puerta del antemuro. Como digo —resumió—, comenzar la lucha fuera de la fortaleza todavía nos daría más ventajas.

Carraspeó Criso para mostrar su intención de tomar la palabra.

—No hemos contado con la posibilidad de que nos vean desde lejos y se preparen —apuntó—. Quiero decir... que descubran a los elefantes y les dé tiempo a organizarse.

—Organizarse... ¿de qué manera? —quiso saber Beri, que al parecer no estaba acostumbrado a encontrar problemas que pudieran frenar a sus bestias.

—Algunas veces he visto a los bárbaros arrojar gruesos troncos embadurnados de pez ardiente ladera abajo para obstaculizar la marcha de nuestras legiones. Imagina el espectáculo: las llamas, las chispas, el ruido... No sé cómo responderían tus elefantes en esas circunstancias —se preguntó el encargado de la caballería.

Una quietud húmeda se adueñó del *praetorium*. Durante unos segundos el repiqueteo furioso de la lluvia sobre el techo de la tienda rodeó a tres hombres pensativos. Fue curiosamente Nobilior el primero en quebrar el silencio.

—Cambiaremos nuestras costumbres —afirmó.

Le extrañó a Biesio la rotunda seguridad del cónsul.

—¿Cuáles?

—En realidad, solo una: en vez de viajar de día hasta las inmediaciones de Numantia, nos desplazaremos de noche. Acamparemos en medio de la oscuridad, a cinco o seis millas de la ciudad, y avanzaremos sobre ella antes del amanecer.

—Eso impediría el descanso normal de las tropas antes de la batalla —replicó Biesio al instante.

—No es para tanto... —adujo Nobilior, displicente—. Todos aquí sabemos que los hombres apenas duermen en vísperas del combate.

—Pero sí lo hacen los elefantes —discrepó de repente Beri, cuando Biesio ya estaba dispuesto a claudicar ante el cónsul—. Les irritaría verse obligados a ponerse en camino a deshora.

—Les irritaría..., pero podría hacerse —insistió Nobilior, contumaz en su idea.

Frunció el rostro el africano por debajo del turbante que le ocultaba media cara en un claro mohín de desacuerdo.

—Podría hacerse..., asumiendo ciertos riesgos —titubeó por primera vez el nómada.

—¿Cuáles? —quiso saber Nobilior.

—La furia de una sola bestia puede desatar el caos —sostuvo Beri lacónico.

—¿Y qué hacéis cuando eso ocurre? —inquirió el cónsul intrigado.

—Alejarnos de los elefantes cuanto antes. Porque, en un ataque de ira conjunta, la manada puede emprenderla contra todos los que están cerca. No existen los amigos para un paquidermo encolerizado —resumió el nómada con un estremecimiento.

Había asistido Biesio a la descripción del comportamiento errático de los colosos africanos sin prestar verdadera atención a las explicaciones de Beri. Salió de pronto de aquella nube de pensamiento con los ojos muy abiertos; y con una conclusión que mereció sonrisas burlonas por parte de los otros.

—Los celtíberos no saben qué es un elefante. Desconocen su forma y tamaño, además de sus capacidades destructivas. No deben verlos antes de tiempo; bajo ningún concepto —aseveró con gesto concentrado.

—Llevamos media hora hablando de eso —le espetó Nobilior con un resoplido de hartazgo—. Pero, al parecer, no podremos evitarlo.

Lucía Biesio una mirada casi delirante.

—Los elefantes son nuestra arma secreta —prosiguió—. Si queremos que el impacto sobre el enemigo sea máximo, debemos esconderlos de la vista de los numantinos hasta el último instante.

—Ya, ya. ¿Y se te ocurre cómo ocultar semejantes moles a plena luz del día?

Se le encendieron las pupilas al legado igual que al sabio Arquímedes tras inventar su famoso tornillo.

—Creo que sí.

XXXV

Se abrieron al fin los postigos que atracaban la puerta tras más de una docena de golpetazos, aunque su propietario apenas concedió una estrecha rendija de intimidad a sus visitantes nocturnos.

—¿Qué diablos pasa ahora? —gruñó Ambón, asomando solo media cabeza, molesto con la luz de la antorcha que Litenos sostenía a la altura de los ojos.

—¡Tienes que acompañarnos! ¡Rápido! —le urgió Leukon.

El deslumbramiento impidió que el líder arévaco percibiera el ademán exultante del contrebiense.

—¿Para qué?

—¡Por fin han llegado los heraldos!

—¿De quién?

—De los nuestros.

—¿Qué nuestros?

—¡Han venido representantes de casi todas las ciudades amigas! ¿Quieres darte prisa de una vez, maldita sea? Tengo a sus emisarios esperando en la explanada del antemuro. —Habló Litenos con voz ronca, cargada de un enojo ya antiguo. Le exasperaba el adormilamiento del gran líder. Le indignaba también su dejación de funciones como mandatario guerrero tras su reciente casamiento. A decir verdad, llevaba Ambón muchos días sin arengar a los jóvenes en pro de la libertad y la guerra, sin inspeccionar las defensas del *oppidum*; demasiadas noches entregado a la molición del amor, desatendiendo las labores de ronda nocturna exigibles a cualquier jefe.

Cedió la puerta un par de palmos tras el anuncio estentóreo del lugarteniente. El nuevo espacio descubrió a un hombre desnudo y pasmado. También desveló el interior de una vivienda extrañamente ordenada, aromatizada por una suave fragancia de lavándula.

—¿Habéis despertado a mi padre?

—Sí, hemos avisado a Hilerno, pero para que no vaya —repuso Liteno con la nariz arrugada—. Ni él ni nadie del Consejo —añadió con el mismo mohín de asco, disgustado sin duda porque de la morada del gran caudillo emanara un olor a flores y no a estiércol, como habitualmente ocurría en todas las viviendas decentes.

—¿Y por qué no ha de asistir mi padre? —protestó Ambón, que empezaba al fin a despabilarse y, tal vez, por ello se tapó sus partes pudendas con las manos.

—¡Porque esa gente ha venido a hablar de guerra y no de negocios! Los ancianos no pintan nada en la reunión. Si acuden, tratarán de quitarnos de la cabeza la idea de la gran alianza de tribus. Ya sabes cómo son los viejos... No estamos para permitir injerencias.

La sombra de una gacela en cueros salió dando saltitos del dormitorio más grande y se acucilló, canturreando, junto a la fogata. Mientras la mujer alimentaba las llamas con nuevas ramas, a Leukon la silueta le resultó conocida. Fue tras el primer destello de luz cuando sus dudas quedaron disipadas. Reconoció las nalgas rotundas de Silvis, el brillo de sus cabellos ensortijados, su cuello de cisne, su ademán armonioso y desenfadado; hasta su voz susurrante le llegó más nítida.

—Está bien. Me pondré algo encima... —suspiró Ambón mientras, del piso de arriba, llegaba el tamborileo delator de alguien que descendía los escalones dando tumbos y arrastrando hierros.

Se presentó Lorien a los pocos segundos, ataviado con un *sagum* ceñido a su cuerpecillo por un ancho cinto del que colgaba su inseparable falcata. En la mano derecha sostenía un grueso *soliferreum*.

—¿Hoy vamos a practicar antes de que amanezca? —preguntó tras un sonoro bostezo.

—Hoy no sé a qué hora podremos..., hijo —se excusó Ambón revolviendo la cabellera del pequeño.

Abrió Lorien unos ojos grandes al hacerse consciente de la presencia de Leukon y Liteno y al advertir sus gestos graves a la par que eufóricos.

—¿Ya va a empezar la batalla? —inquirió entusiasmado.
Compuso Ambón una mueca paternal al dirigirse a su hijastro.
—Quizá aún podamos evitarla —dijo.
—¿Evitarla? ¿Por qué? —Arqueó el niño las cejas formando dos amplios semicírculos.
Volvió a expresarse Ambón con una dulzura desacostumbrada.
—Porque los romanos, hijo, tal vez se acobarden al ver nuestro gran ejército.
—Ya, pero si vamos a ser tantos, ¿no convendría aprovechar el momento? —insistió Lorien.
—Lo cierto es que solo conviene entablar batalla cuando se está muy seguro de ganarla —explicó, condescendiente, el líder guerrero.
—Ya, ¿y nosotros no lo estamos?
—Pues...

Todavía andaba el líder arévaco abrochándose los correaes que le sujetaban las pieles al cuerpo cuando llegó a la explanada del antemuro. Se detuvo entonces a veinte pasos del grupo, como si lo hubiera fulminado un rayo. Trastabilló mientras abría y cerraba la boca sin que ningún sonido saliera de su garganta. Leukon y Litenon tuvieron que aferrarlo por los brazos para que no cayera mientras dos lágrimas densas le dejaban surcos blancos en las mejillas.

No menos de treinta hombres de guerra esperaban en silencio en los extrarradios de una Numantia todavía dormida. Pertenecían a las grandes fortalezas arévacas de Uxama, Lutia y Termes y a otras más modestas, como Marcólica, Lagni, Veluca o Tukris. Había también belos de Arcóbriga, Contrebia Belaiska, Complega y Nertóbriga; e incluso pelendones de Visontium y Savia.

Una silueta se desmarcó de aquel grupo de prohombres. Era Leso, jefe de los guerreros de Lutia, la ciudad que había servido para ir reuniendo a todos los heraldos con el fin de que el desplazamiento hasta Numantia se produjera de manera conjunta. De noche y en secreto.

—Hoy es un día grande. Nuestros padres estarían orgullosos de vernos otra vez unidos contra Roma —dijo, fundiéndose con Ambón

en un fraternal abrazo—. ¿Y este? ¿Es tu hijo? —añadió al reparar en el niño.

—Sí, lo he traído para que vaya aprendiendo el oficio de caudillo.

—Pensaba que no habías tenido descendencia...

—Es de mi última mujer —explicó Ambón—. No hagas caso de los bulos que circulan por ahí sin ningún fundamento —gruñó.

—Ya, claro —respondió Leso y se puso a explicar que, tras la petición de ayuda por parte de los numantinos, a nadie se le había pasado por la cabeza la idea de abandonar a su suerte a los amenazados por el cónsul. Simplemente se había producido una demora inevitable. Seleccionar tropas, armarlas, reunir las... Todo eso requería un tiempo, pero ya no faltaba mucho para que la coalición de pueblos iniciara el viaje a Numantia.

—Sí, ¿pero de cuánta gente estamos hablando? —preguntó Ambón cuando el otro terminó su perorata.

—Siete mil hombres —sostuvo el de Lutia con orgullo.

—¿Solo?

Mostraron una expresión similar de pasmo todos los heraldos al percibir la decepción del caudillo arévaco ante su aportación a la guerra. Fue Liteno el único que se permitió la osadía de replicar al gran líder.

—¡Con siete mil hombres más los guerreros que ya tenemos nosotros, podremos defender todo el perímetro de la ciudad sin ningún problema! —exclamó irritado—. ¡Les lloverán las flechas, las lanzas y las piedras desde todos los ángulos y rincones si se acercan! ¡No sé de qué te quejas!

Ignoró Ambón el tono airado de su lugarteniente mientras cabeceaba dubitativo.

—Ya sabes lo que dijo el brujo sobre eso...

El posterior silencio y los gestos antagónicos de los dos guerreros arévacos desataron la inquietud de Leso.

—¿Y se puede saber lo que os dijo? —preguntó.

—Pues que, al parecer, debemos hacer frente al enemigo en el exterior de la ciudad y no desde la muralla. Y eso cambia las cosas... —titubeó Ambón.

La maza del estupor golpeó a todos los heraldos celtíberos con la misma fuerza.

—¿Pero cómo es posible que alguien en su sano juicio sostenga semejante locura? —terció otro de los emisarios tras recuperarse del impacto.

Un trasiego de cadenas se mezcló con los murmullos de sorpresa de los asistentes al cónclave.

—¡Han sido los dioses, y no yo! —proclamó la Sombra, que se había acercado al grupo sin ser advertido, hasta que la penitencia amarrada a sus pies, impuesta por Vaélico, acabó por delatarlo.

—¿Los dioses? —El grito de incredulidad entre los reunidos resultó unánime.

Se aproximó el brujo al grupo con furibunda energía.

—¿Vais acaso a discutir el mensaje del oráculo? —les espetó mientras todos reculaban hasta dar con la espalda contra la muralla.

—Hombre..., no se trata de discutirlo sino, tal vez, de interpretarlo correctamente —terció Leso, que conocía al druida solo de oídas.

Avanzó la Sombra hacia el de Lutia como si levitara. Le puso la punta picuda de su cayado en el gaznate y apretó como si quisiera ejecutarlo a la vista de todos. La llegada presurosa de uno de los batidores apostados en los alrededores de Numantia evitó, quizá, la muerte del heraldo.

—¡Los romanos están a solo cuatro millas de aquí! —anunció sin modular el grito.

Liteno agarró al recién llegado por los correaes.

—¿Cómo pueden estar tan cerca sin que nos hayamos enterado? —le preguntó mientras lo zarandeaba.

—Han debido desplazarse de noche, y por eso no nos hemos dado cuenta —repuso el vigilante con voz apocada—. Lo peor de todo...

—¿Qué es lo peor de todo? —inquirió Liteno ante la mudez repentina del guerrero.

—Que traen torres de asalto o tortugas arietarias.

Se miraron unos a otros los embajadores venidos de otras ciudades, pero solo se vieron el blanco de los ojos. Porque esa es la parte de la cara que más brilla cuando a alguien le atenaza el

pánico. Habló al fin Leukon en medio de un silencio de grillos y sofocos.

—¿Cómo sabes que vienen con esos artefactos si es de noche y no se aprecia nada?

No le cabía ninguna duda al batidor arévaco.

—Por el retumbar del suelo y el crujido de los arbustos que van quedando aplastados bajos las ruedas —explicó.

Se encontraron las miradas de Litenio y Leukon en medio de la oscuridad numantina, porque ellos eran los únicos que mantenían la cabeza erguida.

—Habrá que salir entonces... —murmuró el lugarteniente, consciente de la presencia del brujo.

—Sí.

—Y vosotros, ya que estáis aquí... —reclamó dirigiéndose a los representantes celtíberos—, ¿nos ayudaréis?

Le costó a Leso apenas dos segundos imaginar el desarrollo del día que aún no había despuntado y el final de una jornada que presumió catastrófica.

—Mejor nos volvemos antes de que lleguen —respondió, para alivio de sus acompañantes—. Ya nos enteraremos de lo que ocurra y actuaremos según proceda.

—Claro. Me lo imaginaba —gruñó Litenio con retintín sarcástico, y mandó tocar el cuerno de la guerra para despertar a la ciudad entera. Después se dirigió a la puerta del antemuro para ir recibiendo a los guerreros que iban a frenar el avance del cónsul en campo abierto.

Desaparecieron los emisarios como por ensalmo. También la Sombra se marchó a la torre más alta para presenciar la batalla bien cerca de los dioses. Iba Leukon a seguir la estela de Litenio cuando vio cómo Ambón se daba la vuelta.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A casa.

—¿A por las armas?

—No, a pasar las últimas horas con mi familia —dijo, y se coló por la poterna como un fantasma meditabundo, dispuesto a pelear hasta la última gota de sangre, pero solo por los suyos, cuando los

romanos que iban a reventar Numantia llamaran a su puerta aquella misma mañana.

XXXVI

—Entonces... ¿la caballería carga por las alas y la infantería por el centro? —Esforzaba Litenos los ojos para tratar de distinguir el ejército consular en medio de una campiña todavía negra.

—Sí, pero cuando podamos verlos en condiciones —le respondió Leukon a su lado.

Estaba el ejército celtíbero a solo media milla de la ciudad, al otro lado del afluente del Durius. A espaldas de los dos líderes, mil jinetes y cuatro mil guerreros de a pie confiaban en poder defender la explanada de acceso a Numantia. Si debían retroceder, y eso era lo previsible, la estrategia consistiría en obligar al enemigo a pelear en un espacio muy reducido: el exiguo pasillo delimitado por los fosos. Daban por hecho ambos caudillos que los romanos se aproximarían formados en sus famosos cuadrados flexibles, separados por amplios pasillos por los que avanzarían los vélites con sus jabalinas. Al final, tras el lanzamiento de dardos, y como siempre ocurría, desplegarían su legendaria *triplex acies* poco antes de iniciar el ataque.

—Esto de salir a esperarlos aquí fuera no sé si ha sido buena idea... —Se rascaba las barbas Litenos mientras reflexionaba en alto.

—Lo único cierto es que ni tú ni yo hemos tenido arrestos para oponernos al brujo. Así que más vale que los dioses acierten con el vaticinio... —replicó Leukon, que ya divisaba los primeros brillos de las armaduras enemigas a la luz indecisa de la alborada.

Asintió Litenos en silencio.

—¿No oyes? —preguntó al cabo.

—¿El qué?

—Las murmuraciones de la tropa. Están hablando de Ambón.

Prestó atención Leukon unos segundos. Era cierto que menudeaban los comentarios entre los hombres, pero eran más de sorpresa que de censura por la ausencia del jefe de los guerreros.

—No me parece tan grave lo que dicen —sostuvo.

Chascó la lengua Litenó y se mostró después tajante sobre el futuro del caudillo numantino.

—Ambón ya no volverá a tener mando. No después de cambiar una muerte honorable por una cama caliente —dijo.

Un escalofrío recorrió la cerviz de Leukon.

—¿Tú crees que moriremos hoy?

—Yo, al menos, sí —respondió el gigante tuerto, y se bajó del caballo.

—¿Qué haces? —se sorprendió el contrebiense.

—Voy a pelear con los de a pie —afirmó Litenó—, con los que lo tienen más difícil para salvarse. Sé que los muchachos valoran el gesto. Y tú, ¿cómo vas a luchar?

No se había hecho a la idea Leukon de alcanzar la eternidad del paraíso celtíbero aquella mañana de octubre y, por eso, se demoró en su respuesta.

—Decídetes ya, porque hay que empezar a moverse —lo apremió quien ya se arrogaba el mando supremo de los arévacos.

Echaron a andar los dos líderes después de enviar a sus monturas de vuelta a Numantia con sendas palmadas en los lomos. Iban en el centro de formación, al frente de la infantería. La caballería acababa de desplegarse por las alas para evitar que las líneas romanas los envolvieran en los primeros compases de la batalla.

Trotaban las huestes celtíberas en su acercamiento al ejército consular, para echar a correr como lobos cuando solo les quedaran cien pasos. El hecho de marchar cuesta abajo les ayudaría a ganar velocidad y hacer más violento el impacto sobre los escudos oblongos.

—Llevar las torres de asalto y los arietes cubiertos con ramajes —jadeó Litenó a medio camino—. Se creen que somos tontos. ¿Aceleramos ya?

Le extrañó a Leukon lo del ocultamiento de las máquinas de asalto, por lo absurdo. El resto coincidía con la lógica romana: las primeras líneas las ocupaban los hastarios, pertrechados con un equipo más modesto; después formaban los *principes*, más expertos y mejor protegidos, y en último lugar los que tendrían que arreglar

las cosas si la batalla encallaba: los afamados triarios. Al fondo, divisó la legión que quedaría en reserva, para emergencias, así como para proteger al cónsul.

—Sí, vamos con todo —confirmó e hizo señas a quienes comandaban la caballería para que iniciaran la maniobra de apertura hacia las alas—. ¡Sekaisa! ¡Numantia! ¡Keltiber! ¡Libertad o muerte! —rugió después espada en alto, desatando con aquel grito la carrera frenética de cuatro mil infantes.

Maniobraron las líneas romanas con orden impecable, hasta formar diez amplios pasillos por los que deberían circular los vélites, los encargados de empezar las hostilidades.

—¡Levantad los escudos! —ordenó Litenio ante el inminente lanzamiento de jabalinas.

Mas no hubo lluvia de dardos, ni siquiera movimiento de hombres en los corredores. Se relamieron entonces muchos guerreros celtíberos ante la idea de penetrar en el interior del laberinto romano como un vendaval de hierro y muerte.

—¡Esto no me gusta! —le gritó Leukon a Litenio cuando a los hastarios que formaban en la primera línea de escudos ya se les veían hasta las cejas.

—¿Por qué? —quiso saber el líder arévaco, que corría con la *caetra* frente al pecho, preparado para el choque.

Ni siquiera tuvo tiempo el de Contrebia Leucade de dar la alerta. Porque las pantallas tras las que el enemigo escondía su supuesta maquinaria de asedio se desplomaron en ese instante. Entonces, diez bestias recubiertas de malla y con un voluminoso cajón sobre la espalda avanzaron a gran velocidad por cada uno de los corredores abiertos.

—¡Por todos los dioses, ¿qué diablos es eso? —exclamó Litenio, y se paró en seco. Porque, al parecer, el líder arévaco estaba dispuesto a morir aquel día peleando contra humanos, pero no contra seres del inframundo.

Detuvieron su carrera la mayor parte de los infantes, como si la visión espeluznante de las bestias grises les hubiera paralizado las piernas. Sin embargo, dos o tres centenares de guerreros, borrachos de sangre itálica o tal vez ciegos, siguieron adelante hasta que se

dieron de bruces con los colosos. Muchos rodaron por el suelo tras el golpetazo y murieron después, pisoteados como inofensivos parásitos. No tuvieron mejor suerte quienes intentaron usar las espadas o las lanzas contra las moles de carne y hierro, pues sus armas se revelaron inútiles para derribar monstruos. Unos pocos tuvieron el privilegio de ver el campo de batalla y el final de su existencia desde las alturas. Porque los monstruos utilizaron el extraño brazo que les nacía bajo la cabeza para elevarlos, zarandearlos y reventarlos después contra el suelo como si fueran huevos de gallina podridos.

Llovieron a continuación los dardos sobre unas tropas aterrorizadas, pero no fueron los vélites los autores de la descarga, sino los arqueros nómadas que viajaban sobre el lomo de las fieras.

—¡Retirada! —aulló Leukon con el escudo sobre la cabeza.

Liteno ya había echado a correr unos segundos antes mientras daba órdenes a la caballería con el fin de que los jinetes protegiesen el repliegue de la infantería en la medida de lo posible. Echó la vista atrás el de Contrebia tras vadear la corrientilla de dos saltos. Vio muchos cuerpos inertes en tierra mientras recuperaba el aliento. Eran los cadáveres de los más afortunados, pues habían muerto a causa de un flechazo directo en el cuello o en la espalda. Con otros, los dioses se mostraron menos piadosos, porque las heridas de los impactos solo los dejaron inmóviles sobre el terreno, para morir rematados a espada o aplastados por patas que parecían las columnas de algún templo romano. Liteno ya estaba para entonces aporreando la puerta del arco.

—¡Abrid, rápido, y volved a la ciudad! ¡El antemuro no va a aguantar ni dos embestidas! —les gritó a los que se habían encaramado a su adarve con arcos y lanzas.

Daba por hecho el guerrero arévaco que la primera barrera de Numantia estaba perdida. Y que la verdadera batalla por la ciudad habría que darla desde las murallas.

Fueron pasando bajo el arco los restos del ejército celtíbero. Primero una infantería atónita y maltrecha; y después los jinetes que habían tenido que batallar contra la caballería consular y la nómada con el fin de garantizar la retirada de los peones. Penetró Leukon en

la fortaleza por su puerta este, mas no se lanzó al camino de ronda, como hicieron todos, para presenciar el acercamiento del enemigo y sus bestias. El contrebiense se dirigió directamente a la guarida de la Sombra y entró en la covacha sin llamar, como una repentina ráfaga de cierzo.

—¡Los romanos vienen hacia aquí con esos monstruos que pintaste en las paredes! ¿Qué diablos son? ¿Qué hacemos? —aulló mientras señalaba con el dedo a tan horribles criaturas. Entonces se dio cuenta de que el brujo estaba temblando de pies a cabeza y, además, acompañado. A su lado se encontraba Ambón, vestido de guerra.

—Lo ha visto todo, igual que yo, desde una torre. No te preocupes. Ya está trabajando en ello —dijo.

—¿Y qué le pasa? —inquirió Leukon, presa del desespero.

—Está saliendo del trance. Acaba de preguntarle al oráculo cómo acabar con los elefantes. Porque así se llaman esos bichos, he oído —explicó el caudillo arévaco.

—¿Y ya tenemos respuesta?

Pareció recobrar la Sombra el control de sus movimientos, y la capacidad de habla.

—El oráculo dice que a los paquidermos hay que matarlos como a cualquier otro bicho: aplastándoles la cabeza.

El asombro le arrancó a Leukon varios guiños de loco. La indignación le atenazó las mandíbulas durante varios segundos.

—¿Qué ridiculez es esa? —vociferó cuando logró mover la lengua dentro de la boca—. ¿Quién diablos se está mofando de nosotros, tú o los dioses? ¡No estamos hablando de lagartijas, ni siquiera de lobos o jabalíes!

Apoyó la Sombra su espalda contra la pared de su covacha y se dejó caer doblando las rodillas.

—¡Haced algo, lo que sea, pero no perdáis más el tiempo! —exclamó con voz gastada, mirando al suelo, como si solo él pudiera escuchar las carcajadas atroces de las deidades.

Abandonaron la cueva los dos guerreros con una única estrategia de defensa: acumular piedras en el adarve y en las torres para dejarlas caer sobre los elefantes cuando estos se acercaran lo

suficiente. Leukon pregonaría la orden en una parte de la ciudad y Ambón en la otra.

—Veo que, al final, te has decidido... —le dijo el de Contrebia al arévaco antes de separarse.

—¿A qué?

—A pelear fuera de tu casa.

Asintió Ambón, el gesto grave.

—Afortunadamente, me he percatado a tiempo de que iba a defraudar al pequeño Lorien y también a mis hombres... Ya sabes, es difícil ser caudillo, marido y padre al mismo tiempo.

XXXVII

Fue Beri el encargado de escoger el momento más idóneo para prescindir de las pantallas de ramajes. Y lo hizo cuando vio al enemigo ya muy cerca de las filas romanas, sin tiempo para digerir el pánico que iba a generar el avistamiento de sus elefantes.

Contempló Nobilior con gran entusiasmo el colapso de las filas celtíberas, su huida frenética hacia Numantia en medio de una lluvia de flechas y el vergonzante encierro de miles de guerreros en un *oppidum* ya condenado. Sonrió al ver el desplome del antemuro, hecho trizas tras la acometida de las fieras con sus cuernos de acero. Imaginó una fortaleza sumida en el caos, atenazada por un terror apenas comprensible. Sintió que tocaba ya con los dedos el triunfo que el Senado le otorgaría a su vuelta a Roma. Y, sin embargo, el deleite no se le antojó completo.

—Quiero ver de cerca la caída de Numantia —dijo, pues los escombros del antemuro le impedían ver con claridad las evoluciones de su ejército.

Torció el gesto Biesio antes de recomendar ciertas precauciones.

—Las murallas de ese *oppidum* no son de adobe. Los elefantes no lograrán abrir brecha a la primera. Puede que los celtíberos presenten resistencia en algunas puertas. Tal vez debieras...

Levantó una mano Nobilior para acallar la cháchara deprimente de un legado catastrofista. Después miró a Beri en busca de una opinión distinta.

—Esas murallas caerán; si no a la primera, a la segunda —zanjó el nómada con una sonrisa de suficiencia. Después hizo un gesto con la cabeza para que los dos romanos le siguieran hasta alcanzar la primera línea de batalla.

Había decidido Beri el lugar del ataque y también la estrategia a seguir. Pero lo que no habían logrado imponer era el

acompañamiento de las fieras. Porque Biesio se había negado en redondo a que la Legio Tarraconensis avanzara a cobijo de los paquidermos. No deseaba exponer a sus hombres tan pronto. Juzgó más apropiado encomendar el primer asalto a los auxiliares hispanos. Después ya irrumpirían las legiones consulares y, si estas todavía encontraban resistencia, sería el momento de hacer entrar en combate a los mejores.

Atravesó Nobilior el pasillo que separaba los fosos numantinos y después cruzó bajo el arco derruido del antemuro con un pálpito de victoria. Llegó a tiempo de ver formar a sus legionarios frente a los parapetos enmudecidos de Numantia. Por delante, desplegados en abanico estaban los diez elefantes y, tras ellos, los dos mil auxiliares que iban a pisar una urbe que solo habían visto, tal vez, en sus peores pesadillas. La Legio Tarraconensis, la caballería y el resto de tropas permanecieron al otro lado de los fosos, comandados por Criso, preparados para cualquier contingencia. Es decir, para terminar la aniquilación de arévacos y belos en el interior de la fortaleza o para retroceder con orden si las cosas viniesen mal dadas. Así se lo había expresado literalmente el legado al tribuno, pero sin que lo oyera el cónsul.

Levantó su espada curva Beri y lanzó un grito en su lengua. Un segundo después el barrito estridente de diez elefantes de combate hizo temblar los parapetos de Numantia y a muchos de sus moradores. De hecho, Hilerno y los otros ancianos del Consejo estaban ya en lo alto de la torre triangular, la que daba al oeste y no al infierno. Habían decidido los doce viejos acabar sus vidas de espaldas a la tragedia, mirando al lado opuesto a la hecatombe, es decir, a la nada, mientras su ciudad se caía a pedazos a causa de los testarazos que iban a propinarle diez criaturas monstruosas.

Resultó ininteligible para los asediados el alarido de Beri, pero entendieron que se trataba de la voz que desencadenaba la carga de los colosos.

—Entonces... ¿no acumulamos piedras en las torres? —preguntó Liteno entre preocupado y discrepante con sus dos acompañantes.

—Ya no tenemos tiempo —gruñó Ambón.

—Es mucho más fácil hacer agujeros en una muralla que echar abajo una torre. ¿Para qué molestarse? —terció Leukon con ojos entornados—. ¿No veis hacia dónde vienen? —añadió enseguida al contemplar el arranque y dirección de aquellos arietes de cuatro patas.

—Parece que sí —consintió al fin Litenó—. Más vale que nos vayamos cada uno a nuestro sector de defensa. Que los dioses nos protejan, y si no... que se diviertan con nuestra pelea.

Se habían repartido entre los tres guerreros el espacio más propenso a sufrir el ataque enemigo: el flanco opuesto al antemuro. Dejando así el resto de la fortaleza casi desguarnecida de hombres y sin municiones con las que repeler el asalto de los paquidermos. Habían tenido que priorizar esfuerzos los celtíberos a la hora preparar los pedruscos. Y cada cuál había subido al adarve con una gran roca. Pero solo los más forzudos habían logrado acarrear algún sillarejo olvidado o mal cortado en su momento. Ambón era uno de ellos y lo colocó sobre el parapeto, en un equilibrio algo inestable, mientras el paquidermo más rápido y osado enfilaba su puesto en el adarve. Tuvo que refugiarse, sin embargo, tras la misma piedra ante la nutrida lluvia de proyectiles lanzados por los conductores númerados.

—¡Cómo tiran esos malditos arqueros! —se quejó porque, agachado, no lograba ver nada—. ¿Qué diablos haces aquí? —añadió al percatarse de que el pequeño Lorien estaba a su lado, ataviado con el cinto, los correaes y la espada que él mismo le había regalado.

—He subido a ayudarte —respondió el niño.

Estaba Ambón a punto de enviarlo de vuelta a casa, pero entonces se le ocurrió darle una utilidad al pequeño.

—¿Puedes ver algo a través de las rendijas del parapeto? —dijo.

Se puso Lorien de puntillas.

—Todo.

—Muy bien. Pues avísame cuando a esa bestia le falte un suspiro para golpearlos.

Maldecía Beri en su idioma desde los escombros. Porque, una vez más, Antara, la elefanta líder quería ser la primera en entrar en

combate. Y había tomado varios cuerpos de ventaja al resto de la manada. Habría deseado el enviado de Masinisa que el choque de sus diez arietes móviles fuese simultáneo. Porque el temblor de toda la muralla resultaría pavoroso. Porque al enemigo le sería imposible atender a tantos frentes al mismo tiempo.

—¡Ahora! —gritó Lorien bajo las flechas húmedas.

En una explanada atestada de soldados vociferantes y bestias en movimiento, fue difícil discernir qué resonaba con más fuerza, si el retumbar de la muralla tras el topetazo o el impacto de la piedra.

Acusó el golpe la elefanta en forma de momentánea parálisis, hasta que una segunda pedrada en el mismo sitio pareció inocularle una ira incontenible. Agitó la cabeza el animal en medio de un barrito colérico, como si todo le molestara: la máscara abollada, la cota de malla con su cincha y hasta los pasajeros que transportaba sobre el lomo. El bramido pareció una orden para el resto de colosos, pues todos detuvieron su carrera a pesar de los aguijonazos inmisericordes de sus domadores. Observaron los paquidermos con ojos blancos y las orejas desplegadas el comportamiento insólito de Antara. La vieron revolcarse sobre su espalda y aplastar en la maniobra a los seis arqueros húmedos y al hombre que le pinchaba con una lanza en el cuello.

Un nuevo bramido de cólera precedió a la carga de la elefanta contra las tropas que habían avanzado hasta ese instante tras ella. Volaron por los aires algunos auxiliares, otros perecieron despanzurrados bajo sus patas. Pocos pudieron dar más de cuatro pasos antes de que los celtíberos los asaetaran desde el parapeto.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué no continúa el asalto? —se encrespó Nobilior, que estaba presenciándolo todo cobijado entre los restos del antemuro.

—En realidad, aún no ha pasado nada —masculló Beri mientras buscaba a su caballo con la mirada—. Lo peor está por venir. —¿A qué te refieres?

—A la sedición de los paquidermos.

—¿Cómo?

—A veces ocurre, como en cualquier ejército —se lamentó el nómada—. Deberíamos marcharnos ya —concluyó.

Desatendió el cónsul la recomendación de un experto y por eso asistió, sobrecogido, al aplastamiento de decenas de auxiliares iberos delante de sus mismas narices. Porque el barrito de Antara y su actuación posterior se demostraron contagiosos. Percibió Nobilior las dudas entre los legionarios que esperaban una orden para irrumpir en el *oppidum* arévaco. Los vio romper filas sin cuidarse de las voces de los centuriones, y correr como conejos cuando los diez elefantes de Masinisa los consideraron sus nuevos objetivos.

—¡Hay que salir de aquí, rápido! —proclamó Biesio, consciente de que tenían los fosos a su espalda y el estrecho paso entre ambos se convertiría en un embudo mortal en pocos segundos.

Había logrado el pequeño Lorien auparse a una piedra desde la que podía contemplar el exterior de la fortaleza, y el destrozo ocasionado por unos demonios con largos colmillos.

—¡Entonces... ¿ya les hemos ganado? —le preguntó, pletórico, a su padrastro al ver huir a los romanos.

Sonrió Ambón con aire paternal y cepilló los cabellos del niño con su manaza.

—Aún no, hijo. Falta algo —susurró emocionado.

—¿El qué?

—¡Matar a mansalva! —exclamó el líder arévaco y desenfundó su espada como el día de Nemetón. O de la Vulcanalia.

XXXVIII

Se hizo el silencio en la fortaleza arévaca durante un minuto interminable mientras sus moradores apenas daban crédito a lo ocurrido. Intercambiaban muchos defensores numantinos muecas y guiños de sorpresa. A otros los asaltaba una risa casi histérica al ver el capricho de los dioses, porque quienes aquella misma madrugada daban la ciudad por perdida, ahora bailaban de contentos. En cambio, los que pensaban vencer, estaban muertos, malheridos o tratando de escapar de un recinto que solo tenía una salida, y muy angosta.

—¡Guerreros de Numantia, seguidme! —aulló Ambón de repente al advertir el desorden de las filas enemigas y su apelotonamiento entre los dos fosos—. ¡Hay que aprovechar la ocasión para rematarlos! ¡Jamás estaremos más cerca de acabar con un cónsul! —insistió al ver cómo muchos legionarios saltaban al abismo como única vía de escape de la furia africana y se quedaban dentro dando gritos.

Cruzó el numantino una señal con Leukon antes de lanzarse escaleras abajo y este le devolvió el asentimiento. Vomitaron las puertas de Numantia un torrente de guerreros por sus cuatro costados. A la cabeza de los arévacos iba un Ambón eufórico pues se veía de nuevo restituido en el puesto de líder, con el prestigio intacto a pesar de sus imperdonables titubeos.

Liteno defendía el sector más oriental de la muralla al cargo de quinientos hombres. Hizo caso omiso al principio a los alaridos de Ambón y a sus bravatas, pues la matanza causada por los paquidermos ya debió de parecerle una victoria suficiente. Pero acabó quedándose solo en el adarve y por eso echó a correr, para no ser el último en salir al recinto del antemuro.

Iban los celtíberos a pie porque no habían querido perder tiempo reclamando caballos. Usaron los arcos para abatir desde lejos a los que todavía pugnaban por utilizar el estrecho camino entre los fosos. Se sobresaltaron un poco al comprobar que Antara se había precipitado en el de la derecha en su afán de perseguir enemigos. Yacía el animal sobre un gigantesco lecho humano, emitiendo sonidos lastimeros que alternaban con los quejidos de los moribundos o los desesperados.

Los celtíberos les abreviaron los plazos a todos, incluida la elefanta, que resultó ser vulnerable a los *soliferrea*, aunque es cierto que tuvieron que gastar muchos proyectiles. Después salieron a campo abierto para seguir repartiendo muerte, pues no hay cosa más placentera para un guerrero que perseguir y dar caza al enemigo que ni siquiera te mira, ni se defiende; porque va corriendo, o cojeando, o trastabillando mientras da voces para que sus compañeros acudan en su auxilio.

Había cumplido Biesio con una de sus funciones principales como legado: salvar la vida del cónsul en un momento crítico. Había logrado arrastrar a un Nobilior conmocionado hasta la retaguardia. Pero no había podido hacer nada por los que se quedaban atrapados en el embudo de la muerte, excepto impartirles algunas órdenes inútiles.

—Me parece que hoy vamos a tener otra vez muchas bajas... —repuso Criso mientras observaba el retorno desbocado de los supervivientes.

La Legio Tarraconensis, formada en *triplex acies* a solo dos estadios de Numantia, era para los que llegaban despavoridos lo más parecido a una balsa de madera para un náufrago.

—Menos mal que Beri ha conseguido desviar a sus elefantes hacia el páramo, aunque para eso haya tenido que llevarse a todos sus jinetes —contestó Biesio.

Estaba sopesando el legado las escasas opciones del ejército consular para salir del entuerto mientras Nobilior contemplaba las hordas celtíberas con gesto indescifrable.

—¿Es que no vamos a hacer frente a esos bárbaros? ¿No son tan buenos tus hombres? —preguntó al fin, demostrando una vez más

su desconocimiento.

—¿No ves todo lo que está a punto de llegarnos? —Señaló Biesio hacia los reclutados a la fuerza en el Capitolio—. Esa es la escoria que te trajiste de Roma. No podemos proteger a las rémoras y vencer al mismo tiempo —gruñó, y se puso a impartir instrucciones para que la *triplex acies* se partiera en dos y permitiera el paso de los derrotados.

Comprobó el cónsul con estupor la inexistencia de iberos en aquella estampida de soldados despavoridos.

—¿Tantos auxiliares han muerto en esos fosos? —se extrañó.

—Bastantes. Y los que no han caído ya no van a volver con nosotros. ¡Criso —aulló el legado ante la inminencia de la batalla—, mezcla a los jinetes iberos que quedan con tu propia caballería y despiégalos a todos por las alas!

La mezcolanza de tropas, se le ocurrió a Biesio, haría más difícil la defección hispana si la situación se complicaba. Sin embargo, el hombre llamado a comandar las tropas montadas se mostró contrario a la orden.

—No voy a hacer eso —dijo, aunque sin levantar la voz.

—¿Por qué?

—Porque no quiero arriesgarme a romper la cohesión de las líneas si, de repente, empiezan a faltar jinetes —aseveró el tribuno con calma.

—Pues entonces haz lo que creas más oportuno. ¡Pero rápido!

—Está bien —murmuró Criso, y sacó la lanza de la funda.

Corría Ambón con su cabellera roja flotando en la brisa gélida de la Celtiberia. Con las prisas había olvidado el casco e incluso el escudo en el adarve. No notaba fatiga en las piernas, ni en el brazo con el que no paraba de matar romanos. Miraba atrás de cuando en vez para comprobar si Silvis y Lorien seguían sus evoluciones desde el parapeto. Creía que sí, que madre e hijo jaleaban cada uno de sus aciertos. Reía él también a carcajadas mientras pisoteaba cuerpos. No se daba cuenta de que luchaba distraído en medio de un

maremágnum de cuerpos en movimiento, amigos y enemigos. Tal vez por eso no vio venir al jinete canoso.

Apenas sintió el lanzazo en el vientre y el atropello. Aun así, se revolvió como una serpiente herida y lanzó un tajo cruzado antes de dar con sus huesos en el suelo.

Era Criso, un veterano de algunas batallas y muchas escaramuzas. Había aprendido que, entre los pueblos bárbaros, acabar con el líder solía conducir al desistimiento temporal de sus acólitos. Desenfundó la *spatha*, un arma larga de doble filo propia de la caballería itálica, y la descargó sobre la nuca de un caudillo pelirrojo que había conseguido levantarse a pesar de sus graves heridas. Murió Ambón de pie, dando la espalda a su verdugo; no porque no quisiera verlo, sino porque se había girado para dedicar un último adiós a su familia.

Picó espuelas el tribuno para poner distancia sobre una pavorosa oleada de guerreros celtíberos; pero en vez de salir al galope, su montura dio un respingo. Después emitió un relincho largo y quejumbroso que sonó a renuncia. Y es que el animal llevaba la panza abierta porque el demonio del pelo de fuego le había endosado una cuchillada mortal en su último escorzo.

Tuvo que saltar Criso del caballo para no quedar atrapado bajo un peso inmanejable. Al levantarse, escuchó primero los alaridos de odio de los que venían a cobrarse venganza. Hacía años que no peleaba a pie, y no era aquel un buen día para recordar viejas costumbres. Escupió en el suelo y se preparó para lo inevitable. Estuvo a punto de tomar por amigo al hombre que venía a la cabeza de las hordas numantinas, pues el guerrero vestía igual que un alto oficial romano. Afortunadamente, reaccionó a tiempo.

Enarboló su espada larga cuando distinguió las plumas blancas que adornaban el casco de su antagonista. Eso no era propio de un prefecto ni de un tribuno, pensó. Lanzó al fin un potente tajo circular que Leukon esquivó por las justas. Contraatacó el de Contrebia golpeando a su oponente con la *caetra*. El encontronazo derribó al romano, haciéndole perder la espada. Un caballo itálico se interpuso entre los dos contendientes cuando Criso ya se había hecho a la idea de acabar su vida y su carrera militar en la odiosa Celtiberia.

La bota de Biesio estalló sobre la cara de Leukon.

—Otra vez tú... —masculló el líder belo desde el suelo, saboreando la sangre que goteaba de sus labios.

—Ahora voy con prisa, pero alguna tendrá que ser la última... —respondió el legado tras aupar a Criso a la grupa de su montura.

—Ya no nos persiguen —anunció el tribuno a los pocos segundos.

Oteó fugazmente Biesio a su espalda. Las huestes celtíberas, comprobó, habían detenido su avance y rodeaban consternados a su caudillo muerto. Parecían haber perdido, momentáneamente, todo interés por el combate.

—Sí, ya veo —replicó lacónico—. ¿Por qué has hecho esa estupidez? Te podía haber costado la vida.

—¿Tú en mi lugar no habrías hecho lo mismo?

Lo pensó Biesio un segundo. Se vio de centurión, o de prefecto, antes de ser nombrado niño de un cónsul.

—Es posible que sí —reconoció.

—¿Y ahora? —Seguía Criso examinando a un ejército celtíbero aparentemente pasivo.

—Ahora hay que convencer a Nobilior.

—¿De qué?

—De la necesidad de retirarnos de aquí cuanto antes.

—¿Y los muertos? ¿Vamos a dejarlos aquí? —objetó el tribuno, pues era costumbre regresar al día siguiente a por ellos, con el consentimiento no escrito del enemigo.

—Desgraciadamente, no va a ser esta la primera vez que abandonemos cadáveres e incluso heridos. —Rememoró Biesio a todos los que habían quedado atrás en Nemeton el día de la encerrona—. Lo cierto es que no me fío de los celtíberos. Podrían tendernos otra emboscada como la del día infame de la Vulcanalia.

Seguía Criso mudo cuando ambos oficiales llegaron a la barrera romana de escudos. Por eso Biesio volvió a insistirle.

—Espero que me respaldes cuando le plantee al cónsul lo de marcharnos de inmediato —le dijo.

—Me parece una decisión correcta la de irnos —asintió el tribuno—. Pero será mejor aún si los preparativos los hacemos entre tú y yo, sin contar con él.

Le sorprendió al legado el repentino cambio de actitud de Criso.

—¿Ya no quieres llenarte los bolsillos con la plata de los arévacos?
¿Ya no te interesan los tesoros de Numantia? —preguntó.

—Prefiero trabajar un poco más, en otra provincia si puede ser,
pero retirarme vivo —respondió el veterano.

XXXIX

Desgranaba el crepúsculo sus últimas luces cuando el ejército consular alcanzó el campamento de marcha instalado el día anterior. Llegó la infantería rota tras una caminata frenética. Muchos lo hicieron heridos por astiles o por tajos, otros simplemente magullados por las apreturas sufridas para escapar de los elefantes. Todos se desplomaron exhaustos en sus contubernios para olvidar cuanto antes la debacle de Numantia.

Contempló el cónsul el sombrío desfile de sus tropas a través de la *porta praetoria*. Al lado tenía a un legado taciturno.

—¿Has hecho ya cálculos? —le preguntó.

—¿De qué?

—De las bajas.

Llevaban los números largo rato danzando como espectros malditos en la cabeza de Biesio.

—La Legio Tarraconensis vuelve intacta, aunque ya estaba algo mermada desde la encerrona en el bosque —informó—. De las dos que vinieron contigo, solo te queda una, y no completa. Auxiliares ya no tenemos ninguno; ni de a pie ni jinetes.

—Pero aún somos fuertes... —se empecinó Nobilior, incómodo con el tono fatalista de su primer oficial—. Lo que ha ocurrido hoy no tiene por qué repetirse. Y, además, te has dejado de contar a los númeradas, con su caballería y sus elefantes. ¿Ves? —Señaló el cónsul con el dedo la figura hierática de Beri, esperando junto al *praetorium*.

Se acercaron los dos romanos al enviado de Masinisa. Deseaba Nobilior interesarse por la suerte de los paquidermos tras la estampida.

—Entonces, ¿ya los has reunido a todos? —le preguntó.

—A los vivos —replicó desabrido el africano.

Frunció el entrecejo el cónsul.

—¿Ha muerto alguno más aparte del ejemplar que cayó al foso?

—Hemos dejado a dos agonizando donde se desplomaron. El resto descansa a dos millas de este campamento, pero están todos heridos. Tus hombres los cosieron a lanzazos con sus *pila* cuando se los vieron encima —resumió Beri.

—Pero se curarán... —Una luz de esperanza iluminó las pupilas amarillas del cónsul.

—Es posible, pero no aquí.

Llevaba Beri el rostro cubierto de telas a causa del intenso frío y por eso Nobilior tuvo que descifrar sus intenciones por las arrugas de la frente y los brillos de los ojos.

—¿Quieres decir que os marcháis?

—Eso es. Mañana al amanecer. No puedo permitirme el lujo de perder más elefantes o Masinisa me despellejará vivo a la vuelta —sostuvo el númermano sin esconder su pánico a la ira del rey africano.

—Pero me dejarás al menos a tus jinetes...

Había empleado Nobilior su tono más servil y humilde, pero la petición hizo reír al númermano.

—¿Te atreverías a cruzar tú solo esta odiosa tierra? —respondió Beri, y se marchó sin despedirse.

Se volvió Nobilior hacia su legado como si buscara un asidero para no hundirse en una ciénaga.

—Entonces... —empezó.

—Entonces haríamos bien en imitar el proceder de los númermanos. Mañana sería un buen día para iniciar el regreso a Tarraco —le cortó Biesio, que se sentía fuerte tras haber intercambiado impresiones con Criso. Sin embargo, su respuesta desató la cólera del cónsul. El mismo dedo blanco y tembloroso de otras veces se le clavó en la tabla del pecho.

—¡Te he dicho muchas veces que no pienso volver a Roma con las manos vacías! ¡No voy a regresar con una legión menos y sin auxiliares! ¡No pienso ser el primer cónsul que se vea reprobado por el Senado! —barbotó con voz ronca—. ¡Tenemos el abastecimiento de víveres asegurado desde Occilis! ¡No pasa nada por alargar nuestra estancia en Celtiberia dos o tres semanas! Además... —

Detuvo Nobilior su abrasiva perorata y adoptó un aire reflexivo, como si todo lo anterior fuera en el fondo algo poco importante—. Además... —continuó afianzando el dedo índice—, tú te empeñaste en permanecer en ese bosque a causa de los heridos. Demoramos el ataque con los paquidermos porque, según tú, esos hombres no podían avanzar al ritmo normal de marcha. ¿Ahora vas a decirme que estarías dispuesto a dejar aquí a quinientos o seiscientos soldados, o a irlos perdiendo uno a uno por el camino?

Chascó la lengua Biesio, consciente de sus incoherencias, pero también de sus corazonadas.

—No, nunca haría eso —musitó, a sabiendas de que la demora los metería en diciembre. Y entonces, ni siquiera los víveres serían suficientes para sobrevivir en las cercanías de un lugar llamado Numantia.

XL

Quedó la estepa numantina sembrada de cadáveres. Unos abandonados por miedo y otros por creencia. Aunque, para que los buitres no se confundieran a la hora de elevar almas al paraíso, los celtíberos apilaron a todos los enemigos en una torre enorme de carne y huesos y les prendieron fuego. Seis mil cuerpos, contó Litenó, entre auxiliares y legionarios.

En realidad, hubo un cadáver que sí regresó a casa, y fue el del líder arévaco. Hilerno era partidario de dejar a su hijo en el mismo sitio en el que había caído, con la lanza atravesada y todo. La muerte en combate, dijo, era uno de los gajes y de las grandezas del oficio de guerrero. Pero su viuda se negó en redondo. Con encendida vehemencia Silvis defendió la idea de que Ambón merecía una despedida distinta al resto de los fallecidos. Para eso había sido el jefe de todos ellos durante años. Si se salió con la suya fue en parte porque a Hilerno ya no le quedaban fuerzas para una nueva disputa y, además, la Sombra estuvo de acuerdo con la muchacha.

Fue el brujo el encargado de encender la pira funeraria dispuesta en la pequeña meseta de la cara norte de la fortaleza. Pero antes, Lorien pidió permiso para decir adiós al gran jefe pelirrojo. Trepó el pequeño por la plataforma de troncos conteniendo a duras penas el llanto, para mirar por última vez al que había llegado a considerar un padre.

Habló después la Sombra desde la torre cuadrangular que defendía la puerta de ese flanco. Lo hizo aprovechando el ocaso, para que las últimas luces de la victoria se fundieran con las llamas y con su discurso.

Ensalzó al finado con expresiones grandilocuentes. Vertió muchos halagos al brujo en favor de Ambón, pero se mostró todavía más generoso con su viuda. Según él, Silvis representaba el valor, la fe y

la resistencia. Simbolizaba, también, el hermanamiento de dos pueblos de raigambre, el orgullo de decenas de miles de hombres y mujeres dispuestos a sacrificarlo todo por la libertad de sus territorios. Tras el emotivo alegato, la Sombra abandonó la torre con aquel aire de fantasma triste pero orgulloso.

Iba Leukon a acercarse a Silvis cuando más furibunda ardía la pira, cuando más hierática era su pose y más regio su aspecto a pesar de las cenizas del pelo. Teñían las llamaradas de una tonalidad ambarina la tez de la muchacha. Iluminaban su manto de lana fina y su larga túnica ceñida al talle por una enorme fíbula de oro. Destacaban bajo aquella luz cegadora sus brazaletes, torques y sortijas de materiales preciosos. No recordaba el de Contrebia que la esposa de su primo se hubiese traído tantas joyas de Sekaisa.

Una mano férrea frenó el avance del joven belo.

—Quiero hablar contigo —le sopló una voz que reconoció al instante.

—Tal vez en otro momento.

—Es que es muy importante... —Rozaron las barbas de Litenio el oído de Leukon.

—¿De qué se trata? —preguntó el contrebiense de mala gana.

—Voy a postularme para jefe de todos los guerreros arévacos.

—Me parece muy bien. —Porfió Leukon con la zarpa que aún lo retenía.

—¡Quiero que me apoyes cuando lo haga, maldita sea! —se exasperó Litenio ante el aparente desinterés del otro.

—Lo pensaré —murmuró Leukon—. Ahora, si me dejas, tengo cosas importantes que hacer... —se disculpó.

Se percató al fin Litenio de las intenciones del líder de los belos.

—Ahhh..., quieres hablar con ella —sonrió malicioso—. Ya me había dado cuenta de que te gustaba, incluso cuando era la mujer de Caro. ¿Y vas a atreverte a abordarla justamente ahora? ¿En estas circunstancias? —añadió con ojos suspicaces.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Frenó Leukon su avance para mirar de frente a Litenio.

—Hombre, por respeto al duelo, supongo... —arguyó, inapelable, el gigante tuerto.

Se quedó Leukon pensativo mientras trataba de conciliar las costumbres celtíberas con su propio deseo. Reapareció en ese instante la Sombra en lo alto de la torre, pero lo hizo acompañado de una figura forrada de pieles negras con un voluminoso zurrón colgado del hombro.

—¡Atended todos! —rugió—. ¡Escuchad lo que ha venido a contarnos este hombre!

Observaba el recién llegado a la inmensa muchedumbre congregada alrededor de la hoguera sin decidirse a tomar la palabra.

—¿Y por qué no se ha presentado solo? —gritó Litenio desde abajo.

—¡Porque habríamos corrido el riesgo de que lo tomaras por un don nadie y lo mandarás a paseo! —le reprendió la Sombra, golpeando enfurecido el suelo de la torre con su báculo—. ¡Habla ya! —le espetó a su acompañante.

Se aclaró la garganta el de negro y empezó a dirigirse a los congregados en una lengua celtíbera bastante digna, aunque salpicada de ritmos extraños.

—Me llamo Paulo y vengo de la Lusitania. Soy el heraldo de César —dijo.

—No me suena nada ese nombre —gruñó Litenio en voz no muy alta, pero su vozarrón alcanzó a los de la torre.

—¿Y Púnico?

—Ese, sí.

—Bien, pues Púnico ya está muerto y César es su sustituto —explico el enviado y mostró lo que traía escondido en el zurrón.

Resultó sobrecogedora la visión de varios estandartes y enseñas romanas ondeando sobre las llamas de una pira a la que aún le quedaban horas.

—Pero eso son... —balbució Litenio.

—Eso es todo lo que queda de las legiones que vigilaban la Lusitania hasta hace mes y medio. ¡Esto es lo que llevo semanas paseando por todas vuestras ciudades! ¡Para que arévacos, titos, belos y pelendones se convenzan de que es posible vencer a Roma! ¡Para que todos los que el invasor denomina celtíberos y nosotros, los lusitanos, demos la batalla definitiva que nos libere de ellos! —

aulló Paulo antes de ponerse a relatar la hazaña más reciente del nuevo caudillo de los lusitanos.

XLI

Senado de Roma, cinco días antes de las calendas de diciembre.

Era la cara de Tito Annio Lusco un poema griego; pero de los tristes, de los que se sabe que acabarán mal desde la primera estrofa. Esgrimió en alto el segundo cónsul un rollo con el lacre roto.

—Lucio Mumio, el pretor de la Hispania Ulterior, nos envía esto para comunicar que acaba de llegar a Gades después de su campaña, y espera allí el relevo —anunció. Pero hizo después una pausa demasiado larga. Y ello dio pie a las chanzas.

—¿Y eso es una noticia? —La voz siempre catarrosa de Escipión Nassica desató algunas carcajadas en la bancada *optimata*.

Negó lentamente Lusco y desplegó el pergamino, como si los demás pudieran apreciar algo desde la distancia.

—Eso, no —admitió—, pero también reconoce en su carta haber perdido seis mil hombres en una emboscada de los lusitanos. Y si dice seis mil, habrá sido el doble.

Se esfumaron las risas y las caras de guasa en la Curia Hostilia como si de su bóveda hubiese llovido lava volcánica.

—¿Y ahora nos lo cuenta? —inquirió Claudio Marcelo.

—Como ves, a todo el mundo le cuesta dar cierto tipo de noticias —asintió un demudado Lusco.

Mascullaba Catón letanías en latín y también en griego, pues dominaba ambas lenguas. Se escuchaban sus murmuraciones en una cámara muda, todavía incapaz de digerir la tragedia.

—¿Y sabemos si los lusitanos han contactado con los celtíberos? Porque es de imaginar que la victoria los habrá envalentonado... —planteó al fin el *princeps senatus*.

—Ese es el último escenario que desearíamos —abundó Acilio Glabrión—: una Celtiberia y una Lusitania unidas contra Roma. Una

rebelión tal vez inasumible para nosotros...

No tuvo que releer el pergamino Lusco, porque se lo sabía de memoria.

—Mumio no dice nada al respecto. Pero no es nada descartable que ambos pueblos hayan mantenido conversaciones —reconoció.

—Ya, claro. Y mientras tanto, seguimos sin saber nada del paradero de Nobilior ni de sus intenciones —se lamentó Catón, y su comentario arrancó algunos murmullos sombríos.

Carraspeó Lusco con gran aparato para reclamar silencio, pero sin mudar aquel gesto de abatimiento.

—Sobre Nobilior, es posible que podamos sacar algo en claro a través de un invitado imprevisto —anunció e hizo un gesto con el brazo para que dos lictores acompañaran a un embajador cetrino, huraño y ensabanado hasta el atril de las comparecencias.

Avanzó el desconocido hasta el lugar indicado como si arrastrara cadenas en los tobillos. No llevaba el rostro tapado y por eso se advertía en él un aire de cansancio extremo. Parecía que llevara dos meses sin dormir en su cama, o una eternidad entera vagando por los confines del mundo.

—Mi nombre es Beri y me envía el rey Masinisa con el fin de lavar su honra —aseveró el nómida, y paseó una mirada desafiante y a la par despectiva alrededor del hemiciclo—. Le resulta intolerable la acusación vertida por este Senado a cuenta del supuesto incumplimiento de la ayuda prometida para la guerra de Hispania —añadió antes de que nadie pudiera protestar por la desvergüenza del tono y de las miradas.

Hizo una señal Lusco para serenar a los que ya gritaban y agitaban los brazos desde los bancos. Quería que fuera una sola voz la que se dirigiese al heraldo, la suya.

—Solemos considerar que un aliado incumple un tratado cuando no recibimos lo acordado previamente —afirmó con calma.

—Igual que nosotros —repuso Beri cortante—. Pero, según parece... —añadió con un deje de ironía—, el malentendido entre mi rey y este Senado se debe a la poca afición que vuestro primer cónsul tiene por las cartas. Porque lo cierto es que, desde últimos de

septiembre y durante muchas semanas, Nobilior dispuso de diez elefantes de combate y trescientos jinetes nómadas.

Se abrieron las bocas de todos los magistrados, aunque sin emitir sonido alguno. Solo Catón logró articular una palabra.

—¿Elefantes? —preguntó estupefacto mientras sus compañeros iban recordando, poco a poco, el lenguaje críptico del monarca nómada a la hora de describir las fuerzas que enviaría a Hispania—. Entonces... ese contingente militar «con un poder de destrucción jamás imaginado por los bárbaros...» —continuó el *princeps senatus*, citando textualmente las palabras del rey africano— ¿eran los diez paquidermos?

—Así es.

Se achicaron de pronto los ojos sin pestañas de Catón a causa de la desconfianza.

—¿Y cómo sabemos que no mientes?

—Porque fui yo mismo quien los condujo hasta el campamento del cónsul.

La aseveración no aplacó del todo la suspicacia del *princeps senatus*.

—¿Y cómo es que llegaste tan tarde?

Beri se encogió de hombros.

—Dimos muchas vueltas buscando a Nobilior. Fuimos antes a Segeda, y no estaba allí. Nos llevó cierto tiempo dar con su guarida en el bosque. Parecía estar escondido de los celtíberos mientras muchos de sus soldados se recuperaban de alguna batalla reciente.

—¿Y por qué te fuiste tan pronto?

—Por el clima. Marcharse de la Celtiberia en noviembre no es marcharse tan pronto —protestó Beri—. Mis elefantes no están acostumbrados a ese maldito frío y se estaban volviendo irascibles.

Iban atando cabos los senadores en silencio mientras escuchaban al heraldo nómada, pues su relato coincidía plenamente con el testimonio del tribuno que había viajado hasta Roma a instancias del legado Biesio y sin el consentimiento del cónsul. Ambos daban cuenta de la emboscada sufrida y de las intenciones delirantes de Nobilior.

—¿Alguno de los tribunos que viste en ese campamento se llamaba Servio Insteyo? —inquirió un Claudio Marcelo lívido. Al fin y al cabo, había sido una imposición suya el retorno del muchacho al infierno, para que el requerimiento de retirada a Tarraco le fuera entregado a Nobilior por uno de sus propios oficiales.

Se mostró tajante el nómida.

—Cuando nosotros llegamos, al cónsul solo le quedaban dos oficiales de relevancia: el legado Biesio y Criso, un prefecto ascendido a tribuno debido a las bajas. Nadie que yo conociera usaba ese nombre que dices.

Habían humillado las miradas los trescientos senadores. Entendían cumplidas las peores sospechas de un hombre prudente llamado Cayo Biesio.

—Y entonces... Nobilior quiso conquistar Numantia con la ayuda de tus elefantes... —titubeó Marcelo.

—Así es.

—Y no lo consiguió, claro.

—Pues no.

No habría habido menos comentarios en un funeral público. Si Marcelo preguntó fue solo porque sabía que a todos los allí presentes les consumía la curiosidad por conocer los detalles del fracaso.

—¿Tendrías la bondad de contarnos cómo ocurrieron los hechos? —pidió.

Había previsto Beri la pregunta, y por eso traía bien aprendida la respuesta.

—Los numantinos defendieron bien sus fosos. Fue imposible penetrar en el recinto de la fortaleza —mintió, pues no estaba dispuesto a hablar del rehúse de los elefantes, ni de la incapacidad de sus conductores para controlarlos, y mucho menos del destrozo que las fieras habían causado, erróneamente, entre las huestes romanas—. Además, vuestros auxiliares iberos desertaron en los primeros compases —añadió con rictus de asco.

—Ya, pero aun así, con el empuje de diez elefantes y tres legiones... ¿solo pudisteis llegar hasta ahí, hasta los fosos? —arguyó un Escipión Nassica, todavía incrédulo.

Esbozó Beri aquella mueca de náusea con la que parecía haber nacido.

—Supongo que no tendré que explicaros la ínfima calidad de las tropas que Nobilior se llevó de aquí. Aquellos hombres eran simples malhechores sin coraje ni disciplina... —replicó con desgana, como si hablar por hablar le extenuase.

Se levantó Catón de un salto.

—¡Pero la Legio Tarraconensis es de total confianza! —proclamó con vehemencia, como si el reclutamiento lo hubiera llevado a cabo él mismo.

Asintió Beri, a quien en el fondo le agradaba ser justo con las personas.

—Eso es cierto —concedió—. De hecho, si volvéis a ver a Nobilior vivo, será gracias a esos soldados y al hombre que verdaderamente los comanda: el legado Biesio.

Una lágrima traicionera se le escapó a Catón al escuchar aquello, pero tenía la gota tantos surcos por los que derramarse que nadie se dio cuenta de que estaba llorando.

—Solo dos preguntas más, si no te importa —le suplicó el *princeps senatus* al númida—. La primera... ¿Dónde dejaste a Nobilior?

—Acampado a unas diez o doce millas al este de Numantia. ¿Y la segunda?

—¿Cuántos hombres le quedan? —musitó Catón, porque de la respuesta ya podrían inferir las bajas.

—La legión buena y una mala. Ambas bastante mermadas. Y la caballería de Criso —informó y se marchó por donde había venido.

Resonaron las sandalias del númida hasta que su figura se perdió más allá de los porches, tal era el silencio que dejó en la sala.

—Más nos vale que acertemos en la elección del próximo cónsul de la Hispania Citerior —reflexionó en alto Escipión Nassica Córculo—. Porque su campaña va a ser en realidad una operación de rescate, si es que para entonces queda algo que rescatar de las garras de los celtíberos —añadió. Como todos los presentes, daba por hecho que el ejército consular de Nobilior no volvería jamás a Tarraco por sus propios medios.

Lanzó Catón una mirada desesperada y a la vez suplicante a Claudio Marcelo. El otro le devolvió una cabezada afirmativa. Se percató Acilio Glabrión del cruce de gestos, y de las intenciones de ambos veteranos.

—Yo también estoy de acuerdo —le dijo a su amigo.

XLII

Se acercó Catón a la puerta de la *domus* a través del peristilo. Caminaba haciendo ruido con los pies en la gravilla para que los de arriba supieran que llegaba alguien. Era la residencia de Liciniano una suntuosa vivienda edificada en dos plantas con el fin de aprovechar la inclinación del monte Palatino.

Vio dos caras femeninas asomarse a una de las ventanas. Una era la de la prostituta habitual, la otra parecía un capricho reciente, tal vez de aquella misma madrugada. Se abrió al fin el portón tras dos minutos de espera. Apareció Liciniano con una copa en la mano, dos o tres manchas de vino en la túnica y la mejilla sin rasurar. Y eso que era casi la sexta hora.

—Vaya, debe ser algo muy importante lo que te ha traído hasta mi casa —repuso con un habla algo estropajosa.

—Lo es —gruñó Catón, con el jardincillo a su espalda y las miradas de las dos meretrices sobre la cabeza—. ¿Podemos hablar dentro?

Cedió Liciniano el paso a su padre al interior del vestíbulo, pero la intimidad todavía le pareció insuficiente al *princeps senatus*.

—Mejor ahí —dijo, y se coló en la estancia en la que su primogénito recibía a sus clientes—. Tengo que decirte algo que no debe salir de estas cuatro paredes. Siéntate.

Declinó Liciniano la invitación con un gesto de hastío.

—No hace falta —masculló—. De pie estaremos menos tiempo. Y si has venido a contarme que ese bastardo al que consideras mi hermano se ha muerto, podré soportar la noticia sin desmayarme.

—¡No seas tan desagradable, diablos! Saloniano está perfectamente, aunque tú parece que desearías que se muriera de cualquier cosa antes de hacerte sombra.

Bebió Liciniano un trago del vino que él mismo producía.

—Está bien. Desembucha y acabemos cuanto antes.

Trataba Catón de analizar el grado de embriaguez de su hijo. Le pareció que lo había visto peor otras veces.

—Dentro de un mes, más o menos, tendremos elecciones.

—Eso lo sabe todo el mundo. No puedo creer que hayas venido desde el campo para comunicarme una tontería. —Emitió Liciniano un resoplido sarcástico.

—Quiero que te presentes a los comicios centuriados —repuso el *princeps senatus*, y se preparó para recibir una bofetada dialéctica o incluso física.

Apuró el anfitrión los restos del vaso con ademán huraño.

—No empieces...

—Vas a cumplir cuarenta y un años y todavía te falta mucho compromiso con la *res publica* —insistió el veterano senador—. Haber sido edil curul y cuestor no es suficiente para mirar a la cara a los Escipiones y al resto de familias insignes.

—Lo que me falta son ganas de palmarla —adujo el anfitrión secamente.

—El cargo de pretor da mucho prestigio. Notarías un importante impulso en tus negocios.

—El cargo de pretor es muy peligroso —discrepó Liciniano—. ¿No oíste ayer lo que le ocurrió a Lucio Mumio en la Lusitania? Apuesto a que salvó la vida de milagro.

Cabeceó Catón con ademán ambiguo, como si estuviera de acuerdo solo en parte con la afirmación de su hijo.

—Tú no tendrías que pasar por eso.

—¿Por qué? —reclamó Liciniano, que había acabado por encelarse en la conversación.

—Porque vamos a amañar los comicios de alguna manera. Y tú saldrías elegido pretor urbano en el sorteo. No tendrías que ir a ninguna provincia. Quiero compensarte de alguna forma. — Elevó una ceja Liciniano, como si lo de las trampas en unas elecciones le sorprendiera menos que lo segundo.

—Compensarme... ¿Por qué?

—Por el nacimiento de quien consideras un perjuicio para tus intereses económicos. Así, siendo pretor urbano, te quedarías en

Roma; con el prestigio, pero sin el riesgo.

Tomó asiento al fin Liciniano como si el cambio de postura le ayudara a ordenar las ideas. Su padre hizo lo mismo.

—¿Quiénes estáis dentro de esto? —demandó.

—Eso es mejor que no lo sepas.

Escrutó Liciniano a su progenitor con mirada aún recelosa.

—¿Quieres convencerme acaso de que un grupo de senadores pretendéis manipular los resultados de los comicios tan solo para que yo sea pretor urbano?

—En realidad estamos apuntando más alto —reconoció Catón—, pero ya que estamos..., quiero que tú también salgas beneficiado.

Fue cambiándole el rictus de hurón a Liciniano hasta que sus labios compusieron una sonrisa ladina.

—Lo que tus amigos y tú queréis hacer es controlar la elección de los cónsules y su asignación posterior a las provincias —repuso muy despacio, como quien de repente resuelve un intrincado acertijo.

—Eso es, y haremos lo mismo en la de pretores —admitió Catón sin rodeos— Conseguiré que nadie te quite el puesto.

Acercó Liciniano su cabeza a la de su padre y bajó mucho el tono por si las meretrices estuvieran escuchando detrás de la puerta.

—¿Y a ti te parece que hacer trampas en unos comicios centuriados puede entenderse como un servicio a la *res publica*?

—En este caso, sí. En la próxima campaña, a la Hispania Citerior no puede ir cualquiera. Por lo que no quedará más remedio que corregir el resultado de las urnas, si no salen elegidos los candidatos adecuados; o librarse de la competencia —admitió Catón sin ambages.

—Librarse de la competencia significa...

—¡Maldita sea! —se encrespó Catón—. Librarse de la competencia significa justo lo que estás pensando.

Cabeceó Liciniano mientras las ideas de su padre le iban calando poco a poco.

—Ya, claro —murmuró—. Roma debe salvar a los que, posiblemente, ya estarán sitiados por los bárbaros y tú ya has decidido quién debe hacerlo...

—Así es —respondió el *princeps senatus* y se levantó de la silla, más o menos satisfecho de la conversación mantenida con su vástago. Pero la mano de Liciniano lo aferró por el codo. El contacto se le antojó incluso cálido debido a la falta de costumbre.

—¿Y tanto te apena la más que probable muerte de Nobilior a manos de los celtíberos?

Bajó la mirada Catón en un gesto instintivo y tal vez delator.

—La de Nobilior, no —musitó—, pero sí la de alguien.

Llamearon súbitamente las pupilas de Liciniano.

—¿De quién?

—Algún día lo sabrás, imagino. Hoy no toca hablar de eso.

XLIII

Numantia, siete días después de las calendas de diciembre

Aquella mañana los dioses habían pintado el cielo de la Celtiberia de un intenso color plúmbeo adornado con franjas negras. El viento helado depositaba copos blancos sobre las pieles que Litenio y Leukon vestían ceñidas al cuerpo con correaes. Apoyados en un arco del antemuro bastante reconstruido ambos líderes observaban el acercamiento de, tal vez, quince mil hombres. Leso de Lutia les había enviado un mensajero el día anterior para advertirles de la llegada del ejército levantado en las principales ciudades de la Meseta y de la cuenca del Durius. Las dudas y los miedos suscitados por el avance del cónsul parecían súbitamente olvidados por completo.

—Parece que, en efecto, ese Paulo ha recorrido mucho territorio enseñando los pendones de las legiones defenestradas por los lusitanos, y la gente se ha animado a ayudarnos. —Se frotaba las manos el gigante tuerto, y no era de frío.

—Bueno, algo habrá influido también nuestra victoria contra los elefantes... —repuso Leukon.

—¡Por supuesto! —admitió Litenio—. Por cierto... —titubeó un segundo después—. Quería darte las gracias por apoyarme en la asamblea que me ha nombrado jefe de los guerreros arévacos.

Se volvió a medias el líder de los belos para ver mejor a su homólogo en el cargo. Ya le había parecido notar en él algunos cambios de camino a la puerta. Y es que Litenio lucía la barba más recortada y los cabellos menos desordenados que de costumbre. Incluso el parche del ojo lo había cambiado por otro más presentable.

—Yo también quería agradecerte tu consejo —dijo.

—¿Cuál?

—El de respetar el duelo de Silvis.

—Ah, eso.

—Sí, reconozco que habría sido irrespetuoso por mi parte proponerle relaciones el mismo día de la muerte de su marido. La abordaré de nuevo en cuanto la vea por la calle. No sé dónde se ha metido...

—Bueno, ya están aquí. —Señaló Litenio a los dos hombres que venían a la cabeza de la formación celtíbera— ¿Ese no es...?

—Sí, Abulio de Occilis —confirmó Leukon.

—Qué raro...

Se presentó al fin Leso de Lutia acompañado del jefe de los guerreros de un *oppidum* que ambos líderes habían borrado de la lista de colaboradores.

—Pero vosotros... ¿no estabais ya sometidos a los romanos? ¿No es tu ciudad la que proporciona suministros a Nobilior? —inquirió Litenio, casi como si escupiera un insulto.

Agitó la cabeza Abulio sin tomarse a mal las acusaciones.

—Los viejos abrieron las puertas para evitar la quema de la fortaleza, es cierto. Pero los jóvenes ya nos habíamos ido. Juramos volver para recuperar el control de la ciudad cuando se pudiera... No ha sido tan larga la espera —sonrió el de Occilis, y le entregó al arévaco la bolsa que traía en la mano.

—¿Qué es?

—Compruébalo tú mismo.

Invirtió Litenio la saca hasta que por su boca salió una cabeza ensangrentada con el casco de bronce aún abrochado bajo la barbilla.

—¡Por Teutates! ¿Quién es este?

—Era el jefe de la guarnición que Nobilior dejó en Occilis —explicó Abulio divertido por la reacción del arévaco.

—Ya. ¿Y los demás? —terció Leukon.

—También muertos.

—Entonces... —murmuró Litenio tras endosar una patada a la cabeza para que aquellos ojos de buey degollado dejaran de mirarle.

—Entonces Occilis vuelve a ser arévaca y sus guerreros están ahí, entre toda esa tropa —proclamó orgulloso Abulio.

—¿Eso quiere decir que las legiones de Nobilior ya no reciben alimento? —quiso saber Leukon, inspeccionando el casco del muerto y dándose cuenta de que era un simple centurión.

—Desde hace ya algunos días, las legiones del cónsul solo estarán comiendo hierba —rio Abulio, y su gesto se asemejó al de una hiena hambrienta.

Se miraron Litenio y Leukon con el semblante grave tras el anuncio. Contemplaron después a unas huestes nerviosas, expectantes. Comprendieron que aquellos guerreros indómitos habían viajado desde sus respectivas fortalezas con el brazo caliente, pero con lo justo: sus armas y su deseo indeleble de matar romanos. Porque, a diferencia del invasor itálico, las tribus de la Meseta y del valle del Durius desconocían el significado y la importancia de la logística. Y en Numantia no habría manera de alimentar a tanta boca durante más de cuatro o cinco días.

Había llegado pues el momento de buscar la confrontación directa con el enemigo. Y para eso, lo mejor sería salirle al paso a Nobilior. Cortar el camino natural de vuelta de sus legiones, y obligarlas a pelear o sucumbir en Celtiberia durante el invierno.

XLIV

Se presentó Biesio en el *praetorium* con una escudilla humeante. Encontró al cónsul sentado a su mesa, encorvado sobre un mapa enorme de toda la Hispania Citerior.

—Ah, eres tú —murmuró Nobilior con una traza de sorpresa al notar que era su legado quien le traía el desayuno—. Tengo un optio para estos menesteres —añadió sin levantar la cabeza del pergamino.

—Sí, ya lo sé. Pero lo he mandado a trabajar con el resto. Por eso he venido yo —repuso Biesio, consciente de que estaba gastando saliva en balde.

Lucía Nobilior el mismo aire concentrado de los alquimistas mientras escudriñaba su mapa, calculaba distancias y repasaba rutas que recorrían valles recónditos y montañas que en aquellas fechas ya estarían heladas. No escuchaba las carreras, los ruidos del exterior y las voces de miles de hombres sumidos en una actividad frenética. Salió al fin el cónsul de su burbuja, pero solo un segundo. Y fue para requerir la opinión de un experto.

—¿Crees que podríamos llegar hasta aquí? —preguntó con el dedo índice clavado sobre Visontium, la capital de los pelendones.

Frunció el ceño Biesio al percatarse de que la locura que afectaba a su superior todavía le hacía considerar objetivos militares que a ningún general en su sano juicio se le habrían pasado por la cabeza. Y menos en diciembre.

—Imposible —determinó—. Ahí ya tendrán un palmo de nieve.

—Ya. —Seguía Nobilior masticando gachas con ademán ausente—. ¿Y esta otra ciudad podríamos tomarla?

Había señalado el cónsul la fortaleza de Nertóbriga, la de los jinetes que le habían causado tantas bajas al principio de la

campaña. Era un lugar mucho más lejano, pero al menos estaba de camino a casa.

—Esa sí —le mintió Biesio como quien lanza un burdo cebo a un pez adormilado—, pero para eso tendríamos que marcharnos de aquí de inmediato. Desperezó el comentario a Nobilior.

—¿Cómo? —preguntó volviéndose a medias.

—Como lo oyes. Quiero enseñarte algo, pero antes acábate las gachas.

—¿Por qué?

—Porque va a ser la última vez que comas caliente en algún tiempo.

Abandonó el cónsul las gachas y el mapa, aunque sin terminar el plato. Desde la puerta del *praetorium* contempló estupefacto los preparativos. Criso ladraba órdenes en uno de los extremos del campamento donde algunos soldados adaptaban los carromatos de la artillería para poder transportar heridos graves mientras otros construían camillas y parihuelas para los que aún andaban renqueantes.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber Nobilior al instante.

—Nos vamos mañana.

Abrió la boca el cónsul para censurar a su legado, pero para cuando habló, Biesio ya iba cuatro pasos por delante.

—¿Se te ha olvidado quién imparte aquí las órdenes que incumben a todo el ejército? —gritó malhumorado.

—No, pero estoy seguro que refrendarás lo que he dicho en cuanto veas una cosa.

Alcanzó Nobilior a su primer oficial en la misma *porta principalis*.

—¿Vamos a salir a campo abierto así, sin escolta? —preguntó inquieto.

—No te preocupes. Hay centinelas en las torres. Nos avisarán si alguien se acerca a menos de tres estadios. Además, no queda mucho.

Caminaron el cónsul y su legado unos cien pasos más, hasta que llegaron a las estacas.

—¿Qui... quiénes son? —demandó Nobilior aguantando una primera arcada.

—Pues mira. —Señaló Biesio la primera cabeza—. Este es Musio, ese Bardo, aquel Atilio, el de más allá Clíbulo, el de...

Elevó una mano Nobilior para detener la cantinela que pretendía identificar a noventa y nueve muertos.

—¿Debería conocerlos?

—Supongo que no tienes por qué. Yo sí conozco a tus hombres y a los míos, y a los que dejamos como guarnición en Occilis. Son estos.

Vomitó Nobilior la escasa papilla de gachas que guardaba en el estómago justo delante de la primera estaca. Lo hizo de rodillas para no mancharse la ropa. Después ladeó la cabeza para poder hablar sin que las babas que aún le escurrían de la boca le ensuciaran la capa.

—¡Pero tú me aseguraste que Occilis era un lugar seguro! —exclamó furibundo—. ¡Que sus ancianos comían en nuestra mano! ¡Que sus habitantes se ciscarían en los calzones en cuanto vieran cascos romanos en el horizonte!

Asintió Biesio circunspecto.

—Y así fue. Pero está claro que los celtíberos nos han perdido el miedo.

Parecía cavilar Nobilior como un filósofo griego, solo que en una postura menos digna.

—¿Es por lo de los elefantes? —preguntó al cabo.

—Por eso y, tal vez, por alguna otra circunstancia que aún no sabemos.

—Entonces...

—Entonces Occilis vuelve a ser una ciudad celtíbera y de ella ya no nos llegará ningún suministro. Nos moriremos de hambre si no nos vamos.

El imponderable no pareció abrumar del todo a Nobilior.

—Pero podríamos forrajear... —sugirió—. Todavía tenemos heridos que no pueden valerse... Después, ya veremos por qué camino volvemos a Tarraco. Quizá podamos hacer como Fulvio Flaco hace años.

Le dedicó Biesio una mirada vacía al cónsul.

—¿Qué hizo Fulvio Flaco? —preguntó.

—¡Regresó a Tarraco asolando antes la cuenca del Durio! Destruyó en su camino muchos poblados y castros, y ciudades menores. ¡Volvió a casa con una fortuna y consiguió la ovación del Senado! —prorrumpió el cónsul, que al parecer estaba dispuesto a rebajar ligeramente las expectativas de su interminable campaña.

Sacudió Biesio la cabeza con pesimismo.

—Me temo que no podemos hacer eso tampoco —murmuró arrodillándose junto a Nobilior.

—¿Por qué?

Componían los dos romanos postrados una escena de lo más deprimente. Parecían dos condenados a punto de recibir la pena capital o, cuando menos, un severo azotamiento. La realidad había acabado por atropellar al mayor ejército consular jamás enviado a la Celtiberia, pero solo Cayo Biesio, el legado prudente, se daba cuenta de ello.

—Porque mis batidores han descubierto un gran movimiento de tropas enemigas en las inmediaciones —anunció como si un verdugo lo llamará ya desde el patíbulo.

—¿Te refieres a una coalición celtíbera?

—Probablemente.

Se irguió Nobilior hasta que las cuencas vacías de Musio quedaron a la altura de sus ojos.

—¿Tenemos opciones? —inquirió con aparente entereza.

—¿De ganar, quieres decir?

—¡De sobrevivir! Tengo mujer e hijos... No quisiera morir en este maldito sitio... —lloriqueó el cónsul.

—Ya veremos...

Estuvo Nobilior un minuto entero en silencio. Parecía esforzarse por asimilar los nuevos peligros y las probabilidades de acabar en manos del enemigo. Habló de nuevo tras un largo suspiro.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo... ¿qué? —Mantenía Biesio la mirada perdida mucho más allá de las estacas, posada en un horizonte verde y blanco que le producía sentimientos encontrados.

—Si te espera alguien en Roma...

—No creo.

—Entonces... ¿no le importas a nadie fuera de Hispania?

Esbozó Biesio una mueca indecisa.

—En realidad no lo sé —musitó el militar cauteloso con un mohín de tristeza.

XLV

Partió el ejército romano en un disciplinado *agmen expeditae* en dirección noreste, con las tres cuartas partes de la tropa a la cabeza y las mulas y los carromatos en el centro de la columna. Viajaban pues los heridos y los bagajes protegidos por los mejores, igual que el cónsul. Criso había desplegado a los suyos en los flancos, pero iba preparado para hacer frente a cualquier imprevisto.

Cargaban los romanos con las estacas y los postes de las torres con el fin de poder construir un nuevo campamento aquella misma tarde. Sin embargo, no habían perdido el tiempo en tapar el foso ni desmontar el *agger* del antiguo. Quería Biesio adelantar todo el terreno posible antes de ser descubiertos por los exploradores enemigos, y por eso habían salido antes de que el dios Júpiter recogiera todas las estrellas del firmamento.

Marchaba la columna por senderos utilizados por los propios celtíberos en sus desplazamientos, pues aquella era la única forma de poder transitar con carros. Había escogido el legado los vericuetos más recónditos y menos hollados. Aun así, Criso se acercó a él pasadas dos horas de marcha.

—Ha regresado uno de mis batidores. Cree que nos han detectado —anunció.

—Sí, ya me he dado cuenta —confirmó Biesio sin inmutarse.

—¿Y por qué no nos atacan ya? —quiso saber Nobilior, que se cuidó mucho de mostrar enfado al no haber sido informado de nada.

—Simplemente están esperando a que el terreno les sea más favorable.

—¿Más estrecho, quieres decir?

Asintió Biesio mientras escrutaba las lomas, todavía algo lejanas, que dominaban el valle. Después se dirigió a quien comandaba la caballería.

—Criso, pasa la orden de formar en *agmen quadratum* a los centuriones. Tú mantente cerca de mí para recibir nuevas instrucciones.

—Vale, pero ¿a quién ponemos en primera línea, a los tuyos o a los del cónsul? —quiso saber el veterano.

—Que reserven a la Legio Tarraconensis por si nos apuran —decidió Biesio tras pensarlo un poco, sin encontrar oposición por parte de Nobilior.

Desapareció el tribuno con la misiva. Las voces de mando menudearon entre filas hasta que la disposición de la tropa resultó perfecta.

—Entonces ¿no vamos a pararnos para combatir? —preguntó el cónsul consciente de que el orden adoptado tenía un único fin: seguir avanzando a toda costa. Incluso en medio de una lluvia de proyectiles o bajo la presión de un combate constante.

—Detenerse sería nefasto —masculló Biesio.

—Pero nos perseguirán como sabuesos... —adujo un preocupado Nobilior.

—No te creas. Los ejércitos celtíberos no saben lo que es desplazarse con provisiones —lo tranquilizó su legado—. Nuestros hombres, en cambio, llevan raciones de galleta para cinco días. Si ven que no consiguen hacernos parar, quizá den la caza por imposible al cabo de dos o tres días.

—¡Dos o tres días! —Se pasó la mano por la cara Nobilior como si el plazo se le antojase eterno.

—Sí, nadie ha dicho que volver a casa vaya a ser fácil.

Fue ganando en angostura el valle. Pisaban además los romanos una junquilla cada vez más incómoda, para los pies y para las ruedas. El rodeo de un pequeño cerro pelado les descubrió por fin al ejército enemigo cerrando cualquier atisbo de escapatoria; aunque, a decir verdad, ya llevaban un rato escuchando ecos de voces.

Había jinetes y también infantes apostados en ambas laderas de la hondonada. Estaban los celtíberos en el momento de los desafíos, de los insultos y de los discursos. En las legiones, sobre todo en la Tarraconensis, cundía el silencio habitual previo al combate.

Se lanzó la caballería celtíbera desde ambos lados aprovechando la pendiente de las laderas. Detrás, y también por el centro del valle, arrancó una infantería vociferante, enarbolando falcatas, volteando en el aire hachas enormes o mazas con clavos. Arévacos, belos, titos y pelendones prometían una muerte horrible a sus adversarios mientras corrían como una jauría de lobos.

—¡Criso, no dejes que sus jinetes nos estrujen demasiado por los costados y, sobre todo, impide que nos envuelvan por retaguardia! —aulló Biesio.

Partió el tribuno al galope con los trescientos hombres de su flanco. Debido al griterío, los de enfrente tuvieron que mirar al *signifer* para comprender la orden a través de los movimientos del estandarte.

Llegaron pocos jinetes enemigos hasta el muro de escudos, pues muchos recularon a media ladera como si las *alae* de caballería romana les dieran miedo. Los que sí percutieron con toda su fuerza fueron los peones de la coalición celtíbera. Obviamente, antes de hacerlo, recibieron la consabida lluvia de *pila*. Aunque, en esta ocasión, Biesio solo autorizó un lanzamiento con el fin de economizar proyectiles.

Durante una hora se sucedieron los amagos de los jinetes de la Celtiberia y los embates de su infantería. Y, sin embargo, el ejército consular avanzaba, aunque muy despacio, en un barranco atestado de guerreros. Rotaban las filas romanas con disciplina al escuchar los silbatos de los centuriones. Luchaban incluso con arrojo los legionarios de Nobilior, pues no hay mayor acicate para un soldado mediocre que imaginar una muerte lenta a manos de un enemigo despiadado y bárbaro.

Recogían a los heridos los miembros de la Legio Tarraconensis, todavía en reserva, y los acomodaban en los carros como mejor podían. A los muertos los iban dejando atrás, en un camino que ya era un reguero de cadáveres. Aprovechó Criso un breve receso en la pelea para aproximarse al lugar en el que Biesio y Nobilior viajaban protegidos por los *extraordinarii*.

—¡Son muchos! —se quejó—. ¡Acabaremos mal si no pones a trabajar ya a tu gente!

Cabeceó el legado para indicar que había oído, incluso que estaba de acuerdo con la sugerencia. Pero permitió que las tropas menos capaces siguieran enfrascadas en el combate todavía media hora. Se resistía Biesio a desgastar tan pronto a su tropa de élite. El frente celtíbero se había ido reduciendo notablemente. Apenas tres o cuatro líneas de hombres cansados se oponían al avance romano. El colapso enemigo se le antojó cercano. Un último esfuerzo, pensó, y el remate final de la batalla correspondería a la Legio Tarraconensis. Porque los celtíberos volverían a las crestas en cuanto tuvieran delante a los veteranos de Hispania. Quizá hostigaran a las legiones durante unas pocas millas más, hasta que la distancia a sus propias ciudades y las bajas acumuladas les hiciesen desistir por completo. Desgraciadamente, Biesio desconocía que el ejército consular llevaba dos horas peleando contra fuerzas relativamente marginales. A los mejores guerreros belos y arévacos los ocultaba un recodo rocoso del barranco.

—Bueno, creo que están llegando.

—Sí.

—Los romanos tienen que estar ya bastante mermados, y agotados.

—Seguro.

—Según parece, la estrategia que diseñamos está funcionando.

—Sí.

—Creo que ha llegado la hora de dirigirse a los hombres. ¿Quieres ser tú el primero en hablar?

—No, arenga tú a todos, a los tuyos y también a los belos.

Se giró Litenio para ver mejor al hombre que había respondido a casi todas sus preguntas con monosílabos.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

Dudó Leukon unos segundos. Tal vez no fuera el momento más procedente para hablar de sentimientos, pero decidió al final hacer partícipe de su desconsuelo al gigante tuerto.

—Ha sido en la despedida de Numantia esta madrugada —reconoció.

—¿No te ha gustado acaso que la gente saliera a aclamarnos y a desearnos la victoria? —gruñó Litenio, que se había desprendido del parche para la batalla. Dejando al aire el enorme boquete que tenía en la cara con el fin de infundir más pánico.

—No es eso. Es que he visto a Silvis entre el público...

—¿Y qué?

Frunció los labios Leukon como si el dolor del alma fuese peor que el de una cuchillada en las tripas.

—La he saludado y no me ha hecho caso.

—Bueno.

—Le he gritado desde el caballo y se ha hecho la distraída.

Chascó la lengua el arévaco y cabeceó condescendiente.

—Se te ve muy escaldado...

—Sí.

—Sufres por ella...

—Claro.

Apareció Leso por un extremo de la inmensa línea con la que la coalición celtíbera pretendía frenar, encerrar y aniquilar al ejército del cónsul. Venía el de Lutia haciendo aspavientos con la falcata para meter prisa a dos líderes que parecían estatuas.

—Creo que hoy es un día muy adecuado para que busques la muerte. Una muerte digna en combate —sostuvo el caudillo numantino con total convencimiento y desahogo—. Sería todo más rápido y mejor para ti si pelearas sin escudo.

—¿Buscar la muerte? ¿Por qué? —se asombró Leukon.

Se limpió Litenio las barbas de escarcha antes de exponer su inapelable teoría.

—Porque eso le gustaría a Silvis. Le impresionaría verte aparecer ya cadáver, lleno de cuchilladas, frío y tieso como un carámbano. Yo mismo le diría que caíste como un valiente.

XLVI

Se eclipsó la luz en los ojos de Biesio. Se le murieron las esperanzas de un desenlace favorable y cercano al ver surgir de la nada a un nuevo contingente celtíbero. Habían peleado los legionarios del cónsul como una máquina bien engrasada. Hasta entonces. Pero cuando aquellos soldados ya exhaustos miraron por encima de los cascos enemigos y vieron la nueva avalancha, el muro de escudos dejó de ser hermético. Las falcatas y las hachas se colaron por las grietas cercenando brazos o acribillando cuerpos ya maltrechos.

—¡Debí haberlo supuesto! —masculló Biesio sin esconder el enojo consigo mismo.

—¿El qué? —inquirió un aterrado Nobilior.

—Que iban a venir más.

—¿Por qué dices eso?

—Porque aún no había aparecido ese. —Señaló el legado al guerrero celtíbero que corría al frente de los belos.

—¡Es el que trató de matarme en la escaramuza junto al Hiberus! —aulló Nobilior despavorido tras identificar al hombre que venía ataviado como un oficial romano a excepción del penacho de plumas blancas sobre la cabeza.

Ordenó Biesio el rápido reemplazo de los soldados del cónsul por los de la Legio Tarraconensis. Era preferible realizar la maniobra antes del encontronazo.

—¡Y ahora, ¿qué hacemos? —Contemplaba el cónsul con ojos espantados la marea parda que estaba a punto de estrujar a su ejército por los cuatro costados.

—¡Vamos a retroceder! —anunció Biesio, aunque sus gritos eran en realidad instrucciones para el *primus pilus* de la Legio Tarraconensis.

—¿Retroceder? ¿Por este mismo barranco? ¡Eso es una locura! ¡Me niego! —protestó Nobilior como si el movimiento se le antojase un suicidio.

Bullía la sangre dentro de la cabeza de Biesio. Nunca en su carrera militar se había encontrado en un atolladero semejante. Cada minuto perdido en la hondonada suponía un muerto o diez heridos en las filas romanas. Lo último que necesitaba era la injerencia de un general inexperto.

—¿Quieres tomar tú el mando? —le espetó a Nobilior desde muy cerca—. ¿Tienes una idea clara de cómo sacar a tus hombres de este infierno?

Echó un vistazo el cónsul por encima de los escudos de los *extraordinarii*. Vio llegar miles de guerreros celtíberos por el centro de la vaguada mientras las crestas del valle se llenaban de centauros con lanzas a punto de cargar ladera abajo. Imaginó una lucha ordenada al principio. Hasta que al cabo de un par de horas el cansancio y las bajas fuesen haciendo flaquear incluso a los mejores. Después vendría la rendición y el cautiverio. Y una muerte horrible, dentro de una tinaja con aceite hirviendo o colgado de la muralla de Numantia en el interior de una jaula.

—¿Cómo piensas salir de aquí? —le preguntó entonces a su legado en un tono más dócil.

—Solo podremos hacerles frente si nos desplegamos en campo abierto —explicó Biesio.

—¿Campo abierto? ¿Dónde está eso? —Giró Nobilior la cabeza en redondo hasta casi dislocarse las vértebras del cuello. No vio nada excepto rampas y enemigos.

—Conozco una bifurcación que nos conducirá a una enorme planicie. La dejamos atrás no hace mucho. Allí podremos defendernos y avanzar de manera más efectiva —dijo.

—¡Pero los celtíberos estarán esperándonos también allí! ¡Habrán cortado todos los desvíos! —pugnó Nobilior.

—Ese no.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—No cuentan con que retrocedamos casi hasta Numantia.

Se le erizó el vello de la nuca al cónsul al escuchar las intenciones de su legado.

—¿Cómo? ¿Estás hablando de volver a las cercanías de ese maldito *oppidum*? —objetó atónito.

—Créeme que no hay otra opción —repuso taxativo Biesio. Después se dirigió a quien debía transmitir sus órdenes, a base de banderazos, por encima de la algarabía—. ¡*Signifer*, que la caballería dé la vuelta y despeje el terreno que tenemos ahora a la espalda!

Durante más de una hora, el ejército consular peleó convertido en un enorme corral ovalado en el que los escudos oblongos eran su empalizada y los carros de los heridos y las mulas de la impedimenta, el ganado a guardar de los lobos.

Surgió al fin la llanura de la esperanza cuando más enconado era el combate. Logró Biesio hacer desplegar la afamada *triplex acies* mientras Criso y sus jinetes se multiplicaban para evitar las maniobras de envolvimiento por parte del enemigo.

—¿Pretendes llegar a ese montículo? —preguntó Nobilior al comprobar el rumbo inequívoco de su ejército.

—Sí.

—Pero ¿se puede subir hasta arriba? —Examinaba el cónsul las laderas rocosas del altozano y su cúspide achatada con ojos incrédulos.

—Hay una senda —replicó Biesio con expresión indescifrable—, pero hay que tomar decisiones importantes antes de afrontarla. Y, en este caso, vas a hacerlo tú.

—¿Por qué yo?

—Porque no quiero que nadie me recuerde como a un malnacido.

Eran las cuestas que estaban a punto de afrontar de una pendiente excesiva para los carros. Tampoco las mulas podrían trepar hasta arriba con tanto lastre, aseveró el legado y se quedó esperando el veredicto del cónsul.

—Entonces, si abandonamos a los heridos en sus carros, subiremos antes... —dedujo un dubitativo Nobilior tras las explicaciones.

—Sin duda.

—Pero las mulas... No podemos perderlas. Ellas llevan todo el material para plantar el campamento.

—Yo no he dicho perderlas, sino aligerarlas de peso.

—¡Pero, ¿con qué vamos a protegernos arriba si arrojamos los postes y las estacas?

—Eso no sería un grave problema.

Regresó Criso con la cara desencajada cuando mayor era el desconcierto del cónsul.

—¡Estoy perdiendo muchos hombres! —prorrumpió—. ¿Adónde diablos nos llevas? ¡Ahí mismo está Numantia! —le gritó a Biesio señalando hacia la fortaleza enemiga como si el primer oficial hubiese perdido la cabeza y el norte.

—Hay que coronar ese cerro como sea. —Apuntó el legado hacia el montículo que los propios celtíberos llamaban la gran Atalaya—. Y me temo que vas a perder más jinetes todavía, porque quiero que nos cubras las espaldas en la subida.

Acabó la jornada Criso con trescientas bajas. Pero gracias a las cargas que la caballería repitió sin descanso hasta la noche, el ejército consular se salvó de la debacle. También los que parecían condenados por tener una pierna rota o un tajo en el cuerpo llegaron arriba con vida. Porque Nobilior decidió que cada mula cargara con un herido, a costa de prescindir de las estacas e incluso de los contubernios.

Se desplomaban los soldados romanos nada más alcanzar la cima como si sus armaduras estuviesen hechas de plomo. No en vano habían pasado todo el día combatiendo sin probar bocado. Afortunadamente para ellos, lo mismo les ocurría a los celtíberos, que eran al fin y al cabo seres de carne y hueso. Aunque la razón principal para que la coalición de tribus detuviera su ofensiva fue la imposibilidad de tomar al asalto el intrincado lugar hasta el que Biesio había guiado a los suyos.

Resultaba muy fácil defender aquel antiguo campamento romano debido a las estrechuras de su acceso. Apenas dos manípulos eran

suficientes para taponar el corredor que conducía a la *porta praetoria*. Alrededor de los robustos zócalos de piedra que delimitaban todo su perímetro, tan solo había cárcava y despeñaderos. Además, algunos tramos de aquel sólido muro todavía conservaban la empalizada de troncos.

—¿Pero quién diablos ha estado aquí antes que nosotros? —Hablaban Nobilior consigo mismo mientras admiraba unas instalaciones casi intactas: había dependencias para oficiales, barracones macizos para la tropa e incluso caballerizas.

Criso lo examinaba todo con el mismo rictus de pasmo, aunque sin abrir la boca.

—¿Cómo es posible que los celtíberos no lo hayan destruido? —preguntó al cabo.

Observaba el legado la retirada del ejército enemigo con mirada vacía. A solo tres millas, los hachones ya encendidos de las torres numantinas iluminaban un páramo inmenso y amenazante. Un océano de tierra negra que esperaba paciente la mejor ocasión para tragarse a unos naufragos de los que nadie conocía su paradero, ni siquiera si estaban vivos.

—Porque no pensaban que ningún otro gobernante romano cometería la osadía de acercarse tanto a Numantia. Y por eso nunca se tomaron la molestia de demolerlo —murmuró.

—Pero tú sí has estado aquí antes... —insistió Criso—. Sabías de su existencia porque alguien te lo había dicho...

Asintió Biesio con la vista perdida en el horizonte.

—Vine un par de veces cuando era el prefecto de Castra Atiliana —confesó el hombre que, de pronto, parecía herido de muerte por el recuerdo.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Por simple curiosidad, supongo.

—¡Explícate, maldita sea! —Había regresado Nobilior al presente con ganas de comprender el misterio.

Asintió Biesio con aquel gesto de sonámbulo impenitente.

—Este campamento lo plantó Marco Porcio Catón hace unos cuarenta años. Él me lo describió muchas veces y me contó cómo encontrarlo —rememoró.

—¿Te refieres a Catón el Censor? ¿El que fuera una vez cónsul?

—Sí.

—¿El que restituyó el orden en la Hispania Citerior venciendo a un enorme ejército ibero en las costas del Mare Internum? —inquirió Nobilior sin poder esconder su secreta admiración por uno de los militares más longevos y a la vez exitosos de la República.

—El mismo.

Aferró el cónsul a su legado por los brazos y lo zarandeó como si pretendiera sacarle la verdad a base de golpes.

—¿Qué tienes que ver tú con Marco Porcio Catón? —demandó.

No se molestó Biesio en comprobar si alguien más estaba escuchando. En realidad, no le importaba revelar su secreto máspreciado. Porque nadie de los que le acompañaban en aquel cerro podría jamás difundirlo, aunque quisiera. Todos iban a morir en la Gran Atalaya celtíbera. Un día u otro. Sin tardar mucho.

—Es mi padre —dijo.

XLVII

Iba contando Hilerno los guerreros, uno a uno, a medida que estos pasaban bajo el arco del antemuro. A su lado, el pequeño Lorien asistía a tan silencioso desfile con el ceño convertido en un interrogante.

—Tres mil setecientos seis... tres mil setecientos siete... —Detuvo el anciano mandatario su cuenta al divisar a Litenos entre los que regresaban—. ¿Pero qué ha ocurrido? ¿Por qué volvéis tan pocos? —le preguntó asustado.

—No ha pasado nada —gruñó el líder arévaco—. Es que medio ejército se ha quedado vigilando al enemigo a los pies de la Gran Atalaya. Está todo controlado.

La noticia no cambió el gesto de consternación de Hilerno.

—Entonces no habéis acabado con ese cónsul... ¿Y cuántos de los nuestros han caído? ¿Y romanos?

—¡Y yo qué sé! —Elevó el gigante tuerto una mano ensangrentada para detener la catarata de preguntas. Lo cierto era que no deseaba hablar de muertos, para no tener que reconocer que los romanos no habían perdido más de quinientos hombres mientras la coalición contaba sus bajas por millares—. Ya sabes que no me gusta repetir las cosas —añadió señalando al estrado que esperaba a los líderes celtíberos en la explanada—. Vamos a informar ahora de todo lo sucedido. Así que déjame al menos que llegue... ¿Empiezas tú o empiezo yo? —le dijo después a Leukon.

Le pilló distraído la pregunta al de Contrebia Leucade. Porque acababa de localizar a Silvis entre la muchedumbre que esperaba la comparecencia de los jefes.

—Sube tú primero —contestó mientras se apeaba del caballo.

—Claro. Como no has tenido valor para morir en la batalla, te sientes mal ahora, ¿no? —Emitió Litenos un resoplido sarcástico. No

se había percatado de la presencia de la muchacha entre el público, ni de las intenciones del guerrero belo.

—He matado tantos romanos como tú, pero al parecer no era hoy el día señalado para volar al paraíso —repuso Leukon con sequedad, y se perdió entre el barullo.

Se adelantó Leso de Lutia a los líderes locales pues también él tenía bastantes seguidores entre los oyentes. Y, además, a la gente le daba igual quién abordara el relato de la esperada victoria sobre Roma.

—¡Silvis! —tuvo que gritar Leukon para hacerse oír entre el tumulto—. Debemos hablar.

—¿De qué?

—Tenemos una conversación pendiente —arguyó Leukon mientras la arrastraba entre miles de cuerpos.

—¿Desde cuándo? —inquirió la muchacha, el ademán huraño.

—Desde la noche en que me abordaste a la salida de la gruta del brujo. Comprende que aquel no era el mejor momento para...

—¿Y qué ha cambiado ahora? —le cortó ella.

—Hombre... las cosas van a ser muy distintas a partir de esta misma noche. Los romanos van a dejarnos tranquilos quizá durante años. Creo que ya podemos pensar en nosotros. O sea, en lo nuestro —sonrió Leukon—. Sobre todo, porque ya has pasado el duelo por la muerte de Ambón y...

—¡Ambón murió hace una eternidad! —exclamó Silvis, como si dos semanas fuesen dos mil días—. ¡Y tú has estado desentendido todo ese tiempo! ¡Esperaba que me dijese algo la misma noche de su incineración, pero quien se acercó fue Liteno!

Estuvo el contrebiense a punto de perder el casco debido al impacto demoledor de aquellas palabras.

—¿Liteno te habló la noche de la pira funeraria?

—Eso es. Me quería como esposa, me dijo.

—¿Y tú aceptaste? ¿Así a la primera? ¿Sin contar conmigo? —Seguían dislocados los ojos de Leukon a causa de la sorpresa.

—No se pueden desaprovechar las oportunidades. No en estos tiempos —fue la respuesta contundente de Silvis.

—¿Y Litenó ha aceptado a Lórien? —inquirió el joven guerrero, todavía incrédulo.

—No hace falta que lo haga. Hilerno se lo ha llevado a vivir a su casa. Debe sentir que es como su nieto, y a mí no me importa. —Mostraba la celtíbera un semblante sereno, confiado. El rictus de quien ha alcanzado un lugar destacado entre la aristocracia arévaca—. Heredará todo lo del viejo, e incluso lo de Ambón. Y yo tendré las tierras y el dinero de Litenó, cuando se muera.

Boqueaba el contrebiense como un pez varado en el barro.

—Pero yo pensaba que tú y yo...

—¿Tú y yo? —rió Silvis con crudeza—. ¿Qué puedes ofrecerme, Leukon, aparte de una vida errante y miserable?

—Tal vez amor.

—Oh, sí, el amor... —La risotada de la muchacha resonó en el alma del joven guerrero como la carcajada atroz del brujo el día en que se burló de sus emociones—. Eres un perdedor, Leukon. Siempre estuviste a la sombra de tu primo Caro. Jamás mostraste iniciativa. Lo único que tienes, eso sí es cierto, es el cariño del pueblo belo. Y por eso sé que algún día querrás regresar a una Sekaisa en ruinas para continuar con una misión imposible. Para eso... no cuentes conmigo.

Ni la maza del dios Sucellos, el que golpea bien, habría causado tanto desconcierto en un ser humano. Si Leukon logró llegar hasta la poterna que comunicaba la explanada del antemuro con el interior del *oppidum* fue tan solo porque la tenía cerca y, además, se sabía el camino de memoria. También la covacha de la Sombra le quedaba a mano y por eso consiguió plantarse dentro, aunque tambaleando.

Encontró al brujo sentado en el suelo, recostado en la misma muralla de Numantia, escuchando a través de sus piedras la voz gutural de Litenó. Al parecer, Leso de Lutia ya había acabado su discurso.

—Entonces... ¿habéis ganado o no? —le preguntó el druida al recién llegado como si los relatos de los dos jefes intervinientes no casaran del todo.

—Más o menos.

Levantó la cabeza la Sombra, pero no se le vio la cara, solo las bolas de fuego que gastaba por ojos.

—¿Qué significa «más o menos»?

—Que el cónsul y sus hombres acabarán por morir de hambre y de frío, aunque puede que les cueste un poco. —Se agitó la capucha como si la respuesta no fuese del todo satisfactoria—. En realidad, no he venido a hablarte de la batalla.

—¿De qué entonces?

—De mí.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, Leukon? —preguntó el druida sin abandonar su pose reflexiva.

—Hace meses me dijiste que mi tiempo llegaría cuando prescribiese el de mi primo Caro.

—Sí. Y fue exactamente así.

Tomó asiento el contrebiense junto a la Sombra, para que sus confidencias solo pudieran escucharlas el brujo y los murciélagos del techo.

—Pues tengo la sensación de que mis días ya están cumplidos.

—¿Por qué iban a estarlo?

Abrió sus brazos Leukon como para anticipar la obviedad de sus pensamientos.

—Porque el conflicto con los romanos está más o menos resuelto y ya no pinto nada en Numantia. En el fondo, no sé si he sido de demasiada utilidad a la causa —afirmó con los ojos bajos—. Por otro lado, la vida que esperaba rehacer al terminar todo esto se ha desvanecido como el humo de una fogata. Silvis me ha rechazado. Quizá soy un perdedor y no me doy cuenta —se lamentó.

Escuchó la Sombra las razones de su invitado sin mover ni una arruga del manto.

—Mmm... crees haber perdido el rumbo —murmuró tras una larga pausa.

—Sí.

—Eso te pasa por buscarlo.

Se abatió la maza de Sucellos por segunda vez sobre el cráneo del contrebiense.

—¿Cómo? ¿Acaso está equivocado quien trata de orientar sus pasos en el laberinto de la vida?

—No, pero es un esfuerzo inútil.

—¿Por qué?

—Porque la vida es un viaje oscuro cuyo destino final solo los dioses conocen. Y por eso no merece la pena ir en su busca. Todo llega a su debido tiempo: las victorias, las derrotas, las tragedias, la muerte...

—¿También la paz y la felicidad? —se ilusionó Leukon.

—¿La paz y la felicidad? —Sacudió la cabeza el brujo como para espantar las moscas—. Mmm... de eso hay poco en la existencia de un celtíbero.

—Entonces..., si todo está ya escrito, ¿cuál es tu papel en todo esto?

Se movió la capucha negra de un lado a otro muy lentamente, en un gesto que denotaba frustración e incluso cierto desencanto.

—Solo encauzar ríos revueltos... ayudar a algún líder local demasiado estúpido... allanar el terreno para afianzar alianzas... —Chascó la lengua la Sombra como si todo aquello eso se le antojase poco—. Tal vez lo que hago sea únicamente demorar lo irremediable —resumió—. No estoy muy seguro. Como te digo, todo depende al final de los dioses, sobre todo del que habita ahí abajo —concluyó, golpeando el suelo de su covacha con las cadenas que llevaba sujetas a un tobillo.

—¿De Vaélico?

—Sí, de ese. En cualquier caso, Leukon, debes comprender que la de un líder es una vida de servidumbre. Para eso te eligieron entre muchos.

—¿A mí?

—Por supuesto.

—¿Entonces?

—Entonces espera con paciencia hasta que se te revele tu nueva misión. Después cumple con ella como has hecho hasta ahora.

XLVIII

Campamento de Nobilior, décimo día antes de las calendas de enero.

Sobrevolaban los buitres y los cuervos la Gran Atalaya como si su cima fuese un muladar en el que pronto gozarían de un enorme festín de carne itálica. Ardían docenas de hogueras sin descanso en todos los cabezos circundantes. Desde allí, los centinelas numantinos intercambiaban señales luminosas para avisarse unos a otros de las maniobras de los asediados. O, más bien, de sus intentos.

Se sabían los romanos vigilados en todos y cada uno de sus movimientos, incluso de noche. Hacía días que el cónsul había renunciado a que sus hombres realizaran cualquier salida del campamento, excepto a por agua. Las pretensiones de forrajeo en las laderas de la atalaya solo habían conducido a la muerte de muchos soldados. Pero es que más legionarios aún habían perecido ya de frío.

Debido a la falta de vestimenta de invierno, solo quienes habían logrado arrebatarse las pieles a algún enemigo abatido en las cercanías del campamento lograban combatir con cierto éxito unas temperaturas diabólicas. Los demás andaban por ahí como pordioseros, con trapos y trozos de viejas mantas enrollados en las piernas o en los brazos para evitar el congelamiento. Y es que, de los antiguos barracones construidos por Catón, quedaban los muros, pero no la techumbre; y los nuevos inquilinos se habían visto ante una terrible disyuntiva: utilizar el escaso ramaje encontrado en la cima para cubrirse de las nevadas o para hacer fuego.

Con aire abatido, Nobilior examinó los enormes grupos de jinetes celtíberos que recorrían tranquilamente la llanura. Después miró de reojo a los hombres que tiritaban en las torres, en la empalizada o en las calles del campamento.

—Ahí abajo sigue habiendo muchos guerreros... Diría que más aún que en la batalla; y ya llevamos aquí mucho tiempo encerrados —murmuró circunspecto.

Entendió Biesio que el comentario se dirigía a él, y por eso decidió pronunciarse.

—Está claro que las diferentes tribus de la Meseta y de la cuenca del Durius han enviado más guerreros. La carroña se huele desde muy lejos.

Dio un respingo el cónsul.

—¿Nosotros somos la carroña?

—Pues claro.

Seguía Nobilior sin conciliar la enorme concentración de enemigos en la planicie numantina con las palabras vertidas por su legado algunos días antes.

—Ya, pero... ¿no me dijiste que los celtíberos no acostumbraban a desplazarse con provisiones? —inquirió—. ¿Cómo demonios hacen para aguantar tanto tiempo el asedio?

—Lo que estamos viendo tan solo demuestra que están recibiendo suministros desde todas las ciudades cercanas a Numantia e incluso desde mucho más lejos.

Desorbitó los ojos Nobilior

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir exactamente que nuestro ataque a Numantia ha agitado el avispero. Me temo que hemos conseguido reavivar la vieja alianza de pueblos celtíberos; como le ocurrió a Graco en su día.

—Ya. —Miró Nobilior de reojo a los dos hombres que le acompañaban en el parapeto. El interrogante que pensaba plantearles era de vida o muerte, y confiaba obtener de ellos una respuesta afirmativa, o cuando menos esperanzadora—. ¿Creéis que aguantaremos hasta la primavera?

Fue Criso el primero en pronunciarse.

—Ya hemos matado cincuenta mulas para alimentarnos —repuso, como si la cifra sirviera para hacer cálculos.

—Bueno, aún nos quedan más de cuatrocientas —alegó el cónsul con impostado optimismo.

—Sí, eso daría teóricamente para un mes más, o quizá dos. Pero no has contado con que los animales apenas comen, y las que vamos sacrificando no son más que sacos de huesos. Dentro de una semana o dos empezaran a morir de hambre, igual que los caballos, y entonces ni siquiera podremos aprovechar esa carne porque no disponemos de sal para conservarla.

El informe demoledor del tribuno empujó a Nobilior a buscar una salida distinta al entuerto.

—¿Crees que el nuevo cónsul llegará a tiempo? —le preguntó esta vez a Biesio.

Pero el legado le respondió con otra pregunta que aplastaba cualquier atisbo de esperanza.

—¿Cuándo llegaste tú a la Celtiberia?

—A últimos de julio, creo.

—Pues piensa si aún te ves con vida dentro de siete meses.

Manoteó Nobilior el aire gélido de la Celtiberia con ademán displicente.

—Ya, pero no todos los cónsules tienen por qué ser como yo... —sostuvo en un tono que parecía llevar cierta dosis de arrepentimiento—. Tal vez el próximo se dé algo más de prisa. Sobre todo, si se imagina nuestra situación desesperada...

—Nadie en Roma se imagina nada, salvo que estamos muertos. —Sonaron las palabras de Biesio igual que truenos secos en una noche negra.

Se atusó Nobilior unos cabellos excesivamente largos para la usanza romana. Se frotó después la mejilla con ademán reflexivo.

—Bueno, entonces todo pasa por enviar a alguien a avisarles... —sugirió, como si cruzar la maraña de puestos de vigilancia instalados por los celtíberos en la planicie fuese un juego de niños.

—Nadie va a poder pasar por ahí —le contradijo Biesio.

—Tal vez sí —se empecinó Nobilior.

Sacudió la cabeza el legado. El convencimiento de un final ya próximo le había hecho perder el miedo a revelar antiguos secretos.

—Yo ya mandé a alguien a Roma, y no volvió.

—¿Tú? ¿A quién? —Enrojeció de ira el cónsul, pero enseguida se dio cuenta de que ya no era el momento de la cólera sino del

entendimiento—. ¿Y para qué? —añadió más calmado.

—Mandé a Servio Insteyo —explicó Biesio con la tranquilidad de los que se saben condenados—. Puse al tribuno en la lista de bajas tras la emboscada de Nemeton y lo envié a Roma para que diera cuenta de tus derrotas y de tus desvaríos. Confiaba en que, así, el Senado te ordenaría regresar a Tarraco de inmediato. Pero ya ves que Insteyo murió por el camino. A la ida o a la vuelta. Tanto da porque el resultado para nosotros va a ser el mismo: una muerte lenta aquí arriba o la rendición. No sé qué es peor.

Pareció reflexionar el cónsul sobre la disyuntiva.

—¿Qué nos harán si nos rendimos?

—Nos cortarán la cabeza, como a la guarnición de Occilis, pero antes nos sacarán los ojos y nos desmembrarán vivos.

Había atado Criso algunos cabos sueltos mientras escuchaba el relato atroz de Biesio.

—Entonces fuiste tú el que quiso enviar a uno de los heridos de la primera escaramuza celtíbera junto al Hiberus con otro mensaje de alerta para el Senado... Yo encontré el rollo entre sus ropas después de que los jinetes de Nertóbriga los masacraran al poco rato. Llevaba las iniciales C.P.

Asintió Biesio mientras barría la planicie numantina con ojos indiferentes.

—Con la C de Cayo y la P de Porcio, el apellido de mi padre —murmuró—. De esa manera él entendería quién enviaba la carta.

—Sí, yo también sospeché de ti, pero ahora ya poco importa —terció un Nobilior conciliador—. Confieso que debí haber mantenido más correspondencia con el Senado. Porque en la única carta que les envié no mencioné mis intenciones de atacar Numantia. Como mucho, el próximo cónsul de la Citerior husmeará en las intermediaciones de Segeda y al no encontrar ni rastro de mis legiones, nos dará por muertos. Nadie va a buscarnos aquí, tan cerca de ese condenado *oppidum*.

Era la de Nobilior una conclusión lúgubre y, sin embargo, lúcida. Se sonó los mocos Criso con estruendo para que la voz le saliera menos gangosa.

—Ningún ejército va a venir hasta aquí, eso está claro, a menos que... —Giraron la cabeza el cónsul y su legado para escuchar la ocurrencia de un veterano soldado con ganas de salir con vida de un matadero llamado Celtiberia—. ... a menos que alguien lo guíe hasta este montículo directamente. Es decir, sin perder tiempo.

Descartó Biesio tal posibilidad al instante

—Ya hemos hablado de eso —objetó—. Cualquier jinete que saliera a campo abierto, incluso de noche, sería una víctima fácil de las patrullas celtíberas.

—Tú no eres cualquiera —asentó Criso mirando fijamente al legado—. Si alguien tiene alguna posibilidad de sortear los peligros de esta maldita Celtiberia y llegar a Roma con vida...ese eres tú.

—Lo que en verdad necesitamos... —Brillaban los ojos de Nobilior con un fulgor renovado—, es que el Senado nos envíe una expedición de rescate cuanto antes. Seguro que Catón apoya la iniciativa, si lo demanda su propio hijo.

Un sol paupérrimo se colaba a través de la cortina de niebla formando unos haces de luz desperdigados y débiles. Llovían aquellos rayos enclenques sobre dos hombres súbitamente ilusionados y uno triste.

—Eso no puede ser —musitó Biesio.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono los que le escuchaban.

—Porque mi padre y yo hicimos un pacto de honor cuando ingresé en el ejército.

—¿Y puede saberse cuál es? —inquirió Nobilior tirante.

—Que no regresaré a Roma antes de su muerte. Y, por lo que sé, aún está vivo.

—¡Vaya estupidez! —Estaba Criso a punto de emprenderla a golpes con el legado, pero Nobilior se interpuso entre ellos.

—Tú no eres un patricio, pero yo sí —le dijo a su tribuno—. Por eso le entiendo. Se niega a ir a Roma por no avergonzar al hombre que lo engendró, pero no tuvo arrestos para darle su apellido. ¿No es así? —añadió volviéndose hacia Biesio.

—Sí, la humillación podría acabar con él y con su prestigio —admitió sin rodeos el hijo ilegítimo del *princeps senatus*.

Apuntó Criso al primer oficial con dedo tembloroso.

—¡Yo no soy un patricio, es cierto, pero tú tampoco, maldito imbécil! ¿Es que no te das cuenta? —rugió furioso—. ¡Catón no va a darte su *gens*, ni vivo ni muerto! ¡Para él no eres más que una rata de cloaca que ya ha tenido bastante suerte! ¡Piensa que la vida de casi ocho mil hombres depende de un juramento absurdo!

XLIX

Roma, un día después de las calendas de enero, año 152 a.C.

Penetró Claudio Marcelo en la Curia Hostilia ataviado con la *toga praetexta* por tercera vez en su vida. Caminaba rodeado de los doce lictores que portaban las varas de abedul y el hacha, símbolo del poder omnímodo del cónsul para castigar —con la muerte incluso— a todos los hombres y bárbaros que iban a quedar a partir de ese día bajo su gobierno.

Lanzó Marcelo una mirada cómplice al *princeps senatus* antes de subirse a la tarima para renovar el juramento ofrecido poco antes en el templo de Júpiter. Estaba solo en el altillo porque, curiosamente, Lucio Valerio Flaco, el otro cónsul surgido de los comicios, había sufrido un ataque de apoplejía esa misma noche. Al parecer, al sicario enviado por Acilio Glabrión se le había ido un poco la mano con el veneno. Ya no haría falta, pues, que ambos magistrados electos se entendieran a la hora de repartirse las provincias, ni tampoco efectuar un sorteo en caso de desacuerdo. Marco Claudio Marcelo partiría hacia la Hispania Citerior en cuanto tuviera a su ejército preparado. Mientras tanto, Lucio Valerio Flaco esperaría en su casa una recuperación improbable. De ocurrir una desgracia, el Senado se vería obligado a convocar unos comicios sufectos con el fin de disponer de un sustituto a la mayor brevedad posible.

Observaba Liciniano con sonrisa satisfecha todo aquel pomposo protocolo, pues al día siguiente él viviría lo mismo —toma de auspicios en el Capitolio, procesión al templo de Júpiter e investidura del *imperium*— tras haber sido designado pretor urbano por obra y gracia de los dioses, de los votantes y, sobre todo, de su padre y de quienes lo acompañaban en el amaño.

Pronunció Claudio Marcelo con voz firme su *iuramentum in leges*. Tras cumplir con el requisito fundamental previo al mandato, el veterano senador quedó enfrentado a trescientos hombres expectantes. En realidad, hasta los lictores que guardaban las puertas de la Curia Hostilia deseaban conocer la política que desplegaría el cónsul entrante en su campaña hispana.

Hubo tantos murmullos de aprobación como de asombro tras la breve alocución del cónsul. Pero se escuchó mucho más alto a los críticos. Porque Claudio Marcelo acababa de plantear un objetivo único para su estancia en la Citerior: la búsqueda de las legiones perdidas de un cónsul que no había estado a la altura de las circunstancias.

—¡Discrepo rotundamente! —vociferó el joven Publio Cornelio Escipión Emiliano, poniéndose en pie.

Era el cónsul entrante un hombre tranquilo y, además, acostumbrado a calmar las aguas del hemiciclo a base de mucha mano izquierda y grandes dosis de paciencia.

—¿Por qué habrías de estar en desacuerdo conmigo, hijo? —sonrió afable.

Había usado Marcelo un tono paternal para dirigirse a un senador al que casi doblaba en edad; pero el tratamiento enervó todavía más a quien en su fuero interno se creía el heredero de Alejandro Magno.

—¡Porque no sabrías por dónde empezar tu búsqueda! —respondió Escipión Emiliano con vehemencia—. ¡Y, de encontrar algo..., solo hallarías un gran cementerio de huesos blancos y capas rojas! ¿En eso pretendes malgastar una campaña entera? ¿Para esa estupidez te hemos hecho cónsul?

Anduvo un poco lento Marcelo en iniciar su réplica, y por eso, Escipión Nassica Córculo tomó el relevo de su primo y, a la vez, cuñado.

—Me temo que Publio tiene razón. Siempre he tenido cierta estima por Nobilior pero..., después de todo lo que ya sabemos —alegó en referencia a las comparecencias de Servio Insteyo y el heraldo de Masinisa—, quizá debiéramos asumir que todo el ejército consular está bajo tierra en algún lugar indeterminado de la Celtiberia.

—Pe...pero, ¿y si aún viven? —objetó Catón, al que las piernas le temblaban tan solo de imaginar la situación en la que podrían haber quedado los supervivientes—. ¡No podemos abandonar a su suerte a diez mil hombres! —añadió en tono casi suplicante.

—Bueno, en realidad serían bastantes menos. Ya escuchaste a ese nómada. Cuando él se separó de Nobilior, solo quedaban dos legiones y no completas —repuso un pragmático Emilio Lépido—. Yo tampoco creo que estén vivos a estas alturas del invierno. Si un pretor o un cónsul de la Citerior no regresa a Tarraco para principios del otoño... es que está muerto.

Abundó en lo mismo Lucio Licinio Lúculo, uno de los que se habían presentado a los comicios, pero había fracasado estrepitosamente. Aunque él no lo sabía, una mano negra le había usurpado un buen puñado de votos.

—Resulta absurdo ponerse a recorrer la Citerior sin ton ni son cuando lo que la situación requiere es... ¡propinar un castigo ejemplar a los celtíberos por su desafío a Roma! —exclamó—. Ya enviamos a Nobilior para ello pero, lejos de conseguirlo, ha dilapidado el mayor ejército consular jamás enviado a Hispania. Lo que tienes que hacer —añadió señalando con el dedo a Marcelo— es cruzar la línea del Hiberus y acabar con todo el que te salga al paso, incluso si se trata de ciudades que afirman tener pactos de amistad con nosotros, como por ejemplo Bursau, Turiaso o Carabis.

Cruzaron una mirada preocupada los tres máximos implicados en el amaño. Tanto a Acilio Glabrión como a Marcelo todavía los sofocaba el asombro por el escaso apoyo de un Senado que esperaban más manejable. Catón, en cambio, ya había superado la fase de la consternación y de la sorpresa. Y por eso se lo llevaban los demonios.

—¡Un cónsul puede hacer lo que le dé la gana! ¡Para eso le hemos concedido el hacha que simboliza el poder absoluto! —vociferó, harto de escuchar a todos los que querían meter palos en las ruedas de su carro, como si él jamás hubiese censurado a Nobilior por hacer lo mismo.

Su airada intervención provocó algunos abucheos entre los más intrépidos, unas muestras de desaprobación que fueron cesando

cuando se levantó para tomar la palabra alguien que jamás abría la boca. Porque no tenía nada que decir o porque los asuntos de Roma jamás habían sido de su incumbencia.

—Un cónsul puede hacer lo que estime más oportuno —opinó un Liciniano claramente perjudicado por los tentáculos del dios Baco—, pero haría bien en tener en cuenta el parecer de todos nosotros. Y por eso creo que debemos votar con el fin de que Claudio Marcelo sepa a qué atenerse en Hispania. ¿Quién más está por castigar a las tribus celtíberas y olvidarse de un cónsul que llevará ya varios meses bajo tierra? —preguntó mientras levantaba el brazo—. ¿Quieres contar tú mismo los votos en calidad de *princeps senatus*? —le dijo después a su padre al comprobar que más de doscientas cincuenta manos alzadas secundaban su propuesta.

A Catón, la intervención intempestiva de su hijo le dolió como una puñalada en las entrañas. Le volvió toda la inquina de repente al percatarse de que un vástago torcido jamás se endereza, ni con amor, ni con promesas, ni con favores tardíos. El rencor que Liciniano guardaba hacia su padre desde la infancia seguía ahí, tatuado en su corazón a sangre y fuego; incluso se había recrudecido tras el nacimiento de Marco Porcio Catón Saloniano, el hermano que iba a causarle un grave menoscabo en su economía al tener que repartir con él, algún día, la herencia paterna.

Comenzó el *princeps senatus* una cuenta tan demoledora como la de Hilerno en el arco del antemuro de Numantia, pero se detuvo al notar revuelo en la puerta de la Curia Hostilia. Un hombre cubierto con pieles, igual que un bárbaro, exigía a gritos su entrada en la Cámara mientras forcejeaba con media docena de lictores.

Se aproximó al fin uno de los guardianes de la Curia Hostilia a Marcelo y le dijo unas palabras al oído. Consintió el cónsul tras escuchar el mensaje.

—Que pase —dijo, y se bajó del estrado para hacerle sitio al visitante.

—Di tu nombre y tu cargo —le ordenó a quien venía vestido como un arévaco, además de lleno de heridas como si acabara de terminar una pelea de gladiadores en un anfiteatro.

—Mi nombre es Cayo Biesio, y soy el legado consular en Hispania.

L

Tardó la Curia Hostilia un minuto largo en reponerse del impacto.

—¿Eres el legado de Nobilior? —Inició Escipión Nassica Córculo el interrogatorio cuando cientos de ojos todavía examinaban con total perplejidad al recién llegado.

—Sí —asintió Biesio.

—Entonces, el cónsul está vivo...

—Así es. Y necesita ayuda inmediata.

—¿Con cuántos hombres cuenta todavía?

—Unos siete mil.

—¿Solo?

—Eso es lo que queda de los treinta mil que partimos de Tarraco.

—¿Pero dónde se encuentra Nobilior ahora?

—A unas tres millas de Numantia.

Comenzaron a llover las preguntas desde todos los frentes a medida que los senadores iban recuperando el habla, así como la curiosidad por conocer las desventuras del náufrago y las causas de su debacle.

—¿Y están sitiados por el enemigo? —inquirió el más joven de los Escipiones.

—Sí. Por una coalición de todas las tribus celtíberas.

Un espíritu sobrevoló el aire caldeado de la sala. Era el fantasma de Graco, protagonista, o quizá culpable, de la primera gran alianza celtíbera contra Roma veinticinco años atrás. Sin embargo, nadie pudo echarle nada en cara por haber dejado las laderas del Mons Caunus sembradas de tumbas itálicas, porque el cuerpo del viejo cónsul ya estaba enterrado desde hacía unos meses.

—¿Pero a quién se le puede ocurrir plantar un campamento de marcha tan cerca de Numantia? —insistió el más joven de los Escipiones.

—A alguien que va huyendo desesperadamente del enemigo, aunque en realidad el campamento ya estaba hecho —le informó Biesio—. Tiene muros de piedra y robustos barracones para oficiales y tropa. Se encuentra además en un lugar muy inaccesible.

—¿Ya estaba hecho, dices? ¿Por uno de nosotros? —Se giró Publio Cornelio Escipión Emiliano con ademán histriónico hacia las gradas—. ¿Alguien sabe de algún general de otra época que haya estado antes en ese lugar? —demandó, como si dudara del testimonio del compareciente.

Sentía Catón una profunda animadversión hacia todos los Escipiones, por su vida licenciosa y corrupta, por la anarquía reinante en sus ejércitos. Pero odiaba en especial a aquel joven pretencioso que aspiraba a ser cónsul saltándose todos los escalones previos del *cursus honorum*.

—¡El campamento es mío! —tronó poniéndose en pie mientras se secaba los ojos de lágrimas—. Estuve allí cuando tú aún no habías nacido. Es lógico que no tengas noticia de ello, y no creo que tu futuro militar pase por plantar alguna vez las botas cerca de la capital de los arévacos.

Calló refunfuñando Escipión Emiliano y tomó el relevo en la conversación otro de los militares prometedores de Roma que aún no había visto una batalla ni de lejos.

—¿Y cuándo os encerrasteis en esa atalaya? —quiso saber Décimo Junio Bruto.

—El mes pasado.

—¿Y hasta entonces? —Carraspeó Tito Annio Lusco para hacerse un hueco en el interrogatorio—. Quiero decir... ¿Por qué Nobilior no regresó a Tarraco a su debido tiempo?

—Quería tomar Numantia, ya que en Segeda apenas tuvo que hacer nada excepto quemar la ciudad y destruir sus murallas. La fortaleza estaba ya vacía porque llegamos demasiado tarde. Aun así, la ambición de ser el primer cónsul en doblegar el poder arévaco nos hizo deambular por esos territorios durante demasiados meses, acumulando derrotas y muertos.

La descripción de una tragedia, parcialmente conocida tras el testimonio de Beri, arrancó murmullos de asombro entre el público

mientras Biesio desplegaba una mirada curiosa sobre los bancos. Jamás había soñado siquiera con estar un día en aquel edificio, enfrentado a trescientos hombres severos vestidos de blanco.

—No obstante —prosiguió—, ya intenté informaros de las intenciones de Nobilior hace meses. Y para ello os mandé a uno de sus tribunos. No sé si logró llegar hasta aquí o lo mataron antes los celtíberos...

—Sí, ese muchacho estuvo aquí y lo enviamos de vuelta con un requerimiento de retirada inmediata, pero al parecer... —titubeó Annio Lusco.

—Sí, al parecer se perdió por el camino porque tú —Escipión Emiliano señaló con un dedo acusador a Biesio— ile prometiste un licenciamiento al que no estabas autorizado!

Marcelo quiso evitar la diatriba, y para ello se le ocurrió contrastar el testimonio aportado por el heraldo númera con el del legado.

—¿Y es cierto entonces que Masinisa envió elefantes, tal y como nos prometió?

—Tarde, pero sí.

—Y el asalto resultó un fracaso debido a la falta de disciplina y coraje de las legiones consulares...

—En realidad no fue culpa de nuestros soldados —asentó Biesio, que quería ser justo con todos—, sino de la furia incontrolada de los paquidermos, que arremetieron contra nosotros cuando uno de ellos sufrió el impacto de una piedra desde la muralla. Si hay que buscar culpables —añadió—, habría que pensar en los domadores númeras y en las propias fieras.

Una voz con un fuerte tono nasal se alzó desde la bancada *optimata*. Interrumpió el relato de la peripecia cuando mayor era el peso de las emociones sobre los hombros de dos personas que volvían a verse tras veinte años de cruzar solo largas epístolas.

—¡Un momento! ¿Cómo has dicho que te llamabas? —inquirió Escipión Nassica Córculo como si se dirigiera a un soldado anónimo y no a un legado.

—Cayo.

—Me refiero a tu apellido.

—Biesio —respondió el aludido bajando los ojos.

—¿Biesio? —Aunaba el tono de Nassica Córculo la extrañeza y el desprecio a partes iguales—. ¿Alguien aquí conoce esa *gens*? ¿Alguno de los presentes lleva o ha oído hablar de ese apellido?

A nadie de los asistentes a la sesión pareció indignarle la interrupción de la comparecencia. Los chismorreos y las preguntas susurradas al vecino de escaño a tenor del apellido Biesio sonaron igual que el revoloteo ruidoso de una bandada de palomas.

—¿Significa esto que enviamos a Hispania a un legado de extracción social discutible y, además, sin referencias? ¿Quién escogió a este hombre? —preguntó con vehemencia, ante la falta de explicaciones sobre el apellido de marras—. Ahora que recuerdo... —mantenía Escipión Nassica aquel rictus avinagrado—, ¿no fuiste tú mismo, Marcelo, quien lo recomendó encarecidamente?

—¡Sí, y también Acilio Glabrión apostó fervorosamente por él! —terció el más joven de los Escipiones señalando al veterano senador.

—Bu...bueno, Biesio era ya prefecto en Tarraco... —se defendió Glabrión sintiéndose el foco de trescientas miradas.

Los nuevos comentarios a cuenta del escaso rango militar del elegido dieron alas a Publio Cornelio. Se levantó de un salto y se colocó de lado para resaltar su perfil griego.

—¿De simple prefecto a general en un solo día, sin pertenecer a ninguna familia honorable? ¿Sin siquiera tener un pariente lejano en esta sala? ¿Quién está detrás de esta broma de mal gusto? —demandó—. Porque no me parece que nadie aquí, ni siquiera quienes lo recomendasteis, haya visto jamás a este hombre. Desde luego yo no me he cruzado con él en ningún lugar decente de Roma, ni siquiera en las termas.

—¡Cayo Biesio es mi hijo! —aulló al fin Marco Porcio Catón desde su asiento, cansado de las humillaciones, harto de que su vástago recibiera los dardos del desprecio de los senadores más vanidosos—. ¡Yo fui en realidad quien lo postuló para el cargo! ¡Así que, si creéis que no ha cumplido con su labor de servicio a Roma, echádmelo a mí en cara, pero no a él!

Hubo exclamaciones de asombro, gritos de indignación e incluso algunos insultos ante la confesión que dejaba al ciudadano más

ejemplar de Roma al nivel del barro. Es decir, a la altura de cualquier ser de carne y hueso.

Contemplaba Biesio con gesto apesadumbrado la tormenta que jamás en su vida habría querido provocar. De repente, un gigante con toga se colocó a su lado y derribó el atril de bronce de una patada. Rodó por los suelos el artilugio que servía para apoyar los rollos o los mapas de los declarantes en el Senado.

—¡Malditos cretinos, ¿cómo es posible que pongáis más interés en conocer los orígenes de este hombre que en la suerte de siete mil legionarios romanos perdidos en Celtiberia? —increpó Claudio Marcelo a sus compañeros magistrados, en medio de un concierto de tañidos metálicos—. ¡Declaro esta sesión suspendida hasta mañana! —anunció a gritos—. ¡Marchaos a casa! ¡Emborrachaos si queréis, pero volved cuando amanezca dispuestos a hablar de cosas serias!

Intimidó a todos la cólera de un senador habitualmente sereno. Hasta los dos Escipiones obedecieron sin rechistar la orden de abandonar la Cámara en silencio. Tras la salida de los magistrados, solo los sollozos de un padre desbordado por las emociones retumbaban contra las bóvedas de la Curia Hostilia como una deprimente música de viento.

—Creo que deberías subir a decirle algo —le susurró Marcelo al heraldo de Nobilior.

LI

Encontró Biesio a su progenitor todavía afectado por los jeribeques del llanto. El abrazo entre padre e hijo se produjo de inmediato y resultó largo, húmedo, rocoso. Después, Catón mantuvo la cabeza de su vástago más querido entre sus manos, mirándolo fijamente, como si le costara reconocer al hombre que venía de la otra orilla del Mare Internum lleno de cicatrices, disfrazado de bárbaro y luciendo una barba de varios días.

—Siento no haber respetado el acuerdo que hicimos... —comenzó Cayo Biesio.

—No tienes que lamentar nada —le atajó Catón—. En el combate y en la vida siempre mandan las circunstancias. ¿Cuánto hace? ¿Veinte años? —añadió sin apartar los ojos del recién llegado.

—Algo así.

Asintió el *princeps senatus* lentamente mientras dejaba que los recuerdos de otros tiempos, seguramente más felices, inundaran su corazón igual que la marea acaricia la arena.

—Nunca te he olvidado —musitó.

—Lo sé.

—En realidad, estoy contento de verte antes de que los dioses me llamen. Ya no puede quedarme mucho —sonrió Catón antes de comentar algo que parecía obvio—: Has tenido que pelear para llegar aquí, por lo que veo...

—He pasado algunos apuros —reconoció Biesio.

—Ya. Maldita Celtiberia —murmuró contrariado el antiguo cónsul.

—Seguro que conoces sitios peores.

Agitó Catón la cabeza, dubitativo.

—No muchos— dijo—. Me alegra, no obstante, que mi antiguo campamento en la Gran Atalaya os haya servido como refugio.

Un fragor de pasos alterados y una voz desquiciada aplastaron como una rueda de molino la magia del reencuentro. Liciniano había vuelto del exterior de la Curia Hostilia presa de un ataque de furia incontenible.

—¡Eres un viejo loco! ¡Debería darte vergüenza! ¡Por si fuera poco tener descendencia con una esclava a tus años, parece que también tuviste un bastardo del vientre de alguna ramera! —exclamó, aferrando por el pecho a su padre y zarandeándolo después con violencia—. ¿Cuántos hijos ilegítimos más tienes repartidos por el mundo? ¿Cuánto más va a menguar mi herencia? —Eso es cosa mía —replicó Catón, a sabiendas de que su respuesta le valdría nuevos empellones.

Muchas veces se había cruzado Biesio con Liciniano en la calle cuando ambos eran niños o adolescentes. Recordaba muy bien aquel pelo pajizo, la mirada turbia y el gesto de perpetuo desprecio. No obstante, siempre se había mantenido alejado de él, pues era perfectamente consciente de su estatus, así como del sigilo con el que su progenitor manejaba la relación con su hijo ilegítimo.

—Cálmate, Liciniano —le dijo con severidad, interponiéndose entre ambos litigantes—. Te aseguro que no he venido a Roma buscando fortuna ni apellido. Pero, sobre todo, respeta a nuestro padre.

Pareció que un rayo atravesaba el cuerpo del recién nombrado pretor urbano y le paralizaba el habla unos segundos.

—¿Tú me pides calma, y respeto? —balbució al fin—. ¿Tú, el hijo de una puta y de un hijo de puta? —añadió mientras contemplaba a su hermanastro como quien observa a un leproso a las puertas de un templo.

Le hicieron daño a Biesio los insultos. También la pestilencia del alcohol en el aliento de Liciniano le sentó como si le hubieran escupido en la cara.

—Si no fuera porque estás borracho, te haría tragar ahora mismo tus palabras —respondió incómodo.

Ignoró Liciniano a su interlocutor. Lo apartó de un manotazo y volvió a tomarla con su padre.

—¡Quiero que me garantices que jamás reconocerás a este bastardo como tu hijo legítimo! —exigió con nuevos zarandeos—. ¿O es que piensas darle tu *gens* ahora que ha vuelto?

El silencio pertinaz de Catón desató un ataque de violencia en el nuevo pretor urbano. Trastabilló el anciano magistrado al recibir dos sonoras bofetadas, una en cada carrillo. Saltó Biesio en ayuda de su padre al ver que Liciniano se disponía a golpear otra vez, pero con el puño cerrado. El forcejeo entre sus dos hijos despertó el *princeps senatus* de su aparente letargo.

—Por favor, no os peleéis. Sois, al fin y al cabo, hermanos. Ambos lleváis mi sangre... —les pidió.

Una daga brilló delatora entre los bancos vacíos de la Curia Hostilia. La prohibición de portar armas en la Cámara era fácil de aplicar en lo tocante a las espadas, debido a su tamaño. Un puñal, sin embargo, podía colarse camuflado en los refajos de la toga.

—¡Deberías haber muerto en Las Termópilas! ¡Así él no habría nacido nunca y yo me habría ahorrado ahora la obligación de tener que mataros a ambos! —farfulló Liciniano fuera de sí, lanzando un tajo amplio que pretendía acabar con dos hombres al mismo tiempo.

La cuchillada resultó patética, por lo inocente. Biesio se limitó a bloquearla con el antebrazo, asestando después un puñetazo en el mentón de su hermanastro. Fue un golpe leve, casi amoroso, que a cualquier otra persona solo le habría supuesto un tambaleo. Para un borracho, sin embargo, el impacto resultó fatídico.

Se le doblaron las rodillas a Liciniano como si sus piernas fueran tiernos juncos. El peso de su propio cuerpo le hizo precipitarse por encima del banco que tenía a su espalda y rodar escaleras abajo hecho un ovillo.

Quedó el cuerpo desmadejado a los pies de Claudio Marcelo, que había retornado al interior de la sala al notar el comportamiento anómalo del hijo díscolo del *princeps senatus*. Se inclinó el cónsul entrante para tomarle el pulso al caído.

—No os molestéis. Está muerto —les dijo a los dos lictores que llegaron corriendo desde la puerta.

—Pero yo he visto cómo... —Señaló el que lucía galones de jefe hacia el supuesto legado con aspecto de bárbaro hispano.

—¡Mi hijo Liciniano ha tratado de matarnos! —proclamó Catón desde lo alto antes de que la acusación pudiera completarse—. Tan solo nos hemos defendido.

—Aun así, tendremos que detener a ese hombre y abrir una investigación sobre lo ocurrido. Apuntó el lictor a Biesio con la punta de su *gladius*.

—Ese soldado está bajo mi jurisdicción y mi mando. Solo responde ante mí —se opuso Claudio Marcelo tajante.

—¿Cómo es eso? —Frunció el ceño el guardián implacable de la Curia.

—Cayo Biesio es mi legado para la campaña de este año. Acabo de firmar su nombramiento —repuso el flamante cónsul de la Hispania Citerior.

LII

Numantia, últimos días del mes de marzo, año 152 a.C.

—¡Jinetes! —Resonaron los gritos de los centinelas como impactos de onagro sobre la muralla numantina.

Y es que resultaba frecuente, incluso cotidiano, ver hombres a caballo en las inmediaciones de la fortaleza. Eran las patrullas que merodeaban constantemente alrededor del campamento romano en la Gran Atalaya. Mas nadie se molestaba en pregonar su presencia. Ahora, sin embargo, las voces de los centinelas parecían más de alarma que de anuncio.

Se encaramó Litenio a la primera de las torres del flanco este. Leukon hizo lo propio, pero escogió la torre siguiente con el fin de no coincidir con el numantino. La relación entre ambos líderes se había tornado tirante desde que Silvis prefiriera el patrimonio y el poder del arévaco antes que el amor incondicional, pero pobre, del contrebiense.

La sorpresa para este último fue encontrar al pequeño Lorien en la torre.

—¿Qué haces aquí? —le interpeló.

—Lo mismo que tú: ver quién llega.

Había crecido mucho el hijo de Silvis y Caro desde el éxodo de Sekaisa. Tanto que parecía impropio considerarlo todavía un niño. Lo cierto era que las ropas y los corrajes cedidos por Ambón le quedaban casi en su sitio. Incluso las armas eran ya parte de su estampa.

—¿Son de los nuestros? —preguntó el pequeño.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque si lo fueran, no habría razón para cabalgar con esas prisas. ¿No ves que vienen desbocados?

Contemplaban el líder belo y el pequeño el acercamiento de una treintena de jinetes en medio de una gigantesca nube de polvo. Venían aquellos hombres desaforados, descompuestos, como si les persiguieran todos los demonios del inframundo.

—No se ven brillos de armaduras romanas... —observó Lorien.

—No, eso no —coincidió Leukon.

—Entonces son de los nuestros.

Cundió el silencio en las cuatro torres y en toda la muralla este mientras varios cientos de curiosos aguzaban la mirada para tratar de desentrañar el misterio.

—¿Conoces a alguno? —le gritó al fin Litenio a Leukon desde la torre más próxima.

Contestó el líder de los belos cuando estuvo seguro de haber identificado al jefe del grupo.

—Sí, es Vicanus de Nertóbriga.

—¿Entonces abrimos?

—Sí, claro.

—¡Ya, pero ¿qué puerta? —se desgañó Litenio.

Comprendió Leukon la preocupación de su homólogo. Todas las entradas menos una obligarían a los jinetes a atravesar la ciudad, o buena parte de ella. Y no sería buena idea permitir que miles de ciudadanos contemplaran desde sus ventanas la llegada de treinta guerreros aterrorizados.

—Los recibiremos en la explanada del antemuro —decidió Leukon, y se puso a hacer señas para que los nertobriguenses siguieran galopando un poco más, hasta dar con el arco.

Echó pie a tierra Vicanus tras penetrar en el recinto y pareció que iba a desmayarse.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el líder de los belos al percatarse del aspecto cansado y maltrecho de todos los jinetes.

Aceptó Vicanus la calabaza con agua que le ofreció Litenio.

—¡El nuevo cónsul ha destruido Nertóbriga! —proclamó despavorido después de saciar la sed de varios días.

Dijo mucho con muy pocas palabras el caudillo de la fortaleza más importante del valle del Salo. De ahí, el chaparrón de preguntas.

—¿Qué cónsul?

—¿Cuándo ha sucedido todo?

—¿Cómo fue el asalto?

—¿Habéis sufrido muchas bajas?

—¿Sabes si ha atacado a más ciudades?

—¿Hacia dónde se dirige ahora ese ejército?

Balbucía Vicanus monosílabos igual que un beodo rodeado de locos vociferantes. Emitía sonidos inconexos sin llegar a decir nada. Se trabucaba cada dos por tres porque cada vez que empezaba a hablar, siempre surgía una pregunta nueva que requería una respuesta más urgente.

—¿Por qué no dejáis que lo cuente todo desde el principio, como a él le parezca? Así no se le entiende... —sugirió el pequeño Lorien, que había bajado corriendo desde la torre siguiendo los pasos de Leukon.

Le permitieron al fin a Vicanus abordar el relato de la tragedia a su manera. Y lo hizo con un hilo de voz, y temblando. No se parecía en nada, salvo en las barbas, al caudillo sereno y sanguinario que había paseado su prestigio por todos los rincones de la Celtiberia.

Se llamaba Marco Claudio Marcelo el nuevo cónsul romano y, según parecía, no había perdido el tiempo deambulando por la Hispania Citerior. Se había dirigido directamente a Nertóbriga; aunque no con la intención de rendirla por la fuerza, sino de exigir una compensación por los daños ocasionados a su predecesor en la emboscada junto al Hiberus.

—Y os pidió plata, claro... —lo interrumpió Litenio.

Meneó la cabeza Vicanus sin elevar la mirada.

—Cien jinetes.

—¿Y se los diste? —inquirió el líder arévaco, preparado para desatar su ira si la respuesta era afirmativa.

Volvió a negar el Nertóbriga con aquel aire abatido.

—Quisimos engañarlo —rememoró—. Y por eso le dijimos que sí, pero todo nuestro ejército salió a escondidas por una puerta trasera y les atacamos por la retaguardia.

—¡Muy bien hecho! ¿Y a cuántos matasteis?

Se estremeció Vicanus al recordar el breve pero fiero combate.

—A ninguno. Los legionarios que trae este cónsul no son como los que sorprendimos tú y yo aquella mañana —confesó mirando a Leukon—. Son solo ocho mil, y sin auxiliares. Pero lo cierto es que esos soldados no parecen humanos...

—¿Y qué van a ser, demonios? —gruñó Litenó.

—Tal vez sí, porque no hablan en lengua itálica entre ellos —aseveró el derrotado.

—¿Qué pasó después? —preguntó Leukon utilizando un tono más amistoso que el numantino.

Levantó Vicanus unos ojos vidriosos.

—Marcelo desplegó toda su maquinaria de asedio. Reventó nuestros parapetos usando carrobalistas. Sembró Nertóbriga de bolas incendiarias con sus catapultas y onagros. Destruyó media ciudad, quemó todas nuestras cosechas y...

—¡Y se marchó! —concluyó Litenó, como si todos los suplicios tuvieran una duración limitada.

—Sí, pero tomando primero cincuenta rehenes de las familias más nobles. Mi hijo Lubbo está entre ellos —sollozó Vicanus—. Así que... no vamos a poder ayudaros —se lamentó—. Solo he venido a avisaros; porque supongo que, tarde o temprano, veréis aparecer por aquí a ese ejército.

Cruzaron Litenó y Leukon una mirada consultiva, olvidados aparentemente los odios y las rencillas.

—¿Y ahora qué hacemos? —se preguntó finalmente el líder belo.

—¡Pelear! —tronó Litenó.

—Pactar —murmuró Hilerno, que llevaba un rato a espaldas de todos, observando la escena junto a la Sombra.

—¡Maldito viejo del diablo! —masculló el arévaco—. No se te ocurra siquiera opinar en asuntos de guerreros.

—¿Y por qué no habla el brujo? —terció Lorien antes de que la diferencia de criterio entre los dos numantinos se convirtiera en disputa—. ¿No es el más sabio de todos los que aquí estamos?

—¡Pues que diga algo ya! —apremió Litenó a un druida que mostraba una pose de lo más hierática.

—Mmm... Esto os pasa por dejar el trabajo a medias —gruñó, como si él no tuviera nada que ver en el fracaso.

—¿Te refieres a no haber aniquilado al ejército de Nobilior a su debido tiempo?

—Por supuesto.

—Se ha hecho lo que se ha podido —protestó Litenio.

—Pues ahora, lo mismo.

—Ya, pero ¿qué?

Se movía la capucha de la Sombra de un lado a otro mientras su inquilino buscaba las palabras más adecuadas para explicarse. Al final habló, pero su voz no pareció la de antes, sino mucho más débil; igual que el soplido roto de una flauta rajada a punto de hacerse añicos.

—Teniendo en cuenta que fue engañado y atacado a traición por Vicanus; pero, aun así, no ordenó la crucifixión de todos los jóvenes de Nertóbriga, ni la violación de sus mujeres, ni la esclavitud de los niños...; y se conformó con quemar la ciudad, las cosechas y tomar solo cincuenta rehenes..., yo diría que el nuevo cónsul tal vez no sea tan mala persona. Quizá podáis hablar con él y firmar un acuerdo.

Asombraron a todos las palabras del brujo. Por insólitas. Porque apestaban a muerte o, cuando menos, a derrota. Era la primera vez desde que había sol, luna y montañas que la Sombra se dejaba vencer por el pesimismo.

—¡Los romanos no buscan acuerdos! ¡Ese Marcelo solo quiere nuestro sometimiento! —aulló un Litenio encolerizado, rompiendo con su potente alarido una pausa larga y fúnebre.

—Sí. Haced lo que buenamente se pueda —musitó un brujo decrepito y desentendido antes de darse la vuelta y emprender el regreso a su guarida.

Arrastraba los pies la Sombra como un saurio enfermo. Tenía que caminar apoyado en su báculo para no caer de bruces. Trastabilló hasta la muralla lastimosamente, lastrado por la cadena que lo unía al inframundo como un ancla eterna. Cuando lo perdieron de vista, unos afirmaron que había cruzado la poterna sin siquiera abrirla y otros que se había desvanecido en el aire como una efigie de humo negro.

—Hay una cosa más que deberíais saber antes de que me marche
—sostuvo Vicanus en medio de un silencio reverencial y atónito.

—¿El qué?

—Me parece que el cerco en el que tenéis encerrados a los romanos no es hermético.

—Explícate —exigió al instante Litenó.

Asintió el de Nertóbriga y miró a Leukon antes de hablar. Era con el líder belo con quien mantenía una relación más estrecha.

—El legado que trae Claudio Marcelo es idéntico al que acompañó a Nobilior el año pasado. Y no creo que sean hermanos gemelos. Se llama Cayo Biesio.

LIII

Celtiberia, cuarto día antes de los idus de abril, año 152 a.C.

—Bueno, ahí están. —Señaló Biesio la Gran Atalaya con su dedo índice.

Examinó Marcelo con curiosidad un montículo en el que no se apreciaban vestigios de vida ni de resistencia. No ondeaban banderas, enseñas, estandartes, ni siquiera trapos sucios en el antiguo campamento de Catón. Porque todo lo que podía servir de abrigo lo habían utilizado los hombres de Nobilior para cubrirse las carnes o construir techumbres para los barracones.

—Buen sitio escogió tu padre... —admitió, no obstante. Después, su experto escrutinio se centró en el ejército que bloqueaba la subida a la cumbre—. ¿Eso es todo lo que tienen? —preguntó, haciendo un gesto hacia los diez o doce mil guerreros celtíberos concentrados a los pies del montecillo.

—No, eso es solo una parte. Además de arévacos, hay pelendones, más algunos titos y belos reforzados por contingentes de otras ciudades importantes como Lutia, Termes o Uxama. Ahí no veo a los que defienden Numantia.

—¿Distingues a unas tribus de otras? —se asombró el cónsul.

—No, pero conozco a sus líderes principales. Sobre todo, a uno que pelea con indumentaria romana.

Se encogió de hombros Marcelo ante uno de los imponderables más habituales de la guerra.

—Bueno, no es la primera vez que los indígenas aprovechan las cotas de malla de alguno de nuestros legionarios muertos...

Negó Biesio mientras crecía su extrañeza porque el ejército consular continuara andando como si nada ocurriese.

—Ese hombre usa una buena coraza musculada y un casco de oficial de alto rango; y ya se presentó así en la emboscada que nos tendieron de camino a Segeda —arguyó.

—Ya. Es curioso, sí. Tal vez un día podamos aclarar con él este asunto —respondió Marcelo displicente.

Un *cornu* entonó su lúgubre canto largo desde lo alto de la Gran Atalaya.

—Parece que nos han visto —sostuvo Biesio, que llevaba ya un rato esperando la llamada.

—Sí, ya veo —replicó el cónsul sin siquiera girar la cabeza hacia los sitiados.

Desfilaba la serpiente multicolor con paso implacable después de dos largos días de marcha desde Occilis. Parecía en cualquier caso un reptil sordo y ciego el que circunvalaba la colina de los tormentos

—¿Es que no vamos a detenernos? —inquirió el legado ante la conducta inadmisibile del cónsul.

—No, ¿para qué?

Un nuevo toque de *cornu*, más largo y suplicante que el primero, taladró los aires de la llanura numantina.

—Pues para ayudarles. Para librarlos de su cautiverio. ¿No te das cuenta de que nos están reclamando?

—Sí, ya oigo.

Le resultaba incomprensible a Biesio la actitud inhumana del nuevo cónsul y acabó erigiéndose, sin darse cuenta, en el mejor defensor de Nobilior.

—¡Solo con esa legión de mercenarios tracios que llevamos podríamos desbaratar a los celtíberos en media hora! —exclamó.

Marcelo simplemente esbozó una sonrisa comprensiva con su legado.

—¿Cuánta gente dijiste que había encerrada en ese monte?

—¡Más de siete mil!

—Ya. Y si los sacamos de ahí ahora y los mandamos a Tarraco andando, ¿tú crees que llegarían vivos?

Lo pensó Biesio un segundo.

—Por sus propios medios... no creo —tuvo que admitir.

—Pues yo no pienso cuidar de siete mil moribundos mientras tenga un sitio relativamente seguro donde guardarlos. Total... ¿Cuánto llevan ahí, tres meses?

—Cinco.

—Ya, bueno, pero entre esos siete mil soldados están los veteranos que tú reclutaste en diferentes guarniciones de Hispania, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues seguro que entre todos podrán apañárselas para aguantar un poco más —decretó Marcelo mientras observaba de reojo a los numerosos jinetes celtíberos que, además de vigilar desde los cerros cercanos, iban a pregonar la llegada del cónsul a Numantia mucho antes de que esta se produjera—. Dime una cosa, Cayo.

—¿El qué?

—¿Cuál es el lugar más adecuado para atacar Numantia con torres de asalto?

Llevaba Biesio el casco bien abrochado por debajo de las carrilleras. De lo contrario tal vez lo hubiese perdido debido al sobresalto.

—¿Tomar Numantia con torres?

—Sí, eso he dicho. Ya que con elefantes no se pudo...

Creyó Biesio que el destino le había jugado una mala pasada llevándolo a la Celtiberia dos años consecutivos, acompañando a dos locos de remate. Y, sin embargo, él estaba allí para responder preguntas, por insensatas que fueran. Al fin y al cabo, Claudio Marcelo había gobernado la Hispania Ulterior; pero de la Citerior lo ignoraba todo.

—Pues... pues... su flanco este es el de menos pendiente —titubeó—, pero tiene fosos. Y aunque los rellenáramos, habría que asaltar primero el antemuro o echar abajo su puerta. Y después seguir avanzando con las torres hasta...

—Muy complicado —zanjó Marcelo—. ¿No hay más lugares?

—Bueno... —se rascó la frente Biesio mientras aclaraba sus ideas—, la muralla norte tiene en su base una zona bastante nivelada, pero para llegar hasta ahí con las torres habría que construir una larga rampa.

—Es perfecto —resolvió Marcelo antes de plantear una segunda duda—. ¿Hay agua cerca de la fortaleza?

—Sí, mucha. Tanto el río Durius como un afluente suyo pasan muy cerca de la urbe. De hecho, son parte de sus defensas naturales.

—Ya. ¿Y cuál está más cerca?

—El afluente.

—¿A qué distancia?

—Medio estadio.

Seguían atronando los cielos todos los instrumentos disponibles en la Gran Atalaya mientras el cónsul y su legado hablaban de estrategia. Se escuchaban incluso los gritos de los acorralados, pidiendo primero auxilio y después maldiciendo a los que se alejaban.

—Entonces acamparemos en la misma orilla del riachuelo —decidió Claudio Marcelo tranquilamente.

—¡Eso nos dejaría casi a tiro de flecha de sus arqueros!

—Sí, casi —confirmó el cónsul despreocupado—. Habla con los tribunos para que metan un poco más de prisa a los hombres, porque quiero llegar esta misma tarde.

LIV

Numantia, tres horas más tarde.

Sonaron con brutal estridencia los cuernos de guerra en todas las torres de la fortaleza. Retumbaron entre sus calles aquellos estremecedores bufidos como ráfagas de cierzo helado. Y, sin embargo, el concierto alarmó solo a los ciegos y a los distraídos. Porque la ciudad entera llevaba varias horas encaramada a la muralla este, esperando la aparición del ejército romano.

—Debimos haberles atacado mientras venían, en vez de quedarnos aquí encerrados como gallinas. Ahí no hay más que un par de legiones... —gruñó Liteno, apostado junto a Leukon en una de las torres que flanqueaban el arco del antemuro.

Y es que ambos líderes habían mantenido una acalorada disputa sobre la manera de actuar ante el acercamiento del cónsul. Había prevalecido finalmente la postura más conservadora del contrebiense.

—Sí, solo ocho mil hombres y unos quinientos jinetes, pero ¿no escuchaste lo que Vicanus dijo de esos legionarios?

—Sí.

—Pues imagina que dejamos la fortaleza vacía de guerreros y ese cónsul nos vence en campo abierto. ¿Te has puesto a pensar cuánto tardaría después en tomar Numantia?

Escupió Liteno por encima del parapeto.

—Tienes razón —aceptó—. Lo que no entiendo es por qué no ha liberado ya a los de la Gran Atalaya. Si lo hiciera, duplicaría su ejército...

—Los de ahí arriba están más muertos que vivos —le espetó Leukon—. Solo serían un lastre para él.

—Ya, puede. Oye, ¿no se están acercando mucho? —advirtió Litenio de repente.

—Sí, eso es porque quieren que reconozcamos a los rehenes que traen de Nertóbriga.

Llegaba el ejército consular envuelto en una inmensa nube de polvo. La neblina era más densa y blanca en el centro de la formación, porque ahí era donde Marcelo había colocado a los venían arrastrando grilletes por el suelo.

—Ya veo al hijo de Vicanus, pero... —Frunció las cejas el contrebiense mientras calculaba grosso modo el número de cautivos — ¡Son muchos más de cincuenta!

—Son casi trescientos —matizó Litenio, y chascó después la lengua como si de pronto le faltara saliva—. Me temo que ese cónsul ha conquistado Occilis después de pasar por Nertóbriga. Entre los primeros encadenados está el viejo Segisamo, caudillo de la ciudad, y sus cinco hijos. Detrás veo a otros miembros destacados de su Consejo.

—Al menos no han pillado a Abulio —murmuró Leukon, en referencia al jefe de los guerreros—. Pero la cuestión es... ¿para qué quieren tantos rehenes?

—Para irlos crucificando poco a poco delante de nuestras narices. Para que sus gritos de agonía socaven nuestra resistencia. Pareces tonto.

Se detuvo Marcelo poco antes de alcanzar el afluyente del Durius. Había tenido la osadía de plantarse a apenas medio estadio de Numantia. Desde allí exhibió sus trofeos: trescientos hombres cabizbajos, avergonzados de presentarse ante sus paisanos arévacos como los primeros vencidos.

—Me temo que Occilis vuelve a ser centro de abastecimiento del enemigo todo el tiempo que el cónsul quiera quedarse en estas tierras —murmuró Leukon con un deje de fatalismo—. Por cierto, Vicanus tenía razón.

—¿En qué?

—Biesio es el que está junto a Marcelo. Y, que yo sepa, no tiene alas. Así que escapó de la Gran Atalaya sin que nadie se diera cuenta.

Se tensaron algunos arcos en la muralla cuando el nuevo gobernante de la Citerior avanzó hasta que los pies le quedaron dentro del riachuelo.

—¡Bajad a hablar conmigo! —exhortó a quienes lo miraban boquiabiertos desde los parapetos—. ¡Bajad! —repitió, desprendiéndose de su *gladius*.

Se cansó Marcelo de predicar a la media hora. Recogió su espada e hizo retroceder a sus tropas tan solo cincuenta pasos. Asistieron entonces los habitantes de Numantia a un espectáculo pocas veces visto: la construcción metódica y meteórica de un campamento romano.

Contemplaron con ojos asombrados cómo los agrimensores medían el terreno, calculaban distancias y clavaban los postes que servirían de guía a la hora de poner las calles y orientar las puertas del recinto. Se sorprendieron de la rapidez con la que los soldados cavaban fosos, plantaban largas estacas que ya traían cortadas y acumulaban tierra para levantar el *agger* desde el que defenderían cualquier intento de asalto. También las torres de vigilancia las fabricaron en un abrir y cerrar de ojos.

—Resulta extraño —musitó Leukon, absorto.

—¿El qué?

—Que no tomen precauciones para prevenir una posible salida por nuestra parte.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Liteno, que sabía bastante de romanos, pero nunca había presenciado la instalación de un campamento.

—Lo normal es poner a trabajar a la mitad de tu ejército mientras la otra permanece vigilante, en formación de combate, por si al enemigo se le ocurre intentar sorprenderte en esos momentos. Pero Marcelo no tiene miedo a que hagamos nada.

Reflexionó Liteno mientras los legionarios montaban sus contubernios. Una luz se encendió en algún lugar de su cabeza cuando le pareció comprender las intenciones del cónsul.

—Marcelo nos tiene bien cogidos por las pelotas —gruñó como si hablara para sí mismo—. No le va a hacer falta ni sitiarnos. Con solo ponerse ahí, ya nos tiene inmovilizados. No lograremos nunca salir

de Numantia para relevar a los que dejamos vigilando a Nobilior. Y tampoco los que están a los pies de la Gran Atalaya podrán venir a ayudarnos, porque entonces el viejo cónsul se escaparía de la ratonera.

El tintineo de las *dolabrae* y el repiqueteo de los picos terminó al cabo de dos horas. Después llegaron los golpes de hacha y el chirrido de los serruchos.

—Me parece que Marcelo maneja una segunda idea, además de la de aislarnos del mundo —dedujo Leukon cuando reconoció unas estructuras todavía en estado embrionario.

—¿A qué te refieres? —preguntó Litenio esforzando la vista a la luz esquiva del crepúsculo.

—¿Sabes qué es eso que han empezado a montar justo frente al arco del antemuro?

—No.

—Pues se llama tortuga arietaria. Y sirve para reventar puertas e incluso muros.

Los hachazos, los cortes de sierra, la acumulación de madera y las voces de los ingenieros hicieron que la ciudad despertarse poco a poco a una realidad apabullante.

—Entonces... eso que están haciendo allí... —Señaló Litenio con dedo tembloroso la *porta decumana*, la que daba al oeste, la más inaccesible al enemigo, la que servía para el abastecimiento de todo tipo de materiales.

Habló Leukon por encima de los murmullos que sobrevolaban las murallas de la urbe. Porque a quien no había caído todavía en la cuenta, se lo estaba explicando el vecino. Y de ahí los cuchicheos, y los suspiros de angustia de los que no deseaban morir tan pronto, y los gritos de rabia de los que llevaban años peleando por una Numantia sin Roma en el horizonte.

—Sí —reconoció sin ambages—, eso serán torres de asalto, cuando las acaben.

—¡Pe... pero nunca podrán hacerlas llegar hasta la muralla principal! ¡No caben por el arco! ¡Y aunque abrieran brecha, las quemaríamos mientras las arrastran por la explanada del antemuro —se empecinó un Litenio convencido de que el único flanco

vulnerable de la ciudad era el este, el mismo que atacara Nobilior con sus paquidermos.

—No van a venir por donde crees —lo desengañó Leukon.

—¿Por dónde entonces?

—Mira hacia el norte. ¿Qué ves?

Giró el cuello Litenos como un ave despavorida.

—¡A muchos romanos acumulando piedras y escombros!

—Pues eso que están levantando se llama rampa de asalto —explicó un sombrío Leukon—. Acaban de empezarla, pero cuando esté lista... las torres subirán por ella como si se tratara de la mejor calzada romana. Ahora ya sabemos para qué quiere a los rehenes.

—¿Para qué? —inquirió Litenos, que no tenía nociones de poliorcética.

—Para usarlos como escudos humanos —replicó el contrebiense.

—¿Insinúas que tendremos que coser a flechazos a los de Nertóbriga y Occilis?

—Pues claro. —Imaginó Leukon la peor de las pesadillas para un guerrero: tener que matar celtíberos para defender la propia Celtiberia.

—¿Y cuánto tardarán en tenerlo todo preparado? —preguntó Litenos, como si la respuesta equivaliera a conocer el fin de los días de una ciudad y de todos sus habitantes.

—Dos semanas, como mucho.

LV

Sorprendió Marcelo a los numantinos desde su primera mañana de estancia a las puertas del *oppidum*. Porque hizo instalar un tingladillo a dos varas escasas del río, como si aquella lona sujeta a cuatro postes fuese una extensión de su *praetorium*. A la sombra de la tela dispuso una mesa y cuatro sillas. Una para él, otra para su primer oficial y dos libres para, supuestamente, quienes debían salir de la fortaleza y bajar a su encuentro.

Durante diez días seguidos, cónsul y legado compartieron muchas horas de soledad, escuchando el croar de las ranas en la orilla como única música de acompañamiento. Comían juntos bajo la toldilla, se entretenían lanzando guijarros a la corriente, jugaban incluso a las cartas mientras esperaban a los celtíberos, cruzando, eso sí, las palabras justas.

Era Claudio Marcelo un hombre cordial y accesible, pero también callado. Y por eso, a Biesio le resultó chocante la sensación de haber conversado más con Nobilior, aunque ello fuese debido a las discrepancias o a la falta de criterio del gobernante romano. Marcelo, en cambio, jamás le había consultado nada desde Tarraco. Ni de estrategia, ni sobre diplomacia. Lo había utilizado meramente como guía en una Celtiberia cuyos vericuetos desconocía. A decir verdad, el veterano militar parecía traerlo ya todo pensado desde Roma: la visita a Nertóbriga y su posterior castigo, el sometimiento de Occilis, la desatención de los cautivos en la Gran Atalaya... y la parada final en Numantia. Y, sin embargo, a pesar de haber pasado varios meses a su lado, la cabeza de Marcelo seguía siendo para Biesio un baúl cerrado con tres candados. Nada sabía de sus verdaderas intenciones con respecto a la sublevación de las tribus celtíberas tras el ataque de Nobilior a la capital arévaca. En su última sesión, el Senado le había encomendado una doble misión:

excarcelar al cónsul saliente y «solucionar» la guerra. Así de claro y así de ambiguo. A pesar de las apariencias, Biesio no tenía claro todavía si la construcción de dos torres de asalto y un ariete a las puertas de la fortaleza numantina constituía una amenaza real o una broma.

Carraspeó Marcelo súbitamente para dar a entender a su acompañante que iba a decir algo.

—Todavía no me has comentado si la despedida fue igual o distinta a la primera...

Le costó a Biesio dos parpadeos comprender la pregunta, y aun así lo hizo solo a medias.

—De mi padre, te refieres...

—Sí, claro.

Se hundieron los ojos azules del legado en las aguas cristalinas del riachuelo durante un largo minuto.

—Cada una tuvo lo suyo —musitó al cabo—. Pero esta ha sido peor, sin duda. La otra vez yo era más joven... Ansiaba alistarme en el ejército... Y lo cierto es que me hice a la idea de que jamás volvería a verlo. —Hizo Biesio otra pausa mientras hurgaba en la madeja de sus sentimientos—. El reencuentro fue emocionante. Teníamos tantas cosas de las que hablar... Incluso conocí a Saloniano —sonrió.

—Ya imagino —asintió Marcelo—. Se os vio aparentemente en buena armonía en vuestros paseos por los alrededores del foro.

—Supongo que sí.

—Y sin complejos. —Frunció los labios Biesio ante el comentario como si, de repente, hubiese notado una espina en la boca—. A Liciniano le dijiste que no te importaba lo del apellido —continuó Marcelo—. ¿Era cierto?

—¿Por qué no había de serlo? —Adoptó Biesio una postura más alerta en su silla.

—Porque a veces la gente no dice lo que piensa, sino lo que sabe que otros quieren oír. A mí puedes hablarme con sinceridad, si te apetece —sostuvo Marcelo con suavidad, sin cambiar su rictus afable.

Contempló Biesio con abierta curiosidad al veterano cónsul. Se preguntó de dónde surgía la confianza que Marcelo depositaba en sí mismo; si de sus éxitos militares o de la seguridad de haber llevado siempre una vida recta.

—Durante mucho tiempo me pregunté cómo sería poder contar sin tapujos quién era mi verdadero padre, lucir una *gens* admirada por todo el mundo, regresar a casa con la cabeza alta e iniciar el *cursus honorum*... —admitió—. Pero ya desperté de ese sueño. —Esbozó el legado una mueca triste—. Y la prueba es que me he vuelto de Roma sin el apellido. No creo que regrese nunca.

—¿Por qué? Si es por lo de Liciniano..., te aseguro que su muerte no va a acarrearle ningún problema —lo tranquilizó Marcelo—. Además, creo que tu padre te ha incluido en su testamento y piensa entregarte a su muerte lo que te corresponde como hijo.

Agitó la cabeza Biesio con total convencimiento.

—No necesito nada. No quiero ser un obstáculo para nadie —afirmó en referencia tal vez a Saloniano.

—Ya. Es comprensible —coincidió Marcelo—. Entonces... ¿qué planes tienes para cuando esto acabe?

—Solo sé que continuaré en mi verdadera casa, el ejército. ¿Y tú?

Cambió de postura Marcelo como si le pinchara alguna arista escondida de la silla.

—Yo... ¿qué?

—Ya que estamos de confidencias tal vez pudieras decirme cuáles son tus propósitos con respecto a Nobilior, a este *oppidum*, a la guerra...

—Bueno, en realidad vas a enterarte ahora mismo. —Señaló Marcelo hacia la orilla contraria del río—. ¿Sabes sus nombres?

El enfrascamiento en la conversación le había impedido a Biesio percatarse de la aparición de dos celtíberos.

—En la guerra siempre acabamos todos por conocernos —dijo—. El tuerto es Liteno, líder arévaco; el otro es el de los belos y se llama Leukon —respondió.

Asistieron ambos militares al vadeo de la corriente por parte de los dos hombres. Debido al deshielo, el agua les llegaba a la rodilla.

Cuando llegaron, Marcelo les señaló las sillas; pero ellos, que venían desarmados, dirigieron sus miradas a las espadas de los romanos.

—Ah, es por esto —dijo Marcelo y arrojó su *gladius* a la arena. El de Biesio aterrizó justo al lado.

Tomaron asiento al fin los dos guerreros con gesto serio. Tenían delante de ellos a todo un cónsul y, sin embargo, al que más atención dedicaron fue a Biesio. Todavía se preguntaban cómo habría escapado de la ratonera. Y si, de no haberlo hecho, Roma habría dado por muerto a Nobilior y, tal vez, renunciado a penetrar en Hispania más allá de los límites del Hiberus.

—¡No vamos a rendirnos! —asentó Leukon tras el largo escrutinio. No en vano, él dominaba la lengua itálica mucho mejor que Litenio.

Tomó Marcelo la jarra de agua arévaca que tenía sobre la mesa y bebió un sorbo.

—Ya.

—¡No de manera incondicional! —puntualizó un segundo después el líder de los belos.

Volvió a mojar los labios el cónsul con ademán reflexivo.

—Entiendo, pero lo que deseo de vosotros no es la rendición sino otra cosa.

—¿El qué entonces? —estalló Litenio, desquiciado por las formas pausadas del cónsul.

Quiso beber Marcelo por tercera vez, pero encontró la jarra vacía. El contratiempo le arrancó una mueca de disgusto.

—Garantías para que Nobilior pueda salir de ese agujero y desplazarse hasta Tarraco sin ningún hostigamiento.

Cruzaron sus miradas los dos líderes guerreros sin esconder su sorpresa. No les agradaba aflojar el nudo de la soga, con lo que había costado empujar al condenado hasta el patíbulo. No podían olvidar en un solo segundo las afrentas y los muertos ocasionados por un cónsul loco. No obstante, se sintieron casi afortunados porque Marcelo no les exigiera una *deditio in fidem* en toda regla.

—Y, a cambio, ¿qué ofreces? —contraatacó Leukon.

Estaba listo Marcelo para la pregunta, y también para la sonrisa con la que adornó su promesa.

—La paz —dijo, pero miró de reojo la tortuga arietaria recién terminada.

—¡Ya teníamos la paz antes de que llegara Nobilior! ¡Eso no es ofrecer nada! —se encrespó Liteno en un latín aceptable.

—Admitirás que los habitantes de Segeda incumplieron los pactos que celtíberos y romanos firmamos hace muchos años... —adujo Marcelo con suavidad amenazante.

—¡Pero eso no le daba derecho a Nobilior a atacar Numantia! —exclamó el líder arévaco asestando un puñetazo a la mesa que hizo bailar las jarras.

Observó Marcelo la danza de las vasijas con ojos tranquilos.

—Bueno, lo cierto es que al darles cobijo os convertisteis en sus cómplices...

Se arrancó Liteno el parche de la cara, no porque quisiera impresionar a Marcelo con su aterrador aspecto, sino porque la cinta de cuero le oprimía los bordes de la herida cada vez que se enfurecía.

—¿Y la quema de Nertóbriga? ¿Y la captura de tantos rehenes en Occilis? ¿Eso también es parte de tu plan de paz?

Mostró Marcelo su desacuerdo por medio de un leve cabeceo y un tono también contenido.

—Ambas ciudades perjudicaron a Roma de una manera u otra el verano pasado —dijo—. Nertóbriga se ha mostrado especialmente rebelde, con Nobilior y conmigo. Si no me han informado mal —desvió el cónsul la mirada hacia Leukon—, tu compañero protagonizó una emboscada contra las tropas de mi colega en la que murieron más de doscientos legionarios y muchos civiles romanos. Comprende que tuviera que tomar algunas represalias...

—Sabíamos que el ejército consular pretendía destruir Sekaisa. Teníamos derecho a defendernos —protestó Leukon.

—Discrepo en lo del derecho pero, aun así... —se abrió de brazos Marcelo en un gesto que pretendía demostrar buenos propósitos— propongo que lo olvidemos todo y volvamos a los viejos tiempos.

—¿Qué tiempos? —inquirió Liteno con vehemencia, como si romanos y celtíberos tuvieran una noción diferente sobre el paso de los años.

—A los Pactos de Graco —sentenció el cónsul—. No nos fue tan mal con ellos; hasta que los de Segeda, o Sekaisa, como decís vosotros, decidisteis ignorarlos.

Volvieron a leerse los dos guerreros las arrugas de la frente. Habían bajado de la muralla con la intención de rechazar la rendición y acusar a Roma de todos los horrores vividos en los últimos meses: las batallas, los ataques, la destrucción, las matanzas... Sin embargo, tras un rato de charla, Marcelo había dejado la culpa de la guerra sobre el tejado celtíbero sin siquiera elevar el tono.

—Esos pactos ya nos estaban asfixiando. La población ha crecido mucho en toda la Celtiberia. De ahí que Sekaisa optara por construir algunos barrios nuevos y rodearlos de una muralla —explicó Leukon, defendiendo así la iniciativa tomada por su tío Magilo y continuada por su primo Caro.

Volvió a esgrimir Marcelo aquel gesto entre comprensivo y riguroso.

—Ya, sí, entiendo —murmuró—. Pero lo cierto es que todos cumplieron menos vosotros. Incluso Numantia se ciñó al acuerdo logrado en el Mons Caunus y jamás se saltó un solo párrafo —añadió con los ojos puestos en Liteno—. Debes entender, amigo Leukon —prosiguió el cónsul, llamando cariñosamente por su nombre al líder belo—, que, en un pacto, ambas partes ceden... Vosotros renunciasteis a la creación de nuevas ciudades o a la ampliación de las existentes. Nosotros, a cambio, no os hemos cobrado tributos ni hemos hecho leva entre vuestros jóvenes todos estos años... ¿Por qué razón no podríamos ahora volver a aquella senda?

Apenas lograban las ranas disimular la respiración alterada del caudillo arévaco, ni sus esfuerzos por pensar de una manera lógica. Y, sobre todo, realista.

—¡No nos parece mal el acuerdo! —prorrumpió Liteno casi con entusiasmo, como si ardiera en deseos de ver lejos de sus territorios a las legiones romanas de una vez por todas, como si un mal acuerdo fuese en el fondo mejor que una derrota.

Meneaba la cabeza Leukon con ademán dubitativo.

—¿Hay algo que desapruebes en todo esto, amigo Leukon? —le preguntó Marcelo.

—A mí tampoco me desagrada lo que dices, pero lo cierto es que Litenio solo puede hablar en nombre de los arévacos de Numantia. Y yo, de los belos y los titos que están aquí encerrados. Para firmar un tratado como el de antaño, deberías dirigirte también a los pelendones y a todas las fortalezas celtíberas. Al menos las principales. Una a una. Porque ya sabes que aquí, muchas veces, cada ciudad va a su aire. Solo así sabrías si la vuelta a esos pactos es posible.

Sonrió Marcelo igual que un padre paciente con un hijo torpe.

—Claro, sería estupendo hacerlo así —dijo—. Pero seguro que te das cuenta de la imposibilidad de llevar a cabo esa estrategia.

—¿Por qué?

Chascó la lengua Litenio y se colocó de nuevo el parche sobre el ojo con ademán brusco. Ya se había serenado, aunque le irritaba la candidez de su compañero.

—Porque le llevaría siete meses visitar cada *oppidum*, sacar de la madriguera a su caudillo, hablarle en estos mismos términos sin que se espantase y sellar después el pacto. Ningún cónsul tiene tiempo de hacer una cosa así en una sola campaña. ¿No te das cuenta de que esa labor de heraldos nos la quiere endosar a nosotros dos?

Había comprendido Biesio las intenciones de Marcelo a la vez que el propio Litenio. Si habló fue tan solo porque vio a Leukon algo remiso a hacer de mensajero de Roma.

—Sois los líderes más respetados por todas las tribus celtíberas desde el Hiberus y el Durus hasta la Carpetania. Sois, al fin y al cabo, quienes aglutinasteis a las ciudades principales en este conflicto. Por eso, sus caudillos harán lo que os parezca bien a vosotros. En vuestras manos está acabar con esta maldita guerra —zanjó, depositando todavía más peso sobre las espaldas de los dos guerreros—. En un mes podéis estar de vuelta. ¿Qué me decís?

—¿Y Roma ratificará después el acuerdo de paz, si logramos convencer a todas las tribus? —preguntó Leukon.

—¡Roma soy yo! —exclamó Marcelo de una forma tan contundente que hasta las jarras de la mesa temblaron sin necesidad de puñetazo.

Asintieron de forma breve, imperceptible, los dos celtíberos. Tenían la convicción de que el laberinto en el que andaban metidos tenía una sola salida: la que Marcelo les había indicado con una mezcla de astucia, amenaza y diplomacia. La otra era continuar la guerra. Y perderla.

LVI

La Gran Atalaya, séptimo día después de los idus de abril, año 152 a.C.

Descendía el hedor de la cumbre de la Gran Atalaya como si los dioses que moraban sobre las nubes tuvieran el hálito enfermo y los intestinos podridos. Una inmensa bandada de buitres trazaba círculos cada vez más bajos sobre el campamento romano a la espera de la hora de la carroña.

—Si no fuera porque veo algunas cabezas en la empalizada, diría que están todos muertos —sostuvo Marcelo con una mueca de asco—. Además, hoy no han tocado los cuernos...

—Eso es porque Nobilior anda enfadado contigo por no haberle auxiliado antes —tradujo Biesio mientras guiaba al cónsul y a su escolta de cien jinetes en el ascenso al montículo.

Encontraron la *porta praetoria* abierta de par en par y dos hombres que parecían cadáveres esperando a la comitiva. Uno era Criso.

—Cónsul... —Agachó la cabeza el veterano tribuno en son de respeto. Después le habló a Biesio—. Voy a darte yo las gracias por lo que has hecho por nosotros, porque Nobilior no creo que lo haga.

Se bajó del caballo el legado consular y estrechó a su compañero de desdichas.

—Tenías razón —le dijo—. La vida de siete mil soldados valía más que mi orgullo. ¿Cuántos quedáis?

—Bueno, solo hemos perdido unos quinientos hombres desde que te fuiste. Las emboscadas... el hambre... las enfermedades... Al final, todo te mata —resumió Criso, al que le faltaban varios dientes más de los que Biesio recordaba.

Avanzaron a pie hasta el foro del campamento quienes llegaban para liberar del cepo a casi siete mil asediados. Lo hicieron así por no desmerecer a Nobilior, que no disponía siquiera de un mulo con el que poder mejorar su pose. Había encanecido severamente el cónsul saliente. Lucía las ropas hechas jirones, pegadas al cuerpo como una segunda piel debido a la mugre de muchos meses. La armadura parecía habérsela robado a un gigante, de tanto como le bailaba sobre los huesos. Justo detrás de él, y en perfecta formación, Biesio distinguió a los componentes de la Legio Tarraconensis. Al parecer, los únicos soldados que Nobilior deseaba mostrar a sus visitantes. Por una razón u otra, los veteranos de Hispania habían soportado mejor que el resto los padecimientos y conservado el equipo en perfecto uso. A lo largo de la *vía praetoria* se arracimaban, sin orden ni concierto, los supervivientes andrajosos de las dos legiones consulares reclutadas en suelo itálico.

—Aquí tienes —gruñó Nobilior, y le entregó a Marcelo dos banderas deshilachadas—. Casi pensaba que tendría que ir a llevártelas —añadió con retintín sarcástico mientras un patético toque de *buccina* anunciaba el cambio de mando.

—Es la primera vez en la historia de Roma que este relevo se produce fuera de Tarraco y en unas condiciones tan lamentables: sin libros de cuentas, sin un censo, sin registros sobre límites geográficos de la provincia... —Oteó Marcelo brevemente por encima del hombro de su colega—. Además, no has sido capaz siquiera de mantener la disciplina entre tus legiones. No creo que estés en disposición de hacerme reproches.

—No sabía por qué pasabas de largo... —adujo un Nobilior más manso.

—Solo quería asegurarme de que los celtíberos no te despedazasen en cuanto abandonaras este campamento.

Unos ojos despavoridos inspeccionaron la porción de llanura visible desde el foro.

—Pero tú vienes conmigo a Tarraco... ¿no? —balbució Nobilior.

—Yo me quedo todavía un poco —asentó Marcelo.

—¿Para qué?

—Para culminar la misión que me ha encomendado el Senado. Abajo tenéis diez carretas de grano y otra tantas de carne en salazón para que vayáis comiendo por el camino. Aunque he obtenido garantías de que no habrá hostilidades, yo no me demoraría en Celtiberia ni un minuto. Una cosa más —añadió Marcelo cuando Nobilior ya estaba a punto de iniciar el descenso de la senda que había subido en el mes de diciembre.

—¿El qué?

—Me quedo con Criso.

Hizo Nobilior un gesto de desentendimiento, como si le diera igual prescindir de cualquiera con tal de salvarse.

Tres hombres silenciosos contemplaron durante un rato el alejamiento presuroso de un general derrotado.

—¿Qué es lo que deseas de mí, cónsul? —preguntó Criso cuando tuvo claro que él no regresaría a casa.

—El legado me ha hablado mucho de ti.

—Ya.

—Bien, quiero decir.

—Sí.

—De tu buen hacer, de tus méritos, de tu veteranía...

—Ajá.

Se percató Biesio de que el miedo a una muerte lenta y agónica puede convertir al más lenguaraz en un ser taciturno.

—Dile claramente lo que quieres de él —instó a Marcelo—. Este hombre no está para charlas.

—Lleva esto al Senado —ordenó entonces el cónsul, y quiso entregarle al tribuno un rollo lacrado.

Pero Criso permaneció con los brazos caídos como si no pudiera moverlos.

—¿Por qué yo? —preguntó, mirando sin tapujos a la escolta de Marcelo, cien jinetes jóvenes, frescos y en plena forma. Cien hombres que podrían cumplir aquella misión con mucha más presteza y solvencia.

—Porque solo tú puedes contar con todo detalle lo que has padecido en Celtiberia desde el año pasado. Porque solo un hombre

que ha visto lo que tú has visto puede valorar la paz por encima de la guerra. ¿Te parece suficiente?

—Sí. —Aceptó Criso el pergamino con gesto cansado, pero conforme con la tarea asignada—. ¿Puedo comer algo antes de marcharme? —pidió mientras le preparaban un caballo.

Despidieron al heraldo y a su escolta de cincuenta jinetes a las puertas de un campamento otra vez silencioso.

—¿No crees que te has precipitado un poco? —preguntó Biesio de repente.

Encajó mal la pregunta Marcelo porque no llevaba bien las discrepancias, sobre todo si provenían de un militar de inferior rango.

—¿En qué? —gruñó.

—En anunciar la pacificación de la Celtiberia sin tener la seguridad plena de que vas a alcanzar un acuerdo con todas las tribus y sus ciudades.

—En la paz y en la guerra hay que adelantarse a los acontecimientos —opinó uno de los militares más laureados de Roma.

—Ya, pero ¿y si algún pueblo celtíbero o alguna fortaleza se resiste?

Regresó el Marcelo paternal y amable, al menos en el tono y en el semblante.

—¿Dirías tú que Nobilior tenía claras las ideas cuando vino a Tarraco?

—En realidad solo le habían encargado una misión: destruir Segeda. Pero luego la ambición lo cegó, sobre todo desde que recibió los elefantes, y fue buscando otras metas más altas por su cuenta y riesgo. Conquistas que le reportaran riqueza y prestigio; hasta que todo acabó en un desastre —reconoció el legado.

Meneaba Marcelo la cabeza en son desaprobatorio mientras escuchaba, como si él jamás fuese a incurrir en semejantes errores.

—Pues a mí me han enviado aquí con dos objetivos: liberar a Nobilior y convertir la Celtiberia en un lugar otra vez respirable —dijo

—. El primero era fácil y ya está cumplido. El segundo lo conseguiré también, cueste lo que cueste. Porque yo no sé volverme a Roma con una tarea pendiente.

LVII

Campamento romano, séptimo día después de los idus de mayo, año 152 a.C.

Aguantó Biesio el topetazo y respondió con un empujón igual de potente. Le costó alejar el cuerpo de su contrario para poder asestarle un golpe de *gladius*. Marcelo tenía la fuerza y el tamaño de un enorme gladiador de circo, aunque veterano. Se cubrió bien la cabeza el cónsul, pues ya había previsto el ataque. Desvió después el lance con el plano de la espada e intercambió con su legado una auténtica catarata de golpes rectos y algunos curvos sin dejar nunca de empujarle. Usaban, como es natural, espadas de madera, las mismas con las que practicaban las legiones a solo unos pasos de distancia.

Ya no tenía edad Marcelo para los violentos ejercicios que la tropa realizaba todas las mañanas en la campa de Numantia; para avanzar y retroceder a la carrera, para desplegarse y acometer a un enemigo imaginario. No obstante, procuraba mantener la forma y el tono en los músculos por si acaso. No resultaba tan extraño que un general acabase ocupando un lugar en el muro de escudos debido a las bajas. Eso les había pasado a muchos, incluso a Nobilior.

Se asomaban diariamente los numantinos a la muralla este con el fin de presenciar el espectáculo. Si alguna vez se habían preguntado qué hacía invencibles a las legiones romanas, por lo menos a las profesionales, ahora tenían la respuesta. La belicosidad —se dieron cuenta— ellos la llevaban en la sangre desde el nacimiento. Era puro instinto. La beligerancia propia de todas las tribus tenía que ver con el orgullo de una estirpe guerrera que rechazaba la claudicación ante cualquier poder extranjero. Sin embargo, para los soldados romanos que ya dominaban media Hispania y ahora comenzaban a internarse

en Celtiberia, la guerra era simplemente un oficio. Un arte para cuyo dominio no hacía falta odio, ni ideales, ni siquiera estirpe. Tan solo disciplina, práctica y una fe ciega en el resto de compañeros.

—Hoy te has dejado un poco... —resopló el cónsul al terminar los ejercicios.

—No me gusta abusar de los ancianos —bromeó Biesio.

Aceptó Marcelo la chanza con una carcajada. Después preguntó:

—¿Sabes qué día es hoy?

—Sí.

—Pues te habrás dado cuenta de que ya se ha cumplido el mes de plazo que me dieron esos dos líderes celtíberos para traerme la respuesta a lo del tratado de paz.

—Bueno, aún le quedan muchas horas al día. Tal vez se presenten hoy... —lo consoló Biesio.

Se limpió Marcelo el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras examinaba, sin que se notara mucho, los parapetos de Numantia. Sabía, porque se lo habían dicho los exploradores, que desde hacía varios días la capital arévaca estaba recibiendo visitantes nocturnos que ya no se marchaban del *oppidum*. Eran jinetes aislados que se colaban por las puertas más escondidas a cobijo de la noche. La circunstancia no había llegado todavía a preocupar al cónsul, pero sí a intrigarle.

Un centurión sorprendió a los dos responsables máximos de aquel ejército mientras se dirigían al tingladillo del río para tomar el *prandium*.

—¡Ha llegado un jinete! —les informó.

—Ya, ya. ¿Otro celtíbero? —repuso Marcelo sin volverse.

—No, este es de los nuestros.

Giraron ambos militares como si tuvieran goznes bajo las sandalias. No contaba Marcelo con volver a encontrarse con Criso en toda su vida; o, tal vez sí, pero en las calles de Roma o Tarraco. Nunca en aquel campamento a las puertas de Numantia y con cara de difunto.

—¿Tú? —exclamó presa del asombro—. ¿A qué has venido? —A traerte la respuesta del Senado.

—¿Sobre qué? —Observaba Marcelo al heraldo con ojos minuciosos.

—Sobre tu proyecto de paz para la Celtiberia. Toma —dijo Criso y le entregó al cónsul un pergamino enrollado—. No lo aceptan —añadió.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque tuve que asistir a la sesión completa del Senado.

Habló Marcelo con el rollo todavía en la mano.

—¿Votaron?

Asintió Criso circunspecto.

—Sí, y lo cierto es que casi todos se mostraron contrarios a tu propuesta.

—¿Mi padre también? —terció Biesio.

—Catón fue de los que más insistieron en la reanudación de las hostilidades —afirmó Criso con una mueca de pesar.

Advirtió Marcelo un mohín de decepción en el rostro de su legado.

—No te lo tomes a mal. Simplemente has dejado de preocuparle —le explicó—, y ahora su interés vuelve a ser el de siempre: la victoria de Roma sobre todos los pueblos que él considera inferiores e indignos de ser libres.

Desplegó Marcelo al fin el documento de marras y lo leyó en silencio, aunque murmurando para sus adentros las palabras y los párrafos del requerimiento.

Le instaba la Cámara a proseguir la campaña iniciada por Nobilior contra todos los pueblos celtíberos, y terminarla de una vez por todas. No era aquel el momento de los pactos, sino de la guerra, ya que la coyuntura, le decían, era inmejorable. Una vez doblegadas Nertóbriga y Occilis, como él mismo reconocía en su mensaje, y tras liberar al viejo cónsul, solo quedaba pendiente la demolición del poder arévaco. Pelendones, titos y belos apenas contaban. Y, además, su resistencia cesaría en cuanto se sometieran los más ariscos. Debía aprovechar el campamento plantado junto a Numantia para ponerle cerco a la ciudad y rendirla antes del otoño. Se le sugería, incluso, una artimaña que podría ahorrar mucho tiempo y trabajo: reunir a los grandes caudillos celtíberos con la excusa de hablar, supuestamente de paz, y asesinarlos a todos durante el

cónclave. El descabezamiento del enemigo, aunque fuera a través del engaño, sostenía la misiva, no supondría ningún menoscabo para su prestigio pues todo quedaría en secreto para la historia.

Pidió Marcelo una cantimplora con la que refrescarse la boca tras la lectura. Aún no había dicho una sola palabra cuando un centinela se acercó corriendo por la *via praetoria*, la que conducía a la puerta del mismo nombre, y después al tingladillo del arroyo.

—¡Han llegado los celtíberos! —anunció el legionario tras cuadrarse debidamente.

Quiso iniciar su camino el cónsul hacia el sombrajo que tenía puesto desde el primer día, pero una voz lo retuvo.

—Cónsul...

—¿Qué te pasa ahora, Criso?

Miraba de reojo el veterano tribuno a Biesio como si quisiera suplicar ayuda por anticipado.

—Nobilior me había prometido el licenciamiento al acabar su mandato, si salíamos vivos de la Gran Atalaya, claro —dijo—. Pero tú me has prorrogado el servicio, y el Senado me dice que estoy actualmente bajo tu mando. Al parecer todo depende de ti ahora...

Sacudió la cabeza Marcelo con enojo, como si en medio del combate un soldado se le acercase para comunicarle que le había salido una ampolla en un dedo.

—No tengo tiempo para tonterías en estos momentos. Además, aún puede que te necesite —masculó y trató de retomar su camino.

—Cónsul... —lo entretuvo esta vez el centinela, un *primus pilus* condecorado mil veces.

—¿Qué ocurre?

—Es sobre los celtíberos. Han venido muchos acompañando a los dos líderes que ya conocemos.

—¿Cuántos?

—No sé... un grupo numeroso. Creo que son caudillos de otras ciudades —replicó el laureado centurión—. Por eso me he permitido colocar a dos manípulos completos detrás de la *puerta praetoria*. Nadie podrá verlos desde fuera. Pero con que des una sola voz, saldremos todos con las armas listas.

—Bien —respondió Marcelo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Biesio, que había leído la carta por encima del hombro del cónsul.

—Pues lo único claro es que no dispongo de un ejército tan grande como para reemprender la guerra que me pide Roma

—Entonces, ¿vas a aprovechar para matarlos a todos?

Manoteó el aire Marcelo como si quisiera espantar una mosca insidiosa.

—Déjame que piense un poco —le pidió a su legado mientras ambos se dirigían al sombrío de la orilla.

LVIII

Solo Litenio y Leukon se habían atrevido a cruzar la corriente y plantarse bajo la lona. En la otra orilla, y como si tuvieran miedo al agua, esperaba un nutrido grupo de mandatarios. Se notaba que eran caudillos por las espadas engastadas con clavos de plata, los *soliferrea* cincelados con extravagante filigrana y los cascos de hierro blanco con antenas desmesuradas. Se reconocía su riqueza en las ropas de lana exquisita, en los ostentosos anillos y en las fíbulas de oro que usaban para abrocharse el manto.

Dirigió Marcelo una mirada inquisitiva a sus dos interlocutores. El gesto fue suficiente para que Leukon explicara la naturaleza del grupo y sus intenciones.

—Son los jefes de las principales ciudades de toda la Celtiberia. Han preferido ir reuniéndose en Numantia poco a poco con el fin de aparecer aquí todos juntos. —dijo—. Les comentamos lo del tratado de paz que nos ofreces y les pareció bien eso de volver a los Pactos de Graco. No obstante, y no es que no se fíen de nosotros dos —hizo el contrebien una pausa para mirar a Litenio—, pero lo cierto es que quieren oírlo todo de tu propia boca. Y no a través de emisarios.

Asintió Marcelo muy despacio, como si mientras cabeceaba estuviese inmerso en un océano de agitados pensamientos.

—¿Cuántos son?

—Treinta y cinco.

—No son viejos... —arguyó Marcelo, tras observarlos unos segundos.

—No, son los jefes guerreros de sus ciudades. Ya sabes... En estas tierras, los jóvenes se encargan de la guerra y los ancianos de los negocios.

—¿Y dices que ellos rigen la Celtiberia?

—Podría decirse que sí.

—Ya. Pues que crucen sin miedo —le dijo a Leukon—. Cayo, haz que traigan treinta y cinco sillas —le encargó después a Biesio.

Quedaron los mandatarios celtíberos acomodados en pocos minutos, aunque fuera del sombrero; porque allí solo había espacio para el cónsul, su legado y los dos que habían ejercido como sus heraldos. Afortunadamente, el sol de la Celtiberia no era muy rusiente en mayo, y menos a aquellas horas.

—Repíteles todo lo que nos dijiste a nosotros —sugirió Leukon ya que Marcelo no parecía tener prisa por iniciar el discurso.

—¿Me entenderán?

—Si usas un lenguaje llano y hablas despacio, no se perderán ni una sola palabra —le aseguró el contrebiense.

Consideró Marcelo la idea de avanzar unos pasos hacia los caudillos y colocarse más cerca de ellos, pero se quedó al final detrás de la mesa por miedo a asustarlos.

—No voy a engañaros —comenzó mientras hacía girar el pergamino de Criso entre los dedos—, pero lo cierto es que el Senado de Roma os quiere de rodillas o muertos. Acaban de comunicármelo en este documento —añadió dejando el rollo sobre la mesa.

Era cierto lo de la comprensión del idioma itálico por parte de los celtíberos. Porque no hubo ni uno que no echara mano a su espada. Después, empezaron los cacareos y enseguida llegó el alboroto. Se miraban los unos a los otros sin dar crédito. Volvían después unos ojos desorbitados y blancos hacia los dos líderes que compartían mesa con el cónsul, como si ellos también fueran culpables del engaño. Agarró el rollo Liteno y lo desplegó delante de su ojo bueno. Le dio dos vueltas, lo miró al través y se lo entregó a Leukon tras varios segundos de observación inútil.

—¿Es cierto lo que dice? —le preguntó.

—Sí —confirmó el contrebiense después de examinarlo un poco.

Detuvo Marcelo los murmullos, las voces de indignación y los improperios de la concurrencia con un alarido.

—¡Claro que es cierto! ¡No me importa que veáis la carta porque yo nunca miento! —proclamó, y su voz de trueno disparó la palabra

nunca contra la muralla de Numantia como si se tratara una piedra de catapulta—. ¡Por eso mismo quiero que sepáis que no les haré caso! ¡Os doy mi palabra!

Se sentaron algunos que vociferaban puestos en pie delante de sus sillas.

Enfundaron la falcata quienes ya la tenían aferrada por la empuñadura.

—Podrías empezar por ofrecer hechos en vez de palabras... —sostuvo Litenio cuando cesó todo el revuelo.

—¿Hechos? ¿Cuáles?

Apuntó el líder tuerto hacia las dos torres que esperaban frente a la muralla norte y después hacia el inmenso ariete apostado a las puertas del antemuro. Aceptó Marcelo la sugerencia del arévaco de inmediato.

—Cayo, haz que... —comenzó pero se detuvo, porque Biesio ya estaba dando voces dentro del campamento para que prendieran fuego a los ingenios.

Se llenó la campa de Numantia de una quietud expectante porque las máquinas de asedio parecían resistirse a la quema. Al final ardieron en medio de una humareda densa y gris como una nube de granizo. Al parecer, los romanos habían utilizado troncos excesivamente verdes para las piezas más robustas.

—Así está un poco mejor. Pero... ¿y el que venga detrás de ti la próxima primavera? ¿Cómo podemos estar seguros de que no la emprenderá otra vez con nosotros? —inquirió Litenio, al que la promesa de paz se le antojaba débil, por lo efímera.

—Os aseguro que respetaré los pactos que suscribamos. Yo os lo garantizo.

La desconfianza a un enemigo habitualmente tramposo desató una avalancha de dudas. Escuchó Marcelo aquellas muestras de recelo con paciencia infinita tratando siempre de tranquilizar a los más escépticos. Cruzó en medio de la algarabía una mirada con su legado en busca tal vez de consejo, pero Biesio se encogió de hombros porque la escena le pareció de lo más previsible.

—¡He dicho que no habrá más guerra, maldita sea! —zanjó por fin el cónsul, harto de tanta palabrería, golpeando la mesa con un puño

endurecido de ira—. ¡No habrá más guerra entre Roma y la Celtiberia mientras yo viva! —prometió a gritos.

Ya estaba Litenio sin el parche a aquellas alturas de la diatriba.

—¿Tanto poder atesoras en Roma como para desoír al Senado?

—¡Yo soy quien gobierna estas tierras y no el Senado! ¡Y yo os digo que protegeré a la Celtiberia de cualquier ataque externo, incluso de Roma! —bramó Marcelo, y partió el tablero en dos de un segundo puñetazo.

Y lo cierto era que no estaba mintiendo al afirmar aquello, aunque se trataba de una verdad solo teórica. El cónsul encarnaba el poder ejecutivo en una provincia y podía aplicar sus propias leyes. Pero, hasta la fecha, ningún gobernante en su sano juicio se había atrevido a ignorar la voluntad del Senado.

Bajó Hilerno del parapeto sin que ninguno de los reunidos notara nada. Hasta que el chapoteo de pies en el río descubrió la estampa enternecedora de un anciano vadeando la corriente apoyado en el hombro de un niño.

Se plantó el anciano ante la mesa rota con Lorien a su lado, incurriendo así en desacato, pues Litenio le había prohibido abandonar la ciudad para tomar parte en las negociaciones.

—¿Qué pinta aquí un niño? —inquirió un asombrado Marcelo ya que el pequeño venía con armas y correajes como cualquier guerrero adulto.

—Es mi nieto y está aprendiendo —respondió rotundo el mandatario celtíbero antes de presentarse—: Me llamo Hilerno y soy el miembro más anciano del Consejo. He bajado porque no creo que sea buena idea dejar este asunto enteramente en manos de los jóvenes —añadió sin perderle la cara al líder tuerto.

—Ya. ¿Y qué tienes que decir?

—He escuchado todo y me ha parecido que eres un hombre de paz, mayormente —sostuvo Hilerno cabeceando.

—Así es. Menos mal que al menos tú te has dado cuenta...

—Lo que me pregunto es para qué necesita trescientos rehenes celtíberos alguien que viene a ponerle fin a esta guerra —continuó Hilerno.

Despertaron las ranas del riachuelo con un croar estridente. O tal vez lo pareció debido al silencio abismal y culpable de los caudillos que estaban sentados. Se llevaron las manos a la cabeza los miembros de aquella delegación de prohombres. Les trepó el rubor hasta el reborde del casco por su imperdonable olvido de los prisioneros. Pero es que los cautivos no eran de sus ciudades; y, además, allí no estaban Vicanus de Nertóbriga ni Abulio de Occilis para recordarlos. Los líderes guerreros de las dos fortalezas castigadas se habían mantenido al margen de la asamblea por miedo a que el cónsul tomara represalias contra los suyos.

—Tienes razón, Hilerno. Ya no hay motivo para... —comenzó a decir Marcelo mientras se daba la vuelta para darle órdenes a su legado.

Pero Biesio ya estaba dentro del campamento. Apenas tardó dos minutos en aparecer con los rehenes. Venían por su propio pie, andando cómodamente sin grilletes en los pies ni en las muñecas. Tenían buen aspecto pues habían comido la misma carne hervida y las mismas gachas que los legionarios.

Hilerno los fue abrazando uno a uno. Aprovechaba el momento para hablarles al oído. «¿Cómo está tu padre?». «¿Todavía vive tu madre?». «¿Te has casado ya?». «¿Tienes hijos?», les iba diciendo pues los conocía a todos por su nombre.

—Sois libres. Podéis marcharos —les comunicó Marcelo, pero el grupo se quedó parado en el sitio como un rebaño acobardado.

—Venid a Numantia. Os daremos caballos para que podáis volver más rápidamente a casa —intervino entonces Leukon, sin contar con la autorización de Litenio.

Mas siguieron inmóviles los recién liberados, pendientes de Lubbo, el hijo de Vicanus. Esperaban una palabra suya o un gesto. Porque, al parecer, incluso los esclavos y los prisioneros se organizan y nombran un jefe que los dirija.

—Está bien disponer de caballos —agradeció el joven de Nertóbriga—. Pero... ¿y estos? —añadió después señalando hacia el campamento romano, como si temiera ser apresado de nuevo en cuanto pisara el páramo celtibérico.

—Ya no hay guerra entre nosotros —repitió el cónsul con voz recia para que lo oyeran hasta los cangrejos.

—Sí, tenemos paz —confirmó Hilerno—. La paz de los que deben habitar tras los muros que fabricaron sus abuelos sin sobrepasarlos ni un palmo. La paz de los que han de vivir unos sobre otros por falta de espacio y permiso para fundar nuevas ciudades. La paz de las fieras que estarán siempre vigiladas por una fiera más grande —concluyó, recordando a su manera las cláusulas de los Pactos de Graco a los que volvían a atenerse—. ¿He dicho bien?

Compuso Marcelo un ademán de impotencia.

—Es todo lo que yo puedo hacer por vosotros —admitió—. Pero mejor esto que volver a matarnos. ¿No te parece?

Asintió Hilerno trabajosamente, como si la cabeza le pesara cien libras y apenas pudiera con ella. Era un anciano caduco con los días contados, pero de pronto pareció todavía más viejo que los propios dioses. Se volvió sin mirar a nadie, apoyado en el hombro de Lorien, y emprendió el camino de vuelta a Numantia igual que un buey cansado de cargar toda la vida con el mismo yugo. En realidad, se fueron todos, menos los romanos. Porque, como último gesto de bonhomía, Marcelo se comprometió a desmontar la rampa de asalto por la que, quizá, habrían subido las torres de no llegar a un acuerdo. Aprovechó aquellos días insulsos para atar algunos cabos sueltos y culminar una campaña que no iba a reportarle un triunfo a su vuelta a Roma, sino tal vez una reprimenda. Pero eso al tres veces cónsul le importaba muy poco.

LIX

Observaba Biesio la destrucción de la rampa de asalto con un embelesamiento lúgubre, como si en realidad estuviera presenciando la demolición de su propia efígie. Tan abstraído estaba en aquella nebulosa gris que no escuchó pasos a su espalda.

—Bueno, ya casi hemos terminado... —dijo Marcelo, provocando el sobresalto de su subordinado.

—Sí —replicó Biesio lacónico.

—¿Cuánto dirías que nos costará aún dejarlo todo como estaba?

—Una semana como mucho —vaticinó el legado.

Hablaban ambos militares en medio de un estruendo de ranas, chicharras y coletazos en el río debido a la freza de los peces.

—Bien, pues una semana y podremos volver a casa. Después de dos campañas seguidas en Celtiberia, tendrás ganas de perder de vista todo esto... —insinuó Marcelo.

—Bueno... —musitó el legado con aquel aire de huérfano inconsolable.

—¿Sigues firme en lo de no regresar a Roma?

—Sí.

—Pues si volvieras como legado, te aseguro que te lloverían las ofertas para acompañar a pretores y cónsules en años venideros —le auguró un experto en temas militares.

—Ya te dije que no pensaba volver. Ni siquiera cuando muera mi padre.

—Entonces... tu destino está en Tarraco.

—Supongo.

—Lo dices como si fuera una obligación dolorosa... —le espetó Marcelo ante un laconismo que se le antojó excesivo—. ¿Acaso tu puesto como jefe de la guarnición no era de tu agrado?

—Reconozco que estaba mejor como prefecto de Castra Atiliana, aunque se tratase de un simple campamento.

—¿Y por qué pediste el traslado a Tarraco?

—Por mi padre —admitió Biesio sin rodeos—. Suponía un ascenso en mi carrera y sabía que eso le llenaría de orgullo.

—Seguro que fue así, aunque no se lo contara a nadie —reflexionó Marcelo—. En cualquier caso, creo que ya es momento de que pienses solo en ti a la hora de tomar decisiones. Tal vez el licenciamiento sea tu mejor opción ahora mismo. Sicilia puede ser un lugar magnífico para retirarse.

Viajó la mirada desvalida de Biesio más allá de los confines del Mare Internum, se posó unos segundos donde debería estar la isla de Sicilia. Viró después un poco, hasta situar mentalmente Liguria y Macedonia, lugares que también había pisado en su larga vida de milicia. No se imaginó cultivando vides y olivos en ninguno de aquellos sitios. Volvió entonces la cabeza hacia la izquierda, sobrevoló la grandiosa ciudad de Tarraco y se demoró después unos instantes en un apartado rincón del Hiberus llamado Castra Atiliana.

Contempló Marcelo aquellos misteriosos vaivenes, tratando de interpretar tanto giro de cabeza y aquel semblante de náufrago. Pero le pareció que su legado solo había estado contando nubes, o golondrinas.

—Lo único seguro es que no pediré el licenciamiento —murmuró al fin Biesio tras regresar de su viaje imaginario por los confines del Imperio—. El ejército es mi familia y seguiré en él hasta que me pudra.

—Sí, eso está bien, pero te veo un poco confundido.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu futuro más inmediato. Es como si tu horizonte estuviera en tinieblas y caminaras a tientas, como los ciegos.

—Hasta cierto punto es comprensible que dude —se defendió Biesio—. No tengo raíces ni ataduras en ningún sitio.

—Es verdad —coincidió Marcelo—. Un hombre no tiene arraigo hasta que no encuentra una causa en su vida. Si tuvieras unos hijos que educar...

—Pero no es el caso.

—Claro. Los negocios también ayudan a sentar la cabeza.

—Yo no sería bueno para eso —zanjó Biesio cada vez más incómodo con las injerencias del cónsul en su vida privada.

Decidió entonces Marcelo liberar la idea que desde hacía días cantaba dentro de su cabeza igual que un grillo en su jaula.

—¿Y qué te parecería ayudar a reconstruir la ciudad que destruiste?

Acusó Biesio la sugerencia como si le hubiera mordido una serpiente.

—¿Te refieres a Segeda? —inquirió tirante.

—¿Cuál si no?

—¡Fue Nobilior el autor del destrozo! —objetó de inmediato el legado como si detuviera un tajo por instinto, sin necesidad de usar el cerebro.

—¡Oh, sí, por supuesto! —respondió el cónsul, con un retintín de sorna—. A ver si lo entiendo... Tú estabas en ese ejército y, además, con mando; pero solo miraste... No hiciste nada... No diste ninguna orden... No te implicaste en la demolición y desmantelamiento de la urbe...

Se le enfurruñó el gesto a Biesio al percibir la burla, aunque después fue serenándose. Adoptó finalmente el mismo aire embebecido del principio, pero sin la tristeza.

—Para hacer bien lo que dices, habría que contar con sus antiguos moradores. Y eso no sería fácil debido a la desconfianza que nos tienen —arguyó no sin razón.

—Sí, habría que convencerlos, y después enseñarles a convertir aquella ruina en una bonita cuadrícula de calles ordenadas alrededor de un cardo y un decumano.

La sorpresa elevó la mirada de Biesio hasta el rostro afable de Marcelo, para ver si el cónsul hablaba en serio o solo bromeaba.

—¿Quieres hacer de la capital de los belos una ciudad romana? —preguntó incrédulo.

Se hinchó de orgullo el pecho de Marcelo debajo de su coraza musculada.

—He recibido quinientas peticiones de licenciamiento —dijo—. Y voy a conceder todas aquellas cuyos solicitantes cumplan una condición

única: asentarse en la nueva Segeda como colonos. Criso ya ha encontrado a trescientos.

Cabeceó Biesio reflexivo, cada vez más enfrascado en el proyecto.

—Sí, pero habría que proteger de algún modo a esos hombres... —razonó como buen militar—. No podemos dejarlos en medio de la Celtiberia y marcharnos como si tal cosa...

—Ya he pensado en eso —repuso Marcelo sonriente—. Segeda tendrá una guarnición permanente de doscientos legionarios con un jefe. El puesto podría llevar escrito tu nombre, si quieres.

En esta ocasión las palabras del cónsul no desataron en Biesio ningún mecanismo de defensa, ningún ademán de repulsa. Al revés, la propuesta, o casi el nombramiento, acarició con mano algodonosa un corazón poco acostumbrado al cariño de otro semejante.

—Pero no sé si los belos accederían a convivir con nosotros... —se preguntó.

—Bueno, deja ese tema en mis manos —respondió Marcelo mientras el eco de pisadas en la orilla iba creciendo poco a poco.

Giró la cabeza Biesio cuando las ranas se callaron y los barbos se alejaron de la orilla debido al ruido sobre el cascajo. Si no desenfundó su *gladius* fue tan solo porque el celtíbero se acercaba desarmado.

—¿Has pensado en él? —inquirió.

—Es una opción que quiero explorar en una conversación privada. ¿Entiendes lo que quiero decirte, Cayo?

LX

Se cruzaron Biesio y Leukon en la orilla del riachuelo. Pudieron mirarse a la cara sin tener que preocuparse por descifrar en los ojos del otro por dónde vendría la cuchillada o el lanzazo. Porque, por primera vez en casi un año, reinaba la paz entre romanos y celtíberos. Incluso se saludaron tímidamente con un imperceptible movimiento de cabeza, como si fueran viejos conocidos.

—¿Para qué me has hecho llamar? —preguntó el contrebiense al ver cómo Marcelo lo examinaba de arriba abajo sin decir nada.

—Biesio me ha dicho que todo este tiempo has combatido con la indumentaria y las armas de algún oficial romano...

—Sí.

—Pues me resulta raro, porque últimamente no hemos registrado la pérdida o la muerte de ningún tribuno militar, ni nadie de tan alto rango... —repuso Marcelo, por si la observación pudiera conducir a la explicación del enigma.

—Todo perteneció a mi padre, el casco, la armadura, las grebas, el *gladius*...

—¿A tu padre? —Desorbitó el cónsul los ojos mientras contemplaba a su joven interlocutor. De no ser por la melena rubia, se le ocurrió, Leukon habría pasado inadvertido en cualquier rincón de Roma. Sus facciones, sus hechuras y sus ojos eran los de un ciudadano itálico.

—Sí. Se llamaba Máximo Vento.

Retrocedió dos pasos Marcelo como si le hubiera impactado una azagaya lanzada desde los parapetos.

—¿E...el legado de Graco? —balbució atónito.

—Sí. ¿Lo conociste?

—¡Pues claro! Lo vi aparecer una vez en el Senado, cuando era simple centurión. Después, el propio Graco me habló mucho de él

antes de perder la cabeza. Afirmaba que sus famosos Pactos fueron posibles gracias a la intermediación de tu padre con las tribus celtíberas —afirmó Marcelo entre la admiración y la sorpresa—. Entonces, por tus venas corre sangre de la nuestra... —añadió tras una pausa.

—Y también celtíbera, por parte de mi madre. ¿La curiosidad por mi vestimenta de guerra es la única razón por la que me has hecho bajar? —repuso Leukon, convencido de que Marcelo lo había llamado por motivos más importantes.

—En realidad no —respondió el cónsul, a quien le habría gustado profundizar más en la charla, hasta averiguar por qué un legado romano decide permanecer en Hispania y ligar su vida y su futuro a una mujer celtíbera.

—Pues tú dirás...

Suspiró Marcelo antes de zambullirse en el estanque imprevisible de las conversaciones entre enemigos que han hecho las paces casi a la fuerza.

—Me han llegado informes de que a Segeda ya han regresado dos o tres mil personas que habitan ahora mismo como ratas, entre los escombros... —afirmó con ojos falsamente indiferentes, como si observara el revoloteo de los grajos sobre su campamento.

Guardó Leukon un silencio inescrutable. Conocía los hechos perfectamente, porque desde que Nobilior quedara encerrado en la Gran Atalaya, muchos belos habían dado la guerra por terminada, así como también su estancia en Numantia.

—Mis exploradores dicen que el goteo es constante —prosiguió Marcelo con aquel tono de desinterés aparente—. Es natural que la gente desee volver a sus orígenes cuando cesa el peligro. Además... —añadió, mirando a su interlocutor de soslayo—, en Numantia quizá ya estén un poco hartos de vuestra presencia. ¿No crees?

—¿Qué estás tratando de decirme, maldita sea? —masculló Leukon, cansado de tanta palabrería.

—Que tal vez sea el momento de organizar un regreso ordenado a Segeda. Con tu ayuda.

Frunció el entrecejo Leukon ante una idea que se le antojó de lo más descabellada.

—¿Organizar el regreso?

—Sí, de todos los belos. A una ciudad enteramente nueva a cuya reconstrucción contribuiré yo mismo. Una urbe en el llano y no encaramada a esos incómodos picachos. Un *oppidum* con calles anchas y rectilíneas. Con casas de piedra. Con acueductos y cloacas. Con un edificio para su órgano de gobierno. Y... con una muralla nueva, por supuesto. Una ciudad moderna en la que podamos convivir todos.

Continuó el contrebiense con el mismo ceño arrugado tras escuchar la descripción perfecta de una urbe romana.

—¿Quiénes somos «todos»?

—Pues... los celtíberos y los colonos romanos, claro.

—Hasta aquí no llegan esos colonos que tú dices.

—Bueno, en este caso no tienen que venir, porque ya están. Se trataría de soldados míos que han pedido el licenciamiento para convertirse en agricultores y granjeros.

Una emoción inexplicable golpeó a Leukon por sorpresa. El recuerdo le quebró algo la voz y le humedeció los ojos. Comenzó a hablar como si hubiera sufrido un ataque de nostalgia.

—Según dicen, mi padre fue un gran militar romano —rememoró—. Pero cambió mucho tras conocer a mi madre en el transcurso de la guerra, la primera, la de Graco. Al acabar la contienda se dedicó a defender la paz y la concordia entre todos los moradores de la Celtiberia. Se volvió un idealista con los años —sostuvo cabeceando—, pero acabó defraudado.

—¿Con quién?

—Con la realidad.

No era Marcelo un hombre dado a perder su tiempo, y tampoco a desviarse de la senda dictada por su pensamiento.

—Es muy interesante todo lo que estás contando sobre el legendario Máximo Vento, pero ¿qué tienen que ver los sentimientos de tu padre con lo de organizar el regreso de los belos a Segeda?

Meneó la cabeza Leukon, consciente del profundo desconocimiento del cónsul.

—La realidad que defraudó a mi padre es la misma que tienes ahora frente a los ojos —murmuró—. Esas dos o tres mil personas

que has mencionado son los ciudadanos más necesitados de Sekaisa, los que apenas disponían de un palmo de tierra o de un secarral incultivable cuando llegó Nobilior. Por eso han vuelto los primeros. Para recoger las migajas de su escasa hacienda pero, sobre todo, para instalarse en los campos de los grandes propietarios. Porque los ricos, la aristocracia guerrera sigue ahí dentro —señaló Leukon el interior de Numantia con la cabeza—, esperando el momento de recuperar lo que aún consideran suyo.

La realidad que decepcionó a un romano atípico llamado Máximo Vento, la realidad de siempre en Celtiberia, se instaló por fin en la cabeza del nuevo cónsul.

—Quieres decir que volverán en cuanto mis legiones se marchen.

—Sí. Y entonces correrá la sangre en Sekaisa, o Segeda. Y será sangre celtíbera derramada por otros celtíberos.

Se sentó Marcelo en una piedra del río y adoptó la pose de un atribulado pensador ateniense. No había previsto tantos dilemas para erigir la nueva Segeda. Al final le hizo un gesto a Leukon para que tomara asiento a su lado sobre el pedrusco.

—¿Se te ocurre cómo acabar con esas desigualdades? —preguntó.

—Tengo un par de ideas —afirmó el contrebiense para sorpresa del cónsul.

—¿Cuáles?

Observaba el líder belo los nenúfares del río con ojos absortos, como si entre aquellas hojas flotantes se escondieran las soluciones a un problema más viejo que los primeros hombres.

—A los pobres podremos convencerlos fácilmente para que salgan de las ruinas si les ofrecemos una vivienda digna en la nueva Segeda y un lote suficiente de tierras.

—Ya. ¿Y con los otros, con los pudientes, qué hacemos?

—A esos les harás firmar un documento por el cual se comprometen a ocupar la nueva ciudad y abandonar la antigua. Les asegurarás que pueden usar su riqueza para construirse una casa tan grande y lujosa como les apetezca. Pero en cuanto a las tierras..., se terminó eso de disfrutar de bosques y montes sin horizonte. Ahora deberán conformarse con el lote que les toque en el sorteo. Como todos.

Adoptó Marcelo un aire reflexivo del que salió a los pocos segundos.

—¿Y los que no acepten?

—Les dirás que van a quedarse a vivir en Numantia para los restos. Ya verás cómo Litenio tiene algo que decir a eso.

Observó Marcelo la fortaleza arévaca con un estremecimiento.

—O sea..., este discurso tan amenazante debo pronunciarlo yo...

—A mí no me van a hacer caso...

Un escalofrío recorrió la cerviz del cónsul. Ningún romano, que se supiera, había visto Numantia por dentro. Y si lo había hecho, ya no había salido luego para contarlo.

—Ya, pero entrar en Numantia, aunque sea a tu lado, para amedrentar de esa manera a los guerreros belos puede ser peligroso, ¿no?

—No tendrás que penetrar en la fortaleza. Bastará con que te subas al arco del antemuro. Desde ahí te oirán todos. Y una cosa más...

Dio un respingo Claudio Marcelo como si un alacrán le hubiese pinchado en las posaderas.

—¿Todavía hay más dificultades?

—Es posible. ¿Vas a colocar una guarnición de soldados en la nueva urbe? —inquirió Leukon.

—Por supuesto.

—¿Cuántos?

—Había pensado en doscientos...

—Será poco para mantener el orden. Que sean quinientos.

—Está bien. Haré lo que tú digas... —consintió Marcelo, consciente de que, tras media hora de charla, cualquiera habría tomado a Leukon por el auténtico cónsul de la Citerior y a él por un simple funcionario.

LXI

El frenético aleteo de los murciélagos interrumpió brevemente las maniobras de la Sombra.

—Ah, eres tú —murmuró el brujo sin volverse.

—Sí, venía a despedirme —dijo Leukon mientras acostumbraba sus ojos a la oscuridad—. He logrado organizar el regreso a Segeda de todos los belos —anunció.

—A Segeda... —repitió el druida como si la palabra le produjera arcadas.

—Es que la nueva ciudad va a llamarse así ahora. ¿Qué le vamos a hacer? —arguyó el contrebiense.

—Sí, ya he oído a ese cónsul amenazando a toda una fortaleza llena de guerreros que no han movido ni los bigotes. ¡Qué vergüenza aceptar unas condiciones tan humillantes! Pero sí, qué le vamos a hacer... —masculló la Sombra sin dejar de moverse de un lado a otro de su covacha—. Hasta Hilerno se murió después de escuchar a ese Marcelo. Pero no miedo, sino de hartazgo —añadió.

Se preguntó Leukon si la capacidad intuitiva de la Sombra o su magia le habrían permitido adivinar quién estaba verdaderamente detrás del discurso del cónsul. Por eso cambió de tema rápidamente.

—Bueno, al menos los belos hemos tenido la fortuna de poder asistir a sus exequias antes de marcharnos. Como tú mismo me explicaste —continuó como si nada—, el destino ha salido por fin a mi encuentro y...

—¿Eso te dije yo? —le interrumpió el brujo.

—Sí, me aseguraste que un día vería el camino sin necesidad de buscarlo. ¿No te acuerdas?

—Es posible —gruñó la Sombra—. Pero se me olvidó decirte que, en ocasiones, ese camino que atisbas no es más que un perverso espejismo colocado ahí por un dios maligno.

—Romano, claro.

—¡Sí!

—Pues a mí me parece que este proyecto de reconstrucción y repoblación de una ciudad asolada por la guerra es ahora mismo la misión de mi vida —le contradijo Leukon.

—La misión de tu vida... Qué bien —repuso el brujo sin el menor entusiasmo—. Estarás contento...

Trató el líder belo de ignorar el tono hiriente del druida.

—Bueno... a veces no queda más remedio que arreglarse con quien fue tu enemigo... Por el bien de todos —dijo.

—¡Los romanos son y siempre serán nuestros enemigos! —tronó el druida—. Nos engañaron cuando los cartagineses. Nos engañó Graco, y ahora han vuelto a hacerlo. ¡No hay cónsul bueno! Arreglarse con ellos siempre significa retroceder, claudicar, aunque algunos no os deis cuenta de ello —resolló la Sombra, introduciendo varios huesos en la saca que llevaba en la mano—. ¡Métete eso en la cabeza!

Interpretó al fin Leukon las incesantes idas y venidas de la Sombra. Los sacos llenos de pócimas secretas. Las brasas heladas en la cueva. La ausencia de caldos humeantes.

—¿Tú también te vas? —preguntó alarmado.

Se detuvo el brujo para mirar de frente a su visitante, aunque no se le vio la cara. Solo los ojos de fuego.

—Mmm, sí. Vaélico me ha llamado.

—¿Desde el inframundo?

—Claro.

—¿Y eso es mala señal?

—¡La peor! —exclamó la Sombra—. Porque en esta ocasión no me ha dado fecha de vuelta.

—Bueno, teniendo en cuenta los momentos en los que te ha enviado a la Celtiberia..., tal vez eso signifique que ya se terminaron las guerras con los romanos... —quiso consolarse el conductor de la caravana que iba a liderar, junto a Biesio, el retorno a la nueva Segeda aquella misma mañana.

—¡Lo que va a terminarse es la esperanza! —le corrigió el brujo—. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de Hilerno antes de rendir

el alma?

—No.

—Pues yo sí, porque me pilló al lado. Dijo: «Me muero para no ver lo que queda». ¿Sabes lo que significa eso en los labios de un moribundo?

Una voz infantil espantó a los pocos murciélagos que aún remoloneaban en el techo de la cueva antes de que el contrebiense pudiera pronunciarse.

—Leukon... —lo llamó el pequeño Lorien sin ver nada.

—Entonces... no volveremos a vernos... —sostuvo Leukon dirigiéndose todavía al brujo.

—Mmm..., no en este mundo, desde luego —respondió la Sombra con voz extrañamente encogida por las emociones—. Anda, será mejor que atiendas a ese niño fuera de aquí. Aún tengo que buscar algunos antídotos de culebra antes de marcharme —añadió arrastrando la cadena por el suelo con más ruido del necesario, para que el fragor de los grilletes escondiera su llanto.

—¿Qué es lo que quieres, Lorien? —preguntó Leukon extrañado de ver de nuevo al niño.

Lucía el pequeño un semblante serio y pensativo.

—Es que ayer no me atreví a decírtelo en el funeral de Hilerno. Pensé que no era el momento adecuado...

Asintió el líder de los belos, aliviado al no percibir en el pequeño ningún aire de debilidad o desamparo. No en vano, Lorien había perdido a un padre verdadero, a otro adoptivo y a un anciano venerable que se prestó a ser su abuelo. Y, sin embargo, había sabido nadar en el río revuelto de la vida con admirable destreza.

—Decirme... ¿qué?

—Quiero volver a Sekaisa contigo y con ese oficial romano —replicó tajante el pequeño.

—Ahora se dice Segeda.

—Vale —se plegó el alevín celtíbero—. ¿Pero puedo?

—¿No querías ser un gran guerrero? ¿No estabas tan contento de aprender con Ambón el manejo de las armas? —le espetó Leukon

con severidad, como si hablara con un adulto hecho y derecho.

—Sí, pero ya he visto todo de la guerra. Ahora me gustaría conocer los secretos de la paz.

Se resistía el contrebiense a dar su consentimiento.

—Ya. ¿Y tu madre está de acuerdo con que te vayas de Numantia así por las buenas?

Una sombra surgió del callejón de la cueva. Lo hizo de perfil, andando de lado como si le doliera el cuello.

—Estoy de acuerdo —afirmó una voz femenina.

Reconoció Leukon la silueta gatuna de Silvis a pesar de su extraña postura.

—Se ha empeñado en venir conmigo, pero no quería que te lo dijera —le aclaró el pequeño.

Se acercó Leukon a la joven de dos zancadas. La hizo girar sobre sus talones, inducido por la sospecha de la barbarie.

—¿Liteno te pega? —se espantó al advertir la mejilla derecha tumefacta y el ojo cerrado.

—¿Y qué? —lo desafió la muchacha.

—Nada —repuso Leukon cabizbajo—. Pero si no has venido a mostrarme tus cardenales, ¿qué se te ofrece, Silvis?

—No creo que Liteno acepte a Lorien en cuanto nazca esto —musitó la joven de Sekaisa llevándose las manos al vientre—. Y ya no está Hilerno para ejercer de abuelo. Además, él no quiere quedarse en Numantia.

—Sí, ya me lo ha dicho —replicó Leukon sombrío—. Así que vas a tener un hijo de Liteno...

—¿Te llevarás contigo a Lorien o no? —pugné la muchacha, ignorando la pregunta y omitiendo una respuesta bastante obvia.

—Por supuesto. Y a ti también, si quieres.

Una lágrima traicionera escapó del ojo que Silvis mantenía abierto.

—¿Cómo puedes ser un tonto tan adorable? —sollozó, sin poder reprimir la tentación de acariciar la mejilla de Leukon—. Te he menospreciado, te he insultado, te he engañado... ¿Y todavía quieres cuidar de mí... y de esto? —añadió abrazándose otra vez las entrañas.

—El sentimiento no muere tan fácilmente...

—¡Pues mávalo de una vez por todas! —exclamó Silvis llorando de rabia—. En esta vida, cada cual elige su precipicio, y yo ya he encontrado el mío después de mucho buscarlo —añadió antes de desaparecer en el callejón en sombras.

Había presenciado Lorien toda la escena sin pronunciar palabra. Con esa templanza propia de los niños obligados a convertirse en adultos prematuros por exigencias del destino.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó al contrebiense con unos ojos grandes, ansiosos, vacíos de lágrimas.

Desfiló la larga caravana por debajo del arco del antemuro entre el retumbar de los carros, el rumor de pisadas aún indecisas y el llanto de cientos de niños. Eran más de cuatro mil los viajeros belos, pues al final todos habían aceptado con más o menos reticencia las premisas del cónsul. La más sencilla de acatar había sido la obligación de establecerse en la nueva Segeda, abandonando el viejo *oppidum* a las lagartijas y condenándolo al olvido. Obviamente, habían llevado mucho peor lo de la renuncia a sus posesiones sin límites. El lote de tierra de un estadio de largo por otro de ancho decretado por Marcelo les parecía un atropello sin precedentes. Y, sin embargo, la disposición del cónsul a buen seguro haría bailar de alegría a los desheredados que ya moraban entre los escombros; cuando se enterasen.

Marchaba Leukon al final de la columna, igual que un perro pastor preocupado por no dejar atrás ovejas descarriadas. Divisó a Litenos apoyado en una de las jambas del arco, contemplando aquella procesión de almas otra vez errantes con un semblante indescifrable. Resultaba imposible discernir si la marcha de aquellos invitados forzosos le producía más pesar que alivio, o a la inversa. Dio un respingo el gigante tuerto cuando sintió que lo agarraban por el brazo.

—Si le das mala vida a Silvis, volveré para matarte —le sopló Leukon desde muy cerca a modo de despedida.

Asintió displicente el caudillo arévaco, como si la amenaza proviniera de un niño o un tullido.

—Sí, muy bien. Pero vuelve solo. Quiero decir... sin los romanos. Porque, según lo veo yo, cualquier día de estos los belos regresaréis enrolados en las fuerzas auxiliares de algún cónsul.

Acusó Leukon el impacto de tan aterrador presagio. Se tambaleó como si un relámpago le hubiese iluminado de repente la cara oculta de una verdad implacable.

—¡Eso jamás ocurrirá! —exclamó sin saber que se equivocaba.

LXII

Por primera vez en sus vidas, Leukon y Biesio se miraron a la cara como aliados e iguales. Uno iba a encargarse de conducir y controlar a la muchedumbre celtíbera mientras el otro haría lo propio con la facción itálica. Aunque no lo dijeron, les pareció insólito no tener que guardar distancias ni precauciones. Pero lo cierto es que hablaron con naturalidad y franqueza, como si llevaran media vida colaborando, como si la guerra y los enfrentamientos personales en el campo de batalla les hubiesen proporcionado un profundo conocimiento mutuo.

Decidieron avanzar despacio debido, sobre todo, al enorme número de niños celtíberos que acompañaban a sus padres. Algunos de aquellos pequeñuelos pensaban hacer el recorrido a pie, pues ya habían sido capaces de caminar hasta Numantia cuando huían de Nobilior. Otros, en cambio, iban en brazos o en los carros, porque eran hijos de la guerra. Todos, pequeños y mayores, se volvieron hacia la capital arévaca nada más alcanzar la campa y agitaron los brazos para despedirse de sus anfitriones. Parecían los que partían y los que gritaban emocionados desde la muralla dos mareas humanas lanzando un millón de adioses al aire.

También se pusieron de acuerdo los dos líderes en la disposición de aquella multitud tan heterogénea. Colocaron en vanguardia a los quinientos legionarios de la futura guarnición romana, seguidos de los trescientos colonos reclutados por Criso. Lo hicieron así para evitar que los guerreros belos se sintieran incómodos al llevar medio millar de afilados *pila* apuntando a sus escápuas.

El primer día de marcha, al caer la tarde, romanos y celtíberos acamparon por separado. Los legionarios de Biesio y los colonos recién licenciados cumplieron con el protocolo militar de fortificarse para la noche. No así los guerreros belos y sus familias que, según la

costumbre, durmieron al raso junto a sus carromatos. Tras la segunda jornada, ambos grupos volvieron a poner una leve distancia entre ellos, pero en esta ocasión los romanos renunciaron a cavar un foso y levantar una empalizada. La tercera noche el campamento fue único. Y no se debió a la imposición de nadie. Surgió de manera espontánea la idea de no separarse e incluso de compartir bebidas y algunos alimentos. Leukon probó el vino aguado de la tropa que le ofreció Biesio y, aunque no le gustó, dijo que estaba bueno. El antiguo legado de Marcelo fue sincero cuando afirmó que le encantaba la *caelia*.

La mañana del cuarto y último día de marcha, ambos jefes quisieron hacer el trayecto juntos, como si fueran dos viejos amigos dando un largo paseo a caballo. Al principio charlaron de nimiedades, del canto de los pájaros, de la forma caprichosa de las nubes, de lo sinuoso del camino...

Bordearon Nemeton sin pronunciar la palabra *guerra*, aparentemente extasiados por el olor de las flores. Pero lo hicieron así para no comentar el tufo a muerto que aún despedía el bosque. Fingieron asombrarse del reverdecer de la Celtiberia en primavera, mas era por no admitir la presencia de los alimoches que todavía se alimentaban de los cuerpos abandonados en el interior de la foresta.

Habló Biesio en serio cuando ya solo quedaba una hora para atisbar los restos de la ciudad en ruinas.

—Entonces... tu padre fue el legendario Máximo Vento, el legado de Graco —dijo de repente.

—Así es —replicó Leukon sorprendido por oír de nuevo el nombre de su progenitor tantos años después de su época—. Aunque ya ha pasado mucho tiempo y dudo que nadie se acuerde de él excepto los viejos como Marcelo.

Meneó la cabeza Biesio para mostrar su desacuerdo.

—No te creas. Para muchos de nosotros tu padre continúa siendo un modelo, un referente.

—No sé si te entiendo... —adujo Leukon asombrado por aquellas muestras admiración y respeto hacia su progenitor.

—La historia del gran Máximo Vento lleva circulando más de dos décadas por todos los rincones de Hispania, allá donde haya tropas

romanas, claro —continuó Biesio como si mentara al guerrero Aquiles—. Su carrera es un ejemplo para todos nosotros, quiero decir para los modestos. Porque, si no escuché mal, fue un simple centurión con el pretor Fulvio Flaco. Pero después, Graco lo nombró su legado de manera urgente con el fin de poder sobrevivir a su complicada campaña en la Citerior.

—Así fue más o menos.

—Es que, aunque de lejos, yo siempre me he visto reflejado en él —sostuvo Biesio con una traza de emoción en la voz.

—¿Por qué dices «de lejos»?

—Porque yo llegué a legado por influencia; no por méritos, como le ocurrió a tu padre.

—Entonces descienes de alguna familia importante de Roma... —dedujo el celtíbero.

—En realidad no —respondió Biesio, consciente de que estaba quedando enredado en las telarañas de siempre.

—Alguien con mucho renombre tuvo que recomendarte ante el Senado para lograr tu nombramiento...

—Mi padre.

—Luego sí que...

—Soy un hijo ilegítimo de Marco Porcio Catón —atajó otra vez Biesio con el fin de ahorrarse más circunloquios.

—¿Catón el Censor?

—El mismo. ¿Te suena el nombre? —Una mueca de perplejidad se dibujó el rostro curtido del oficial itálico.

—Por supuesto. Pero pensaba que había muerto, porque ya era viejo cuando mi padre coincidió con él.

—Pues aún vive. Acaba de cumplir ochenta y un años y ha tenido un hijo: Marco Porcio Catón Saloniano. Los romanos no somos muy originales para lo de los nombres. —Un atisbo de sonrisa se asomó a los labios taciturnos de Biesio.

—Sí, es verdad. Pero tú no llevas la *gens* de tu padre ni el apodo... —observó Leukon sin malicia.

Un chasquido de la lengua delató a Biesio. Aunque él se empeñaba en pregonar lo contrario, lo cierto era que su alma rezumaba el miasma viejo y fétido del resentimiento. Una úlcera supurante que

jamás había podido cerrar del todo. Ni siquiera durante su última estancia en Roma.

—Tú tampoco —gruñó incómodo.

—Bueno, yo podría llamarme Décimo Leukon Máximo Vento o algo así, si quisiera. Pero me quedo con mi nombre celtíbero. Los apellidos de familia aportan poco.

—¿Tú crees?

Se mostró contundente al respecto el contrebiense.

—Sí. Los cimientos de las personas residen en sus principios. Eso lo aprendí también de mi padre.

El galope tendido de diez caballos romanos interrumpió la charla de los dos guías. Era Criso, quizá en su último servicio a la milicia. Biesio lo había enviado por delante con algunos jinetes sin indumentaria militar para no levantar recelos entre los reasentados en la ciudad derruida.

—¡Se han dado cuenta de que llegamos! —gritó Criso sin apearse—. ¡Y se están organizando!

Dio Biesio la orden de detenerse.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Esos pordioseros han levantado un murete de piedras alrededor de la barriada de casuchas que han reconstruido y, al parecer, pretenden defenderlas —le explicó el antiguo prefecto y luego tribuno.

—Nosotros no vamos a atacarles...

—¡Ya, pero ellos no lo saben!

—¿Y están armados?

—¡Hasta los dientes!

Se giró Biesio hacia Leukon con un rictus de alarma.

—Creo que es imprescindible que esa gente te reconozca antes de que les dé por hacer una locura. Tal vez se tranquilicen entonces —dijo mientras una terrible duda crecía en su interior como una crisálida insidiosa—. Porque... ¿cómo responderían los que vienen detrás en caso de choque?

—Quieres decir... ¿de qué lado se pondrían los guerreros belos que vienen en la caravana?

—Sí.

No tenía Leukon una respuesta para eso; ni siquiera una conjetura.

—No sé si quiero saberlo —dijo—. Me adelantaré a parlamentar con los que están refugiados en Sekaisa —decidió.

—Pero no así —lo detuvo Biesio.

—¿Cómo entonces?

—Como mejor te conocen.

Se ciñó Leukon la coraza del gran Máximo Vento, se puso sus grebas y su casco, aunque con el penacho de plumas de garza blanca que lo distinguía en la batalla. Después quiso montar otra vez, pero una mano infantil lo aferró por una pierna.

—Deberías acercarte a pie —le aconsejó Lorien—. Ellos no tienen caballerías, ni siquiera un mísero burro en el que subirse. Tienes que parecer un hombre humilde si pretendes ganarte su confianza.

Consultó Leukon con Biesio a través de un vistazo rápido.

—Tiene sentido lo que dice el niño —admitió—. Por cierto, ¿quién es?

—Mi sobrino. O sea, el hijo de Caro de Sekaisa, antiguo jefe de todos los guerreros belos y principal benefactor de los menesterosos —explicó el celtíbero apeándose.

Acarició Biesio la cabellera rebelde de Lorien mientras pensaba.

—Con razón domina tan bien la lengua itálica —dijo, y añadió mirando a Leukon—: Iré contigo. Los dos solos.

—¿Estás seguro? Puede ser peligroso.

Esbozó Biesio una mueca de triste convencimiento. Era consciente de que, si las cosas venían mal dadas, aquel sería su último paseo por la Celtiberia. Y por el mundo conocido.

—Es una cuestión de principios —asentó, por encima de los murmullos de los colonos y de las voces algo alteradas de los guerreros belos. Porque todos en aquella larga columna de viajeros se habían dado cuenta ya del motivo de la parada. Los quinientos legionarios destinados a ser la guarnición de la nueva Segeda eran los únicos que se mantenían en un silencio atento, como siempre ocurría en los prolegómenos de cualquier batalla.

—Dejadme ir también a mí —les rogó de repente Lorien—. Si me ven llegar con vosotros, es más fácil que no os hagan nada —les

aseguró, colándose entre los dos adultos.

Se encogió de hombros el romano.

—¿Tú qué dices?

—Que venga.

Divisaron las ruinas de la ciudad a los quince minutos. Encontrar por los suelos la muralla por la que su primo había luchado con tanto denuedo resultó para Leukon una visión de lo más dolorosa. Adivinar el amasijo de tablas, troncos y piedras escondido detrás de los sillares desmoronados le encogió el alma.

—¿Conoces a alguno? —le preguntó Biesio cuando cientos, tal vez miles, de cabezas se asomaron por detrás del escuálido murete que ahora hacía las veces de muralla.

—Son titos, integrantes de la tribu más pobre e insignificante de todas las nuestras. Aquellos a los que mi primo les procuró una casa de barro para que no malvivieran en el páramo. Pero no pudo darles tierras decentes porque estaban en manos de los clanes más poderosos, y estos se negaron a ceder cualquier suelo fértil —explicó Leukon, resumiendo de alguna manera, la realidad insoslayable de la Celtiberia.

Empezaron a escucharse las voces de los titos, sobre todo las de los cinco hombres que surgieron del improvisado castro. «¿No es Leukon el que se acerca, acompañado del hijo de Caro?», preguntó alguien. «Sí, pero viene también ese diablo romano, el que fuera legado de Nobilior. Seguro que a poca distancia esperan miles de legionarios. Esto no me gusta nada», le respondió otro, apuntando a Biesio con su *soliferreum*. «Es verdad. Tal vez el enemigo haya obligado a Leukon a llegar hasta aquí con el pequeño y todo sea una trampa para acabar de liquidarnos. Preparémonos», terció uno que portaba un hacha. «Puede, incluso, que nuestro antiguo líder esté implicado en la estratagema. Ya no se puede confiar en nadie», apostilló el más osado del grupo.

Sorprendió Lorien a sus dos acompañantes con una sugerencia casi suicida.

—Creo que deberíais desprendernos de vuestras espadas — les dijo.

—No podremos hacer nada si nos atacan. Mis hombres quedan ya muy lejos... —se opuso Biesio al instante.

—Lorien tiene razón —sostuvo Leukon, dejando sobre el suelo su *gladius* y también la daga—. Hay mucho recelo por parte de los titos, pero si todo sale bien, tal vez logremos entendernos con ellos

—¿Y si sale mal? —inquirió Biesio, pero enseguida se respondió a sí mismo—. Ya, sí, mejor no me lo digas —murmuró antes de continuar el avance hacia a los cinco representantes en medio de un vocerío incomprensible—. Por cierto, ¿qué están diciendo? —demandó, presa de una extraña sensación de desnudez en los costados.

—Al parecer, siguen sin fiarse a pesar de nuestro gesto —le tradujo Leukon grosso modo, evitando mencionar las amenazas de muerte y las intenciones violentas del grupo.

Se volvió Lorien cuando Biesio estaba considerando darse la vuelta para tratar de alcanzar, por lo menos, su espada.

—Creo que debéis mostrar amistad y concordia entre vosotros —les dijo muy serio—. Eso calmará los ánimos.

—Ya, ¿pero cómo? —le preguntó su tío.

—Daos un abrazo.

—¿Nosotros? —Desorbitó los ojos Biesio como si estrechar a un celtíbero fuese un gesto impúdico o prohibido por las leyes del Imperio.

—Venga —le dijo Leukon, y lo atrajo hacia sí hasta que al romano le crujó la armadura y alguna costilla.

Callaron los recelosos ante lo que debieron tomar por una ensoñación fantástica. Se miraron unos a otros todavía incrédulos, hasta que Biesio propinó a Leukon un segundo apretón y lo levantó en el aire como si fuese un niño jugando con otro niño a ver quién es el más fuerte.

—Muy bien —les felicitó Lorien—. Ahora pasad un brazo sobre el hombro del otro y avanzad hacia ellos sonriendo.

Así lo hicieron, sorprendidos de que los cinco de enfrente decidieran también acortar las distancias, y además desarmados. Se pararon, sin embargo, los titos a los quince pasos. Volvieron sin

aparente explicación los semblantes tensos, los señalamientos y los ademanes peligrosos.

—¿Qué diablos pasa ahora? —inquirió Biesio

—Dicen que llegan los amos de todo —le tradujo Leukon, pues algunos acababan de darse cuenta de que en la retaguardia de aquella larga columna viajaba la aristocracia guerrera de la antigua Sekaisa. Los dueños de la ciudad, los reyes del mundo celtíbero, los acaparadores de toda la riqueza. Visible e invisible.

—Bueno son solo los doce —anunció Lorien, que también estaba mirando.

—¿Qué doce? —quiso saber Biesio.

—Los jefes de los clanes dominantes y miembros del Consejo —replicó el niño.

Sacudió la cabeza Biesio como el que protesta cuando presiente el engaño.

—A esos los vi morir yo aquí mismo, y eran viejos —dijo.

—Claro. Estos son hijos de aquellos, y guerreros insignes. Es que los clanes tuvieron que reorganizarse en Numantia tras el éxodo —le explicó Leukon.

—Los doce se acercan, pero no traen armas —les informó Lorien—. Y no llevan sus cascos de antenas, ni broches de bronce, ni fíbulas de plata, ni nada que los identifique como caudillos —añadió basándose en la ausencia de brillos en las siluetas.

—Parece que quieren pasar por gente humilde, aunque no lo sean. En cualquier caso, es muy buena señal —murmuró Leukon, la mirada absorta, el mentón pensativo—. Escucha Lorien —añadió después pasando el brazo por encima del hombro del niño—. ¿Quieres empezar a aplicar los secretos de la paz?

—¡Claro!

—¿Recuerdas el discurso del cónsul en Numantia?

—¿Lo de la fundación de una nueva ciudad al estilo romano, con su guarnición, el asentamiento de los colonos, el reparto justo de tierras para todo el mundo y la concesión de una vivienda digna?

—Eso es.

—Pues adelántate y háblales de todo eso a los titos hasta que lleguen los poderosos. Contar la verdad a los que no estuvieron

presentes es uno de esos secretos.

Se quedó pensativo el niño apenas dos segundos.

—¿Y hay más?

Acercó Leukon su cabeza cariñosamente a la del pequeño.

—Sí. Queda tal vez la cuestión más importante —le dijo frunciendo los labios en una mueca de seriedad extrema.

—¿Cuál?

—El diálogo —sostuvo el líder belo.

Miró Lorien a su espalda. Los doce no tardarían ni diez minutos en alcanzar su antigua ciudad.

—O sea... que diga cada cual lo que le parezca.

—Sí, pero sin violencia verbal ni trifulcas. Haz que ningún bando le eche en cara al otro viejas rencillas, que debatan sin dar alaridos y sin insultarse. Procura que hablen del presente y del futuro que los une a todos, no de lo que sucedió en otros tiempos. Convéncelos de que pueden trabajar y vivir en armonía, aunque tengan distinto origen e ideas diferentes. Déjales claro también que quien no cumpla sufrirá el castigo de unas leyes que a partir de ahora serán romanas. ¿Entiendes? —Cabeceó Lorien un asentimiento firme y decidido—. Si lo haces bien serás el mejor caudillo que titos y belos hayan tenido jamás —añadió el contrebiense.

—¿Y si no?

—Serás como tu padre o como yo. Pero lo habrás intentado.

—Vale.

—Me parece que le estás pidiendo demasiado a un crío... —adujo Biesio cuando el pequeño intermediario se había alejado unos pasos.

—Lo he enviado por delante porque los adultos jamás desconfían de los niños. Además, Lorien se hizo un hombre durante la guerra. Y es el hijo del caudillo más grande que jamás tuvo Sekaisa, con el permiso de mi tío Magilo. Está ungido por los dioses para sucederle. Todos le prestarán mucha más atención que a mí.

Tal y como estaba previsto, los doce se encontraron con los cinco representantes de los titos al cabo de unos minutos. Formaron un círculo cerrado y compacto los ricos y los que habían sido muchas veces sus sirvientes o sus esclavos.

—Ya, puede que tengas razón —concedió Biesio al ver que no escapaban gritos ni amenazas de una asamblea espontánea en la que Lorien llevaba la voz cantante.

Poco a poco, acabaron por reunirse ocho mil almas celtíberas junto a los escombros de una fortaleza de otra época, de una ciudad que ya no existía. Llamaron a Criso para que hiciera venir a los colonos, y a los ingenieros romanos que iban a delimitar la urbe. Querían saber los celtíberos dónde irían las calles, las casas, los acueductos, las cloacas, las fincas de cultivo, y los terrenos comunales... Nadie se interesó ya por la muralla, pero todos deseaban conocer los aspectos fundamentales de la vida nueva. Desgraciadamente, Lorien no contaba con una explicación para cada pregunta. Por eso volvieron la cabeza hacia dos hombres meditabundos que sí tenían todas las respuestas, pero que en aquel momento no estaban para atender a nadie.

Había sacado Leukon una pequeña urna de entre las ropas y la mantenía en sus manos como si fuera un tesoro. Mostraba un semblante ensimismado y a la vez dubitativo.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Biesio.

—Son las cenizas de mi primo Caro —murmuró emocionado—. Le prometí enterrarlas en su ciudad. Pero no sé dónde hacerlo, si entre los escombros de la vieja Sekaisa o en el cementerio de la nueva Segeda. ¿Qué piensas tú?

Consideró Biesio unos segundos la disyuntiva.

—En los dos sitios. Sería lo procedente —afirmó—. Encuentra otra vasija y yo mismo te ayudaré a cavar los agujeros.

—Gracias. Nunca me habría atrevido a pedirte —musitó Leukon.

Asintió Biesio mientras observaba el horizonte con los labios fruncidos y los ojos acuosos.

—Será un honor —repuso, y enseguida añadió—: Yo también tengo una petición que hacerte —dijo.

—Tú dirás...

—Una tarde de estas me gustaría recorrer contigo ese sendero. — Señaló el antiguo legado las copas lejanas del bosque de Nemeton.

—¿El de la emboscada? —se asombró el celtíbero.

—Sí.

—¿Para qué?

—Por si pudiéramos rescatar el pedazo perdido de nuestras vidas —le explicó Biesio con rictus extrañamente esperanzado.

—Me parece que ha empezado a afectarte la misma enfermedad que a mi padre al final de su carrera —le dijo Leukon zarandeándolo cariñosamente por los hombros.

—¿Cuál?

—El idealismo.

Sonrió el antiguo legado mientras correspondía a la carantoña de su acompañante.

—Tal vez sí —dijo.

—¿Y crees, como el gran Máximo Vento, que celtíberos y romanos podremos alguna vez entendernos?

—¡Por supuesto! —prorrumpió Biesio de corazón, sin sospechar siquiera que se equivocaba.

Permanecieron los dos guías contemplando durante largo rato el bosque lejano en el que ambos ejércitos habían cosechado miles de muertos en aquella guerra. Curiosamente, era Biesio quien mostraba un aire más plácido y sereno. A Leukon, en cambio, su profundo conocimiento de la idiosincrasia romana no acababa de destensarle el entrecejo.

—¿Y no te parece que el próximo cónsul querrá tomarla con alguien en cuanto llegue? —preguntó.

Cabeceó su conformidad Biesio, que también era buen conocedor de la mala costumbre de los suyos de avasallar a todos los pueblos todavía rebeldes en Hispania.

—Está claro que al Senado no le ha gustado la derrota aplastante de Nobilior en Celtiberia. Y aunque acepten mantener la palabra que Marcelo os ha dado, tampoco su iniciativa la verán con buenos ojos. Al fin y al cabo, Roma necesita tener siempre un enemigo con el que pelearse —reflexionó en alto.

—Entonces, ¿quién sufrirá las iras del cónsul el año que viene? —Buscó Leukon los ojos del romano por si en aquellos espejos azules pudiera leer el futuro, al menos el más inmediato.

—Si tuviera que apostar diría que quienquiera que venga la emprenderá con los vacceos —sostuvo un pensativo Biesio.

—Los vacceos no han intervenido en esta guerra. No han hecho nada que perjudique a Roma —le rebatió el líder belo.

Se encogió de hombros el nuevo jefe de la guarnición itálica como si tanto él como Leukon fuesen dos diminutas hormigas contemplando el universo. Desde abajo. Desde el barro en el que se arrastran todos los mortales que todavía no han admitido la supremacía de Roma.

—Tienes razón. Pero les atacarán incluso sin mediar declaración de guerra. Porque, además, el Senado sabe que los celtíberos no moveréis un solo dedo por ayudarles. ¿O me equivoco?

Fue Biesio en esta ocasión quien buscó la mirada de su interlocutor, para ver qué sentimientos podía descifrar en ella.

—No. No te equivocas. Los vacceos no han querido echarnos una mano cuando lo necesitábamos y a ellos ahora les pasará lo mismo —respondió Leukon cabizbajo—. Esto es lo que ocurre cuando muchos mundos pequeños, ciegos y mal avenidos se enfrentan de manera individual a un gigante que irá sojuzgándolos a todos, poco a poco, aprovechándose de la desunión y del odio que se tienen unos vecinos a otros.

Sintió Leukon el brazo tranquilizador del romano sobre sus hombros.

—Bueno, eso es Hispania, ¿no?

—Supongo que sí; y, además, no tiene remedio.

—Al menos tú y yo tenemos una bonita labor por delante. — Señaló Biesio a los agrimensores que ya tomaban medidas y clavaban estacas para delimitar el cardo y el decumano de la nueva Segeda.

—Sí, disfrutemos del presente sin pensar en los lobos del mañana. Porque tal vez no vengan... —se consoló el celtíbero.

Pero vinieron.

HISTORIA E INTRAHISTORIA

Así fue; así discurrió, más o menos, la Segunda Guerra Celtíbera. La primera, la que culminó con los famosos Pactos de Graco tras la sangrienta batalla del Mons Caunus, ya la abordé en mi anterior novela, *Furia celtíbera* (Pàmies 2024). Dejé allí el terreno abonado para la siguiente entrega al sembrar la semilla de Leukon y Caro de Sekaisa en su epílogo.

Según los historiadores grecolatinos, ambos fueron los caudillos del pueblo belo durante el conflicto. Por parte numantina, los cronistas mencionan a Ambón y Liteno, en ese orden. Desconocemos, obviamente, qué carácter, qué principios y qué aspecto tenían estos cuatro líderes celtíberos. Y, de ahí, la necesidad de recurrir a la imaginación para llenar la laguna, enriquecer la trama y darle una mayor consistencia a la novela. De lo que sí estoy seguro es de la valentía de los cuatro guerreros. El resto de los personajes indígenas, incluido el enigmático brujo, son producto de mi fantasía.

Por parte romana, excepto los tribunos Criso y Servio Insteyo, todos los demás existieron. Marco Porcio Catón, apodado mucho tiempo después Catón el Viejo, era a la sazón, y a pesar de su avanzada edad, uno de los senadores más ilustres y admirados de Roma. Por su férrea defensa de las costumbres itálicas, por su sempiterno enfrentamiento con los Escipiones, y por haber sido el primer general romano en cruzar la Celtiberia y volver para contarlo.

El enfrentamiento con su hijo mayor al final de su vida fue público y notorio. Liciniano jamás aceptó el segundo matrimonio de un padre ya anciano con una antigua esclava; y, mucho menos el nacimiento de un hermano que en algún momento pudiera discutirle la herencia. Sabemos que Marco Porcio Catón Liciniano murió en el 152 a.C., tras haber sido elegido pretor en los mismos comicios en los que Marcelo obtuvo el consulado. Falleció antes de tomar posesión del cargo, aunque los cronistas no aclaran las

circunstancias de su muerte. No resulta descabellado pensar que pudo haber sido asesinado por alguien cercano, o por encargo. Acabar así no era tan extraño para un político de la época y, de hecho, les pasó a muchos.

A Quinto Fulvio Nobilior le cabe el dudoso honor de haber sido uno de los cónsules más incompetentes de la historia de Roma. Su mandato en la Citerior resultó nefasto y humillante al quedar empantanado en mitad de la Celtiberia todo un invierno y parte de la primavera siguiente. De tal forma que la de Claudio Marcelo fue en realidad una operación de rescate más que una campaña en toda regla. Roma no podía permitirse dejar a un cónsul y a su ejército a merced de los peores bárbaros hispanos.

De la estrategia desplegada por Claudio Marcelo aquel año podemos inferir que el tres veces cónsul se comportó como un militar inteligente a la par que dialogante. Empeñó su palabra con el pueblo celtíbero y se enfrentó al Senado al negarse a reanudar la guerra una vez alcanzada la paz con todas las tribus. Eso lo convierte sin duda en un valiente. Desgraciadamente, la paz prometida no duró ni una década, pues en el año 143 a.C., Roma volvió a las andadas.

La aparición en la novela de un joven y, todavía inexperto, Publio Cornelio Escipión Emiliano se me antojó como un guiño a la historia. No en vano, al año siguiente, tal y como se temía nuestro protagonista Biesio, Roma la emprendió con los vacceos sin justificación alguna. Lucio Licinio Lúculo, uno de los cónsules más sanguinarios que haya dado Roma, fue el encargado de la tropelía. Bajo su mando directo iba un casi desconocido Publio Cornelio Escipión Emiliano. No fue hasta el 134 a.C., casi veinte años más tarde, cuando el Senado lo designó a él para destruir, de una vez por todas, una ciudad indómita, orgullosa y al parecer inexpugnable llamada Numancia. Tras su exitosa campaña, Escipión añadió el apodo el Numantino a su ya interminable nombre. Contó el cónsul para aquel implacable asedio de un año con la ayuda, obligada, de todas las ciudades y tribus sometidas al Imperio. Eso incluye, por supuesto, a los belos de Sekaisa, o Segeda.